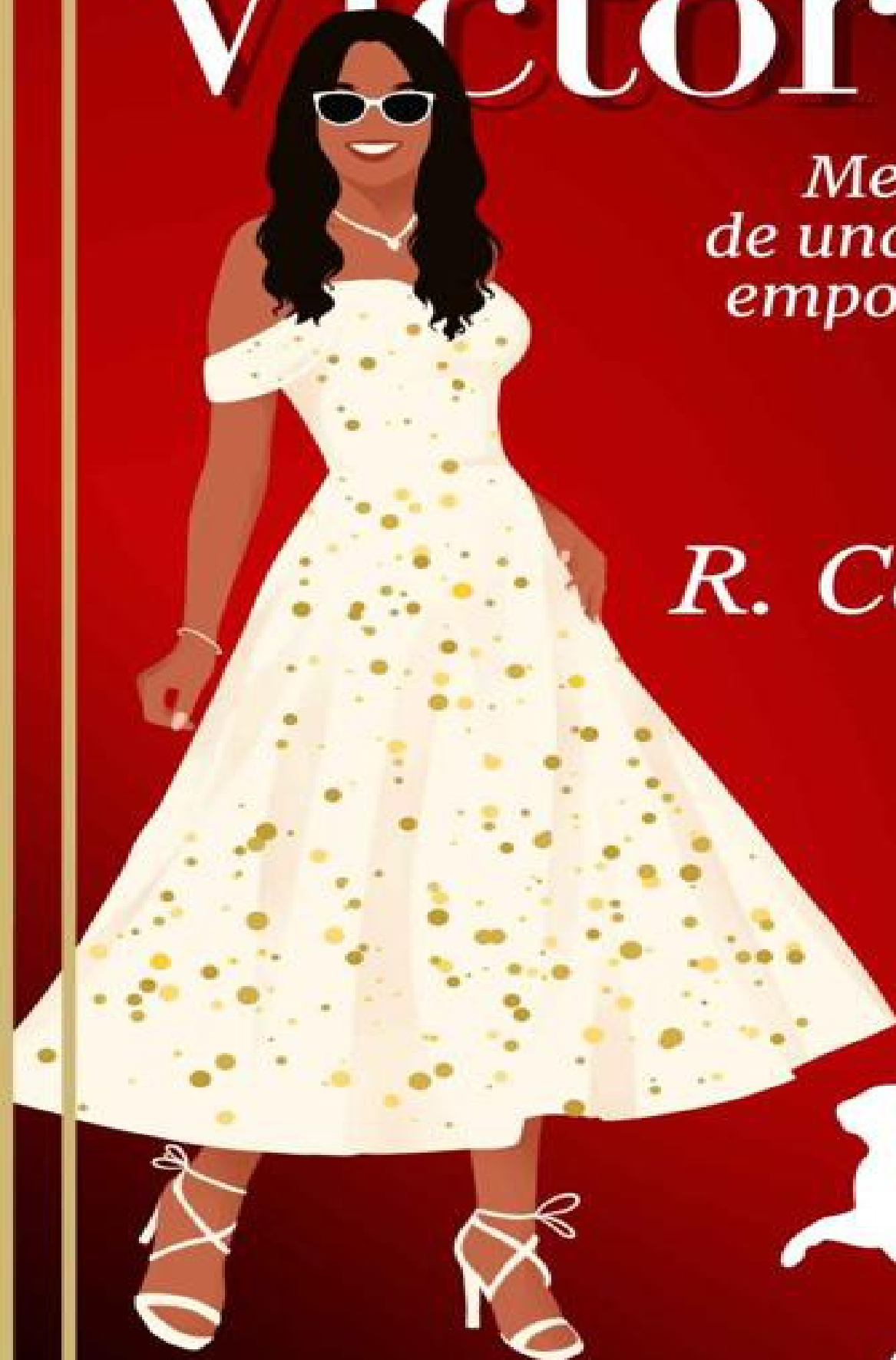


Victoria

*Memorias
de una mujer
empoderada*

R. Cortés



Victoria:

Memorias de una mujer empoderada

R. Cortés

*Todos los derechos reservados ®
Queda prohibida su reproducción parcial o total.*

*® La autora: RLCC
México, junio 2024
Registro ante INDAUTOR en trámite*

Diseño de portada: R. Cortés

Sinopsis

Su nombre es Victoria, pero bien podría ser Rosa, Adhara, Amy, Kathy... Podría llamarse de cualquier forma; podría ser cualquier chica, tal vez pudiera parecerle familiar. Podría recordarte a una conocida, o alguna amiga íntima; alguien a quien odias, o admiras. Incluso podrías ser tú... Pero es la historia de Victoria, o Vicky, como le dicen sus amigos. Y aunque podría ser una científica, una académica, política, activista, actriz, deportista o cantante internacional, Victoria Balam es una empresaria de altísimo nivel que viene de muy abajo y, que luego de muchos sacrificios, tragos amargos, trabajo arduo, lágrimas y dolor recalcitrante, por fin ha llegado al pináculo de su carrera. Es una mujer de éxito, guerrera empoderada y curtida por las batallas, que tiene un par de anécdotas que contar...

Advertencia: esto no es una novela de romance; aunque sí tiene romance (y mucho)... De hecho tiene demasiados romances y encuentros apasionados (a Vicky le fascinan los hombres, y es muy liberal en cuanto al tema). Indistintamente de eso, ésta es una historia de descubrimiento, de superación personal y de amor. Del amor más importante de todos los amores: el amor propio.

Antes de comenzar

Hola, muchísimas gracias por darme esta oportunidad. En mis novelas siempre agrego notas y apuntes en caso de que requieras contexto adicional, o para atribuir el crédito de alguna canción o libro que refiero; pero si no es información que te interese, puedes seguir sin problema...

Gracias de nuevo y ¡disfruta!

Un prólogo, una epifanía

Viernes por la noche, Victoria regresa a casa luego de la cena gala donde le han entregado el reconocimiento a *La mujer del año* por su notorio modelo de negocios en diversificación y expansión de empresas e inversiones, contribuyendo a la economía regional, así como por su incansable labor altruista becando a estudiantes universitarios y patrocinando proyectos para rescatar y fortalecer a mujeres vulnerables, sobre todo a niñas en situación de calle, y de comunidades indígenas.

Luego de despedir a su leal guardaespaldas, abre la puerta de su imponente residencia de ocho habitaciones, piscina, jardín estilo árabe, cancha de pádel... En la que no vive nadie más que ella, el servicio; sus dos perras y sus tres gatas que, fieles, salen a recibirla en un ritual que se repite infaliblemente cada vez que vuelve a casa.

Saluda a sus mascotas, se recoge los bajos del ostentoso vestido en satén rojo; avienta los zapatos de tacón de lápiz, que la hacen lucir un poco más alta de lo que ya es (lo cual es considerable, pues sin ellos llega al 1.70). Pisa la alfombra persa que le fascina, y se dirige a su alcoba. Durante todo el trayecto mantiene sujeta la pequeña estatuilla de cristal austriaco, montada sobre una lustrosa base de metal, en cuya placa dorada se lee: *La mujer del año*.

Se deja caer sobre la cama King, y detiene frente ella el galardón: es una hermosa efigie femenina que porta un vestido vaporoso y una corona. Victoria sonríe con amargura, se lleva la mano a la frente, y la risa se transforma en una carcajada sardónica: *sí, la mujer del año... Pero jodidamente sola*, reflexiona resignada al día a día de ser una mujer estoica, fuerte, valiente, señalada, envidiada, y a veces vilipendiada, que paga un precio alto por su empoderamiento. Aún recuerda la mirada burlona de Andrea Mendoza, antigua adversaria de alta alcurnia, que acudió al evento y que nada más no podía tragarse el coraje de que Victoria, una mujer de orígenes tan humildes, resultara con el galardón.

Toma aire, se levanta de la cama y se dirige al baño. Se cambia la ropa y se pone una bata de dormir. Con algodón y agua micelar se quita capa a capa todo ese maquillaje que disimula un poco las arrugas y las manchas en la cara. Se sabe guapa, tiene facciones armónicas en las que destacan sus ojos rasgados, pero grandes; su nariz pequeña, sus cejas pobladas y sus labios gruesos. Pero cuando se observa a sí misma siente una ligera congoja: es el rostro de una mujer que pasa de los cuarenta años y que esa noche en particular se cuestiona algunas decisiones que tomó en la vida. Se lava bien. Estudia sus ojos negros, contempla su tez morena, su cabello oscuro. Y otra vez la risa irónica.

Regresa a la habitación, se acomoda en la cama y se abraza a la almohada. Las perras se recuestan en las colchonetas colocadas en el suelo, muy cerca de la cama de ella, a donde suben

las gatas para acurrucarse junto a Victoria. Mientras la vence el sueño, toma el teléfono y tontea en Facebook. Observa las fotos de amigas y amigos que proyectan una cara al mundo mediante publicaciones felices de logros desbloqueados para dar una pose de éxito y alegría ante sus contactos de redes; pero ella sabe bien que pocas cosas coinciden con la realidad. Una sonrisa a la cámara a veces oculta noches de insomnio, llanto y dolor.

Avanza en el *time line* hasta que una imagen llama su atención. Es Carolina, su ahijada, hija de Laura, su mejor amiga. En la fotografía porta el uniforme escolar del instituto, se agarra a los tirantes de la mochila que cuelga a sus espaldas. Es una chica rellenita, de lentes; de diecisiete, casi dieciocho años. Ni fea ni bonita, pero muy alegre y entera a pesar de que sus padres acaban de divorciarse luego de un agónico proceso legal en que pelearon hasta por el perico. De su boca aflora una sonrisa que es todo dientes, y que a la vez luce tan fresca y sincera, llena de energía y esperanza, demostrando un corazón indómito, preparándose para dominar el mundo... Le recuerda mucho a sí misma.

Y en ese momento, Victoria tiene una epifanía. Debe contar la verdad, su verdad. La de ella, la de sus amigas, la de sus compañeras, la de sus hermanas guerreras, algunas de las cuales han caído en batalla, o que han perdido la senda entre en los laberínticos derroteros de la lucha...

Extiende la mano hacia el buró. Enciende la lámpara. Abre el cajón y extrae una libreta de pasta dura en la que siempre escribe las ideas que le vienen a la cabeza antes de dormir, o entre sueños... Pero esta vez le dará un uso distinto. No será para hacer anotaciones sobre un nuevo proyecto de negocios, sino para preservar sus memorias, sus aprendizajes, sus triunfos, sus derrotas. Escribirá todo lo que su mente alcance a registrar como aquello que más caló en su alma y que más lecciones le dejó en lo que lleva de existencia. Y luego pulirá el texto y publicará sus memorias para transmitir sus conocimientos y experiencias a esa nueva generación de chicas jóvenes y entusiastas. Sobre todo a Carolina, su ahijada, que es lo más cercano a una hija que ha tenido o tendrá nunca, pues por voluntad propia Victoria decidió no ser madre. Le escribirá a ella, a Caro, para ayudarla a guiar un poco a ese corazón suyo tan fuerte y expectante para que resista los golpes que, merecidos o no, terminará asestándole la vida.

Ni bondad ni maldad, sino todo lo contrario

Lo cierto es que hay de todo en la viña del Señor: cabrones, cabronas; pendejos, pendejas; agresores, agresoras; ladrones, ladronas; asesinos, asesinas. Buenos hombres, malos hombres; buenas mujeres, malas mujeres. La verdad creo que aquello de ser un hijo o hija de la chingada (o del chingado para no cometer inequidades) no tiene que ver necesariamente con el feminismo o el machismo, ni mucho menos con el género, sino con la persona... O piensa en la *Mataviejitas*, el sonado caso de la asesina en serie que estrangulaba a mujeres de la tercera edad en la Ciudad de México, entre la década de los noventa y dos mil. Por supuesto que aún no habías nacido, pero te cuento la historia. Se dice que mató a más de cuarenta ancianas. Le dieron 759 años de cadena perpetua. Era una mujer muy robusta y fuerte. De manos grandes. Soñaba con ser luchadora profesional (sí, de Lucha libre), pero era ladrona y tenía un serio trastorno mental, clínico, psiquiátrico, patológico. ¿O de qué otra forma te explicas que fuera por ahí matando viejitas solas e indefensas?

Más allá del morbo que conlleva esta historia de la nota roja, lo que quiero decir es que cuando ocurre un acto de violencia, crimen, asalto, abuso, robo, opresión o lo que sea, usualmente pensamos que los malos son siempre hombres, y que las víctimas siempre somos las mujeres. Y eso puede ser cierto... O falso. Todo depende del cristal con que se mire. Mi amiga Patty, la maestra de turismo que vive en Cancún, dice que las personas actúan con base en sus circunstancias y conveniencia. Y la verdad creo que tiene razón... Y no, no era *Jack, el destripador* (al que no agarraron nunca); ni Ted Bundy o Richard Ramírez, famosísimos asesinos en serie. Su nombre era Juana Barraza Sampeiro y, además de robar sus pertenencias, mataba a las viejitas a sangre fría (en casa de éstas) como una forma de exculpar sus miedos, claudicaciones, sed de venganza. Ve tú a saber.

Queridísima Carolina, te cuento esto como un ejemplo de que así como hay homicidas hombres, también los hay mujeres. Es un ejemplo extremo para demostrar un punto: la maldad o la bondad pueden venir de cualquier lado. Y tienes que ser muy cauta de en quién confías. Hombre o mujer. La *Mataviejitas* se disfrazaba de enfermera para ganarse la confianza de sus víctimas. ¡Imagínate! Mucho ojo, caperucita roja.

Sé que como parte del divorcio de tus padres seguramente presenciaste gritos, reclamos y que, tal vez, hayas tomado partido por uno de ellos. Lo más seguro es que lo hayas hecho por Laura, tu mami. Y no te culpo. La infidelidad de tu papá es imperdonable... Creo. Mi punto es que antes de emitir un juicio o de tomar una decisión, de jurarle odio o amor eterno a alguien, te pido que pienses muy bien, medites y reflexiones sobre el problema, estudiándolo desde todos los ángulos posibles. No sé si vayas a ser jueza en el tribunal de justicia. Siempre me ha parecido

que además de ser una chica estudiosa, te gusta el tema de la equidad y la reparación del daño, como demostraste recientemente con esto de la separación, que has manejado con una madurez que me sorprende.

Eres inteligente y medio terca como tu madre, lo cual es una gran virtud; así que tienes mucho potencial. Por eso me atrevo a escribirte mis vivencias, compartiéndote un poco de lo que sé, de lo que he vivido, sufrido y llorado. Me encantaría que canalizaras toda esa energía y talento para bien. Que hagas oídos sordos a palabras necias, vengan de hombres o mujeres. Lo más importante es que escuches a tu propio corazón, al cual debes mantener lealtad por sobre todas las cosas. De paso te pido que ahora mismo tengas paciencia, mucha paciencia con tus papás; especialmente con tu mamá. Lo está pasando terriblemente mal. Te necesita más que nunca.

Tal vez tu mamá te haya platicado algunas de mis cosas. Otras las habrás visto. Y si no, quizás lo hayas leído en algún periódico. No llegas a donde he llegado sin dejar una larga estela que es muy fácil de rastrear. Lo que puedo decirte es que la persona que soy en el presente, la que te escribe, que te abraza y que te quiere como si fueras mi propia hija, ha pasado por los infiernos una y otra vez. He acampado temporadas enteras por ahí, custodiada por el mismísimo Lucifer y toda su legión de demonios. Cada uno más cruel que el otro. Porque así es la vida: hay momentos buenos y malos. Etapas de gloria y de éxtasis, pero también de tensión, duelo, rabia y tristeza. Te enamoras, te desenamoras, te ilusionas, te decepcionas. Te caes, te levantas y te vuelves a caer... Ya lo verás, preciosa Caro. Sin embargo, a pesar de todo, aquí lo más importante es cómo decidas transitar por ese camino que llamamos vida.

El poder de la desesperación

Soy de auténtica manufactura proletaria. En realidad vengo de una familia muy modesta. Muy, pero muy humilde y en todos los sentidos: socioeconómico, educativo, cultural. Mi origen es tan humilde como el de *María, la del barrio* (de la telenovela de Thalía. Tu mami sí la ubica. Tú puedes buscarla en internet). Mi papá era un albañil que, para colmo, abandonó a mi mamá cuando tenía yo como doce años. La causa fue más o menos la misma que el divorcio de tus papás: otra mujer. Cuando papá se fue no sólo nos dejó en medio de una pobreza cuasi extrema (pues era el principal sostén de la casa), sino que también nos legó un fuerte trauma psicológico en torno al abandono y el rechazo (que aún no supero, o pregúntale a mi psiquiatra). De un día para el otro nos vimos en el infortunio económico, emocional y simbólico, que nos convirtió en tres solos contra el mundo: mi hermano pequeño, mamá y yo. Cuando miro hacia atrás y reflexiono, no me dejo de sorprender del gran poder de la desesperación. Para bien o para mal. La desesperación te reta, te mantiene en el desafío constante haciéndote pensar, cuestionar cada paso que das... O te puede orillar a la claudicación en las primeras de cambio, aceptando lo que sea para resolver un problema que acaso hubiera tenido otra salida más adecuada.

Me gustaría decirte que en el rumbo a la cima lo más difícil fue sobrevivir a la miseria económica, pero no fue así. Lo más duro no era la permanente falta de dinero, sino la frustración que me acompañaba día y noche como un fantasma. Pero decidí (porque tampoco me quedó más remedio) no dejarme arrastrar por ella; en cambio me aferré a la esperanza de ver un día tiempos mejores. Tiempos en los que no viviéramos penurias para pagar la renta, para comprar comida; en que pudiera tener unos zapatos nuevos y bonitos (no como esos choclos negros, de plástico barato que usaba para llevar a la escuela y al trabajo). Soñaba con un día en que pudiéramos ir a la playa a bañarnos en el mar y comer pescado frito; ir al cine y comprar palomitas; o ir a la feria para atrapar algunos de esos patitos de hule que dan vueltas en la pileta de agua. O dejar de madrugar tanto cada día, o de acostarme tan tarde para trabajar, estudiar o cuidar a mi hermano.

Creo que vivo cansada desde que era una niña. Es una especie de espiral de agotamiento crónico. Y cuando medito sobre ello, reitero que el único lugar de donde sacaba energía para seguir trabajando era de mi propia desesperación, de mi incapacidad de aceptar cualquier cosa, de conformarme sabiendo que era inteligente y capaz, que no podía aceptar hundirme en la cuasi indigencia sólo porque estaba destinado, porque al ser pobre no había mejor futuro para mí. Por eso cuando me tachan de ególatra y soberbia, levanto la cara y respondo: *no sé si es soberbia. Lo que sí puedo decirte es que no me va la falsa modestia. Sé perfectamente quién soy y lo que he sacrificado para llegar a donde llegué.*

Luché. ¡Vaya que luché! Pero qué vida tan extenuante. Para sostenernos, ayudaba a

mamá a lavar casas los fines de semana. Y después de la escuela trabajaba en las tardes en una panadería mientras mamá aceptaba encargos de comida, hacía lavado ajeno y vendía tamales en la calle. En el triciclo cargaba con tremenda olla, que contenía cientos de tamales, y con mi hermano a cuestas (no podía dejarlo solo, era muy pequeño). No sabes cómo admiro a mi madre que, orgullosa y trabajadora como era, dio pelea hasta el último de sus días. Murió joven, ¿sabes? Un cáncer avanzado que se la llevó antes de los cuarenta años. Se me revuelven las entrañas y se me llenan los ojos de lágrimas sólo de recordarlo.

Si bien nunca lo oficialicé, el día que nos abandonó mi padre decidí que prescindiría de su apellido, y que utilizaría el de mi mamá. Por eso todos mis negocios llevan la marca Balam. ¿Conoces su significado? Quiere decir jaguar en lengua maya. Es la razón de mi sortija en forma de jaguar, tallada en oro amarillo, diamantes blancos y zafiros negros, que no me quito nunca, y que parece gustarte mucho (prometo heredártelo cuando muera. Ya te contaré la importancia de invertir en oro y piedras preciosas). Es una pieza magnífica que mandé a confeccionar con un joyero de confianza (lo terminé contratando cuando adquirí mi primera joyería). Elaboró una obra de arte, digna de mi madre. Es un homenaje a su memoria, a su amor, a su fervor y también a su dolor. La imagen del jaguar encajaba muy bien con su personalidad.

Mamá, que igual se llamaba Victoria, era una mujer brava, fuerte, protectora y astuta. Justo como una madre jaguar. Sé que no sirve de nada ahora, pero de alguna manera portar esta prenda tan preciada hace que la tenga presente y me sienta arropada por ella. Me hubiera gustado que viera a la mujer en que me convertí gracias a su fortaleza... Pero se ha ido y la extraño a diario. Aunque a veces olvido su rostro y el timbre de su voz. No obstante, recuerdo perfectamente sus palabras: *estudia, trabaja. No seas como yo. Aprende un oficio. Sé mejor que yo. Vive mejor que yo, Victoria*. Y vaya que he trabajado en eso. Me he dejado la piel y la vida para conseguirlo. Carajo. Espero haber cumplido sus expectativas.

Creo que estaría orgullosa de mí y de Carlos, mi hermano. Cuando nos quedamos huérfanos, sin que importáramos a ninguno de mis tíos, pues estaban igual de pobres que nosotros, y creo que en peores condiciones, pues el alcoholismo era parte de su rutina diaria, nos mantuvimos juntos sobreviviendo como bien se pudo. Yo ya estaba empezando la universidad y él apenas iba en el instituto. Ninguno de los dos era muy buen estudiante porque pasábamos demasiado tiempo trabajando para pagar la renta y comprar la comida. No quiero ni contarte sobre la deuda incosteable que adquirimos con la enfermedad de mamá (no teníamos seguridad social. El tratamiento que logramos costearle fue privado, y no precisamente de la mejor calidad). Y ni así logramos salvarle la vida.

Mientras Carlos era aprendiz en una carpintería, yo continuaba trabajando en las tardes en *El renacer*, aquella la panadería de la que aprendí tanto. Como siempre fui buena con los

números, los dueños me confiaban las cuentas del negocio. Debido a que era amable y respetuosa con los clientes, igual les atendía la caja. Jamás me faltó ni sobró un solo peso. Hacía de todo. Empaquetaba los panes diligentemente; cuando había entregas y no teníamos diligenciero montaba en la moto, me ponía el casco y llevaba el encargo a su destino.

La experiencia me marcó tan definitivamente que cuando tuve que elegir carrera (a finales de años noventa), no tuve que pensarlo demasiado. Casi de manera natural me decidí a estudiar contabilidad y empresariales. Por cierto, sé lo que quieras del giro panadero. Me lo conozco de pe a pa: ingredientes, procesos, tiempos de cocción, costeo, logística de distribución y entregas. Creo que por eso me entendí tan bien con la famosísima repostera Amy Durand^[1], que es buena colega en la *Sociedad de Mujeres Empresarias del Sureste* (la que me dio el reconocimiento a la mujer del año). ¿Sabías que mi despacho contable le ha llevado las auditorías desde que inició Amy Durand.

Regresando a Carlos, él siempre fue muy inquieto e intrépido. Y amaba el mar como nadie que conozca. Así que apenas cumplió la mayoría de edad se enlistó en la Marina. Años después se graduó con honores de médico cirujano naval. Es especialista en vías internas o algo así. Hoy tiene el grado de capitán, y además luce guapísimo con su uniforme. Incluso cumplidos los cuarenta, he visto a mujeres jóvenes y no tan jóvenes babear por él. Carlos jamás lo reconocerá, pero quedó seriamente afectado por la muerte de mamá. No sólo por nuestra condición de pobreza, sino por la impotencia de verla morir tan joven, tan querida por nosotros. Creo sinceramente que por eso se dedicó a la medicina.

Después del fallecimiento de mamá y de la partida de Carlos, me sentí más sola que nunca. Te confieso que no fue nada fácil tener veintiún años, ser económicamente independiente y andar por ahí sin tener si quiera un perro que te ladre. No tenía más familia que los gatos callejeros que iban a casa (que es como llamaba al cuchitril en que dormía), algunos vecinos amables, y uno que otro estúpido que no hallaba la forma de meterme mano (pero de eso te contaré después). Sí, me sentía terriblemente sola porque ni siquiera podía darme el lujo de adoptar a una mascota en condiciones: me la pasaba todo el día en la calle estudiando y trabajando. No podría darle la atención que merecía. ¡Ay, Caro! La soledad es cabrona. Muy cabrona, y mala consejera. Por eso la compañía y solidaridad de mujeres maravillosas como tu mami se convirtió en un tesoro verdaderamente invaluable. No sabes lo mucho que agradezco y valoro su amistad.

Carito preciosa, indistintamente de lo que ha sucedido con tus papás (de ninguna manera voy a defender ni culpar a tu padre), te concedieron uno de los mejores obsequios que se le pueden dar a un hijo: la educación. Sé que querías estudiar en una escuela privada, y que tus

padres podrían haberla costado sin mayor problema, pero siempre apoyé su decisión de llevarte a una escuela pública. Ahora no lo entenderás porque eres demasiado joven para comprenderlo, pero cuando seas mayor podrás ver mejor el panorama. Le debo tanto a la educación pública. Lo bueno y lo malo. Me hizo más fuerte.

En la universidad pública te encuentras de todo: pobres, más pobres; clase media, niñas y niños ricos que expulsaron de todas las escuelas privadas y que creen que en la educación pública les regalarán el título. Nada más falso. Pero en medio de ese mosaico variopinto me encontré a mí misma, a pesar de que nunca faltaron las chicas populares y bonitas que se burlaban de mí por mi ropa barata y corriente (cero artificios; nada de maquillaje; ninguna otra joya más que la cadenita de oro con un crucifijo, que me heredó mamá y que no me quitaba nunca). Que me odiaban por ser tan rara, diferente y sí, tan impositiva. Lo cual, lo reconozco, me hacía bastante insoportable. Claro que para ellas sería imposible de entender que yo no tenía tiempo para perder en tonterías. Para todos los trabajos, tanto individuales como en equipo, me concentraba en conseguir el objetivo con el método más adecuado y eficaz. ¡Mi madre había muerto, mi hermano estaba probando suerte en la marina y yo tenía que trabajar para cuidar de mí misma! Por supuesto que no tenía tiempo para errores, ni banalidades. No iba a fiestas, muchísimo menos de compras.

Era exigente con cada minuto que dedicaba en la elaboración de cualquier tarea. *Despacio que tengo prisa*, decía el profesor Augusto, mi maestro de Estadísticas. Así que valoraba mucho el tiempo que invertía a cada trabajo escolar. El problema es que prácticamente nadie quería trabajar conmigo porque era insufrible, lo sé. Era muy estricta y no tenía pelos en la lengua para emitir mi opinión y señalar lo que me parecía que estaba mal. Lo bueno es que como era yo muy seria y obtenía muy buenos resultados, encontré personalidades similares a las mías, y terminamos embonando bien.

Eso mismo me llevó a relacionarme con personas que compartían mis principios. Y creo que justo la importancia que concedíamos al tiempo (el recurso natural no renovable más importante que poseemos) era uno de los valores que compartíamos tu mamá y yo. Ella tan dedicada al estudio, y yo valorando cada minuto que tenía libre para acreditar la materia con las mejores calificaciones que pudiera, y continuar la carrera mientras me ganaba la vida. Hacíamos buena fórmula. Dos odiosas insoportables, la verdad. Ella siempre tan disciplinada y dedicada. Yo tan eficiente y enfocada al objetivo. Al final se decidió por la contabilidad tributaria y, cuando se graduó, terminó estudiando otra licenciatura, ahora en derecho, para combinar esos dos grandes temas: las leyes y los impuestos. Fue así como se convirtió en la gran abogada fiscal que conoces. Estudiando leyes fue como conoció a tu padre. Y eso, querida Carito, quizás te lo cuente después.

Por voluntad o nada

Creo que este recuerdo lo he contado poco porque ocurrió hace muchos, muchísimos años. Fue cuando estaba en la escuela secundaria. Ya nos había abandonado papá, así que mi vida ya era un drama de deudas, trabajo y malabares. Pero tanta ocupación no me impedía mirar lo que sucedía a mi alrededor, y bueno tampoco es como que se pudiera ignorar cosa semejante.

Te hablo de principios de los años noventa. Como sigue ocurriendo a la fecha, en la escuela siempre están las chicas y los chicos populares. Había una parejita en particular que llamaba mucho la atención: Juan y Dulcinea. Sí, como lees: Dulcinea. Supongo que sus padres eran súper fans de Cervantes. Juan tenía 15 años, e iba en tercer grado. Dulcinea y yo, en segundo. Creo que rondaríamos los 13 o 14 años. Ya te dije que yo no tenía tiempo más que para trabajar y medio ver cómo acreditaba las materias. Pero no era así la vida para Dulcinea, y mucho menos para Juan, que vivían en una situación económica bastante holgada. Guapísimos los dos: alegres, desenfadados. Justo como deben ser los adolescentes.

No se sabía muy bien si eran novios o no. Yo creo que eran más o menos eso que ahora se denomina como *amigovio* (qué término más espantoso, pero comprendo el concepto). Total que, en algún día de clases, comenzaron a escucharse rumores cada vez más fuertes y serios: Juan y Dulcinea ya tenían relaciones sexuales. ¡La escándala!... Sé que ahora las juventudes son muy precoces y que a tu edad sabes mucho más del tema de lo que yo sabía cuando tenía tus años. Y aunque realmente a nadie importaba lo que ese par hiciera, salvo que nos miraban al resto de los vírgenes con una superioridad aplastante, no era una situación trascendente. Hasta que ocurrió lo inevitable. Un buen día, Dulcinea dejó de ir a la escuela y todos nos preguntábamos por qué.

Sin embargo, creo que ya veíamos venir el resultado de ese trajín sexual tan enérgico de la pareja: Dulcinea quedó embarazada a los trece años de edad. ¿Te imaginas? ¿Trece años y embarazada? ¡En los noventa! Digo, en esta época también ocurren esos casos, pero hay muchas más alternativas para solucionar la situación. Yo no sé si habría hecho lo mismo en el lugar de ella, o de sus padres, pero creo que la estrategia que adoptaron definitivamente no fue la más adecuada: Juan y Dulcinea se casaron y tuvieron al bebé. Abandonaron la escuela. A ella la pusieron a trabajar en no sé qué mientras intentaba terminar la secundaria por la libre. Juan dejó definitivamente los estudios y se dedicó de lleno a trabajar en un taller de mecánica.

Y bueno, la vida pasó. No supe nada de ellos hasta mucho tiempo después. Me encontré con Dulcinea como diez años más tarde, por casualidad, en alguna calle. Era el año 2000 y algo. La vi, me vio, nos vimos. Tardé un poco en reconocerla, pero conseguí identificarla: ahí estaba ella con más años, con un poco más de peso y con algo diferente en la mirada. Para entonces

tendríamos veintitrés o veinticuatro años, pero Dulcinea se veía como si tuviera cuarenta. Lucía exhausta, demacrada. Su rostro tan bonito ahí seguía, pero cubierto por manchas de paño y algunas arrugas que se le formaban en las esquinas de los ojos, y creo que incluso tenía canas. Me dio un vuelco en el corazón al verla tan... Acabada.

- ¡Dulci! – exclamé sonriente, saludándola.

- ¡Vicky! ¡Wow! Tantos años – me respondió esbozando una sonrisa. Y aunque me puso buena cara, te juro que un halo de frustración y amargura se cernía en cada ángulo de sus rasgos. Sí: justo eso constituía el *algo diferente* que noté en ella apenas la vi.

- ¿Cómo estás? – le pregunté pensando en lo obvio, pero incapaz de preguntar, porque en el fondo estaba yo muy segura de que al final no obtuvo su *y vivieron felices* al lado de Juan. Aunque sí me causaba curiosidad si estaba satisfecha con aquel asunto de haber sido una madre adolescente.

- Bien. Estoy saliendo del trabajo. Me voy por Juanito a casa de mi mamá.

- ¿Juanito? ¿Tu hijo? ¿Así le pusiste?

- Sí, Juanito. Ya está en quinto de primaria, ¿vas a creer?

- ¡Ay, no me digas! ¡Qué barbaridad! La vida es un suspiro – reflexioné imaginando a un pre adolescente que estaría bastante alto y guapísimo, pues habría heredado los bondadosos genes de sus padres.

- Tal cual – comentó y me sonrió con un dejo de tristeza.

No hablamos por mucho más tiempo. Y educada como siempre he sido, me abstuve de preguntar cualquier cosa que la pusiera incómoda. Pero, por la plática, alcancé a entender que, en efecto, no continuó su relación con Juan; que se habían divorciado años atrás y que, de hecho, él ya tenía otra familia. Que ella estaba soltera, que vivía sola con Juanito y que trabajaba como empleada en un gran almacén. Motivo por el cual imagino que terminó la secundaria y hasta el instituto. Y eso sí que me dio gusto. No es que Dulcinea se destacara por ser una estudiante magnífica, pero sacaba buenas notas y me parecía una chica inteligente... Hasta que se quedó embarazada a los trece años.

Nos despedimos con un abrazo, deseándonos lo mejor. Continué mi camino hasta llegar a la parada del autobús. Tenía que hacer una tarea en equipo y quedamos de vernos en casa de un compañero. Durante todo el trayecto me quedé pensando en Dulcinea. No es que su hijo Juanito no valiera la pena. Una vida es una vida, y hay que defenderla con todo; pero ¿dónde quedaba el derecho de ella a decidir? Jamás me atrevería a preguntarle si tuvo a su bebé por voluntad propia, o porque los papás (de ella o de él) los hubieran obligado. No lo sé; pero recuerdo que la tarde de

nuestro reencuentro me quedé muy reflexiva y con un mal sabor de boca. La vida de esa chica pudo ser muy diferente si hubiera interrumpido el embarazo en el tiempo adecuado. Y estoy segura de que sus padres tenían los medios para proveerle un aborto seguro y oportuno que no pusiera en peligro su salud ni su vida. Y como era una adolescente, las leyes lo habrían permitido.

Sé que *el hubiera* no existe, pero si yo hubiera estado en su lugar y hubiera tenido sus condiciones, sin lugar a dudas hubiera apostado por mí misma. No, definitivamente yo no habría tenido a un bebé no deseado. Creo sinceramente que las mujeres deben decidir sobre sus propios cuerpos y que la maternidad debe ser voluntaria o no debe ser. ¿Tú que piensas?

Sororidad

De acuerdo con la Real Academia Española, sororidad significa *una relación de solidaridad entre las mujeres, especialmente en la lucha por su empoderamiento*. Es un término relativamente nuevo, pero me gusta. Lo que no es nuevo es la solidaridad femenina. Que no es tan frecuente como te dicen en esas marchas feministas donde las mujeres queman llantas, rayan monumentos, grafitean las paredes y gritan consignas contra los hombres mientras se declaran hermanas guerreras, víctimas del patriarcado y la opresión masculina. Pero de eso luego hablamos. Lo que sí voy a reconocer como gran verdad es que las mujeres llegamos a establecer fuertes lazos afectivos y comprometidos entre nosotras (no siempre, pero ocurre).

Por ejemplo, con el paso de los años y debido a la necesidad de hacer tantas tareas en grupo, la amistad entre tu mami y yo se fue haciendo cada vez más estrecha, y esa sí que era empática y solidaria. Como tú sabes, el papá de tu mamá era policía y falleció en el cumplimiento de su deber. Así que tu abuelita se las vio negras creciendo a sus tres hijos ella sola. Esa misma situación hizo que tu mamá y yo congeniáramos tan bien. De alguna forma, las dos éramos huérfanas y valorábamos muchísimo el tiempo... Y la vida. En mis días de la universidad (en los primeros años del nuevo milenio, el 2000), sólo tenía dos amigas: tu mami Laura y Gaby, que trabajaba conmigo en la panadería, y que hoy es mi asistente personal. A la fecha, aunque tengo otras amigas (como Patty y Amy), ellas dos son las mujeres en las que más confío en este mundo. Me demostraron su lealtad en momentos trascendentales y cuando más lo necesité.

Hoy te platicaré algo de Gaby. Y para nada es un secreto. Es algo de lo que ella misma habla, aconsejando a otras chicas. Mi amiga siempre ha sido muy sonriente, dicharachera y coqueta. De jovencita le encantaban las fiestas y los bailes. Y se hacía de novios en un tris tras. Hoy andaba con uno, luego con otro y después con aquél. No era demasiado guapa. Ni muy brillante que digamos, pero era buena gente y divertida. Y muy liberal con respecto a su cuerpo y su sexualidad, lo cual siempre le admiré. ¡A mí a la fecha me cuesta un triunfo involucrarme emocionalmente con un hombre!... Lo del sexo es otro tema. Cosas más de las que luego te hablaré.

Cada vez que Gaby llegaba, la panadería se llenaba de un ambiente festivo. Ponía cumbias en la radio y se avocaba diligente a limpiar y a acomodar mientras bailaba, meneando las caderas, cantando y sonriendo. A todos contagiaba con su jovialidad, incluidos los dueños del negocio, que eran una pareja de dos señores como de cincuenta años. Como lees: señores. No señora y señor, sino señores. Una pareja de homosexuales que vivían juntos desde hacía muchísimos años, y que habían defendido su amor y su modo de vida en una época de suma

opresión y persecución para la comunidad gay. Se querían muchísimo. Se preocupaban y cuidaban uno por el otro con total devoción, ignorando el qué dirán. Siempre sentí mucho afecto y agradecimiento por ellos, pues además eran buenos jefes: amables y considerados. También eran muy alegres, como Gaby. Bueno, los otros empleados también eran divertidos y relajados. La única amargada que vivía con el entrecejo arrugado era yo, pero es parte de mi personalidad. Ya me conoces.

Un buen día, cuando salía de la Facultad y llegué al trabajo, me quedé muy extrañada de entrar al negocio y no escuchar *El chico del apartamento 512*, que era un ritual de todos los días. Casi puedo reconstruir la imagen de Gaby contoneando las caderas mientras colocaba las charolas de pan, cantando sonriente, disfrutando la música. Y esa vez no ocurrió nada de eso. Había un silencio sepulcral que me dio muy mala espina. Entré a la panadería, di el *buenas tardes*. Dejé la mochila en el casillero, me puse el delantal y me acerqué a ella, que acomodaba una charola de conchas en el exhibidor.

- Gaby – le dije en un susurro, pero no me respondió. Seguía colocando los panes.

- Gaby, ¿estás bien? – pregunté, y entonces viró a verme.

- Ho... Hola, Vicky – me respondió. Y sentí un dolor desgarrador en el alma ante la imagen que presencié. Los ojos rojos, hinchados por el llanto, la falta del brillo en su mirada, siempre llena de júbilo, reflejaba una tristeza que no le había visto jamás.

- Por Dios, ¿qué tienes, Gaby? – insistí retirándole la charola.

Aproveché que no había clientes, la tomé del brazo y la llevé a una zona apartada de la panadería. Necesitaba hablar con ella y saber qué le pasaba; nada de eso era normal. Esa no era la chica que yo conocía. Gaby era muy risueña, despreocupada y optimista a pesar de que también vivía en una situación económica muy difícil. Era de un barrio tan pobre como el mío; pero nada de eso le suponía un problema. Siempre parecía feliz y satisfecha con lo que tenía. Sólo se dedicaba al trabajo y apoyar a la familia. Vivía con sus papás y sus hermanos, iba de fiesta en fiesta. Estrenaba enamorado cada semana. Algo grave tendría que haberle pasado para estar así.

- ¿Qué te pasa, Gaby? – reiteré clavándole la mirada. Ella agachó la cabeza y comenzó a llorar.

- ¡Dios! ¡Gaby! – exclamé y la abracé. Me devolvió el abrazo, pero continuó llorando. Jalé una silla y la obligué a sentarse. Fui por un vaso de agua y la hice beber. Minutos después parecía un poco más tranquila.

- Háblame, Gaby – le pedí. Me temía lo peor. Que alguien hubiera muerto, que les

hubieran embargado la casa. Un hermano en prisión... ¡No sé!

- Estoy embarazada, Vicky – susurró y volvió a agachar la mirada.

La noticia me cayó como un balde de agua fría. No es que mi amiga fuera muy ambiciosa, o que tuviera algún plan estratégico para apoderarse del mundo, o emprender un negocio multimillonario. No aspiraba a un doctorado en oncología y encontrar la cura contra el cáncer. Sé que no sabía muy bien qué hacer con su vida, que básicamente disfrutaba del día a día; pero de algo estaba muy segura: Gaby no quería ser madre a corto plazo. Apenas pasaba de los veinte años.

- ¡Ay, Dios!... ¿Y qué dice el Paco? – pregunté por el novio en turno.

- Vicky – me miró consternada, con expresión culpable –. No es de Paco, bueno... Es de Rafael.

- ¿Rafael, el de la ferretería? Gaby... ¡Pero si andabas con Paco! – exclamé incrédula.

- Sí, pero también salí con Rafael... Una vez – reconoció y se sonó la nariz con un pañuelo.

Tomé aire. No sabía que pensar. Quería gritarle ahí mismo y darle un par de cachetadas por irresponsable, por ¡tonta!... Pero de nada serviría una sola de mis palabras. Suficiente problema tenía entre manos como para acabar regañada. En ese momento no necesitaba un sermón sobre el tema de la promiscuidad y la salud reproductiva; requería una solución.

- ¿Ya le dijiste? ¿Qué vas a hacer? – inquirí.

- Hoy fui a verlo. Le dije. Le mostré los resultados de la prueba. Me gritó. Se encabronó. Me insultó. Me dijo que era una pinche puta mentirosa... Me dijo que no era suyo, que seguro era de Paco y que yo nada más quería endilgárselo a él.

Sólo de escucharla sentí que me hervía la sangre al imaginar la escena. Mis cejas se volvieron una sola. De haber tenido al pendejo de Rafael enfrente le hubiera pegado con el bate de béisbol que tenía detrás de la puerta de la casa, y que me servía como arma en caso de asalto. Me lo dejó mi hermano antes de irse a la Marina. Me dijo que le haría sentirse más tranquilo. Nunca me ocurrió ningún acto de agresión en casa, pero me hacía sentir segura.

- ¡Hijo de la chingada!... Ok, ok – suspiré –. Gaby, perdona que te pregunte, pero ¿estás segura de que no es de Paco? – insistí. No es que defendiera al asqueroso de Rafael, pero bien visto si la Gaby tenía novio y se metió con ese imbécil, su duda no era del todo inválida.

- Paco y yo siempre lo hacemos con condón. Siempre, Vicky. Lo de Rafael fue un *free*, nada más. En una fiesta en casa de unos amigos. Nos metimos al baño y lo hicimos una vez... Sin protección.

- Dios mío... Gaby, ¿qué piensas hacer?

Nos quedamos unos minutos en silencio. Apenas alcanzo a imaginar el dilema de la pobre Gaby. Embarazada de un tipo que no era su novio y que además resultó ser un perfecto imbécil. También sentí pena por el pobre de Paco. Aunque medio entendía a Gaby. Si Rafael era un pobre insecto hijo de su reputísima madre, también era muy atractivo. Y el Paco era un tipo bien equis; de lo más aburrido. Un pan sin sal. No sé qué carajos hacía Gaby con él.

- No puedo tenerlo, Vicky. No puedo tener a este bebé – externó con total decisión, fijando sus ojos en los míos.

A mi mente vino el recuerdo de Dulcinea. Pensé en todos los escenarios posibles, y en que Gaby tenía muy claro que no quería ser madre.

- No lo tengas – coincidí. Estaba totalmente de acuerdo con ella.

- ¿Tú crees que se pueda?

- ¿Sabes de cuántos meses estás?

- Estoy de seis semanas.

- Hay tiempo.

- Vicky, no tengo dinero. No... No sé qué hacer. No sé a dónde ir – dijo trémula.

Le miré a la cara. Observé sus ojos negros. Su rostro moreno, su cabello corto. Sus orejas... Sus aretes. Bajé hacia su cuello de donde colgaba una cadenita. Luego vi sus muñecas, alrededor de una de las cuales llevaba una esclava con su nombre. Todo era de oro. Seguramente de 10K, pero serviría.

- Vamos a juntar ese dinero, Gaby. Mañana mismo, antes de venir al trabajo, vas a llevar a empeño todas tus alhajas. Yo tengo un dinero que te puedo prestar. Y si es necesario les solicito un adelanto a los patrones. Nunca les he pedido nada. Sé que me lo darán.

- Victoria...

- Conozco a una compañera de la universidad que se hizo un legado con un médico de confianza. Creo que puedo preguntarle. Mañana mismo traeré sus datos.

- Vicky – dijo mi nombre y noté un dejo de esperanza en sus ojos. Sujeté sus manos.

- No estás sola, Gaby. Estás haciendo lo correcto.

Esa tarde no hubo música, ni baile. No escuchamos ni al *Chico del apartamento 512*, ni *Como la flor*, ni tampoco la vimos ejecutar el bamboleo magistral de sus caderas al ritmo de *Bibi bidi bom bom* (y otros éxitos de Selena Quintanilla), pero luego de nuestra plática, Gaby estuvo más entera. Y aunque se le notaba algo retraída, cumplió sus deberes de manera competente. No

obstante, a nadie pasó desapercibido su cambio de humor, pero tampoco nadie dijo nada.

Una semana después ya teníamos el problema resuelto. Tal como prometí a Gaby, conseguí los datos del médico que atendió a mi compañera. Por cuestión de anonimato, digámosle Dr. Benítez. Su clínica estaba ubicada en el centro de la ciudad. No era un establecimiento de lujo, pero estaba limpio y contaba con todo el instrumental y los permisos. Auscultó a Gaby el día anterior a la intervención y confirmó las seis semanas de embarazo. Le dijo que podía interrumpir el embarazo, pero que debía ser de inmediato. Gaby aceptó y siguió al pie de la letra cada una de sus instrucciones. En el expediente médico, para evitar cualquier lío legal, se estableció que el producto venía defectuoso y que se aplicaba un legrado para preservar la salud y la vida de la madre.

La mañana de la intervención no fui a la Facultad. Acompañé a Gaby y la esperé fuera del quirófano mientras la atendían. Luego del procedimiento, que no llevó más de una hora, se quedó en observación. Cuando el Dr. Benítez se cercioró de que mi amiga estaba bien, nos dejó partir, pero antes extendió a Gaby una receta con analgésicos, vitaminas y le dio una serie de instrucciones que me resultaron por demás importantes, lo cual hizo que el doctor (un señor como de cincuenta años, muy respetuoso) se ganara mi respeto y confianza. No sólo era un profesional, sino también un hombre moderno y sensible ante la realidad de chicas como nosotras:

- En esta otra receta te pongo los nombres de unas pastillas anticonceptivas muy buenas, Gaby. No son demasiado caras y tienen pocos efectos secundarios. Pero te recomiendo que las compres y que las tomes. Durante todo este mes queda estrictamente prohibido que tengas relaciones sexuales. Nada de nada, Gaby. Podrías lastimarte. Con respecto a las píldoras, puedes comenzar a tomarlas dentro de dos semanas para que tu cuerpo se vaya habituando y comiencen a hacerte efecto. Por favor, sigue mi consejo y evita que esto vuelva a ocurrirte. Eres muy joven, Gaby. Hoy guarda reposo absoluto. Descansa. Mañana ya puedes reincorporarte a tu vida normal, pero no cargues cosas pesadas. Nos vemos dentro de un mes para darte el alta. Esa consulta no tiene costo. Sólo es de seguimiento. ¿Ok?

Asentimos y dimos las gracias al doctor. Pasamos a la caja y pagamos por el servicio. Gaby llevó todo el dinero que consiguió al empeñar su joyería, y lo que había ganado en la quincena. Yo puse todo lo que tenía del ahorrito que procuraba para emergencias. ¡Y vaya que ésta era una emergencia! Originalmente pensé que el procedimiento resultaría más costoso, y no fue así. Ni siquiera tuvimos necesidad de pedir prestado a los patrones. Ahora que lo pienso, creo que el Dr. Benítez nos dio precio especial. Se dio cuenta de nuestra situación económica y se sensibilizó con nosotras. Al menos esa impresión me dio.

Cuando salimos de la clínica pedimos un taxi y nos fuimos a mi casa. Gaby le inventó a sus papás que me acompañaba a una fiesta de la universidad, y que se quedaba conmigo a dormir. A los patrones les dijo que tenía una infección gastrointestinal, y que no podía presentarse a trabajar, pero yo sí fui. Aquella tarde nos distribuimos el trabajo entre todos. Cuando volví, Gaby estaba acostada en la hamaca.

- ¿Cómo sigues? – pregunté. Colgué mi hamaca a lado de la de ella y me senté para verla de frente.

- Adolorida, pero bien – me dijo un poco adormilada. Había una mezcla de sentimientos en su rostro: tristeza y resignación, pero también la noté más serena. Quizás fueran los analgésicos.

- ¿Has tenido fiebre, dolor intenso, hemorragia? – pregunté, como si fuera su enfermera.

- No. Siento algo de cansancio, tengo un poco de dolor en el vientre y algo de sangrado, pero nada más. Es todo justo como dijo el doctor.

- Bien – contesté y me levanté para irme a dar una ducha.

- Vicky – me llamó y me detuve.

- No sé cómo agradecerte – me dijo mirándome a los ojos con total sinceridad.

- No tienes nada que agradecer, Gaby. Me conformo con que sigas las instrucciones del doctor Benítez... Todas, Gaby.

- Lo haré, lo haré, Vicky. Y voy a devolverte cada peso. Muchas gracias – me dijo y se acomodó para dormir.

Terminó con Paco tres días después. El pobre no se rindió fácilmente. Iba a verla a la salida del trabajo, le llevaba flores, pero no había nada que hacer. Gaby ya no quería estar con él. Y de hecho, creo que estaba un poco harta de los hombres. Claro que la situación no era para menos. Fue un evento muy delicado y, me atrevo a decir, definitivo para su vida, pero a la vez quizás fue hasta necesario para ayudarla sentar cabeza.

Después de aquello, Gaby estaba mucho más centrada de lo que quería hacer con su futuro. Tal como prometió, en un par de meses me devolvió el dinero que le presté. Ese mismo año se inscribió a un curso secretarial, que llevaba los sábados y entre el tiempo que le permitía el trabajo. Poco a poco fue recuperando la sonrisa hasta volver a ser la misma chica jovial y relajada. En cuestión de meses volvimos a escuchar los acordes del *Tex-Mex* rebotando en cada rincón de la panadería. No volvió a salir con otro muchacho hasta mucho tiempo después. De hecho, comenzó a ser más selectiva con respecto a los hombres. Hasta que se estabilizó en una relación con el que años después se convirtió en su esposo.

Difícil, no imposible

Y mientras Gaby atravesaba por un largo proceso de introyección para redescubrirse a sí misma, yo continuaba en la rutina del ir y venir a la Facultad y el trabajo. Claro, con tu mami, que era mi compañera de fórmula. Lo cierto es que éramos tal para cual. Desde entonces ya teníamos demasiadas cosas en común. Creo que a la vista lo más notorio era nuestra ropa mega equis; dos dignas representantes de la moda intrascendente. Pasábamos completamente desapercibidas y absolutamente olvidables, lo cual no es nada difícil en una población de 3 o 4 mil estudiantes.

Como te había comentado, yo siempre iba de mezclilla, camisetas holgadas, sin maquillaje y con calzado cómodo. Y tu mami un poco igual, aunque... No, la verdad, aquí entre nos, Laura estaba peor que yo. Era una especie de Betty, la fea, versión yucateca. Hoy la ves súper fashion, guapísima, impecable de la cabeza a los pies, pero en nuestros tiempos de universidad usaba vestidos largos y amplios (completamente amorfos), sandalias bajas, cero maquillaje y unos horribles lentes de pasta porque, ya sabes, tu mami es miope. Yo a veces me dejaba el pelo suelto hasta los hombros y creo que me sentaba con algo de gracia; pero tu mami se hacía una trenza ocultando ese cabello tan fuerte y bonito que tiene, y que creo es uno de sus rasgos más atractivos. Como sea, el caso es que no llamábamos la atención de ni un alma.

Confieso que fue un gran alivio para mí contar no sólo con una gran amiga como Laura, sino también tener a otra colega fea. Porque eso éramos: dos colegas resignadas a ser feas, pero dispuestas a salir de pobres... Y medio amargadas, la verdad. Y te digo que Laura me resultaba un gran consuelo porque si bien estaba yo muy enfocada en dejar de vivir tan miserablemente, lo cierto es que también tenía mi corazoncito y soñaba con el amor, en particular con un chico. Vivía secretamente enamorada de un muchacho guapísimo, con quien no tenía ni la más mínima posibilidad.

Tenía nombre de arcángel: Miguel. Y vaya que parecía un ángel. Hijo de familia con dinero. Y para no revelar demasiada información, digamos que se apellidaba Arrigunaga. Era alto, de complexión media, cabello rubio-castaño y de ojos claros. Era uno de esos chicos que habían pateado de sabrá Dios cuántas escuelas privadas y terminó recalando en la universidad pública con nosotros. Íbamos en el mismo grado, pero era dos o tres años mayor. Y yo no podía dejar de mirarlo. No era un hombre brillante, ni tonto. Estaba más bien desorientado. No se interesaba por nada, pero era divertido, algo bromista, amable y atento con todos. Y conmigo también lo era. Lo cual ya era demasiado raro. Ya te digo que era yo absolutamente invisible para casi todo el resto de la humanidad (excepto para Lau y algunos profesores). Sin embargo, de alguna forma él se fijó en mí.

¿La razón? Ya sabes que si no sacaba las mejores notas era por falta de tiempo, no de capacidad. Mis calificaciones estaban en el promedio, pero en cálculo y matemáticas sí andaba por encima de los demás. Tú mami se iba más hacia los impuestos y los procesos legales de administración, y era la mejor como hasta la fecha. Ahora bien, en temas de inversiones, mercado y finanzas no había ni un alma que me ganara. En eso sí, para que veas, sacaba las mejores notas. Por lo cual llamé la atención de Miguel Arrigunaga.

Recuerdo con claridad meridiana la primera vez que me habló. Estaba yo en la biblioteca consultando un material. No había mucha gente alrededor. Como siempre, andaba con los textos, calculadora en mano, libreta y lápiz haciendo cuentas. Y, de repente, se sentó junto a mí. Viré a verlo con el ceño fruncido, con total extrañeza, pero él me sonrió.

- Hola, Vicky.... Espero no molestarte – me dijo con una sonrisa tímida, y con cierto dejo de inseguridad en su voz.

Yo me moría por dentro. Me tembló hasta el corazón, pero tenía que hacerme la dura. Cosas del instinto de supervivencia. No te creas que odio a los hombres; para nada. Al contrario, los valoro en igualdad con las mujeres. Acuérdate de que adoro y admiro muchísimo a mi hermano, pero a mi papá... Bueno... Él nos abandonó a nuestra suerte destruyendo la moral y la autoestima de mamá, y eso caló profundo en mí. Así que en cuestión de caballeros, tiendo a ser muy escéptica hasta que me demuestran lo contrario. De ahí que siempre tenga la defensa en alto cuando se trata del sexo opuesto. Fue eso por lo que, cuando Miguel me abordó con tanto desparpajo, contrario a sonreírle y contestarle con educación, levanté una ceja, fruncí los labios y le pregunté, cual secretaria amargada del sector de salud pública:

- ¿Asunto? – como lees. ¡Asunto! Toda resentida, lo sé. Pero al menos no le pregunté *¿qué chingados quieres, cabrón?* Que tan grosera no soy, digo... Y te juro que me sentía morir. Era tan guapo, tan no sé qué. Miguel me tenía fascinada, pero era sólo una fantasía. Y de ninguna manera permitiría que supiera mis sentimientos. ¿La mejor estrategia? La defensa y poner cara de póker.

- Tú siempre al grano, ¿verdad? – inquirió sonriente, y yo a punto de derretirme, pero no hubo inflexión. No fui capaz de devolverle la sonrisa, como hacían todas esas chicas alrededor de él, que caían fulminadas por esos ojos claros tan bonitos.

- ¿Necesitas algo, Miguel? – volví a preguntarle tamborileando los dedos sobre la mesa, más para disimular mis nervios que como un gesto de apuro.

- Sí, la verdad... Asesorías, Vicky. ¿Cuánto cobras? – preguntó más serio, más concentrado.

Lo miré perpleja, pero luego evalué la posibilidad, estudiando su caso. Las notas de

Miguel eran las peor de la clase, y el tipo tenía todo para ser el mejor. Su familia tenía un despacho contable muy importante en Mérida. Con frecuencia viajaba fuera del país, andaba en vehículos caros, y su ropa era de buena marca. No como la mía. Sin embargo, a pesar de que su posición podía ofrecerle muchas oportunidades, el tipo las dejaba pasar dándolo todo por sentado. Me limité a observarlo, circunspecta, con mi mejor gesto inescrutable de Michael Corleone, que a la fecha me ha servido como no tienes idea para todas las negociaciones (no dejes que nadie sepa lo que piensas, Caro, hasta que tengas todas las cartas).

- Estoy reprobando casi todo, Vicky. Ya estamos en el último año. Debo materias de semestres pasados, y he logrado avanzar por la flexibilidad del programa, pero papá ya me amenazó. Me dio este año para nivelar y terminar la carrera aunque sea con el mínimo aprobatorio – añadió incómodo, con algo de vergüenza.

Vaya. Desesperación, mi mejor amiga en todo el mundo. Podía leerlo en su mirada. El tipo estaba al límite de sus posibilidades.

- Necesito tu boleta de calificaciones – le dije, como si estuviera dando una especie de consulta médica, como pidiéndole una resonancia magnética antes de emitir el diagnóstico.

- Sí, aquí está – me enseñó su historial académico. Lo tomé y lo estudié detenidamente por un rato.

Miguel me observó en silencio mientras yo analizaba su situación y la factibilidad de su cometido. Estábamos en noviembre, casi fin del semestre. Podríamos trabajar de enero a mayo del siguiente año, y el periodo de verano, en junio. Había aprobado todas las materias “sencillas”, es decir, las socio-económicas y de administración. Había salvado buena parte del currículo, pero en todo el eje de matemáticas estaba para el perro. Inaudito: el tipo provenía de una familia con tradición contable. Creo que desde su bisabuelo... En fin, pensé que con suerte y con mucho esfuerzo lograríamos buenos resultados. Era difícil, pero no imposible. Dios sabe que nunca desprecio un buen reto. Y aquí lo había. Tomé aire, levanté la cara y fijé la vista en él.

- ¿Puedes negociar el semestre completo y todo el verano? – inquirí con aire de superioridad, como si estuviera haciéndole una entrevista de trabajo. Soy insoportable, lo sé.

- Creo... Creo que sí.

- Ok, Miguel. Te voy a ayudar. Creo que podemos salvar este semestre. Mañana a esta hora ven a verme aquí a la biblio. Te traeré un plan de trabajo y cotización para lo que queda de noviembre y diciembre. Dependiendo de cómo vayamos podemos ver un plan más detallado para enero-mayo, y reajustar para el verano. Me pagarás por adelantado por estos dos meses. Pero tienes que comprometerte con esto. Dedicación de tiempo completo. Si apruebas o repruebas es tu bronca. No la mía. Te ofrezco asesoría y acompañamiento académico. Nada más. A la hora de

los exámenes estás tú solo. Y no hago trabajos para nadie. Sólo te voy a asesorar. No se te ocurra pedirme que haga la tarea para que pongas tu nombre ¿Entendido? – ofrecí en tono serio, casi gélido. Creo que fue el primer esbozo de plan de negocios que hice en la vida.

- Sí, sí. Claro. Gracias, Vicky – contestó de nuevo con otra de esas sonrisas que hacían flaquear mis rodillas.

Fue el inicio de un capítulo importante de mi vida. Uno que me dejó muchas lecciones, querida Caro.

Otro camino

El renacer. Panadería yucateca. Fue el primer negocio que adquirí. No sólo lo hice por razones sentimentales (pues pasé media vida trabajando en esa panadería antes de tomar otros rumbos), sino porque realmente creía en el producto. Lo que jamás imaginé es que años más tarde la convertiría en la panificadora mejor posicionada de la región sur-sureste, y que competiría con *Bombi*, la empresa panadera más importante de México (y buena parte de Latinoamérica). ¿Te conté alguna vez que quisieron comprar mi compañía? A tu mami le salió el orgullo regionalista y me aconsejó no vender. Le hice caso y no me arrepiento para nada... Pero eso te lo platicaré más tarde.

Noviembre y diciembre del 2000 (o 2002) fueron meses muy intensos. Todo giraba alrededor del trabajo, la escuela y mi nueva misión: ayudar a Miguel Arrigunaga a salvar el semestre. Pasábamos 10 horas a la semana en la biblioteca luego de clases. Le marcaba la tarea y mientras él hacía su parte, yo avanzaba con la mía. Lo cual no fue nada fácil, la verdad. Me costaba un triunfo concentrarme estando a su lado. Bastaba con sentir su perfume delicioso y su presencia tan imponente para convertirme en gelatina. Me ponía tan nerviosa... Y Miguel siempre lucía arrebatador. Y afortunadamente no se daba por enterado. Claro que tu mamá, que siempre fue tan inteligente, lo sospechaba. A veces se reunía a trabajar con nosotros, me dirigía alguna que otra mirada escrutadora, pero se abstenía de emitir comentario. Y yo fingía demencia.

En ese tiempo descubrí que Miguel realmente no era tan mal estudiante, sólo necesitaba un poco de impulso y tutoría. Sobre todo en matemáticas. También pude conocerlo mejor. Era responsable, educado y se tomó muy en serio mi plan de trabajo. Me encantó que fuera tan respetuoso conmigo y con mis tiempos. Pero tu mamá decía que me tenía más miedo que otra cosa.

- El Miguelito tiene pavor de llegar tarde a alguna cita o incumplir alguna instrucción tuya. Más que impresionado, lo tienes aterrorizado – me dijo tan pancha una tarde cuando íbamos en el bus. Luego se carcajeó con malicia. ¿Te acuerdas de Úrsula, de la *Sirenita*? Pues así, pero con lentes.

Yo la miré anonadada. Sin embargo, le concedí razón.

- Puede ser, Lau. Nada más recuerda: mejor que te crean cabrona y no pendeja... Mejor que te tengan miedo – indiqué y ella asintió, coincidiendo conmigo. A la fecha tu mamá sigue siendo una pesadilla para los despachos contables y legales. No sabes cómo la admiro por eso. Por algo somos comadres.

Para los exámenes de diciembre, por supuesto que Laura y yo acreditamos sin problemas.

La cosa era si Miguel aprobaría los finales, y si conseguiría salvar los extraordinarios de algunas materias, como habíamos planeado... Sorpresivamente lo logró. Todo con el mínimo aprobatorio, pero lo hizo.

- ¡No me lo puedo creer! – exclamó aquella tarde en la biblioteca.

Era el último día de clases. Al día siguiente comenzaría el periodo de vacaciones de invierno. Me estaba esperando a la entrada del edificio. Estaba exultante. Su sonrisa destellaba de satisfacción... ¿Y gloria? Parecía un guerrero que salió victorioso de la más sangrienta de las batallas. Me entregó su boleta de calificaciones. La miré y por primera vez, creo, le sonreí.

- Felicidades, Miguel. Lo conseguiste – dije sincera.

- ¡Wow, Vicky!... Es que... ¡Eres la mejor! – me respondió y luego... Me abrazó. Cargó conmigo y giró sobre su propio eje, estrujándose contra su pecho... Y yo me sentí morir. Jamás me había atrevido a tocarlo. Mi mayor temeridad, y obsesión, era aspirar su aroma y mirarle furtivamente. ¿Puedes comprender lo que fue para mí sentir sus brazos rodeándome?

Cuando me regresó al suelo y me dio un beso en la mejilla... Mi cara era un tomate. ¡Me sentía tan emocionada! Por él, por su abrazo. Al mirarnos, me observó por algunos segundos, ladeó el rostro y entonces descubrí un brillo en su mirada. ¡Carajo! Me atrapó. ¡El cabrón por fin me atrapó! Todo ese pinche tiempo disimulando para que no se diera cuenta, pero me agarró con la guardia baja y descubrió mi secreto: que me gustaba, que estaba loca por sus huesitos, que secretamente soñaba con que me hiciera suya, completamente suya. Que en mis fantasías nos casábamos y que era el padre de mis hijos... Sonreí... Pero, de nuevo levanté las defensas. Alcé la barbilla, lo miré fijamente. Con estudiada expresión altanera tipo María Félix. Me recompuse y entré a la biblioteca luego de dirigirle un *nos vemos* casi imperceptible... Hui... ¡Pero me siguió!

- Vicky... Déjame compensarte... Por favor – me dijo sujetándose del brazo cuando ya estaba por entrar al área de los libros.

- Emmm... Yo... – dudé.

- No, Vicky. Me niego. No puede ser que vivas sólo para estudiar, y para lo que sea a que te dediques luego de salir de clases – dijo arrugando el entrecejo.

- Trabajo, Miguel. Y sí, por ahora sólo me dedico a eso.

- Déjame invitarte a cenar un día – insistió poniendo cara de perrito apaleado... ¡Ay, Caro! Me lo estaba poniendo difícil. ¿Podrías rechazarle una salida al tipo de tus sueños?

- Ok. Lo pensaré... Tengo cita con mi tutor – le dije y continué mi camino. Sí, me volví a escapar.

La verdad es que por entonces no le acepté la invitación. Tampoco hubo tiempo. Comenzaba el periodo vacacional, y él y su familia se iban a Aspen o alguna parte así. Mejor. Miguel me gustaba mucho, demasiado. Y eso implicaba una gran debilidad. Había visto suficiente de mujeres sufriendo por algún amor, o algún tropiezo. Tenía muy reciente lo de Gaby. Pero sobre todo era muy consciente de que no valía la pena ni aceptarle la salida. ¿Para qué? No iba a perder mi tiempo vanamente con un chavo que me encantaba, pero con quien no tenía ninguna posibilidad. Ni tiempo, y muchísimo menos para entonces, que estaba a punto de terminar los estudios...

El profesor Augusto no sólo era mi maestro favorito, sino uno de los hombres más gentiles y solidarios que encontré en la vida. Y tuve la fortuna de que fuera mi tutor. Pero en realidad le daba poco trabajo. Nos veíamos tres o cuatro veces al semestre para seguimiento, y en las clases que dictaba. Aquel día me citó en la biblioteca. Al llegar lo encontré en una de las mesas, esperando puntual, como siempre.

- Buenas tardes, maestro – le dije y tomé lugar frente a él. Como era nuestra rutina de tutoría, saqué la boleta de calificaciones y la extendí para que mirara.

- Hola, Vicky – saludó. Me sonrió y estudió el historial. Frunció un poco el ceño, se llevó la mano a la sien y me miró.

- No quiero sonar como un profesor inhumano, pero creo que podrías hacer más que esto, Victoria... Sacas ochenta y noventa. Difícilmente llegas a cien, aunque dominas cada tema. No estás aprovechando tu potencial, y veo tantas cosas en ti, Vicky. Te estás desperdiciando. Si continúas con esta tendencia, tu certificado dará un promedio por debajo del noventa. Puedes con más. Con mucho más. Lo sé y lo sabes – sentenció, y yo me angustié al ver que a pesar de todos mis esfuerzos decepcionaba a mi mentor. Un hombre al que admiraba yo tanto. Me sentí terriblemente mal, aunque sabía que lo que decía era por mi bien. Pero no podía hacer otra cosa. No me alcanzaba el día.

- Profe, hago lo que puedo – interrumpí defendiendo mi honra. Agradecía su preocupación, pero la realidad era la realidad. Y tampoco quería explicarle otra vez los altos costos de la renta de una casa digna; la luz, el agua, la comida, el transporte. Justo me disponía a empezar la perorata cuando me interrumpió.

- Entiendo. Por eso te cité hoy – añadió y me extendió un tríptico con información institucional –. Es la beca de la Universidad. Es un fideicomiso que tiene con el Gobierno del Estado. Sé que nunca habías aplicado porque era una beca de excelencia académica y no alcanzabas el promedio, pero hay una nueva categoría: jóvenes de escasos recursos. Te queda una materia más y las prácticas profesionales. Si logras sacar cien en ambas, y creo que así será,

tu certificado arrojará un estupendo noventa de calificación.

- Maestro... ¡Es una noticia excelente! Muchísimas gracias – me alegré en verdad. Siempre había querido esa beca, pero nada más no conseguía el nivel necesario. Estudiaría bien la convocatoria y, si fuera posible, quizás pidiera estar de medio tiempo en la panadería. No sé, podría tener una vida menos sacrificada y, en efecto, mejorar mi promedio.

Hice un dejo de levantarme para despedirme de él, pero hizo una señal con la mano y me detuvo.

- No, Vicky. Esa es sólo una alternativa para ti, pero creo que tengo algo mejor... Sé que estás dedicada de lleno a la panadería. Te contrataron de tiempo completo y estás ocho horas por seis días a la semana; y apenas te alcanza la vida, pero tengo una oportunidad para ti. Y una recomendación. Como decíamos, tu promedio no es el mejor, pero llevas casi todos los créditos completados. Vamos bien con el plan para el siguiente semestre, te graduarás en tiempo y forma... Mira, *Grupo Fritz* aceptó recibir practicantes. Me llevo bien con la dueña y le he solicitado apoyo económico para quienes se inscriban con ellos, y pasen el requerimiento. No es muchísimo dinero, pero la práctica no sería gratuita, Vicky. Te pagarían por hacerla con ellos. Y me atreví a pedir una para ti – añadió.

Lo miré perpleja. Sentí como si un halo protector cayera sobre mis hombros. Nadie daba un peso por mí. Fuera de los dueños de la panadería, Laura, Gaby y mi hermano, realmente no tenía a nadie más. Y todos estaban demasiado concentrados en sus propios asuntos como para fijarse en mi humilde persona, a menos que tuviera un problema. Y ese profesor estaba apostando por mí, por primera vez. Y nada más ni nada menos que frente a *Grupo Fritz*, el despacho contable más prestigioso del Estado. Todos conocíamos su reputación. Y especialmente de la dueña, Aurelia Fritz, que tenía fama de exigente e implacable; era una auditora excepcional.

- ¿Es en serio? – pregunté incrédula.

- Totalmente. Iniciarías en enero, pero puedes hacer la entrevista a la de ya y adelantar el trámite. De hecho aquí traigo la documentación. Hazte un tiempo en vacaciones. Ve a verlos. Cuando regresemos en enero podrás comenzar. Tendrás el apoyo económico de *Grupo Fritz* al menos por un semestre, y la beca. Y después, Vicky, será cosa de probar suerte para cuando termines la carrera. Con tus ilimitadas capacidades, conseguirás lo que quieras. No descarto que te contrataran en *Grupo Fritz*.

Revisé los papeles una y otra vez. El profesor Augusto ya había asentado su firma y la del secretario académico, con sello de la Facultad y la Universidad. También estaba una tarjeta con número de teléfono de la empresa y el nombre del encargado de recursos humanos. Además

había una carta de recomendación de mi tutor en la que señalaba lo responsable, inteligente y dedicada que era... Básicamente estaban esperando por mí. ¡No podía creerlo!

- Profe... Muchas gracias – le agradecí conmovida al borde del llanto.

- Nada que agradecer, Vicky... Pero falta algo más – agregó –. ¡Ah, ya estás aquí! Justo a tiempo.

Se dirigió hacia una mujer como de su edad que entraba en ese momento. Una señora guapa, canosa, como de cincuenta años. Ella se paró a su lado y le dio un beso en los labios.

- Vicky, te presento a Dalmira, mi esposa.

- Mucho gusto – contesté poniéndome de pie y extendiendo la mano. Ella contestó el saludo, me sonrió y me estudió con curiosidad.

- Tienes razón, cariño. Le quedarán.

Los observé con cara de circunstancia. Y como no supe qué otra cosa hacer, mantuve la sonrisa.

- Ven, vamos. Acompáñanos al estacionamiento, Vicky – indicó mi profe y se levantó. Tomó la mano de su esposa y yo, por inercia, los seguí.

Llegamos al área. Indicaron hacia su Golf rojo, un auto muy lindo. Dalmira abrió la cajuela y me entregó una enorme bolsa de mandado.

- Es ropa, Vicky – dijo la mujer –. Era de nuestras hijas, pero una vive en el extranjero; y la otra se casó el año pasado. Estábamos acomodando las cosas y fueron saliendo. Está toda en buen estado. Tendrá algunas puestas. Hay vestidos, blusas, pantalones de vestir y un par de zapatos. Todo es combinable. Parece de tu talla. Creo que te quedarán.

Me quedé embobada, parpadeando. Mirando de uno a otro.

- ¿No te vas a ofender, o sí? – preguntó mi profesor, angustiado.

- Yo... No, claro que no – respondí, pero seguía un poco descolocada por la sorpresa. Difícilmente recibía un regalo. Muchísimo menos ropa. La última vez que me compré algo fueron unos jeans y las camisetas institucionales de la universidad que me sacaban del apuro. Casi no tenía ropa formal... Jamás que rechazara algo así. Aún no había visto el contenido, pero lo hubiera aceptado aunque fuera ropa fea. No iba a despreciar semejante obsequio. Y muchísimo menos el detalle de mi profesor y su esposa.

- Es importante, cariño... Para tu nueva posición. Augusto me había comentado un poco tus circunstancias. Cuando miramos la ropa, automáticamente pensó en ti y en *Grupo Fritz*. No... No lo tomes a mal, por favor, pero en algunas empresas como te ven te tratan y...

- Entiendo. Muchísimas gracias – agregué.

En efecto, comprendí el mensaje. Mi ropa desgastada y pobre no daría precisamente una buena imagen. El profesor me había conseguido una oportunidad de oro y, por los rumores que corrían sobre Aurelia Fritz, creo que estaba recibiendo un muy buen consejo. Y a mí no me había pasado por la cabeza el tema de la ropa.

Volví a sonreírles infinitamente agradecida. Nos despedimos con un abrazo deseándonos felices fiestas. Tomé la bolsa y me fui hasta la parada de autobús para ir al trabajo. No vi el contenido hasta que volví a casa pasadas las diez de la noche, como era lo usual. Miré todo con detenimiento. Tal como dijo Dalmira, era ropa profesional. Me probé todo. Los pantalones me quedaron un poco amplios, pero podría ajustarlos con algunos arreglos menores que haría yo misma. Las blusas me ajustaron muy bien. Y los zapatos eran de tacón grueso, mediano; cómodos. Perfectos para trabajar. Luego estaban los vestidos. ¡Wow! Los vestidos eran algo coloridos, pero ¡carajo! Me asentaron como un guante. Se ajustaban a mi figura y me hacían una silueta en la que no me había fijado realmente. No era gorda, no era flaca. Era talla media, normalita; pero de alguna forma esos vestidos realzaban las curvas que tenía. Especialmente aquel vestido rojo. No estaba segura de si lo usaría alguna vez, pero pensé que me valdrían en alguna ocasión especial (si es que la había).

Lo deposité todo sobre la cama y armé los conjuntos. Incluso apunté: podría hacerme unas quince combinaciones. El mínimo para dos semanas de trabajo y repetir. Dentro de unos pocos días recibiría el aguinaldo. Quizás invirtiera algo de ese dinero en maquillaje, un nuevo corte de cabello, un perfume de mejor calidad, y en un par de aretes de perlas (falsas, claro está; pero de buena calidad). Las perlas no fallaban jamás, o eso decía Coco Chanel.

No tienes idea de cómo cambió mi visión aquella noche. Siempre daba la apariencia como un tema sin importancia, dando por sentado que estar limpia y presentable era más que adecuado para el día a día. Hasta que me miré al espejo luego de probarme toda esa ropa. Comprendí la importancia de sentirse bien con uno mismo, y sobre todo con la feminidad. Como sea que la defina cada quien. En mi caso como mujer, al menos en ese momento, me daba la oportunidad de verme y sentirme bien... Bonita. Fue a causa de esa sensación tan renovadora que cuando tuve dinero, me llené de joyas, zapatos y ropa cara, para darme gusto a mí, sólo a mí, que no había tenido nunca nada. ¿Quién diría que años más tarde invertiría en una cadena de joyería?

Y mientras analizaba y reflexionaba sobre el nuevo proyecto, otra lágrima traidora comenzó a deslizarse por mi mejilla. Carajo, yo no lloraba nunca; no me sonrojaba jamás, y ese día llevaba tres al hilo. La vida comenzaba a sonreírme por primera vez. Se abría una

oportunidad valiosa que podría cambiarlo todo por completo. Otro camino. Lo difícil sería hablar con los dueños de la panadería y contarles. No sólo eran mis jefes sino que, junto con Gaby, eran prácticamente mi única familia... Pero eso vendría después.

La última noche

Fue muy impresionante conocer a Aurelia Fritz. Era una especie de Margaret Thatcher, de Hillary Clinton, tan elegantes y distinguidas. Aurelia, que para entonces rondaba los cuarenta, casi los cincuenta, estaba permanentemente guapa e impecable y, ¡Dios! Era inteligente, fuerte y asertiva. Conocerla fue un factor definitivo en la imagen que creé en mi cabeza de lo que debía ser una mujer exitosa, ejemplar. Era realmente inspiradora... Y daba miedo, mucho miedo. Y por eso la admiré más.

Aquel enero fue un poco difícil. Hubo demasiados cambios. Empezando por la panadería. Cuando tuve la respuesta positiva de *Grupo Fritz* y luego de firmado el contrato, hablé con los dueños de *El renacer*. No querían dejarme ir y, siendo sinceros, el dinero de las prácticas profesionales no era demasiado (porque sólo era medio tiempo), y la Universidad se tardó en depositar el dinero de la beca, así que seguía quedando un poco corta para mantenerme. Lo bueno fue que llegué a un acuerdo con los dueños de la panadería: trabajaría con ellos a tiempo parcial, sobre todo en fin de semana. Lo cual daba a los jefes un descanso, pues eran quienes tenían la mayor carga en esos días. Y como ya casi terminaba los créditos, no representó un gran problema. Ya sólo me quedaba el periodo enero-junio y, si todo iba bien, me graduaría para agosto. Únicamente iba a la Facultad un par de veces a la semana para terminar la asignatura pendiente y revisión de mis prácticas con el profesor. Y, claro, para las tutorías con Miguel.

Miguel... Ese otro gran tema... Tal como te había dicho, en diciembre del año pasado decidí hacerme un poco de hojalatería y pintura. Bueno, hasta tu mami se animó. Tu abuelita nos llevó al salón de una amiga suya y nos dieron una manita de gato: perfilado de cejas, corte de cabello y una pequeña asesoría para el maquillaje. Laura definitivamente dejó de ser Betty, la fea, para convertirse en Laura, la ejecutiva. Cambió los lentes de pasta por unos más delgados y armónicos con su rostro. Quedó muy parecida a la versión que hoy conoces. Y yo igual mejoré bastante, la verdad. Me decidí por mantener el cabello largo y lacio con capas suaves que me sentó muy bien y que llevo utilizando hasta el día de hoy. Para maquillaje: delineado negro, rímel, algo de rubor y labial rojo; y un humilde perfume anaranjado, que también me sigue encantando.

¿Por qué te detallo tanto? Por el antes y el después que te ponen en la televisión cuando presentan un cambio de imagen. Y sí que cambié. La cara de Miguel cuando vio mi nueva apariencia fue todo un poema. Se quedó mirándome como lelo... Y otra vez me ruboricé.

- Estás increíble, Vicky... Digo, siempre me pareciste una chica linda, pero estás muy, muy guapa – me dijo sonrojándose un poco también. Aunque, en el fondo, yo sabía que Miguel estaba muy acostumbrado a coquetear con las chicas. Ese sí que era un don que Dios le dio, y

que había cultivado como todo un arte. Y esa vez, al menos en aquella ocasión, iba dirigido hacia mí, y no precisamente por mi talento excepcional para el cálculo y las finanzas. Sobra decir que el *siempre me pareciste una chica linda* caló profundo en mi alma. Se había fijado en mí.

- Muchas gracias – respondí con timidez -. Bueno, éste es el plan.

Le expliqué detalladamente lo que haríamos para ese periodo. Era bastante realista. Podríamos lograr que aprobara la mayoría de materias pendientes y que aplicara como loco para el periodo de verano, y un par de extraordinarios para agosto-septiembre. Con suerte se graduaría en octubre.

- ¿Entendido? – pregunté luego de una explicación sucinta.

- Clarísimo.

- El único cambio es que no podré verte más que un par de veces por semana. Mi horario está algo complicado – dije encogiéndome de hombros, un poco agobiada. Me encantaba quedar con Miguel aunque fuera para estudiar. Disfrutaba mucho nuestro tiempo juntos. Y hasta ese momento creí que sólo se trataba de mí, pero noté aflicción en su rostro, y eso me causó ternura.

- Vicky, necesito un poco más que un par de veces por semana. De verdad te necesito – señaló y de nuevo me puso esa cara de perrito apaleado, que resultaba irresistible.

- Mi horario en serio está complicado... A menos que fueras a mi casa los viernes por la tarde. De seis a ocho. Es el único día y tiempo que tengo libre – dije sin pensármelo demasiado, arrepintiéndome casi al instante, la verdad. Mi casa era pequeña, y estaba limpia y cuidada, pero era muy humilde. Tenía una salita/comedor/cocina. Una habitación, el baño y un pedacito de patio para tender el lavado. Nada más. Carajo, Miguel Arrigunaga era de familia rica. Mi casa le parecería una pocilga.

- ¡Hecho! – aceptó y respondió sonriente.

Y sí: lo hecho estaba hecho... Le di mi dirección. Preguntó algunos detalles de la zona para ubicarse un poco, y fue así como establecimos nuestra nueva rutina.

Poco a poco fue avanzando el semestre: enero, febrero, abril... El tiempo en *Grupo Fritz* se iba rapidísimo. Estaba como auxiliar contable, y llevaba cuentas de establecimientos pequeños. Siempre supervisada por don Goyo, uno contadores más experimentados. Ya pasaba de los sesenta años y reiteradamente hablaba de jubilarse. Todos en la empresa decían que desde hacía tiempo amenazaba con irse, pero que no cumplía. Y como tenía buen desempeño y era de confianza, la dueña tampoco lo jubilaba. Como fuera, me sentí muy bien trabajando con él. Aprendí mucho de la experiencia, y de un entorno más profesional que el de una panadería. Cada vez me sentía más cómoda revisando las cuentas, haciendo proyecciones e incluso propuestas de

inversión; y me fijé en que Aurelia comenzaba a mirarme con buenos ojos.

Los fines de semana eran toda una locura. Terminaba agotada. Eran los días que aprovechaba para limpiar la casa, lavar la ropa e ir al supermercado. Y a veces quedaba con Laura para hacer la tarea de la última asignatura que nos faltaba. En la panadería estaba de doce de la tarde a nueve de la noche sábado y domingo; pero de lunes a viernes básicamente no existía para ellos, a menos que hubiera alguna eventualidad. Lo cual era muy extraño. Antes del cambio entrené bien a Gaby, que se movía con mayor confianza en el manejo de la caja. Su curso de secretariado estaba dando buenos resultados, sin duda. De lunes a viernes me dedicaba a *Grupo Fritz* y a mis clases. Por primera vez en muchísimos años tenía las tardes libres.

Lo que me generaba doble sentimiento en mis nuevas circunstancias era Miguel. Como siempre era puntual, dedicado y aplicado en cada asesoría, pero de repente las cosas se estaban poniendo muy... Personales. Sobre todo cuando iba a casa los viernes. No sólo se presentaba rayando las seis, sino que además llevaba comida y refrescos para cenar conmigo cuando acabábamos la sesión. No se iba hasta pasadas las nueve de la noche. Y me platicaba de sus cosas: sus miedos, sus planes, sus verdaderos deseos. Resultó que a Miguel le gustaba la química, pero debido a la presión de sus papás terminó por seguir en el negocio familiar de la contabilidad.

- ¡Vaya, qué pena! Creo que es la única ventaja que tengo sobre el tema. No tengo una familia que me presione – le contesté. Y realmente lo sentía por él... Y un poco por mí.

- ¿No tienes a nadie más, Vicky? – preguntó acongojado. Me pareció sincero. Su rostro reflejaba consternación.

- Sólo a mi hermano. Viene a verme cada seis meses, cuando le otorgan el permiso. Y también nos hablamos por teléfono. Es dura la vida en la Marina, pero lo está haciendo estupendamente – respondí con orgullo. Si bien yo sería la primera persona quien lograra obtener un título universitario tanto de mi familia materna, como paterna (que es un gran, gran avance para nuestros orígenes tan modestos), Carlos seguiría luego de mí con una brillante carrera en la medicina naval.

- Eres admirable, Vicky... Tan fuerte, tan inteligente... Nada te detiene, y además eres tan... Tan bonita – me dijo con voz ronca, repasando mi rostro, como lo sorprendí hacer en varias ocasiones desde tiempo atrás.

- Pues... Gra... Gracias – respondí nerviosa. Y sí, sonrojada. Efecto que sólo conseguía Miguel Arrigunaga, a pesar de que me estaba acostumbrando a los piropos y coqueteos de algunos compañeros en *Grupo Fritz*, que creían ver una oportunidad en la nueva. ¡Ja! Se topaban con pared... Pero Miguel... Miguel era mi tacón de Aquiles.

Especialmente esa noche, aquella noche de mayo... Recuerdo que llevaba yo shorts de mezclilla y una camiseta sin mangas, ajustada, que dejaba ver esa silueta curvilínea de mi cuerpo, que cada día me gustaba más. Cuando entró Miguel a la casa me miró muy rápido las piernas y disimuló, pero sé que me echó ojo. Más que incómoda o molesta, me sentí muy halagada. Podría decir que me puse aquella ropa tan reveladora debido al calor, pero lo cierto es que también me gustaba despertar esas reacciones en él. Me hacía sentir diferente: atractiva, deseada. Miguel avivaba la reciente la vanidad que había desarrollado en torno a mi apariencia física, y que tan abandonada tenía por todo lo que ya te conté. Lo que no calculé fue el impacto que el atuendo iba a ocasionar en mí misma, y cuán definitivo sería aquel encuentro.

- Siempre te he encontrado muy bella, Vicky... Tan fuerte, tan brillante y tan inalcanzable – dijo aproximándose a mí, siempre en ese tono bajo, sensual que nunca usaba conmigo, pero que seguro utilizaba cuando quería seducir a una chica.

- Y yo siempre he creído que eres muy apuesto, Miguel. E inteligente. Y ahora que me cuentas de tu interés por la química, comprendo por qué no lograste tu potencial en contabilidad. No es lo tuyo – respondí honesta, acercándome un poco a él.

- Me gustas muchísimo, Vicky – susurró sobre mi boca.

No te sé decir muy bien cómo, pero en un instante ya lo tenía sobre mí llenándome de besos, y luego ambos acabamos comiéndonos la boca. Esos besos tan ardientes, sus caricias abrazadoras fueron mi delirio, y me dejé llevar. Para ese tiempo tenía yo casi veinticuatro años y aún era virgen. Que Miguel fuera mi primer amante fue un regalo de la vida, en verdad. ¿Cuántas chicas tienen la oportunidad de que su primera vez sea con su *crush* (como le dicen ahora)? Es una decisión de la que no me arrepentiré jamás. Fue tierno, apasionado y paciente. Veneró cada parte de mi cuerpo, y yo adoré el suyo. Además fue muy cuidadoso conmigo. Me protegió en todo momento, y me sentí segura de entregarme a él.

Y, con el paso de las semanas, eso también se volvió parte de nuestros encuentros, que cada vez se hacían más frecuentes. Había ocasiones en las que llegaba de improviso a casa, mirándome con esa seriedad arrolladora, con la intensidad metálica de sus ojos claros que, sin mediar palabra alguna, me indicaban claramente el mensaje: necesitaba sexo, me necesitaba a mí. Y vaya que estaba a gusto de recibirlo, de darle todo y de aceptar lo que quisiera darme por el tiempo que durara, en sus condiciones. Jamás hablamos de compromiso. No sé muy bien en qué yo estaba pensando. Sólo sé que me dejé arrastrar por la marea de la pasión, y que quería vivir el momento tanto como fuera posible, hasta donde llegara. Sabía que tarde o temprano terminaría pues una relación con Miguel Arrigunaga era imposible. Si bien me estaba abriendo paso hacia un nuevo futuro, yo no dejaba de ser una chica huérfana y pobre, de apellido maya,

del cual estaba y estoy totalmente orgullosa; pero no es así para todos, querida Caro. En este país se discrimina tanto a los pueblos indígenas... Especialmente por la clase pudiente, como la familia de Miguel.

Aunque estaba aquella vocecita en mi conciencia hablándome una y otra vez, diciéndome que era peligroso, que algo ahí no estaba bien; que las cosas no estaban sucediendo como debían, pero yo decidí ignorarla. Y tampoco podía hacer gran cosa. No lograba resistirme a sus besos, a la necesidad que tenía de él. A su pasión, a su ternura. A nuestras charlas después de hacer el amor, que se volvieron domésticas, tan naturales. Como si fuéramos una pareja en forma... Pero no lo éramos. Claro que tenía clavada la espina de la duda y la inseguridad en el corazón, pero igual acepté aquel acuerdo implícito en el que compartíamos nuestro tiempo y nuestros cuerpos a puerta cerrada, sin planear, sin pensar en un mañana.

No obstante, yo cada día estaba más loca por él, pero mantenía la mente despejada: usábamos preservativos y nos protegíamos de cualquier situación no deseada (demasiado sabía yo del tema), seguía muy enfocada en el trabajo y en terminar la carrera. Jamás abandoné el objetivo. Estaba a punto de conseguirlo. Mayo era un mes definitivo y estaba terminando justo como había previsto junto con mi tutor: con la obtención del total de los créditos y con el ansiado promedio de noventa de calificación. ¡Y además tenía un amante! Era un mundo absolutamente nuevo para mí. Era feliz en medio de aquella burbuja de fantasía tan efímera que había construido... Hasta esa última noche.

Nueva lección

Con mucho esfuerzo, juntando dinero conseguí mi primer celular. Que ese sí era celular, no smartphone como los de ahora. Era un Nokia monocromático de pequeña pantalla verde, antena y teclas. Los de *Grupo Fritz* compraron un paquete de teléfonos a buen costo y pedí uno. Lo costé con la paga de abril y mayo. Y valió cada peso, pues no tenía teléfono en casa y necesitaba estar localizable para esta nueva etapa laboral que emprendía. Aunque tampoco tenía demasiados contactos: Carlos, Laura, Gaby, mi tutor, los del *Grupo Fritz* y, por supuesto, Miguel.

Fue así como una tarde de viernes me llamó Gaby. Me dijo que no podía ir al trabajo porque su mamá había enfermado y se quedó a cuidarla. Había avisado a los dueños, quienes le indicaron que me pidiera ayuda. Obvio acepté. No sólo porque me pagarían horas extra, sino sobre todo por lealtad. Los dueños de *El renacer* siempre fueron buenos jefes. Me necesitaban, y por supuesto que contarían conmigo. Envié un mensaje a Miguel explicando la situación y que esa noche no podría quedar con él. Su respuesta aún me parece tierna... Y cómica. Qué ironía:

Miguel: =(Bueno, la próxima vez será. Igual yo tengo compromiso con mi familia en la noche.

Vicky: Así lo quiso el destino ‘=(

Miguel: Ok. Te voy a extrañar, bella.

Bella, así me decía. Y de repente se ponía muy inspirado y me cantaba, con todo y baile, algún extracto de esa canción de Mijares. ¿La conoces?

Bella.

Transparentemente bella.

Endiabladamente bella.

No se asoman las estrellas ni la luna

Bella... ^[2]

Imposible no enamorarse de él. Miguel era todo un piropero: *preciosa, divina Vicky, chulada, dulce paloma...* Me endulzaba los oídos y yo, tan carente de cariño y atención, le dejé hacer. A propósito, ¿notaste el tema de la excusa?: había quedado con su familia. En poco más de un mes de esa *no relación* que teníamos, Miguel nunca me presentó con nadie, y muchísimo menos con su familia. No salíamos a ninguna parte. Los encuentros eran en la escuela o en mi casa. Ya te digo que tampoco le exigí nada. Todo era tan difuso. Claro que no llevábamos mucho tiempo *juntos...* Medio me culpo, la verdad, pero también me alegro por no haber hecho nada de

eso. Dios sabe por qué pasan las cosas.

Luego de aquel mensaje, me preparé para ir a la panadería. Como siempre elegí unos jeans y la camiseta del uniforme, que afortunadamente era de algodón. Ese era mi look para el trabajo en *El renacer*. Era práctico y fresco en caso de que se necesitara alguna actividad especial, como limpiar o hacer una entrega.

Esa tarde fue fatal. Había exceso de pedidos, pero con el personal que teníamos nos arreglamos para atender la caja y hacer una salida extra porque el diligenciero no se daba abasto. El dueño me indicó que había una entrega de glorias rellenas de carne, sandwichitos de paté, arrolladitos y no sé qué tanta cosa. Era en una casa al norte de la ciudad, donde había una fiesta, cena o algo.

- Cuente con ello, jefe. No tardo – le indiqué. Tomé la orden y la metí en la caja de la motocicleta. Me puse el casco e inicié el camino.

Quince minutos más tarde (la ciudad era pequeña, querida Caro), ya me encontraba en la casa de los Mendoza, a donde llevaba el encargo. Estacioné la motito. Toqué el timbre, y mientras esperaba, contemplé el lugar: era toda una mansión. Verdaderamente apoteósica. Hermosa desde el enverjado barroco lleno de flores y formas caprichosas, hasta la imponente construcción que asomaba tras la reja. Toqué el timbre otra vez y esperé que me atendieran.

- ¡Voy! – se escuchó el grito de una mujer que me habló desde el intercomunicador junto a la reja, que se abrió automáticamente – Pasa, por favor.

Seguí las órdenes, subí a la moto y avancé hacia la casa. Miré la fuente de piedra que estaba justo al frente. Me detuve cuando llegué a la entrada. Acomodé la unidad, levanté la visera y miré a la joven que bajaba las escalinatas de la terraza. Era una chica rubia, muy guapa.

- Buenas noches, pedido de *El renacer*: veinte glorias rellenas, veinte sandwichitos de paté, paquete grande de arrolladitos, sandwichón para veinte.

- Hola – respondió la chica mientras tomaba la orden que le extendí – ahora vengo. Voy por el dinero.

- Sí, claro – respondí.

- ¡Ay, son muchas cosas!... Mickey, mi amor, ¿me ayudas? – grito en dirección a la puerta.

Cuando escuché la respuesta lejana de voy, experimenté un estremecimiento eléctrico. Reconocí la voz, la identificaría en cualquier lugar. Y entonces lo vi aparecer por la puerta y descender por las escalinatas. Iba de jeans y camiseta. Informal, pero elegante, guapísimo. Sentí morir. El alma se me salió del cuerpo a causa de la impresión. Era la prueba fehaciente de que

todo aquello que sospechaba ocurría tal como imaginé, aunque no me atreviera a reconocerlo a mí misma: Miguel tenía novia y, por supuesto, era una muchacha de su nivel, que iba de acuerdo con su clase y su círculo social.

Mendoza... Fui atando cabos. Por el tamaño de la residencia, el apellido y la chica rubia tan guapa, entendí con quién estaba tratando. Era hija de los Mendoza, los dueños de *Telesistemas del Sureste*, que para entonces era el consorcio regional de medios de comunicación más importante en toda la península. En *Grupo Fritz* y en la Facultad escuché algunas cosas de ellos. Y aquí estaba yo justo frente a ellos... Entregando un pedido de la panadería a la hermosa novia formal de Miguel.

Nuestros ojos se encontraron. Su rostro se llenó de sorpresa, culpa... Y miedo. De que le hiciera una escena frente a su chica, por supuesto.

- Cariño, ¿me ayudas con esto? – pidió con total naturalidad, cuando se acercó Miguel.

- Vi... Vicky – dijo nervioso. Al menos no me negó – ¡Qué sorpresa!

Su tono era forzado, pero dadas las circunstancias, actuó muy bien. Totalmente entero, aunque notaba el terror en su mirada. Por mi parte, con las pulsaciones a mil, con un nudo estrangulándome la vida, avergonzada, herida de muerte, y aun con el corazón hecho trizas, levanté la cara y traté de comportarme a la altura.

- Buenas noches. Hola, Miguel – dije secamente con la voz más firme que me salió, guarecida tras el casco protector que si bien dejaba ver mi rostro, de alguna manera me sentía agradecida por llevarlo puesto. Me ayudaba a ocultar el resto de mis facciones seguramente desencajadas.

- ¿Se conocen? – preguntó la chica curiosa mientras entregaba las bolsas del pedido a Miguel.

- Sí... So... Somos compañeros. Vamos en el mismo curso... Ella es Victoria, y ella es Andrea, mi novia – nos presentó desviando la mirada, concentrado en revisar el contenido de las bolsas, evitando encararme.

Sí, querida. Somos compañeros de clase, pero también soy su tutora y cuando no está contigo, somos amantes, quise gritarle, pero obvio me quedé callada. Estaba yo muy cierta de que nuestra relación no tenía ningún tipo de compromiso, y que nunca hablamos sobre eso. Aunque el hallazgo me doliera en el alma, jamás me rebajaría a hacerle una escena a un hombre que no me prometió nada. Al final estaba en una situación en la que yo misma me metí... No sabía que tuviera novia, pero lo sospechaba. Claro que entre la duda y la verdad, ahora ya tenía la certeza. Era un momento de inflexión. Las cosas cambiarían de inmediato entre nosotros, pero

no, definitivamente no le armaría ningún escándalo. ¡Para dramas estoy yo! Además, siempre he sido muy orgullosa. Después de ver la forma en que mamá se quebró con la partida de papá, decidí que nada ni nadie irían por encima de mi dignidad. Ni siquiera mi corazón, que en ese momento se había roto en mil pedazos.

Como siempre mi legendario temple, que utilicé y utilizo para todas las negociaciones, hasta en las más delicadas, salvó la situación:

- Hola. Sí. Somos compañeros – confirmé aceptando el dinero de la chica, que no sólo me pagó por el producto, sino que también me dio el mínimo de propina.

- Gracias. Que disfruten de la cena – contesté luego de la entrega.

- Gracias a ti – respondió ella, que me estudió con curiosidad.

- Buenas noches, Vicky... Gra... Gracias – dijo él buscando mi mirada, pero esta vez fui yo quien le evité y ya no le respondí. Monté en la moto, me di la vuelta con la cara en alto y emprendí la salida.

Creo que lo que más recuerdo, lo más difícil y doloroso de aquel intercambio fue que cuando ya me iba, en apenas unos segundos alcancé a escuchar cómo le decía:

- ¡Qué jodida está tu escuela, Miguel! No mames. Mira las fachas. Vieja tan pobre y corriente – añadió la mujer, a quien evidentemente causé lástima.

Pobre y corriente, pero bien que me ando tirando a tu novio que no deja de ir a buscarme; que me suplica una y otra vez que le deje volver a hacerme el amor; que me llena de besos y caricias, que no puede dejar de tocarme; y que además me escucha atento, apantallado, con ojos de borrego tierno cuando le doy una cátedra de cálculo para contables (por lo cual me paga). Y sí, querida, también se impresiona con mi inteligencia... Aunque sea tuyo por tu belleza... Y obviamente por tu dinero.

Desde luego que me quedé callada rumiando una y otra, y otra vez, pero durante todo el camino de regreso a la panadería retuve una sola idea en la mente.

- Se acabó... Ya no más – dije en voz muy baja en el rojo de algún semáforo, mientras me secaba las lágrimas traidoras que bañaron mi rostro.

Pensé en lo mismo el resto de la jornada y prácticamente toda la noche. Creo que fue una de las noches más tristes de mi vida. Lloré de amargura y decepción. Especialmente cuando me mandó un mensaje:

Miguel: Vicky... Lo siento mucho.

Por supuesto que no le contesté. Intentó llamar, pero apagué el teléfono. *Se acabó*, me

repetí. *En este mismo instante, se acabó.* Ya en casa, luego de darme un largo baño, me senté a la mesa durante una hora. Exactamente una hora, para revisar algunos apuntes y pendientes, concentrando mi atención en las tareas de la escuela, evitando pensar. Cuando acabé, me fui a la cama. Y, así, en medio del llanto, me entregué al sueño.

A la mañana siguiente inicié la rutina. Me di un baño rápido para despertarme. La ansiedad me carcomía por dentro, y tenía un nudo en la garganta y el estómago. No sentía ganas de comer, pero tenía demasiadas cosas como para permitirme un día de agotamiento. Tomé un yogurt y un poco de jugo de naranja. Me lavé los dientes. Comencé con el lavado de la ropa. Era temprano, quizás las ocho de la mañana, cuando escuché los insistentes golpes en la puerta. Sabía que era él. No quería ni abrirle la puerta. No quería verlo, pero debía finiquitar el asunto. *Al mal paso darle prisa*, pensé y abrí.

Lo descubrí tan alto e imponente como era habitual; pero en esta ocasión no había ese brillo intenso en sus ojos claros; su expresión no era de deseo, o de alegría, que eran los gestos que más le había visto. Siempre parecía contento de verme; excepto esa mañana en la que la culpa y la vergüenza cubrían su rostro.

- Vicky, yo... Lo siento tanto. Sus papás son muy amigos de los míos. Siempre han querido que hagamos pareja y...

Quiso seguir explicando algo que no necesitaba argumentar, y que yo no quería oír. Supe desde el principio cuál era la situación, y justo por eso me negué a hacer preguntas. Al final de cuentas, fuera de las asesorías, tuvimos algunos encuentros sexuales sin promesas, sin compromisos. Nada más. Él tenía una reputación, un apellido importante. Nada comparable con mi pobreza y mi apellido maya que parecía ofender a aquellas familias ricas, que no podían ver más allá de sus propias narices.

- Pasa. Siéntate, por favor – ordené, indicando hacia la mesa; pero dejé la puerta abierta. Aquello sería rápido.

Él me miró manteniendo el gesto culpable, pero obedeció. Le seguí y me senté junto a él.

- Vicky, de verdad. Se me cae la cara de vergüenza. Yo... – quiso explicarse, pero se lo negué. Levanté la mano enseñándole mi palma, pidiendo que se callara, y lo hizo.

Tomé un poco de aire, disimulando lo mejor que pude la agonía en que se encontraba mi alma. Un corazón roto es difícil de ocultar, pero creo que lo conseguí, o al menos hice mi mejor esfuerzo. Levanté la barbilla y lo miré en silencio con la misma expresión de Michael Corleone, con que lo escuché la primera vez que me pidió asesorías. Tomé las libretas que estaban sobre la mesa. Las abrí y comencé a explicarle:

- Esta semana ya termina el semestre. Tuviste un óptimo avance. Te enfocaste en todas las materias que estaban en nuestro plan de trabajo para enero-mayo. Aquí tienes una guía que te ayudará a prepararte para los exámenes, que son dentro de dos semanas. Sólo te quedan Cálculo gerencial y financiero; Impuesto sobre la renta en personas físicas y morales; Finanzas e inversión, y Auditoría. Hemos terminado casi todo. Las asignaturas que quedaron pendientes puedes llevarlas en junio-julio, o sea, en el verano, y te recomiendo que negocies con tu papá una extensión para agosto-diciembre. Podrás terminar las materias faltantes en recursamiento y extraordinarios para fines de año. Conoces a Alejandro Pat. Va en nuestra generación. Es muy bueno con estas materias. Platica con él. Te ayudará – sentencié con aplomo. Creo que jamás en la vida hablé con mayor precisión. Era como si estuviese impartiendo una cátedra.

- Vicky... Lo lamento tanto... Es una relación de compromiso... No quiero perderte. Me gustas muchísimo, te lo juro – intervino acongojado. Me tomó de las manos. Noté que estaba temblando. Lo miré, esboqué una sonrisa sardónica. Me separé de él, rechazando el fuego de su tacto con una fortaleza que desconocía en mí misma. De nuevo le dediqué mi cara de Michael Corleone.

- El plan acabó, Miguel. Era por un periodo. Estás listo para los finales. Te he preparado para eso. Y con estas guías termina mi compromiso – sentencié en tono lacónico, manteniendo las formas lo mejor que pude.

- No, Vicky. No quiero... No puedo... No quiero perderte. Tenemos algo especial. Mira, yo... Si me dieras un tiempo – dijo frunciendo el entrecejo.

Un tiempo, dice. No quiere perderme, dice... Algo especial, dice. Seré idiota... Seré estúpida, pensé. El imbécil me estaba proponiendo tenerme de amante mientras mantenía a la novia formal, y a mí me guardaba en lo oscurito. ¡Pinche pendejo! ¡Habrase visto tamaño insulto, tamaña infamia! Tenerme a mí, ¡A MÍ!, Victoria Balam, escondida como si causara vergüenza... Quise decirle tantas cosas, pero desde entonces supe que había batallas que no valía la pena pelear. Y esa definitivamente era una. No iba a perder un minuto más de mi tiempo con ese pobre payaso.

- Por favor, toma las libretas y retírate de mi casa – dije con indiferencia aplastante. Fingida, claro está.

- No, Vicky... No... Por favor – suplicó.

Caminé hacia la puerta, haciendo un ademán para que se fuera. Se puso de pie, avanzó hacia mí. Llevó sus manos hacia mis hombros y me clavó la mirada. Admito que me sentí débil ante el resplandor de sus ojos claros. Brillantes, transparentes. Lucía realmente apenado.

- Victoria – dijo mi nombre con esa voz sedosa que me enloqueció desde el principio.

- Sal de mi casa – insistí manteniendo tanta calma como logré, pero dispuesta a echarlo a empujones de ser necesario.

- Vicky... Ho... Hola – una tercera voz. Mi ángel de la guardia, mi Pepe grillo, mi consciencia, mi muro de los lamentos, mi peñón de Gibraltar, mi mejor amiga y compañera en las malas y en las peores.

- Lauri, justo a tiempo – dije mirando hacia tu mami que se detuvo en seco al contemplar la escena. Dirigió una mirada de advertencia a Miguel, que captó el mensaje.

Derrotado caminé hacia la mesa, tomé las libretas y se fue sin decir media palabra. Cuando lo vi marcharse de mi casa, dejé caer mi peso contra la pared... Y otra vez el llanto traicionero.

- Te rompió el corazón. Supuse que lo haría. Siempre imaginé que era un pendejo... – comentó Laura. Cerró la puerta y se aproximó a mí.

Me abrazó y yo lloré sobre su hombro por primera vez en mi vida. Nunca antes había llorado frente a ella.

- Lloro, sácalo todo. Y de una vez mándalo a la chingada al grandísimo hijo de puta – me dijo y me llevó hacia el comedor. Me ayudó a sentar en la silla y me desplomé, entregándome al llanto.

Fue hacia la cocineta. Regresó con dos vasos con agua. Me ayudó a beber.

- Soy todo oídos, Vicky – me sujetó del brazo y me dedicó una mirada de empatía. Y yo lloré aún más.

Y le conté todo...

- Si ya te digo que es un pendejo. Un grandísimo pendejo. No lo valía, Vicky. Es basura – añadió para luego insistirme en que bebiera otro poco de agua.

Obedecí, tratando de controlar el llanto. Desde que murió mamá no había vuelto a sentirme tan desorientada y sola, hasta ese triste acontecimiento.

- Por hoy te permito rendirte, y llora todo lo que quieras. Igual mañana. Es domingo; pero el lunes te quiero entera y fuerte como te conocí, Victoria Balam. No dejes que ese pobre imbécil te afecte. Está podrido, es un fracasado que depende de sus papás y de sus conexiones; y tú ya comienzas a brillar. Esto es sólo el inicio, Vicky – vaticinó frunciendo los labios, conteniendo la ira. Creo que si hubiera tenido oportunidad, le habría pegado con el *Manual de auditoría* que trajo consigo. Era un libro pesado figurativa y literalmente. Tenía unas mil quinientas páginas.

Y como era habitual en Laura, no se equivocó. Tal como dijo: aquello era sólo el

principio de esos tiempos mejores con los que soñamos. Miguel fue sólo un capítulo. Una nueva lección.

Cuesta arriba

¿Alguna vez dije cómo fue que hice mi fortuna? El truco de mi modelo de negocios consiste en la diversificación: invierte tu capital en diferentes negocios/empresas/fondos. Como dice el refrán: nunca pongas todos los huevos en una sola canasta. Y eso fue lo que hice... En corto te cuento que Carlos Slim, el hombre más rico de México (y uno de los más ricos del mundo mundial), tenía muy claro este truquito: mueve tu capital, apunta a diferentes giros, que el dinero se mantenga dinámico y valora el nivel de riesgo que quieres correr. Claro que eso lo sé ahora, para entonces las cosas eran un tanto distintas... Aunque, siendo justos, esto también lo decía el Rey Salomón milenios atrás.

Para agosto del 2001 o 2002 ya había completado todos los créditos, las prácticas profesionales y hasta el servicio social de la licenciatura. Obtuve mi título a finales de mes, mucho antes de la ceremonia académica de graduación, que era realmente simbólica, pero importante. Era un rito de paso que hacías con tus compañeros de generación, pero recibías el diploma de manos del director de la Facultad y del mismísimo rector de la Universidad, así que aunque ya me hubiera titulado, esperaba ansiosa la fecha del evento que vendría después. Y eso también incluía a Laura, que obtuvo título y cédula casi al mismo tiempo que yo.

Pese a que en mayo terminé mi convenio con *Grupo Fritz*, me mantuvieron en la empresa por contratos temporales para suplencias y cuando había exceso de trabajo. Esto lo combinaba con la panadería y con el reparto de mi CV por todos lados a donde pudiera dejarlo. Era el momento de subir cuesta arriba, y me apliqué a ello. Necesitaba un buen trabajo de tiempo completo con un salario digno que me permitiera crecer en una empresa sólida.

En ese tiempo era yo toda emociones, de mil cosas: mi titulación, el miedo a lo nuevo y... Miguel, por supuesto. Admito que seguía llorando por él casi a diario, pero cada día que pasaba me reponía un poco. Al fin y al cabo cambiar de escenarios, en este caso la Facultad, ayuda mucho a despejarse la mente. Recuérdalo bien, querida Caro: el día que te partan el corazón (porque ocurrirá) trata de modificar tus rutinas y de evitar, en la medida de lo posible, los lugares en que solían coincidir. Y contacto cero. Siempre, todo lo que puedas...

En mi caso lo difícil era que si bien ya no veía nunca a Miguel, y terminé bloqueándolo del teléfono (porque seguía escribiendo y llamándome), lo cierto es que había pasado demasiado tiempo en casa, en la que ya no me sentía yo misma. Mi propia casa me traicionaba acribillándome con dolorosos recuerdos. Por más que las lavaba, mis sábanas parecían retener el perfume de Miguel, y tenía bien grabadas en mi mente y en mis retinas las cosas que hicimos en el pequeño sofá de la sala, en la mesa, y hasta en mi humilde baño. Seguía enamorada de él, y después de todo me inició en el sexo y me enseñó placeres físicos que más tarde pude compartir

con otros hombres, pero fue mi primer amor, y entenderás que aquel tiempo fue duro. Muy duro.

Pero no todo fue malo. En septiembre de ese año don Goyo cumplió su amenaza y por fin se jubiló. Resultó que su esposa (maestra de profesión) alcanzó el tiempo de antigüedad necesario, y también se retiró. Lo habían planeado durante años. No sólo dejarían el trabajo, sino que emprenderían un crucero por el Mar Mediterráneo para festejar su libertad y su nueva vida. Lo hicieron a los sesenta y tantos años: no eran jóvenes, pero tampoco eran unos venerables ancianos. Sus hijos ya eran adultos, así que pudieron permitirse pasear por casi un mes a donde el barco los llevó.

Me alegré por él, pero lo más importante era que con su partida quedaba una vacante en la empresa. Recuerdo con emoción aquella tarde cuando la mismísima Aurelia Fritz (con quien no había yo cruzado más que un par de palabras) me mandó llamar a su oficina cuando terminaba mi contrato por una suplencia. En el pasillo mi corazón latía a mil por hora, temerosa de lo que fuera a decirme; y al mismo tiempo guardaba muchas expectativas. Por supuesto que sabía de la vacante, pero igual consideraba que podrían hacer alguna reasignación de personal y ofrecerme un cargo menor. En realidad no sabía el motivo por el que me solicitaba Aurelia, pero presentía que era para darme trabajo. Con cada paso hasta llegar a su oficina sentía cómo me flaqueaban las piernas por los nervios.

Ese día llevaba mi outfit más profesional: pantalón de vestir en color beige, blusa camisera en rosa pálido, zapatos de tacón mediano grueso; maquillaje discreto y mis aretes de perlas; la cadenita con la cruz de oro que me regaló mi mami y el modesto reloj *Citizen* que me obsequió mi hermano cuando me titulé de Contador Público. Sí, el mismo que uso a la fecha y que (junto con la cadenita) no me quito jamás, aunque me critiquen en la pasarela de cada alfombra roja.

- Pasa, siéntate, por favor – me dijo luego de que ingresara a su despacho que imponía bastante: paredes blancas, ventana amplia, enorme escritorio de madera, salita de juntas con muebles en caoba oscura; pero eso sí, un hermoso esquinero donde exhibía sus múltiples reconocimientos, fotografías personales y un pequeño arreglo floral como único toque femenino.

La miré y le dirigí mi sonrisa más amable, pero admito que me intimidaba un poco. Aurelia siempre lucía seria, pulcra y elegante. Tomé asiento frente a su escritorio.

- ¿Te quieres quedar en el lugar de don Goyo? – me preguntó así directa, a quemarropa, como era su estilo.

Abrí mucho los ojos, parpadeé mil veces, y respondí antes de dimensionar realmente la magnitud de su propuesta:

- Sí, por supuesto – respondí sin pensarlo demasiado, pero luego entendí que viviría una

lucha encarnizada. don Goyo tenía una jefatura de mediana importancia, pero había personal más antiguo que yo que bien podría haber peleado esa plaza.

- Así me gusta – añadió.

- Será un honor para mí, licenciada, pero... Creo que hay compañeros que aspiran a ese puesto. No quiero cuestionar sus instrucciones, sin embargo...

- Sin embargo nada, hay un motivo para que yo te elija a ti y no a ellos – me interrumpió, clavando su mirada en la mía. Tragué saliva con dificultad.

- Le estoy muy agradecida, Licenciada Fritz – dije trémula tratando de controlar la emoción en mi voz y las lágrimas que pugnaban por salir. Era mi primer trabajo formal de tiempo completo. Mi vida cambiaría de manera radical a partir de entonces. Era muy consciente de ello.

Aurelia me observó durante unos instantes como intuyendo todo lo que pasaba por mi mente, y lo que este ofrecimiento significaba para mí. Achicó los ojos y ladeó la cabeza antes de hablar.

- Tengo altas expectativas sobre ti, Victoria. Te he estudiado mucho desde que entraste. Y antes de esta reunión consulté no sólo a Goyo, sino también a tu profesor Augusto, quienes ratificaron mi decisión. Sé lo que has sufrido, y por eso te elijo a ti. Ninguno de mis empleados ha pasado tantas penurias como tú, que conoces bien la pobreza... Y también eres ambiciosa. Fue más que evidente cómo aumentó el nivel de productividad en el área de Goyo mientras estuviste con él. Sé que la cuenta de los Abraham fue mérito tuyo. Pero dejé que Goyo se luciera frente a todos porque era su último triunfo antes de retirarse. Además creo que tu entrada generará un clima de sana competencia entre los demás, que se han puesto demasiado cómodos. Son buenos elementos, pero algunos no hacen nada por incrementar la cartera de clientes; simplemente se sientan frente a sus computadoras para cumplir su trabajo y recibir la paga quincenal... Me he dejado la vida en este negocio, y no pienso permitir que se estanque así sin más. Tú miras adelante, Victoria, y te abalanzas sobre área de oportunidad precisamente porque conoces la pobreza y no tienes nada que perder. La empresa necesita de esa ambición. Pero no olvides que estás a prueba. Voy a vigilar cada paso que des. No corras riesgos innecesarios, pero continúa con ese atrevimiento. Consúltame todo. Espero altos rendimientos de ti, y que contagies de tu espíritu a los compañeros – sentenció.

Aun hoy, más de veinte años después, recuerdo con precisión casi milimétrica sus palabras, y el gran aliciente de que esa mujer tan destacada se fijara en mí. Por supuesto que estaba deseosa de probar mi valía, y de demostrarle que era yo una buena apuesta. Que esta oportunidad le revertiría para bien.

- Así lo haré, licenciada. No voy a decepcionarla. Muchísimas gracias por la oportunidad – le dije poniéndome de pie

- Así lo espero, Victoria. Ahora pasa con recursos humanos. Ya están notificados de este cambio. Te están esperando para hacer el contrato.

Hice justo lo que dijo. Revisamos el contrato y lo firmé ese mismo día para comenzar a la semana siguiente. Cuando salí de su oficina, lo primero que hice fue llamar a tu mamá:

- ¡Lauri! – exclamé.

- ¡Vicky! – respondió con el mismo grito.

- ¡Acabo de firmar mi primer contrato!

- ¿Con *Grupo Fritz*?

- ¡Sí!

- ¡Lo sabía, lo sabía! Felicidades, Vicky. No mereces menos – me dijo con total sinceridad.

- Muchísimas gracias, amiga.

- Tenemos que celebrarlo este fin de semana.

- Yo invito.

- Desde luego, ahora vas a ser rica – me dijo y se ríó.

Colgamos y me encaminé a la parada del autobús sabiendo, con claridad meridiana, cuál sería mi siguiente paso: dejar definitivamente mi trabajo en *El renacer*. Nada de tiempo parcial, de atender caja, fregar el piso, apoyar a los panaderos, repartir pedido, dejar de ver tan seguido a los dueños y a Gaby, mi compañera y amiga... Era el fin de un ciclo. No sería nada fácil, pero tenía que hacerlo. En el trayecto meditaba sobre el cambio, sobre lo que dejaba y lo que obtenía. Y pensaba en Aurelia, y en que una mujer empoderada como ella habría sacrificado sabrá Dios cuántas cosas para llegar a donde estaba. Durante todo el camino en mi mente se repitió una y otra vez aquella canción del famoso cantautor Alejandro Lora:

La vida es como un juego de ajedrez

Todos le quieren hacer jaque al rey

Pero es difícil, difícil la primera vez...

Ya estando arriba se ve muy fácil,

Pero la neta no cualquiera la hace

Porque es difícil, difícil poderla hacer...

Si quieres llegar a la mesa puesta

Nadie te la va a poner.

Lo que no hagas por ti mismo,

Nunca nadie lo va a hacer...[\[3\]](#)

Mudanzas

Lo primero que hice cuando pude ahorrar una cantidad significativa de dinero con mi nuevo salario (que triplicó lo que ganaba en la panadería), fue cambiarme de casa. A fines de noviembre me retiré de un barrio del sur, bastante pobre, para mudarme a uno ubicado en la zona oriente, que no era lo mejorcito de la ciudad, pero por mucho subía de categoría. Y el servicio de transporte público era mejor, y sólo necesitaba tomar un autobús para llegar al trabajo. Aparte, estaba cerca de casa de Laura, lo que nos funcionó bastante bien, pues solíamos reunirnos en un parque central para caminar un par de veces por semana. A pesar de que ella igual consiguió un puesto bastante remunerado en una dependencia pública, nunca dejamos de frecuentarnos. De hecho, desde que se graduó como abogada (su segunda licenciatura) se convirtió en mi representante legal. Es el nivel de confianza que le tengo a tu mami.

Adiós a todos los recuerdos de Miguel, a sus caricias y sus ojos claros. ¡Y de una vez por todas! O al menos, ahora iba a cortar de tajo la fuente material de todos esos pensamientos: mi propia casa. En cada rincón se gestaban los recuerdos más dulces, pero al mismo tiempo los más amargos, y ya no podía vivir así en mi espacio más íntimo. Aunque, siendo honesta, lo que terminó por convencerme fue la inesperada visita que recibí un sábado (meses antes de la mudanza), cuando los insistentes golpes a mi puerta me despertaron a media noche.

Me levanté de súbito. Espabilé. Tomé un poco de agua de la botella que siempre dejaba junto a mi hamaca, busqué el bate que Carlos me insistió en dejar en la entrada del cuarto. Encendí las luces y me acerqué a la puerta de la casa.

- ¿Quién es y qué quiere? – pregunté con tono de pocos amigos, sin abrir, cual guardia de pórtico de castillo medieval.

- Soy yo, Vicky. Aa... Abre, por... Por favor – identifiqué la voz sedosa de inmediato, y mil mariposas se dispararon en mi estómago. Era Miguel.

- Lárgate, Miguel. No tienes nada que hacer aquí – ladré desde el otro lado de la puerta.

La verdad es que era yo un manojo de nervios y excitación, pero no podía permitir que viera mi vulnerabilidad. Lo había extrañado, por supuesto. Por eso (además de mis razones económicas) me atiborraba de trabajo y con horas extra, para no pensar en él. Así que tenerlo justo frente a mi puerta no me estaba ayudando en nada para superarlo. Al contrario, era la mismísima tentación hecha persona. La serpiente hablándole a Eva, tentándola con morder la manzana. Sabía que si no me mantenía firme volvería a tropezar con la misma piedra. No importa lo bonitos y transparentes que fueran sus ojos claros, piedra al fin y al cabo.

- Necesito hablar contigo, por... Por favorrrr, Victoria – señaló con un acento extraño.

Está borracho, pensé.

Sin quitar la cadena de seguridad, entreabrí la puerta. Lo que miré a través de la rendija, me dejó pasmada. ¡Madre! Lucía fatal. Tenía la camisa arrugada, entremetida al pantalón, y manchada sabrá Dios de qué; el cabello revuelto, los ojos inyectados de sangre, y se le sentía un fuerte tufo a alcohol. Sí, estaba ebrio. Sentí lástima por él. Lauri decía que era un pobre perdedor, y la verdad es que en ese instante lo parecía.

- ¿Qué quieres, Miguel? – inquirí sin abrir. Siempre por medio de la rendija.

- Sólo quiero hablar contigo – dijo mirándome a los ojos. Se veía triste, abatido. Y me dolió en el alma verlo así. Pero no iba a resquebrajar mi armadura. Miguel no era bueno para mí. Lo tenía más que claro.

- Di lo que tengas que decir y vete – ordené con el mismo tono seco.

- Vicky – se aproximó a la rendija e intentó meter la mano. Me alejé.

- Si vuelves a hacer eso llamaré a la policía. O peor, gritaré fuerte, y no sabes cómo la libran en mi colonia. Estamos en barrio bravo, Miguel. Las bandas de la zona se comen a los niños ricos como tú. No dudarán en venir a ver qué pasa. Te van a bajar hasta el último centavo y te dejarán como un Cristo. Di lo que tengas que decir y vete – amenacé.

No mentía. Los chavos banda de las colonias del sur eran de armas tomar, literalmente. Yo llevaba buena relación con los vecinos, y cooperaba con los refrescos cuando me pedían colaboración por alguna de las banditas. Eso garantizaba mi seguridad. Al final, era una chica viviendo sola. Claro, con el beneficio de que mi hermano era marino activo, y también sabían a qué atenerse con él. Ante tal advertencia, Miguel se giró a los lados y dio un paso atrás. Tragó saliva y habló:

- Te he extrañado muchíssimo – dijo arrastrando las eses una vez más. Estaba muy borracho.

- No te creo. Y si así fuera. No es mi problema – dije parca, tratando de no sonar demasiado borde, pero no me salió muy bien.

- Supe que te titulaste... Incluso asistí a la ceremonia de graduación en el auditorio. Estabas preciossssa con tu vestido verde.

Eso no me lo esperaba. Entre tanta gente, casi trescientas personas en todo el auditorio, no me percaté de su presencia. Sólo me importaban Carlos y Gaby. Y tu mamá, desde luego, pero ella estaba junto a mí como parte de la generación. Fuera de ellos nadie más era de mi interés. Nunca se me hubiera ocurrido que apareciera por ahí.

- Pues gracias por asistir – contesté en el mismo tono cortante, pero lo cierto es que había

hecho una grieta en mis defensas.

- No me atreví a hablar contigo. Demasssiada gente. Y estaba tu hermano, el marino.

- Ok. ¿Qué carajos haces aquí, Miguel? – insistí.

Sacó de debajo del brazo una carpeta de plástico, la abrió y me mostró el contenido. Era una hoja verde: su certificado.

- ¿Terminaste tus créditos? – pregunté impresionada. La verdad no creí que lo consiguiera.

- Sí, Vicky. Ya tengo todoss los créditossss de las materias. Aprobé ssssiguiendo tu plan: recursando y con exámenes extraor... Extraordinariossss. Incluso acabé las prácticasss... Ahora estoy a una semanass de acabar el servicio ssssocial... Quería agradecerte, Vicky – se sinceró.

Reconocí la emoción en su rostro. Sé el esfuerzo que implicó llegar a este punto, y lo que significaba para él la obtención de sus créditos. Durante meses me senté a su lado por horas, asesorándole. Era cuestión de tiempo para que lograra el título y por fin cumpliera con las expectativas de sus padres. O al menos para que ya no pensarán que eran un completo fracasado.

- Pues muchas felicidades. Enhorabuena – dije en el tono más cortés que logré, disimulando mi propia agitación.

- Sólo pensaba en ti, Vicky. Hoy que me dieron el certificado de avancess... Sólo pensaba en ti. Ya no quissse llamarte. No me contestasss... Me atreví a venir a verte – comentó y esbozó la sonrisa más triste que hubiera visto hasta entonces. Me dolió el corazón, pero me mantuve fuerte. Él no era para mí. Se trataba de un hombre que me quería mantener escondida.

- Bueno, pues me doy por enterada. Gracias por decirme. Ahora retírate, por favor.

- Déjame passsar, Vicky... Déjame abrazarte, quiero darte un beso, Vicky... Por favor... Un beso – me suplicó.

Carajo. Nunca antes nadie me suplicó nada. Mucho menos un beso. Dios, ¿qué voy a hacer? Por supuesto que quiero besarlo, abrazarlo... Hacerle el amor. No he estado con nadie más. Es un día importante para él... Pero tiene novia. Es un niño rico comprometido con otra niña rica. Para él sólo eres un entretenimiento. La morenita de curvas, tan distinta de la chica rubia, consentida e insoportable. Eres la que lo comprende, la que lo apapacha. No seas pendeja, Victoria. Mándalo al carajo ahora mismo, me dije. Una batalla se libraba en mi interior. Fue de las decisiones más difíciles que tomé en la vida. Mi corazón y mi cuerpo me pedían una cosa; pero mi mente y mi orgullo me decían otra.

- Miguel, te agradezco que vinieras. Ahora hazme el favor de irte. No estoy jugando. Voy

a buscar el celular y llamaré a la policía...

- Vicky, no...

Me alejé. Empujé la puerta, y aunque intentó meter la mano, se la majé entre la madera y la pared, y la retiró emitiendo un gemido de dolor. Cerré con fuerza, de un empujón. Apagué las luces. Realmente iba a hacerlo. Iba a llamar a la policía. Definitivamente era mejor opción a que lo vieran los chavos banda de por el rumbo. De hecho se me hizo bien raro que no lo interceptaran en el camino. Permanecí guarecida detrás de la puerta durante un par de minutos. Luego escuché sus pasos alejándose y me asomé por la ventana, detrás de la cortina, para verle y mirar si llevaba su auto. Me espantaba la idea de que manejara así. Podría sufrir un accidente fatal. Sí, definitivamente tendría que llamar a la policía para evitar que subiera al coche en ese estado. Pero no encontré ningún vehículo. Sólo vi a Miguel haciendo una llamada desde su celular ahí parado sobre a mi acera, con la mirada clavada hacia mi casa, que permanecía a oscuras.

Me quedé unos minutos así, viendo qué hacía. Él hizo lo mismo. Supongo que esperando ver si salía en su búsqueda. Poco después llegó un taxi al que abordó para desaparecer por segunda vez en mi vida, casi en las mismas circunstancias en que se fue la anterior ocasión.

Cuando le vi marcharse regresé a mi cuarto. Me aferré a mis sábanas y volví a llorar de amargura como no había hecho desde hacía varios meses. Estaba claro que seguía teniendo fuertes sentimientos hacia Miguel, pero que mi lugar no era a su lado. Que con él sólo habría dolor y sufrimiento. No es que me cerrara a la idea de tener una relación, pero no podría ser con alguien como él, ni de su círculo. Llegado el caso buscaría a un hombre de mi nivel, y me refería a mi altura: un tipo que estuviera orgulloso de llevarme de su brazo, que no se avergonzara de mí. No sabía si un día encontraría semejante ejemplar, pero de una cosa estaba segura: ese hombre no era Miguel Arrigunaga. Fue así, entre lágrimas, antes de que me vencieran el cansancio y el sueño, cuando tomé la determinación de cambiar de casa. Al día siguiente comenzaría a buscar un nuevo lugar e iniciaría las mudanzas.

- ¿Sabes lo que te falta? – me preguntó Gaby unas semanas después, cuando fue a conocer la casa nueva.

No era muy grande. Igual tenía sólo un cuarto y una salita-comedor; pero la cocina y el baño definitivamente hacían una gran diferencia; eran mucho más amplios y cómodos. Sin contar el muro alrededor, que la mantenía bastante protegida y, como ya te había dicho, la ubicación superaba por mucho la casa de antes.

- ¿Aparte de un refrigerador que no produzca tanta escarcha que se pudiera esquiarse ahí adentro, una lavadora que no haga simulacros de temblor; un microondas, un sofá, una mesa que

no esté coja; una cama a la que no se le sientan los resortes, toallas y sábanas nuevas? – cuestioné con sorna, riéndome de mí misma. ¡Me faltaba de todo!

- ¡Ay, Victoria! ¡No seas payasa! Es poco a poco. Bastante lana te estás gastando con esta nueva renta. Ya irás comprando cosas nuevas – me regañó. Sabía que no me estaba haciendo una crítica. Realmente iba a sugerirme algo importante.

- Está bien, Gaby. ¿Qué me falta? – suspiré, y me rendí para escuchar la propuesta que iba a hacerme.

- Un gato – dijo seria, mirándome a los ojos.

- Un gato – repetí arqueando la ceja, cerciorándome de que realmente dijo eso.

- Sí, un gato – insistió por segunda vez.

- ¿Un gato?

- ¡Que sí! ¿Estás sorda? Siempre me pareció mal que estuvieras tan solita. Necesitas un gato, y yo sé justo dónde vamos a encontrar uno ahora mismo – sentenció.

Un par de horas después volvíamos a casa no con uno, sino con dos gatitos (uno naranja y otro gris) que fuimos a rescatar a la parroquia de Gaby. Resultó que el padre era un fanático animalista, y en cada misa presentaba a los animales que rescataba en su refugio. Y como los gatos eran hermanos inseparables, el mismo párroco me insistió en que debía llevarme a los dos para que no se extrañaran. A la fecha no me explico cómo se les hizo tan fácil convencerme. Sobre todo a mí, que siempre fui dura de roer; pero sus argumentos me parecieron tan válidos. Todos giraban en torno a la compañía y a la soledad. Y bien sabía yo lo que era separarte de tu hermano, tu única familia. A Carlos apenas lo veía cuando le daban permiso en la Marina, y claro que me preocupaba por él y lo extrañaba. Entendía perfectamente el sentimiento de la separación y el abandono. Especialmente la soledad.

- Faraón y Sultán... Pinche Victoria, estás loca – me dijo cuando los acomodamos en las cajas, que ubicamos en un rincón de la sala. Faraón era el naranja. Sultán, el gris.

- ¿Qué? Son nombres muy bonitos – refuté. Eran mis gatos y los iba a llamar como se me diera la gana.

- Bueno, al menos sé que cuando vuelvas a casa no estarás solita. Vas a ver cómo te ayudan a pasar este mal trago, Vicky – me dijo sonriente palmeando mi hombro, y no pude más que coincidir con ella.

Siempre había querido una mascota. Y ahora que comenzaba un nuevo ciclo en un nuevo hogar, también pensé que la buena vibra felina me sentaría bien. Y aunque no lo dije en voz alta, Gaby llevaba toda la razón, pues con el paso de las semanas fui descubriendo que gracias a

Faraón y Sultán cada día me sentía menos sola.

Nostalgia

Pasaron al menos cinco años cuando di primer gran paso decisivo para iniciar el emporio del que ahora presumo tanto. Como todo lo anterior no fue fácil en absoluto.

- ¿Estás segura de esto, Victoria? – cuestionó Aurelia cuando le conté.
- Sí, licenciada. Es una buena oportunidad.
- ¿Pero una panadería?
- Una excelente panadería, aunque mi plan es abrir varias sucursales por la ciudad...

Creo que ya era 2007. Sí, definitivamente era 2007. Estaba muy de moda esa canción *Rehab*, de Amy Winehouse. ¿Te acuerdas?

They tried to make me go to rehab

But I said no, no, no

Yes, I've been black, but when I come back

You'll know, know, know... [\[4\]](#)

La cantaba yo todo el día. Con mi inglés medio chapurreado que mejoró bastante gracias a las clases particulares que comencé tiempo atrás. Durante los cinco años que estuve trabajando en *Grupo Fritz* no sólo obtuve la confianza y el respeto de Aurelia, pues le hice obtener muy buenos ingresos ampliando la cartera de clientes e invirtiendo en nuevos negocios, sino que también me enteré de la razón por la cual nunca se había casado, ni tenía hijos: era lesbiana. Y llevaba décadas con su novia, una señora muy guapa a la que conocí al año de comenzar en la empresa.

Cinco años: un lustro. Se dice fácil, pero implicó un proceso de crecimiento, madurez y posicionamiento. Para entonces ya estaba yo picando los treinta. Tenía una casa de dos pisos que pagaba a plazos por medio del sistema social del gobierno. Y gracias a las generosas comisiones que me daba Aurelia cada vez que conseguía un nuevo cliente, también me hice de un *Tsuru* nuevecito que me permitía desplazarme por la ciudad. No tenía demasiado, pero había acumulado un dinero que había invertido en un par de bancos, y que generaban un margen mínimo de ganancia, pero que implicaban un capital que podía utilizar en caso necesario.

Aparte había realizado varios viajes al interior de México y por Estados Unidos, llevando las cuentas de clientes importantes de *Grupo Fritz*, dándome a conocer en diferentes giros, conociendo nueva gente, cuya confianza iba ganando, y que me pedían asesoramiento, o que vigilara personalmente las cuentas de su empresa. ¡Lo estaba logrando! Por supuesto que no era millonaria, y distaba muchísimo de ser una mujer exitosa como Aurelia, pero ya no era la chica

pobre, la panadera que trabajaba día y noche para ganarse el sustento. Ahora podía permitirme buena ropa, perfumes caros, viajes al extranjero, sitios elegantes... Y ya comenzaba mi locura por la joyería fina.

- Vicky, ¿una panadería? – me insistió con la ceja levantada, en señal de duda.

- No es cualquier panadería, licenciada.

Y no lo era. Los dueños de *El renacer* habían decidido retirarse. Lograron acumular un buen ahorro, en lo cual ayudé, la verdad. Pues como nunca perdimos contacto, a manera de ingreso extra les llevaba las cuentas y les aconsejaba dónde invertir. Aparte de la aportación voluntaria que hacían al estado para lograr una jubilación más o menos digna. Ahora que pasaban de los sesenta años querían viajar y descansar. Lo cierto es que la vida en la panadería era muy demandante. Bien lo sabía yo. Así que cuando me comentaron de su interés por venderla, me quedé pensando mucho en una idea que se me vino a la mente desde tiempo atrás, pero que nunca antes se me ocurrió porque básicamente vivía el día a día.

Dominaba todo el proceso de inicio a fin. Además de las matemáticas, que se me daban bien, creo que sobre lo que tenía mayor conocimiento en la vida, era sobre pan. Incluso sabía preparar algunas de las especialidades panaderas más solicitadas. Tenía ideas de cómo mejorar el negocio y posicionarlo. Además, el sector alimenticio siempre me pareció el mejor giro para invertir, y el pan existe desde tiempos bíblicos. ¡Por Dios! ¡Claro que era una buena idea! Tuve una epifanía. La vi tan claramente que casi podía aspirar el olor de la pintura nueva en las paredes, la nueva gama de tonos que utilizaríamos para hacerla más llamativa, la innovadora variedad de panes además de los tradicionales. Funcionaría, claro que funcionaría.

- Tiene mucho potencial. Además de una amplia comunidad de clientes leales. Su rosca envinada es inigualable – insistí.

- Sí, es la que traes en Navidad y para Santos Reyes; pero no sé, Victoria. Nosotros invertimos en manejo de capitales. Lo de las lavanderías fue una idea atinada de tu parte, salió muy bien; pero en el sector alimenticio no hemos incursionado nunca.

- Ok... Entonces hágame un préstamo – pedí.

- Vicky... – me miró con duda.

- Estoy muy segura de esto. Tengo una fuerte corazonada.

Y así fue, Caro. Y también fue la locura. Pese a la resistencia e incredulidad de Aurelia, que seguía sin aprobar mi decisión, renuncié a mi trabajo y compré la panadería. Saqué todo mi dinero del banco e invertí en su remodelación. También me avoqué a crear una nueva imagen y un proyecto publicitario que nadie pudiera ignorar. Igualmente renové el sistema de distribución

y entregas. No podíamos seguir repartiendo pedidos en las motitos. Necesitábamos al menos una camioneta.

El apoyo de Gaby fue invaluable, pues me urgía contar con una persona de confianza para emprender este nuevo camino. Y esto quizás te parezca de locos, pero al mismo tiempo que iniciaba esta etapa de *El renacer*, también se levantaba una otra empresa de giro parecido: *Amy Durand, repostería internacional*. Se hizo famosa muy rápido. Ya te dije que yo le llevaba las cuentas de auditoría. Fue uno de los clientes que conseguí para *Grupo Fritz*. La diferencia, con mucho, es que ella concentró todo su esfuerzo y capital en un único giro: la repostería. Yo diversifiqué y expandí, pero comencé mis negocios con una panadería que sería la génesis de un consorcio. *El renacer* presentaba una buena área de oportunidad y estaba dispuesta a aprovecharla.

Fue cosa de meses. La clientela aumentó casi al triple. No sólo entre quienes acudían diligentemente a comprar a la tienda desde años atrás, sino entre nuevos clientes, y los que vivían un poco más lejos y hacían pedidos a domicilio. Mis mejoras en el sistema de entregas facilitaron mucho el crecimiento de la panificadora. Aurelia no podía creerlo, pero un año más tarde ya le había devuelto el préstamo y además abrí otras dos sucursales en puntos estratégicos de la ciudad. Procuré zonas de clase media y clase media alta. Cerré el año siguiente con cinco sedes de la panadería *El renacer del balam*.

- Es que en serio, Vicky, no puedo creer todo lo que has logrado – me dijo mi hermano un día cuando salimos a almorzar.

Ya estábamos en 2009. Carlos se había recibido de médico naval y estaba cursando su especialidad. Creo que para entonces había obtenido el grado de teniente. Y seguía tan soltero como yo, aunque sé que a diferencia mía, Carlos sí que le daba vuelo a la hilacha. Yo era muy cauta para relacionarme con algún hombre, pero Carlos... Bueno, tampoco sé si culparlo. Las mujeres caían rendidas a su paso.

- Pues ha llevado mucho tiempo. No ha sido fácil, nené – le dije con el apelativo cariñoso con que solía llamarle. Era mi hermano menor, cuidé de él. Y se jodía: teniente o no, toda la vida iba a ser el nené.

- Es que... Cinco sucursales, y ahora el negocio de las lavanderías.

- Sólo son dos tiendas, pero las he dejado muy bien y ya me están rindiendo buena ganancia. Aparte fue la propia dueña quien me contactó – le dije mientras disfrutaba de una estupenda orden de pescado frito.

Estábamos en Progreso, a las orillas del mar. Es el puerto más cercano a Mérida. No era un puerto precisamente desarrollado, o muy turístico, pero tenía buenos restaurantes con pescado

fresco. A la fecha me sigue encantando Progreso. Tanto Carlos como yo amábamos el mar y la playa. Y sí, el marisco. Cada vez que venía de visita nos escapábamos al puerto para darnos un buen atracón en uno de nuestros lugares favoritos.

- ¿Y por qué vendió? – me preguntó para luego dar un trago a su cerveza.

- Parece que estaba muy endeudada por asuntos personales. No lo sé. Necesitaba el dinero con carácter de urgente, y los bancos le negaron el préstamo. Creo que estaba sobregirada. Le dije que yo no hacía préstamos. No soy agiotista. Así que me ofreció una lavandería a la venta, pero aproveché hacerle una buena oferta por las dos, y aceptó.

- Seguro que Gaby se puso loca.

- Claro que no. Primero que nada porque le pago muy bien. Además, tenía en mente a una persona de la Facultad que estaba haciendo sus prácticas profesionales en el área contable de *El renacer del Balam*. Ahora lo tengo de contrato temporal, pero creo que cuando se gradúe lo voy a contratar como definitivo para que administre las dos lavanderías y, Dios mediante, espero abrir una tercera dentro de unos meses... Encontré un buen lugar al poniente. No hay ni una sola lavandería a kilómetros. Tiene potencial.

- ¡Dios! ¡Victoria, eres un tiburón! Así ya tendrás dos negocios importantes... Si mamá pudiera verte – me dijo con un tono melancólico.

- Si pudiera verte a ti, Carlitos. Todo un respetable médico naval – respondí con la misma nostalgia.

Nunca he podido quitarme ese sentimiento. Si mamá pudiera vernos. Carlos va más allá de ser un médico de horario fijo. Se entrega a las urgencias con pasión. Ha salvado la vida de muchas personas. Marineros, soldados, pilotos. Acepta misiones a donde sea que lo mandan. Confieso que a la fecha me sigue dejando un poco asustada que continúe aceptando misiones, pero él piensa diferente y yo no puedo más que respetar su pasión por salvaguardar la vida de las personas. Quizás si mamá hubiera dado con un médico que tuviera la misma entrega de Carlos aún seguiría con vida, pero tristemente hay cosas que sólo están en manos de Dios.

La mujer del talibán

Luego de quince sucursales de *El renacer del Balam* por las principales ciudades del Estado y diez lavanderías *Balam-fast*, me di cuenta de que el sector servicios ameritaba más atención. La acelerada rutina de las personas en el siglo XXI tenía muchas necesidades a cubrir. Fue así como se me ocurrió que la misma lógica de una lavandería confiable, de calidad, diligente y a muy buen precio podía aplicarse a la limpieza de los automóviles. Si hay una cosa que odio como nada en el mundo es subirme a un coche sucio. Y sé que a veces no es cuestión de flojera, sino de tiempo. Si te la pasas entregado al trabajo, o al cuidado de la casa y los niños, ¿a qué pinche hora vas a lavar el auto, o a llevarlo a un lugar donde te den un buen servicio a un precio justo? Así surgió *Car-wash Balam*, que hoy tiene varias sedes en toda Mérida. Y lo cierto es que su apertura y funcionamiento fue muchísimo más sencillo que la panadería. Además de que resultó un negocio altamente fructífero y confiable.

Era 2013, ya tenía yo 36 años. ¿Lo puedes creer? Era una mujer rica con una vida cómoda, pero seguía capitaneando mi barco. No iba a cometer el mismo error de los millonarios de sentarse a dormir en sus laureles. Claro que no. Sabía muy bien lo que implicaba el trabajo duro. Conocía la pobreza, y de ninguna manera volvería ahí. Tenía reuniones diarias con cada uno de mis gerentes. Y aparecía en visita de supervisión en cada sucursal cuando menos lo imaginaban. Mantener el negocio en buen funcionamiento implica involucrarte de lleno en él. Lo hacía y lo sigo haciendo.

También sabía que debía encontrar una manera de devolver con buen karma todo lo que había recibido. Así que creé la beca *Balam* para jóvenes. Para que veas, eso no fue muy sencillo, pero logré (con la invaluable ayuda de tu mami) crear una asociación civil sin fines de lucro, y gestionar un fideicomiso para los hijos de mis trabajadores (y de todos los jóvenes que aplicaran, hasta donde alcanzara el recurso). Becas de excelencia para chicos y chicas en preparatoria y nivel universitario. Desde luego que también atendía casos de estudiantes en situación vulnerable (como mi hermano y yo cuando éramos estudiantes que apenas teníamos para comer). Lo mejor de todo es que así me aseguraba de que esa onerosa cantidad de impuestos que me descontaba el gobierno, se fuera a fines mucho más nobles, pues lo invertido era deducible de impuestos.

Con el tiempo la asociación se convirtió en *Fundación Balam*, la cual sigue apoyando a esas muchachas y muchachos, algunos de los cuales ya hechos todos unos profesionistas, encontraron cabida en alguna de mis empresas años después. Y fue tal el éxito de la fundación, que terminé haciendo proyectos varios con las fundaciones de *Ancestral-Lab* y *McAllister*. ¡Anda!... Me codeo con la crema y nata de la élite empresarial... Naaa... No te creas. Lo que sí te cuento es que los presidentes son guapísimos: Xavier Moctezuma, de *Ancestral-Lab*, es todo

un bombón hecho en México. Y los highlanders de McAllister están divinos, sobre todo Gavin, el hermano menor, pero estaba muy chiquito para mí (aunque sí que me di taco de ojo y no me canso de mirarlo; que por ver no cobran).

Cuando ya tuve todos estos negocios, se me ocurrió que había un tema que realmente me apasionaba. No era un tópico sobre lo que solamente fuera buena, como las matemáticas y las inversiones, sino algo que disfrutaba muchísimo: la joyería. Sí, Caro, de ahí vino mi colección de jaguares y diamantes. Uno pensaría que ese año, en que todo era tan dinámico, digital y a la vanguardia, podrías tener a tu alcance lo que quisieras, pero no: las joyerías, seguían siendo pocas, el oro y las piedras preciosas aún eran en exceso caras y de difícil adquisición para cualquier ciudadano de a pie. Yo siempre pensaba en todas las clases sociales, no sólo en los ricos, sino especialmente en las clases medias. Y en particular, en las mujeres.

Siempre he creído que una chica con un buen salario, que se parte el lomo trabajando a sol y a sombra (aquí como esta humilde mujer que te escribe) tiene todo el derecho a comprarse un anillo de diamantes, ella solita. Sin que un hombre venga y te lo ponga en el dedo a cambio de tu entrega absoluta y de tu vida, esclavizándote para servirle a él y a sus hijos por el resto de tus días. Para mí el llenarte a ti misma de joyas y presumirlas a todo el mundo, es una forma de manifestar tu independencia. La declaración de tu éxito. ¿Soberbia? Quizás, pero cuando te has ganado las cosas, ¿quién puede venir a cuestionarte? Claro, esto depende de que te gusten las joyas, como es mi caso... O el de María Félix, Elizabeth Taylor, María Callas... O Jennifer López, que es toda una fan de los diamantes.

Fue así como empecé *Gemas del Balam*. Confieso que ahí sí me fui con mucho cuidado porque si bien amaba la joyería, no era precisamente una conocedora. Primero comenzamos con la importación y con una sola tienda. Ya luego me aventé a colaborar en el diseño de joyería fina. Pero antes hice varios viajes a Estados Unidos y a Europa. Tomé no sé cuántos cursos sobre diseño de joyas, más para conocer que para elaborar. Eso me permitió saber lo que compraba y a quién contrataba. Jamás esperé que mi selección y las colecciones que adquiría y en las que participaba obtuvieran tanto éxito. Hasta entonces era el giro más caro e incierto en que me desenvolvía, pero logré posicionar cuatro tiendas en las plazas comerciales más importantes de Mérida y Cancún (en las vueltas a esa ciudad fue como conocí a Patty, la maestra de turismo que se hizo mi amiga). Nunca he diseñado una colección sola. Siempre doy el crédito al diseñador. Lo que sí hago es vigilar todo el proceso, seleccionar los materiales y aprobar los modelos. Pero hasta los más grandes joyeros lo hacen. Piensa en una marca de prestigio, y encontrarás que los diseños pertenecen a alguien más (Coco Chanel, por mencionar un solo ejemplo).

Para entonces ya tenía cuatro negocios de éxito, una cuenta millonaria distribuida en al menos tres bancos; varias propiedades en Yucatán y Quintana Roo, una incuantificable colección

de joyería propia, pero sí, como ya sabes, seguía sola. Bueno, tan sola como Faraón y Sultán lo permitieran. Casi cumplían diez años, y dormían conmigo en mi cama, como ocurrió desde el primer día (de nada sirvieron las cajitas de cartón que les pusimos Gaby y yo). Sé lo que te estás preguntando: ¿para qué tanto pinche dinero y tanto trabajo si a los treinta y seis años no tenía una pareja estable? Admito que me hice la pregunta una y otra vez, pero conocía bien la respuesta: luego ver cómo abandonó mi papá a mi mamá, y el gran daño que le causó, y de la suerte que había corrido con Miguel, lo cierto es que me había curado de espanto: no confiaba en los hombres para mantener una relación seria. Pero sí que tenía muchos amantes, y variado el asunto. Como hasta la fecha... Espero que al final de este libro pueda decirte que encontré una solución a mi problema de confiar en los hombres y que logré sentar cabeza con un gran amor.

Pero es que... Además de mis propias lagunas mentales y traumas, a mi edad he visto demasiadas cosas, querida Caro. Cosas terribles que hacen los hombres, y que también permiten las mujeres (y de reversa). Ahora mismo me viene a mente *la mujer del talibán*. Déjame contarte la historia porque así me comprenderás un poco mejor. La conocí cuando trabajaba en *Grupo Fritz*. La apodábamos así no porque realmente estuviera casada con un talibán, sino porque era la segunda mujer de un señor que tenía otra familia en Veracruz, pero la tipa coqueteaba con todos los hombres que podía (con todos, en serio).

Y cuando te digo *la segunda mujer* no es porque el caballero se hubiera casado una vez, y luego se hubiera separado/divorciado de la esposa (vamos que ya no vivieran juntos) para juntarse con la otra. No, querida Caro, la fulana esta (que sabía todo y lo permitió porque así le convenía) era la segunda mujer en simultáneo (¡en gerundio!) que tenía el señor (que seguía viviendo con la esposa oficial allá en Veracruz). Y eso se llama bigamia: bi-ga-mia. Como si estuviéramos en el Medio Oriente, como si fueran musulmanes, como si habláramos de un pasaje de la Biblia, la Torá o el Corán, en donde se escribe que a los hombres está permitido tener más de una esposa... ¡Y aparte la tipa tenía dos hijos con el sujeto! Sólo de contártelo me indigno porque ella... Se decía feminista. Hazme el chingado favor.

La historia que te cuento es auténticamente verdadera, valga el pleonismo. Filomena (llamémosla así para respetar su anonimato) no era nada fea, pero era muy gorda (odio usar la palabra, pero sí tenía un importante grado de obesidad... Bueno, en la oficina le decían la *maxicarne*. No me veas, que yo no le puse el apodo). Cuando la conocí, ella rondaría los treinta años. Era secretaria en uno de los departamentos de la empresa. Un buen día pidió una licencia sin goce de sueldo y se desapareció por tres meses. Cuando volvió era otra mujer: curvilínea y sexy. Habría perdido unos cuarenta kilos (tal vez más).

Todos murmurábamos, Aurelia incluida. No podíamos evitarlo. El cambio era muy evidente. Y a veces la respuesta más obvia, es la más cierta: se había hecho una lipoescultura

patrocinada por el talibán, que no sólo era veinte años mayor, sino que además (lo lamento, pero también es cierto) era un hombre nada atractivo. En serio, daba asquito nada más de verlo: panzón, maloliente, sudoroso y ni siquiera vestía bien. Era un trabajador respetable (hablando laboralmente) que se dejaba la vida en la central de abastos. Viajaba mucho de Veracruz a Mérida, ve tú saber por qué (para ver a su otra familia, desde luego; perdóname el sarcasmo, no pude evitarlo). Cuando lo conocí me quedó clarísimo que Filomena sólo andaba con aquel señor por su dinero, pero bueno, cada quien.

La verdad, y esto tengo que admitirlo, es que luego de la operación quedó muy guapa. No sé si le hicieron algo en la cara, pero hasta de ahí se veía bonita. Aparte siempre iba muy maquillada, con las pestañas postizas, cabello largo, y hasta extensiones. Por otro lado, además de la lipo, Filomena era una adicta obsesa a las fajas colombianas porque, al final, parece que le quedó tejido adiposo que no pudo trabajarse muy bien, y requería de las dichas fajas para verse estupenda como lucía siempre.

Lo más interesante de todo es que Filomena se la pasaba con el cuento de que todos, absolutamente todos los hombres la miraban con deseo y la acosaban. No voy a desmentir o a validar esta afirmación, pero a la señora le encantaba portar ropa entallada y escotada (más parecía buchona^[5]). Mientras el resto de las compañeras y yo íbamos por la vida portando modelitos cómodos y discretos, a Filomena le encantaba relucir sus pechos y su cinturita exuberante. A mí me da igual cómo se vista la gente, en serio, pero esa mujer era tan incompetente en su trabajo, aparte de vulgar. Y, sin embargo, se sentía tan superior; nos miraba por encima del hombro, presumía su coche caro frente a todos (bueno, el auto que le dejaba su pareja porque aparentemente nada estaba a su nombre). Era grosera con todo el personal femenino, excepto con Aurelia, desde luego. Y te juro por mi difunta madre, que no perdía oportunidad de coquetear con los señores.

Me consta porque en una ocasión la vi muy reclinada sobre el escritorio, exhibiendo su generoso escote frente a uno de los clientes que no podía quitarle los ojos de encima. Y en serio no lo culpo. La mujer sería al menos una copa D, y se veía espectacular, lo que sea de cada quien. Vamos, que una no es ciega. Y su vida era básicamente así: coquetear con todos los hombres que pudiera, atender las recurrentes llamadas que le hacía su querido al celular para mantenerla controlada; llamar a la escuela porque sus problemáticos hijos se habían metido en algún problema derivado de no sé qué daño psicológico (¿de saber que su papá tenía dos esposas?), abandonar el trabajo con el pretexto de que tuvo una urgencia familiar, médica o personal. En serio, como dice mi amiga Patty: *la fea persona es fea por dentro no importa cómo se vea por fuera*. En el caso de Filomena, yo más bien diría que no era fea, sino detestable, abominable.

Al año de su operación, comenzaron a pasar cosas curiosas. Iba a cada rato al baño y metía una incapacidad tras otra cuando le bajaba la regla. En serio: cada veintiocho días. Supuestamente por un fuerte dolor abdominal que le impedía desempeñarse en su labor. Y el médico le validaba la justificación, ¡y la empresa se lo aprobaba! La verdad es que daba mucho coraje porque el resto de las compañeras íbamos a la oficina no importaba si nos había bajado la regla o no. Teníamos un contrato y un trabajo que cumplir y lo hacíamos, excepto Filomena que, por cierto, a pesar de la operación que le hicieron, no logró mantenerse en su peso y volvió a subir, por lo cual comenzó a utilizar fajas aún más ajustadas, para disimular su nuevo sobrepeso.

Tiempo después nos venimos a enterar de que entre la lipoescultura y el abuso de las famosas fajas colombianas, se dañó la matriz y la vejiga, por lo que ahora además padecía de incontinencia urinaria. No estoy segura de si esta circunstancia sea médicamente posible, pero eso se rumoraba. Uno de estos días le preguntaré a mi hermano. La cosa es que la mujer, que ya era una secretaria nefasta, comenzó a pasarse horas enteras en el baño, derivado de su nueva situación, y desatendiendo sus deberes.

Todas reportamos a Aurelia que ya estábamos hartas no sólo de su actitud injustificadamente prepotente, sino también de cómo su haraganería y desinterés perjudicaba en el óptimo desempeño del trabajo y las dinámicas de la oficina, pues además de estar ausente todo el tiempo, incumplía con sus tareas atrasándonos a todos. La jefa nos escuchó diligentemente, y prometió que no le toleraría ni una más. No sé cómo le aguantaba tanto, la verdad. Al final cumplió con su palabra, pero ¡ah para situación! Y siéntate bien, que esto parece telenovela colombiana... Sí, como las fajas. ¡Dios! Recuerdo la escena como si pasara ahora mismo frente a mis ojos. Y, bueno, una que tiene memoria privilegiada.

Un buen día, en una mañana cualquiera, llegó a la oficina una señora muy grande de altura y proporciones, y muy, muy rellena. Tendría unos cincuenta años. Vestía un batón tipo kaftán. Se acercó a una secretaria y le habló:

- Buenos días, ¿se encuentra Filomena Pérez? – su acento era claramente veracruzano.

Levanté la cabeza al escuchar no sólo su acento, sino la voz fuerte e iracunda con que hablaba.

- Buenos días. Al final del pasillo a mano derecha – respondió tímida la chica, que viró a verme luego de que la mujer comenzara a caminar hacia donde le indicó.

No pude evitarlo. Me puse de pie y me dirigí al mismo rumbo, seguida por mi compañera que intuía lo mismo que yo. Me acerqué al botellón de agua purificada para servirme un poco, y fingí indiferencia.

- ¡Aquí estás hija de tu reputa madre! – gritó y yo me giré para ver (y conmigo tres o

cuatro compañeros que contemplaron la escena).

- Pero qué... – fue todo lo que alcanzó a decir Filomena antes de que la señora la agarrara de los pelos y la obligara a pararse para sacarla de la empresa.

- Nada, hija de la chingada. Pinche puta de mierda. No tienes madre, ni dignidad. Mira que robarle el pan a mis hijos, maldita puta – gritaba la mujer mientras arrastraba a Filomena fuera de las instalaciones.

- ¡Suélteme! ¡Ayúdenme! – gritaba mientras mirábamos perplejos la escena.

- Claro que nadie te va a ayudar pinche zorra, pobre puerca quita maridos; pero hasta lástima das puta de mierda. Ni siquiera te sacó de trabajar. Te hizo dos hijos y sigues trabajando. Además de puta, pendeja – le gritó, y yo estaba atónita contemplando el espectáculo. En serio, lo juro. No podía creer lo que veían mis ojos. Lo que escuchaban mis oídos.

- Suéltame, vieja estúpida. ¡Yo no me tengo la culpa de que ya no se la pares a tu macho! – gritó Filomena sin dejar de forcejear, pero no podía hacer nada contra las dimensiones de la esposa (ya con la nueva información tenía la certeza de su identidad).

- Pues las cosas que harás tú para que se le pare, piruja barata – le gritó, arrastrándola.

- Ayuda. ¿Nadie va a hacer nada? – exclamó Filomena buscando nuestras miradas.

- Sí, claro, claro. ¡Llama a seguridad! – grité a la chica de recepción, que me escuchó, pero tardó un poco en entender mi llamado. La verdad es que nos había impresionado demasiado la escena, como para hacer otra cosa.

Lo mejor vino cuando logró sacarla de la oficina. Siguieron los gritos, luego las bofetadas. Las extensiones y las pestañas postizas salieron volando, junto con la dignidad de la pobre Filomena, a quien nunca más volvimos a ver pues esta vez, y sin pensarlo más, Aurelia la despidió por el tremendo drama que montó en la empresa.

¡Ay, querida Caro! Quisiera decirte que la situación me apenaba, pero no. La Filomena se lo tenía más que ganado. *Fea persona*. Más tristeza me causaba la esposa porque a saber cuánto tiempo estuvo de cornuda y no lo supo sino hasta entonces. Luego, ya en la reconstrucción de los hechos, me enteré de que el marido se ausentaba de Veracruz con el pretexto de su trabajo aquí en Mérida llevando y trayendo frutas y verduras de la central de abastos, pero mira que echarse tamaño viaje... Pues sí que serían ausencias prolongadas (a mí no me veas, te cuento lo que se rumoraba). Tampoco supe en qué terminó el asunto. Estaba más que contenta con la ausencia de esa tipa nefasta que no servía para un carajo, sólo para pirujear, como atinadamente apuntó la esposa verdadera. Espero sinceramente que la esposa haya demandado al marido por bigamia y que le haya quitado hasta el último centavo. Lo cual me recuerda la inolvidable frase que

Marilyn Monroe dijo en los años sesenta, y que me sigue pareciendo muy actual en nuestros días:

*Ningún hombre vale tanto para tener a dos mujeres,
y ninguna mujer vale tan poco como para ser la segunda.*

Nunca lo olvides, querida Caro. Y tampoco te pongas demasiado estricta: que una cosa es la aventura, la calentura como dicen los colombianos, y otra cosa es quedarse de querida, o saber que existe otra y hacerte la desentendida. Por ahí se dice que Jackie Kennedy sabía de los tremendos cuernotes que le ponía su esposo John, precisamente con la Monroe. Ve tú a saber. No toques el tema con tu mami, sigue siendo una herida muy sensible, pero estoy segura de que lo superará más pronto de lo que imaginas.

La importancia de un buen nombre

A riesgo parecerme a Scherezada, la de *Las mil y una noches*, ésta es una historia pintoresca y poco conocida; algo larga, pero interesante (acostúmbrate, vendrán más anécdotas de otras mujeres de las que aprendí muchísimo). Tiene que ver con la toma de decisiones, la diversificación de capitales, y con mi obsesión por la joyería y las gemas preciosas. La dama en cuestión es una conocida mía, por la que siento verdadera admiración. Se llamaba Preciliana. Así como lees: Pre-ci-lia-na. Nombre peculiar, por no decir la palabra que empieza con efe (¡feo!). Y para no violentar la ley de derechos personales de México, inventemos que se apellidaba Rodríguez Gómez, aunque le gustaba agregar el apellido de casada porque pensaba que *de Castro* le daba cierto aire de elegancia. Sin embargo, como odiaba su único nombre de pila, apenas cumplió la mayoría de edad, Preciliana ejerció cuanto poder le otorgaba el Registro Civil de los Estados Unidos Mexicanos para modificar su nombre por el de Brigitte Elizabeth (no me preguntes, ella eligió).

De manera que después de casada y re-registrada, ya no tenía nombre de mexicana, sino de mexicoamericana, chicana, exiliada cubana, o cantante de hip-hop: Brigitte Elizabeth Rodríguez Gómez de Castro. No obstante, como era de ojos redondos y de piel muy oscura, sus amigos y parientes le decían *La Negra*. Y conste que aunque suena discriminatorio, Preci (que también así le decían) tiene más o menos mi edad, así que hace un par de décadas, las personas se indignaban un poco menos que en estos días con el tema de los apodos despectivos (que definitivamente, lo es). Y en el fondo creo que prefería su apodo a su nombre. No la culpo, la verdad.

Se casó cuando tenía ya cerca de treinta años, y muy embarazada. A los dos meses de la boda nació su primogénito, un varoncito de pigmentación tan tostada como la de sus padres – pues el esposo también era muy moreno –, a quien luego de pensarlo mucho y de consultar aproximadamente veinticinco libros sobre los nombres y sus significados, terminó por llamar Adrián Alfredo.

El primer nombre fue porque así se llamaba el abuelo de *La Negra*, y el segundo por José Alfredo Jiménez. Era una gran admiradora del cantautor mexicano por influencia de su abuelo, al que adoraba y que constantemente escuchaba su música. Y al igual que su abuelo, en momentos de concentración, en las labores domésticas, en el coche y hasta en la ducha, Brigitte solía cantar a todo pulmón y con más sentimiento que Lila Downs *Si nos dejan*, *Te solté la rienda*, *La media vuelta*. Y cuando iba a alguna fiesta y se le pasaban las copas, sobre todo si había karaoke, cantaba inspirada hasta la extenuación *El último trago*. Su marido y amigos usualmente la coreaban cerveza en mano, cual parroquianos de pub irlandés o cantina mexicana. La verdad es

que la Preci es muy carismática y alegre. Siempre tuvo muy buen carácter. Mención aparte: es una mujer muy trabajadora... Fue la primera ingeniera mecánica que conocí (también influenciada por su abuelo, mecánico de oficio). Como lees: Brigitte repara coches; tiene un taller súper exitoso y siempre hay larga fila para conseguir que te componga el auto.

Pero regresando al niño. Ya de corrido, su nombre era Adrián Alfredo Castro Rodríguez. El día del bautizo, Brigitte (Preci, *La Negra*) se hinchó de orgullo cuando el sacerdote pronunció, ante todos los feligreses, un nombre bonito, elegante y que sobre todo no avergonzaría a su hijo, como había ocurrido con ella misma a lo largo de su vida como Preciliana.

Desgraciadamente para Brigitte Elizabeth, su esposo no estaba muy contento con el nombre que ella se entercó en ponerle al niño, y cada vez que se le pasaban las copas, le echaba en falta que no lo hubiera llamado como a él, y que hubiera roto con la costumbre familiar de los primogénitos Edilberto Castro I, Edilberto Castro II y Edilberto Castro III: su hijo debió ser Edilberto Castro IV. Pero a *La Negra* no le gustaba para nada la idea. En realidad le parecía un nombre espantoso y no le deseaba algo como eso a su hijo. ¡Suficiente había tenido ella!

Sin embargo, inteligente como era, y ante la insistencia de su marido (al que amaba con pasión, que también la adoraba, y que por sobre todas las cosas era un buen hombre), Brigitte Elizabeth le propuso un trato: si tenían otro hijo y resultaba varón, éste sí continuaría la dinastía de los Edilbertos. El niño sería Edilberto Castro IV, prolongando así no sólo el nombre, sino también el apellido del orgulloso Edilberto Castro III.

Luego de cinco o seis meses de la última conversación sobre el tema, bien decidido y planificado el asunto, y después muchas tardes, noches y madrugadas intentándolo, Brigitte ya lucía un vientre redondo y abultado. Por donde se les veía, los padres parecían bastante felices. Su relación era buena, casi tanto como los tacos de pastor que exigía la criatura desde el vientre de su progenitora.

En el hospital, la noche del parto, Brigitte gritó como una loca y maldijo un millón de veces al pobre Edilberto III que, asustado, pero estoico y muy enamorado, sostenía fiel la mano a su esposa, soportando toda clase de improperios que la mujer expelía por la boca. Un pujido, un insulto. Otro pujido, otro insulto y así hasta que el potente llanto de unos pulmones bien dotados dio por concluido el doloroso, pero feliz acontecimiento.

Nada más que esa noche no nació Edilberto IV, sino una preciosa y no pronosticada bebita. Los padres estaban tan seguros de que sería varón, que cada vez que iban al ginecólogo y practicaba el ultrasonido, le decían al doctor que no era necesario que les dijera el sexo del bebé, ellos ya lo sabían (o al menos lo deseaban con todo el corazón). Y aunque al principio fue una tremenda sorpresa, la niña los entusiasmó tanto que olvidaron todo el asunto de los Edilbertos.

Ya no les importó más la continuación de la dinastía; la nueva Castro Rodríguez ocupaba toda su atención y amor. Brigitte ya se imaginaba comprándole juguetes mecánicos para ver si se iniciaba en el negocio. A Alfredito no le habían hecho demasiada gracia, e ignoró abismalmente la colección de juguetes que insistentemente le dejaba. Él tenía más bien vena artística: amaba decorar las paredes con pinturas que realizaba a base de crayolas, pero especialmente con los labiales carísimos de su mamá. Quizás con su hija corriera mejor suerte.

No obstante, luego de unos días de descanso para la recién parida, se presentó un nuevo dilema, y éste de otras dimensiones no pronosticadas: una niña no podía llamarse Edilberta Castro, ya no sólo porque resultara poco elegante, sino por las repercusiones sociales, emocionales y psicológicas, que causan heridas permanentes por los siglos y los siglos, Amén. Lllamarla Edilberta hubiera sido un crimen inútil e imperdonable, y Preciliana, digo Brigitte, sabía bastante al respecto.

La congoja los golpeó de nuevo porque aunque adoraban a su linda morenita, ya habían pasado casi dos meses y se seguían refiriendo a ella como “la nena”, porque aún no decidían cómo ponerle, y cada vez que se sentaban a hablar de ello, terminaban peleando y recordando la tragedia del nombre de Adrián Alfredo.

Cansada de seguir presentando a su hija como la nena, y en una de esas insoportables noches calurosas que atraviesan las recién paridas, fue que *La Negra* se levantó de la cama decidida a nombrar a su hija. Se dirigió a la cocina por un vaso con agua. Tomó pluma y papel. Se sentó a la mesa y comenzó a escribir todos los nombres de mujer más bonitos y significativos que hubiera escuchado en su vida.

Con lo poco que recordaba de la preparatoria sobre estadísticas, pero con lo bien que se le daban las matemáticas (te digo que era ingeniera) hizo más de cien combinaciones, porque de ninguna manera pensaba poner un solo nombre a su única hija; ni mucho menos tenía la menor intención de castigarla con un nombre tan feo y corriente como el que le impusieron a ella, y que tantos motes y burlas le valió desde muy pequeña: *Preciliana reptiliana*; *Preciliana, la marrana*; *Preciliana, préstame a tu hermana*. Se estremece sólo de recordarlo. No, para nada. Eso no sucedería... Su preciosa hija iba a tener el nombre más hermoso.

Concentrada, inspirada, mientras tarareaba en voz muy baja *Un mundo raro*, escribió los nombres de todas las princesas, actrices, cantantes, parientas y amigas que conocía; hasta que a las tres de la mañana ya tenía cinco categorías con treinta o cuarenta nombres en cada clasificación. Para esa hora ya había incluido en la lista nombres de ciudades, gemas, flores y estaciones del año, así como combinaciones de nombres propios y apellidos.

Por su lista desfilaban binomios como Diana Carolina; Scarlett Guadalupe, (porque

Brigitte Elizabeth era muy católica). Lucrecia Shakira, Odette Karenina, Ashanti Victoria, Adriana Esmeralda, Mía Paulina, Frida Letizia, Farah Vanessa, Luna Nueva, Indira Cassandra, Adelaida Stephanie, Dulce Orquídea, Galaxia, Anastassia Primavera, Kimberly Pamela, Rosa Zafiro, Salma Zuleika, Jennifer Eileen, Chantal Macarena, Ariadne Rowena...

Exhausta, y con los primeros rayos del sol entrando por la ventana de la cocina, por fin se decidió por una conjugación de nombres que seguramente le encantaría a su marido. La niña se llamaría Jimena Alfonsina, igual que la mamá y la abuela de Edilberto. A *La Negra* le pareció que la combinación, en femenino, de dos nombres generalmente articulados en masculino, evocaba cierto aire medieval, especialmente al combinarse con los apellidos: Jimena Alfonsina Castro Rodríguez (a mí no me encantó ninguno, pero recuerda que originalmente se llamaba Preciliana: ¡Pre-ci-lia-na!).

Eufórica y abstraída en sus pensamientos, apenas escuchó el presuroso timbre de su casa, que desde hacía buen rato llamaba con desesperación. Era su madre.

- Preciliana – porque doña Leonor seguía diciendo así a su hija que contra la voluntad y gusto de su madre se había cambiado el nombre –, llevo horas llamándote, pero no atendías el teléfono... Tu abuela acaba de fallecer, la vamos a velar hoy...

Días después del sepelio, los deudos fueron convocados por el notario de la abuela para dar lectura a su testamento. No era multimillonaria, pero era una mujer bastante adinerada. Trabajadora como toda la familia de Preci. De manera que llevó una vejez cómoda, y tenía varias posesiones valiosas para heredar a sus hijos y nietos.

En el testamento se estipulaba lo siguiente: dejaba la casa principal y la lavandería exprés a su hija Leonor; la ferretería y la casa de la playa, a su hijo Godofredo; y la tienda de materiales de construcción y la casita de Campeche, a su hijo Mariano; y la considerable cuenta de ahorros que debía dividirse en partes iguales entre sus cinco nietos, por lo que a Brigitte Elizabeth le tocaba una nada despreciable herencia que quizá le alcanzaría para invertir en una nueva área del taller: hojalatería y pintura. Lo había platicado con su esposo, quien no sólo era su socio, sino también era ingeniero mecánico como ella.

Una vez repartidas casi todas las pertenencias, quedaba la más preciada posesión afectiva (y económica) de la abuela. El abogado reveló que faltaba por entregar la caja de joyas de incuantificable valor, que fue adquiriendo a lo largo de su vida (murió pasados los ochenta años, te harás una idea). Entre los negocios de la abuela, además de los que viste, se encontraba la compra-venta informal de oro y joyas. Y mira que tenía buen ojo. Creo que a ella le vi el diamante más grande y ostentoso que hubiera visto jamás, en persona (y te lo dice un émula de Liz Taylor y JLo; AMO los diamantes). Todos se quedaron un poco espantados de que no se la

dejara a su propia hija, aunque también todos sabían la razón. La abuela nunca le perdonó por haberse escapado a los diecisiete años con el papá de Brigitte Elizabeth, al que no aprobó ni en el último día de su vida. Aunque a todos nietos los adoraba, y en particular estaba muy orgullosa de Brigitte, de quien decía sacó su talento para los negocios y la gestión del dinero (yo creo lo mismo).

Brigitte Elizabeth recordaba bien la colección de joyas de la abuela. Muchísimas cadenas y pulseras en todos los tejidos, de oro blanco, rojo y amarillo, de 18 kilates la más humilde. Al menos una decena de anillos con gemas preciosas verdaderamente enormes (rubíes, zafiros, esmeraldas, topacios, ágatas, amatistas, ópalos; y, obvio, los diamantes). Unos quince pares de aretes de todo tipo; un par de ellos eran de filigrana muy antigua y barroca; dos collares de perlas naturales con broches de oro y platino (como los que usaba la reina Elizabeth). Y en particular recordaba una cruz otomana, de oro amarillo, incrustada de piedras preciosas, en cuyo centro había una inmensa y brillante esmeralda que prácticamente te cegaba, y que la abuela no se quitaba jamás. Parecía cruz de arzobispo, imagínate (pero eso sí, muy hermosa). Alguna vez, Brigitte escuchó a sus tías decir que las alhajas de la abuela eran bastante antiguas y valiosas, de acuerdo con el experto de una casa de avalúo. Ella nunca puso en duda la aseveración porque, además, las joyas de la abuela hablaban por sí mismas, eran de ensueño, absolutamente (y de verdad coincido con esa afirmación. De hecho intenté comprar aquel anillo de diamantes a la Preci, pero nunca me lo quiso vender. Por valor sentimental, me dijo).

Y, bueno, para no hacerte el cuento largo, en el último punto de la lectura del testamento, el notario dijo con toda claridad que era voluntad de la difunta que una mujer, la más joven de toda su familia (nacida o por nacer), heredara la colección de joyas. Todos miraron a la afortunada bebita que dormía tranquilamente entre los brazos de Brigitte, quien sería la beneficiaria del caudal de joyería, mientras el notario seguía leyendo las palabras de la fallecida: *como única condición pido que la niña sea bautizada con mi nombre.*

Después de la revelación, Brigitte Elizabeth miró interrogante a su esposo, quien se encogió de hombros y, con un gesto afirmativo, respondió al silencio de su esposa. A la mañana siguiente, ante la presencia del notario para dar fe y legalidad, y de otros chismosos de la familia, fue registrada legalmente la heredera de las alhajas de valor incalculable. La niña fue llamada con el nombre de la bisabuela: María Preciliana... ¿Tú que hubieras hecho en lugar de la Preci... Digo, Brigitte?

Amores, habrás tenido...

Y mientras mis negocios se expandían y consolidaban (me hice de un par de ferreterías, que años después aumentaron a siete sucursales), con el paso de los años me fui relajando un poco en términos personales y de las ataduras emocionales que me tenían fuertemente sujeta a traumas del pasado. Era abril de 2015. Estaba muy pendiente de todas mis empresas, pero para entonces ya me tomaba las cosas con un poco más de calma, y me permitía algo de tiempo para vivir, para disfrutar la vida y compensar todos esos años de sacrificio haciendo un par de viajes por aquí y por allá. Ahora podía permitírmelo. Carlos seguía en la Marina desarrollando una carrera impresionante. Sé que tenía una novia y que era un hombre feliz. Y yo me sentía más libre. Así que un par de veces al año cargaba con la loca de Gaby (o con Patty, cuando se libraba de su trabajo en Cancún) y nos íbamos de crucero o en algún tour por alguna parte de México o el mundo para relajar la mente... Y el cuerpo. Tenía el dinero, podía consentirme.

A tu mamá la invitábamos, pero nunca aceptó. Ya sabes, siempre fue muy seria. Salía a cenar con nosotras, y nos veíamos con frecuencia (además de que era y continúa siendo mi representante legal), pero para entonces Laura ya era toda una señora casada y madre de familia. Tú tendrías siete u ocho años, Caro. Además cuando tu mami no se dedicaba a su familia, siempre estaba tomando algún curso de lo que sea. Yo dejé los estudios universitarios luego de graduarme de una maestría en administración por una prestigiosa universidad privada de México. Pero Lauri seguía, sigue y seguirá acumulando posgrados como si coleccionara cédulas (como si fueran estampitas). Siempre estaba demasiado ocupada (un día pregúntale a tu papá, pero conste que yo no he dicho nada).

Y, conociéndola, fue mejor así. La habríamos hecho pasar vergüenza. ¡Hacíamos cada cosa! Después de todo, nadie nos conocía. Yo me hacía de la vista gorda con Gaby, y ella hacía lo mismo conmigo, pero nos cuidábamos las espaldas... Y por si te lo preguntabas, amantes nunca me faltaron. Ha habido bastante diversidad en mi vida con respecto a ese tema: norteamericanos, europeos, turcos, árabes, un par de argentinos, un colombiano, y mexicanos, claro está. De hecho, fueron la gran mayoría... Soy una patriota, ¿qué se le hace?

¿Te acuerdas de esa canción que le compuso Agustín Lara a María Félix? No es que me sienta como la doña, claro está. No le llego ni a los talones, pero vaya que experimenté y conocí amantes. A veces escucho esa canción de *María bonita* y pienso en que en vez de amores, yo tuve precisamente amantes, y poco más. Cambia las palabras en la letra, y seré yo:

Amores habrás tenido

Muchos amores

María bonita, María del alma.

Pero ninguno tan bueno

Ni tan honrado

Como el que hiciste que en mí

Brotara...^[6]

Y fuera del amor honrado, mi vida era más o menos como dice la canción: amantes, y alguno que otro enamorado/ilusionado temporal, eso sí que tuve. Vamos, que no soy fea (ni la más hermosa, lo sé); pero me he encargado de sacar partido a mi belleza mexicana, a mi piel morena, a mi cabello negro azabache y a mis ojos rasgados; a mis curvas de mujer latinoamericana. Y he estudiado mucho. He leído a raudales. Me he cultivado, tengo tema de conversación; y la verdad me encanta ir presumiendo por ahí la inteligencia que sé que tengo, y el tino para apuntar y atinar a un buen negocio.

Créeme cuando te digo que algunos hombres se ven seducidos por tu intelecto... Aunque a otros les atrae más la posición y el dinero que te has ganado con el sudor de tu frente; y ahí, mi querida Caro, es donde debes tener el mayor de los cuidados. Y a pesar de que tantos hombres entraron y salieron de mi vida (y de mi cuerpo, para qué más que la verdad), lo cierto es que luego de Miguel no había conocido a un tipo que me entusiasmara lo suficiente como para entablar una relación seria. Todo eran aventuras pasajeras.

Pero un día, en un viaje que hice para tomar uno de mis cursos de joyería (a esos iba sola), conocí al hombre que pareció cambiarlo todo. Como ocurría en otras ocasiones, dejé los negocios en las confiables y profesionales manos de Gaby y volé sola rumbo a Italia para cursar un diplomado en gemología, con el que soñaba desde hacía mucho tiempo. Ocurrió en Vicenza, la gran sede de la joyería italiana. Orfebrería, platería, relojería, joyería, gemología... Encuentras maestros sublimes de cada especialidad en esa pequeña ciudad.

El diplomado se impartía en una de las joyerías de mayor prestigio en el país. El curso incluía acceso a las tiendas y los talleres para ver a los orfebres trabajando en directo, pero la cátedra formal se ofrecía en una salita de conferencias (de la joyería sede), que era pequeña, pero muy elegante. Pasear por Italia era toda una experiencia, pero para entonces había pocas cosas que me impresionaran. Ya había visitado muchísimos países y visto de todo... Hasta que apareció Angello Rossi, y como decía su nombre parecía un ángel caído del cielo. Déjate de lo altísimo, de su mandíbula fuerte, de su cabello castaño que le tapaba la nuca, de sus impresionantes ojos verdes, o de su cuerpo de infarto. Olvídate de ese acento exquisito que tienen los italianos y que enamoran a cualquiera, su currículum vitae me dejó encandilada.

Éramos quince personas de diferentes nacionalidades. El diplomado se daría en inglés, lengua en que se expresaba la asistente del curso, una chica de no más de veinticinco años, que fue la encargada de presentarlo y leer su hoja de vida:

- Bienvenidos todos a nuestro curso de *Introducción a la gemología*. El instructor es uno de nuestros especialistas más reconocidos. Les presento al doctor Angello Rossi. Es licenciado en geología, maestro en ciencias de la tierra, doctor en geología, maestro en mineralogía, y especialista en gemología. Actualmente se desempeña como profesor titular en la Universidad de Bolonia, y es para nosotros un honor contar con su presencia esta mañana. Esperamos que disfruten el curso y obtengan el mayor provecho.

Me quedé de a seis, como dice Bart Simpson. Siempre valoré los estudios universitarios. ¡Tengo una fundación para ayudar a los jóvenes que cursan una carrera! Soy fan de tu mamá por tantos estudios que tiene, y dejé de llevar la cuenta de sus posgrados cuando obtuvo su primer doctorado en Derecho... Pero este Angello Rossi era otra cosa. Y además de guapísimo, era profesor de la universidad más antigua del mundo. ¿Sí sabías que la Universidad de Bolonia es la más antigua de la que se tiene registro?

A lo largo del curso, Angello hizo gala de su amplio conocimiento y *expertise* en la rama. Expuso magistralmente los conceptos más importantes: los diferentes tipos de gemas naturales; la diferencia entre las gemas preciosas y semipreciosas; las gemas cultivadas y las sintéticas; los análisis para distinguirlas, extracción, costos, cortes, valoración en los mercados, preferencias del público, etc., etc. Y aunque era todo un profesional y su acento en inglés era muy claro, yo no podía combatir el hechizo hipnótico de aquella curva melódica. El italiano (después del español) es para mí una de las lenguas más hermosas que he escuchado. Y si además la clase te la daba una escultura viviente que parecía tallada por el propio Miguel Ángel, entenderás que me tenía toda embobada. En cada sesión lo escuchaba y miraba como si fuera una obra de arte digna de la mayor admiración. Carajo, y vaya que lo era... Y básicamente así me la pasé todo el curso: contemplándolo.

Angello, que tenía más o menos mí misma edad, solía vestir de jeans y camisas de manga larga, cinturón y botines en color miel. Era informal, pero elegante. Además todo el tiempo olía riquísimo (como a cítricos), y siempre parecía recién salido de la ducha. Siempre. En serio. Me tenía total y absolutamente cautivada... Durante esas dos semanas me las viví entre los cursos, llamadas telefónicas con Gaby y tu mami (para ver las urgencias que se presentaran en alguna de mis empresas), los paseos por toda Vicenza y ciudades circunvecinas y, por supuesto, recreando todas mis fantasías con ese hermoso ángel de ojos verdes y acento italiano que me tenía loca. Y no, a pesar de ser amable y accesible, y de que otras estudiantes (más jóvenes que yo, claro está) le coqueteaban abiertamente, y él correspondía a medias al cortejo, yo jamás me atreví a

interactuar con él más allá de la estricta relación profesor-estudiante. No sé... Me imponía mucho. Y eso que no soy nada tímida. Y para entonces tampoco lo era.

A mis treinta y seis años me ocurrían ambas cosas cuando me interesaba un hombre: o me invitaba él a salir, o bien lo hacía yo. Y de ninguna manera me generaba problema alguno hacerlo yo. Si me rechazaban, simplemente me sacudía y seguía mi camino. Tenía más que claro que un hombre que rechazaba a una mujer como yo era un pendejo redomado por el que no valía la pena calentarse la cabeza. En cambio, cuando me decían que sí, el asunto podía ponerse interesante. Y cuando ocurría lo contrario, es decir, si el caballero en cuestión me invitaba a salir, ahí era yo quien valoraba si había potencial en la propuesta. Y me encontraba un poco de todo; pero era bastante selectiva a la hora de aceptar.

Lo curioso es que con el paso de los años, y conforme me fui haciendo conocida, sintiéndome más segura de mí misma, también me volví más aventada, lo que derivó en que, con más frecuencia, fuera yo quien tomara la iniciativa con los hombres que me resultaban atractivos. A unos me los llevé a la cama, a otros ni de chiste. Y lo cierto también, querida Caro, es que algunos hombres quedaban muy intimidados por mí y por mi éxito, y no muchas relaciones terminaban cuajando más allá de un par de citas. Sí tuve varios amantes pero, comparativamente, eran pocos los valientes que se aventaban el paquete de intimar conmigo. El secreto oscuro que no te dicen de las mujeres empoderadas es que, en serio, muchas veces sin querer, terminas emasculando a los hombres. Te impones tanto con tu presencia y tus triunfos que los espantas y salen corriendo, huyendo de ti, sintiéndose abrumados, como si estar contigo los hiciera menos hombres. Te lo digo en serio. *Hola, me llamo Victoria y soy una mujer empoderada que intimida a los hombres... Hola, Victoria...* Creo que es el título que debería poner a esta autobiografía.

Sin embargo, a pesar de toda esa seguridad en mí misma y en mis capacidades... Con Angello, no sé. No me atreví a insinuarle nada. Nunca antes conocí a nadie como él. Jamás ningún hombre me había impactado tanto como Angello. Bueno, Xavier Moctezuma y Andrew McAllister por supuesto que eran impresionantes, pero esos sí que estaban fuera de mi alcance (además eran casados). Lo mismo que Adam Jaziri, a quien conocí en una junta de socios de la *Clínica de las Américas*, en la que había invertido cierto capital; pero era otro que estaba fuera de mi liga (aparte, a todos ellos me los presentaron después)^[7]. Y Angello... ¡Dios! No sé si era su altura, sus ojos verdes, su perfil patricio tan perfecto, o *esa lengua extranjera que me ablanda las piernas*, como dice la canción de Alejandra Guzmán. Ya sabes: la de *Eternamente bella*^[8]. De verdad, no sé qué tenía. Tal vez era el combo en todo su conjunto. Especialmente su inteligencia. El tipo era brillante, y me tenía embelesada.

Entenderás mi incredulidad y fascinación cuando al término del curso (luego de dos

largas semanas), en el último día después de clases, cuando ya todos abandonábamos la sala, se acercó a mí mientras acomodaba mis cosas para marcharme. Entonces, me habló.

- Fa molto caldo, vuoi un gelato? – me dijo.

En esta época ya tenemos el traductor de Google, que bastante ayuda, aunque no sea del todo exacto. No obstante, su mensaje fue tan claro que no hizo falta ser un genio para entender que me estaba invitando a un helado. Lo que realmente me impactó es que lo hiciera. ¡Que se acercara a mí y me hablara! ¡A mí, que era la mudita de la clase! La verdad es que era la que menos llamaba la atención. Claro que, vanidosa al fin, me esmeraba en mi arreglo personal usando blusas y jeans ajustados, o faldas vaqueras, que lucían mis atributos; y me soltaba el pelo y maquillaba realzando mis rasgos, pero en lo general me limitaba a escucharlo, a contemplarlo absorta con cada explicación, y a tomar miles de apuntes sobre lo que decía con esa boca sexy e irresistible. Lo cierto es que yo no aportaba nada en las sesiones, aunque tuviera mucho para compartir. Y cuando te digo que era la mudita del salón, no es una metáfora, es una descripción. Era buena en inglés, y conocía de joyería y no seré como tu mami, pero siempre he sido buena alumna y muy participativa. Pero Angello me imponía tanto con su voz y su conocimiento, que me limitaba simplemente a escucharle y a aprender todo lo que pudiera de él.

- Oh... Yes, of course. It'll be nice – respondí en inglés. Porque, lengua franca al fin, era el idioma en que se dictó el curso y en el que nos comunicamos todos.

Me regaló una sonrisa radiante y salimos a la calle rumbo a una heladería que, me juró, era la mejor de toda Vicenza. Que iba a encantarme al punto de que no querría volver a tomarme un helado que no fuera ahí mismo... Y fue así, con un gelato de pistache, como empezamos a salir.

Desde luego que ya había recorrido toda Vicenza, pero estaba tan encantada con la compañía de ese hombre de ojos tan bellos, que ante su insistencia me dejé llevar de nuevo por cada rincón al que me condujo. Era una ciudad hermosa, claro está. Nada como Florencia, Venecia o Roma, pero era un lugar ciertamente mágico, o quizás era toda esa ola de sensaciones que experimentaba al mirar los ojos verdes de Angello, que un buen día, a la tercera salida, se atrevió a tomarme de la mano. Sentí el roce abrasador de su palma, y correspondí a su tacto. Me sonrió con esos dientes blancos y brillantes, y yo creí que moriría derretida ahí mismo... Como un gelato bajo el sol. Creo que después de Miguel, nadie, ningún hombre me hizo sentir algo así. Hasta Angello que, ajeno a quién era yo en mi tierra, a mi fortuna, a mis triunfos y fracasos, y a todas las batallas que había librado, de algún modo se sentía atraído por mí, por ser simplemente yo, por la mujer que era y nada más. Indistintamente de la fama y el prestigio que para entonces ya había adquirido en la región sur-sureste de México, donde me había convertido en una

persona bastante conocida y respetada.

Fue una tarde calurosa mientras caminábamos por un parque, cuando se detuvo de súbito y, decidido, me apoyó en la pared de una antigua edificación cercana a nosotros. Puso ambos brazos alrededor de mi rostro, el cual paseó con una lenta mirada contemplativa. Me entrecerró, rodeándome con su cuerpo. Yo tragué saliva con dificultad. Creí que iba a besarme.

- Todos estos días, desde que te conocí, he tratado de identificar a quién me recordabas, y creo que por fin lo he conseguido – me dijo con ese acento y esa voz tan erótica que tenía.

- Ah, ¿sí?... ¿A quién te recuerdo, Angello? – indagué curiosa, muerta de nervios, deseando no parecerme a alguna ex novia... O a su mamá, o su abuela. Carajo, que para rollos edípicos tampoco estaba.

- A Pocahontas – soltó a bocajarro, y luego sonrió, sin quitarme los ojos de encima.

- ¿Pocahontas?... ¿La de John Smith? – pregunté arrugando la nariz, totalmente desconcertada

- La mismita, la de Disney – confirmó asintiendo con la cabeza.

- Bueno... Si tú lo dices – respondí fingiendo indiferencia. La verdad es que no sabía muy bien para dónde iba con ese comentario. No es que me molestara, pero se me hizo bien raro, la verdad.

- Es que... Tu piel morena, tu cabello largo y negro, tus labios gruesos y rojos. Eres alta y, *mamma mia*, esas piernas espectaculares que tienes... Eres una versión mexicana y sexy de Pocahontas, pero en carne y hueso – añadió siempre sonriente.

Yo me mordí los labios nerviosa, y muy sonrojada. Angello me había soltado el mejor piropo que jamás me dedicó un hombre. Y mira que precisamente los rasgos que él señalaba de mi fisonomía indígena eran por los que más me criticaban y burlaban en mi propia tierra, mujeres sobre todo (ya te digo que las mujeres son la peores enemigas de las mujeres...) Y yo me sigo cuestionando, ¿qué tiene de malo ser morenita y estar orgullosa de mis orígenes? ¿Qué hay de malo con eso? Pobres mentes insignificantes... Y a pesar de estos recuerdos tan amargos de las cosas tan feas que murmuraban las mujeres a mis espaldas (*naca ridícula; mírala, si está toda corriente; es tan vulgar, da hasta pena ajena, etc.*), escuchar cómo Angello alababa y reivindicaba mi belleza maya, de mujer mexicana, latinoamericana, me hizo sentir la más hermosa, la más deseada.

Y entonces me di cuenta de que toda esta historia del mestizaje y el choque entre las culturas sobre el que se había escrito tanto, tenía una razón de ser y un gancho ineludible. Al final yo le resultaba tan exótica y atractiva como él a mí. Si ocurrió entre Cortés y la Malinche, y

sí, también entre John Smith y Pocahontas, ¿por qué carajos no iba a suceder con él y conmigo, que conservo claros rastros de mi emblemática ascendencia maya?

Entonces aproximó su rostro al mío, aferro sus manos a mis caderas y me beso. Y yo me dejé arrastrar por el embrujo de esa boca caliente que demandaba la mía como si tuviera todo el derecho y el poder sobre mí, como si le perteneciera. Y en ese momento así me sentí: suya, completamente suya. Como entenderás, esa misma noche hicimos el amor. Con frenesí, con entrega total. Las experiencias previas no se igualaban en nada a lo que viví con Angello, que era voraz e insaciable. Y yo estaba más que dispuesta a satisfacer todas sus necesidades y deseos. Todo lo que quisiera. Le di acceso a cada parte de mi cuerpo que pidió, y me correspondió con más placer del que jamás había obtenido de ninguno de mis muchos amantes... Ese tiempo en Vicenza fue inolvidable. Incluso ahora, tantos años después, mientras escribo siento cómo se me enchina la piel al evocar el fuego de sus caricias, del tacto divino de ese hombre que estaba hecho una escultura renacentista, y que me hacía el amor con frenesí en cada una de las noches tan apasionadas que compartí a su lado.

Como ángeles caídos

Mi estancia, que inicialmente duraría sólo dos semanas se postergó a poco más de tres meses, y no precisamente por el contenido del programa. Era el efecto Angello... De hecho, a la cuarta semana de mi estancia en Italia nos mudamos a Bolonia pues se había terminado el permiso que había pedido mi nuevo *novio* en la Universidad para impartir el curso de gemología. Estaba tan extasiada con el hombre, que simplemente lo seguí. No había *Zoom* ni *Teams* en esa época, pero sí había uno que otro sistema de video conferencia como *Skype*, mediante el cual me enlazaba a México cada día para ponerme al tanto con Gaby y con tu mamá. Y a pesar de la diferencia horaria, igual nos llamábamos y mandábamos mensajes por *WhatsApp* todo el santo día porque aun cuando trabajan para mí, también éramos amigas, y siempre tuvimos eso muy claro. Así que nos la llevábamos entre el cotorreo, los chismes y el trabajo.

Para entonces me encontraba repensando otra faceta de mi vida como empresaria. Estaba cansada de adquirir empresas casi en la ruina, levantarlas desde cero para verlas crecer hasta consolidarse y asegurarme de su éxito. Era muy satisfactorio, pero también muy desgastante. Así que comencé a investigar y a financiar proyectos que me parecieran sustentables, incluso en algunas franquicias, y ciertamente me fue bien. Además me decidí por la inversión de capitales de mediano rendimiento con riesgo mínimo, sólo a manera de ahorro, y descansé de la compra y las adquisiciones. Era menos sacrificio y obtenía casi las mismas ganancias.

Aparte, conocía la importancia del sector educativo, y era consciente de la imperiosa necesidad de fondear en educación superior. Por aquellos días supe de una nueva universidad de alto prestigio que iba a abrirse en Mérida, y decidí investigar a los gestores y socios invitados. Por supuesto que me sumé al proyecto *Universidad México Libre* (aunque igual lo hice inspirada por el trabajo de Angello, y convencida por tu mamá que no dejaba de insistirme con el tema). Actualmente soy la accionista mayoritaria, y mi universidad es considerada como una de las más solicitadas y mejor ranqueadas en calidad no sólo en el sur de México, sino del todo el país. Estoy muy orgullosa de ese cambio paradigmático en mi modelo de negocios, pues comencé a apoyar no sólo mis propios objetivos, sino también los sueños y visiones de nuevos emprendedores. Aunque, claro, siempre fui muy cauta de en dónde ponía mi dinero y en quién confiaba. Sí, un poco a lo Carlos Slim, pero en mi escala (mi infra escala en comparación con ese tiburón de mares embravecidos). Ojalá hubiera sido igual de precavida de en dónde ponía mi corazón.

El tiempo se fue rapidísimo, y apenas nos instalamos establecimos una rutina doméstica muy cómoda en Bolonia. Por el día él se dedicaba al trabajo en la universidad, y yo me encargaba de mis negocios a distancia en el minúsculo apartamento que Angello poseía en la

ciudad. No era un hombre adinerado, pero era profesor universitario, tenía sus recursos y vivía muy bien. Con todo, aquel pequeño departamento que seguramente era carísimo (recuerda que estábamos en Europa), me resultaba muy agradable y tenía el encanto renacentista que distingue a la región. Aunque ciertamente me sentía un poco claustrofóbica. Después de todo ya me había hecho de unas cuantas casas en Mérida, y la que habitaba entonces tenía cinco habitaciones y hasta piscina. Además de la enorme terraza donde retozaban Sultán y Faraón, a los que extrañaba con locura. Ya eran gatos mayores, y temía estarme perdiendo de un tiempo valioso a su lado. Pensé seriamente traerlos a Bolonia, pero cautelosa como siempre he sido, decidí tomarme las cosas con calma y encargué a Gaby y a mi ama de llaves el celoso cuidado de mis mascotas.

Es cierto que añoraba mi tierra y su calor, su comida y su gente, pero en las tardes y en las noches apasionadas a lado de Angello me olvidaba de todo y de todos. Creo que fueron realmente pocas las noches de mi tiempo junto a él en que no hiciéramos el amor. Y cada vez era más intenso. Noche a noche conocía nuevas sensaciones y formas de amar. Hasta aquella ocasión en un antro, que no olvidaré nunca. Fue un fin de semana en Milán, que está a sólo un par de horas de Bolonia. A diferencia de Vicenza y la misma Bolonia, Milán es mucho más grande y cosmopolita, y tenía el quíntuple de vida nocturna. Había bares por todos lados.

Esa noche, Angello me obsequió un hermoso vestido rojo, corto y entallado. Quería que lo usara para ir a un antro que insistía en que yo conociera. Ahora que lo pienso, creo que es de los pocos regalos que he recibido de un hombre. Fuera de los obsequios de mi hermano, y de la ropa que me regalaron mi profe Augusto y su esposa, me parece que ningún otro hombre me dio nada. Ya sabes: primero por mi barrera protectora anti pendejos, que repelía a todo hombre diez cuabras a la redonda; y luego, cuando ya me relajaba sobre el tema, porque era yo la que más dinero tenía. ¿Qué cosa podría regalarme un hombre como para impresionarme lo suficiente y no sentirse insignificante con cualquier detallito? A ver si me explico: los hombres adinerados y de alcurnia no me pelaban; después de todo seguía siendo una “nueva rica” con apellido indígena; y los hombres con menos poder adquisitivo que yo, simplemente pasaban de largo sin hacer el menor esfuerzo, dando mi causa por perdida, aunque yo les gustara.

Claro que con Angello todo era diferente. Le gustaba por ser simplemente yo, sin considerar mi cuenta bancaria, o mi éxito como empresaria. El hombre no sabía nada de mi situación económica. Si bien tenía una idea de a qué me dedicaba, no lo tenía del todo cierto. Cuando preguntó por mi trabajo, me limité a decirle que tenía un par de joyerías en Mérida, y lo aceptó como verdad (para nada le hablé de mis varios negocios súper cotizados a nivel regional, ni de las diversas propiedades que poseía en las ciudades más importantes del Estado, ni de mis proyectos de inversión, o de mi multimillonaria cuenta bancaria). Pareció conforme, pues no se puso a averiguar más.

Y regresando a aquella noche tan trascendente, seguí su petición tal como dijo. Me enfundé el vestido, que se amoldó a mi cuerpo maravillosamente; me ajusté unas sandalias de tacón alto, luego me puse un espectacular juego de collar y aretes de rubíes que compré en Vicenza y que no había estrenado (no había tenido ocasión), y me arreglé justo como me indicó: con el cabello suelto, rímel, delineador negro y labial rojo indeleble. Me eché una mirada al espejo y me gustó lo que vi. La verdad es que me veía muy bien.

- Magnífica, magnífica. Estás preciosa y sexy, mi hermosa diosa maya – exclamó al verme. Lo dijo en español con su marcado acento italiano. Luego rompió la distancia entre nosotros y me abrazó con fuerza. Puso las manos sobre mis glúteos y me atrajo hacía sí, apretándome contra su cuerpo. Me besó el cuello y yo pude percibir lo excitado que estaba, y lo mucho que me estaba contagiando.

- All'improvviso non ho più voglia di uscire stasera – igualmente excitada, le dije con voz ronca que ya no sentía muchas ganas de salir esa noche, y para demostrar mi argumentación, dirigí mi mano hacia la parte de su cuerpo que más adoraba. ¡Dios!, en serio estaba durísimo.

Sonrió sobre mi mejilla y se alejó de mí. Me dio un beso y me tomó de la mano, conduciéndonos a la puerta de nuestro cuarto de hotel.

- Después, bella. Después. Te lo garantizo – respondió en español, con su cautivador acento, guiñándome un ojo. Habíamos hecho el esfuerzo de aprender un poco de nuestras respectivas lenguas, y de entendernos uno al otro en el propio idioma.

Sonreí y le seguí, como se había vuelto mi costumbre desde que lo había conocido. Creo que con Angello me ocurrió lo que escribe Ángeles Mastretta en alguna de sus novelas: me enamoré justo como se enamoran las mujeres inteligentes, como una idiota^[9]. Y no me pasó por alto que, al igual que Miguel mucho antes, Angello también me había llamado bella... Por algún motivo tuve un mal presentimiento, pero lo omití. Decidí que el amargo recuerdo de una rata de alcantarilla como Miguel Arrigunaga no iba a arruinarme la noche con el hombre más portentoso que había conocido en la vida.

En cuestión de minutos llegamos al lugar, que estaba atiborrado, pero que tenía un ambiente muy animado. Música electrónica, luces láser, bebidas y jóvenes bailando a un ritmo cadencioso y pegajoso. Nos fuimos a la barra, pedimos un par de bebidas, y luego a la pista. Entre baile y licor, rozábamos nuestros cuerpos sudorosos, y de otros chicos y chicas que bailaban con nosotros con la selección del DJ, que era realmente bueno, y eso que no tengo predilección por la música electrónica.

Conforme transcurría la noche y se fue vaciando el lugar, comencé a sentir un aura extraña. Un muchacho muy apuesto, la verdad, no hacía más que verme desde que había llegado.

Nuestras miradas se encontraban de vez en vez, pero yo me hacía la loca. Era alto, de piel bronceada y cabello negro. Italiano hasta los huesos. Y muy, muy varonil. Sentía sus ojos sobre mi cuerpo, especialmente cuando Angello se paraba detrás de mí y rozaba su entrepierna contra mis glúteos, haciéndome gemir con su excitación. Sobre todo cuando, con total descaro, su mano subía de mi cintura a mi pecho, que apretujaba como en una especie de exposición, o invitación; o quizás para marcar terreno, como todo macho alfa. La verdad no tenía idea de por qué lo hacía. Sólo pude entender que la cercanía de nuestros cuerpos, y el baile que cada vez se tornaba más erótico, lo excitaba y que más tarde sería yo quien recibiría toda la fuerza de su pasión. De ninguna manera iba a cortarlo si aquello le ponía. Y a mí también, para qué negarlo.

- Voy al baño – le dije después de un descanso, cuando nos aproximamos a la barra para tomar una cerveza.

Ya eran casi las dos de la madrugada. Había mucha menos gente que al inicio, pero aún seguían la música y las bebidas. Caminé entre la pista, un poco cansada por los tacones y algo nublada por el licor, pero encantada de estar ahí con Angello. Cada día a su lado era como vivir en una nube de felicidad. A veces no podía creer que aquello fuera cierto. Era tan perfecto.

Al llegar al baño, que estaba totalmente vacío, caminé hacia una de las cabinas. Cuando terminé, salí, me dirigí al tocador, y me lavé las manos. Entonces lo vi a través de espejo. Era el muchacho alto de cabello oscuro. Estaba en el baño, junto a la puerta. Lo vi ponerle el seguro para luego fijar la vista en mí, que me di vuelta al instante para enfrentarlo. Llevaba una camisa blanca remangada, jeans ajustados, y en sus ojos brillaba la lujuria. Carajo. Me hacía sentir mil cosas: expectativa, miedo... Y deseo, muchísimo deseo. En apenas dos pasos cortó distancia entre nosotros, llevó las manos a mi rostro y me besó. Con su lengua se abrió paso entre mis labios... Y yo lo dejé hacer. ¡Dios! No sé si era la bebida o el poder sexual tan fuerte que destilaba de su cuerpo fibroso, pero no pude resistirme.

Paseó sus manos por mi cuello, por mis senos, que estrujó ansioso, sin dejar de besarme. Cargó conmigo y me depositó en la meseta del lavabo. Apenas pude reaccionar a lo que estaba haciendo cuando se colocó entre mis piernas y comenzó a deslizar la mano entre mis bragas. Sacudí la cabeza. Puse las manos sobre su pecho y le miré a la cara. No tuve que poner demasiada fuerza para apartarlo de mí pues, aunque noté la frustración en su rostro, dio marcha atrás al comprender mi negativa y abandonó el baño tan pronto como apareció.

Trémula, escéptica ante lo que acababa de ocurrir, me deslicé al piso, me giré al espejo y me recoliqué la ropa. Tomé aire, tratando de tranquilizarme. Me abaniqué con las manos. Me corregí el maquillaje y salí de nuevo. Al llegar a la barra casi se me caen las bragas de la impresión. Me encontré con la inaudita sorpresa de que Angello platicaba relajadamente con el

mismo chico que me abordó en el baño y que ahora me miraba con total descaro ante la complacencia de mi novio, que dio un sorbo a su bebida para luego dedicarme una sonrisa amplia, juguetona, seductora. *¿Qué carajos?*

- Ya estás aquí – me dijo Angello, en inglés. Luego extendió una mano hacia mí, rodeó mi cintura y me besó en la boca introduciéndome la lengua con tanta pasión que me faltó el aliento.

- Angello – susurré cuando hubo terminado. Todo ante la mirada atenta de aquel muchacho que minutos atrás tuve entre mis piernas a punto de hacerme el amor en el tocador de ese antro.

- Cariño, él es Pietro y quiere conocerte. Es tan caballeroso que vino a pedirme permiso... Pietro, ella es Victoria. Es una radiante diosa maya... Y entiendo que hayas caído rendido ante sus encantos. Dios sabe que no he conocido mujer más apasionada – comentó con una sonrisa tan traviesa como sexy. Y yo nada más no daba crédito a lo que escuchaba.

- Pietro, encantado – se presentó y rompió de nuevo la distancia. Me tomó por la nuca, separándome de Angello, para volver a depositar sus labios en los míos, robándome un beso tan apasionado como el que me dio en el baño. Y sí, querida Caro, también lo dejé hacer... ¡Frente a mi novio! Que, por cierto, parecía disfrutar de aquello... Y ni qué decir de mí misma, que andaba totalmente extasiada (todo hay que decirlo).

- ¿Nos vamos? – preguntó Angello cuando, por fin, Pietro se apartó de mí.

Yo lo observé anonadada, dirigiendo los ojos de él a Pietro un par de veces, tratando de identificar si el mensaje que me estaban enviando era el correcto. Y a juzgar por su silencio y por la mirada penetrante que ambos me dedicaron, parecía ser que sí. Los dos aguardaron expectantes por mi respuesta, y no me preguntes cómo ni por qué, pero me vi asintiendo... Para entonces había hecho muchísimas cosas, pero ¿estar con dos hombres al mismo tiempo? No, nunca. Y esa vez el deseo le ganó por goleada a la razón.

El camino del antro al hotel fue incluso más erótico que la experiencia en el baño. Sentados en el asiento de atrás, y con disimulo, Ángelo y Pietro se turnaban lugar entre mis piernas con sus manos traviesas, que exploraban entre mis bragas. Y yo, aferrada a sus jeans, me mordía los labios para no gemir, y montar tremendo espectáculo para el taxista, que seguramente fingió demencia porque dudo mucho que no se hubiera percatado de lo que aquellos dos estaban haciendo conmigo en el asiento trasero. Afortunadamente el viaje duró poco, y en minutos ya estábamos en la habitación.

Bastó cerrar la puerta y prender las luces para que Pietro se abalanzara hacia mí y me replegara contra la pared. Sus manos volaron sobre mi cuerpo, desnudándome en cuestión de

segundos. Cuando me tuvo desnuda, se apartó un momento para contemplarme y concentrarse en mis pechos, que apretó y mordisqueó hasta la saciedad, para luego dirigirse a mi región sur. Todo esto ante los ojos bien abiertos de Angello que, apoyado en el mueble bar de la alcoba, llevaba una botella de agua a sus labios. Un chorro de agua se deslizó por la boca y yo extendí la mano hacia él, pidiéndole que se aproximara, invitándolo... Y así lo hizo.

Dirigí mi rostro al suyo, busqué su boca y lo besé con desesperación, bebiendo de él mientras Pietro hundía el rostro entre mis piernas haciéndome ver el infinito con su lengua prodigiosa, aferrando sus manos a mis caderas. Entre tanto, Angello tomó mis labios con un beso ardoroso, posesivo, y acarició mis pechos... Poco después estábamos desnudos los tres en la cama. Y yo me deleité con la belleza de aquellos hombres monumentales que más que humanos parecían dioses turnándose, turnándome, para darnos placer: Pietro. Angello. Pietro. Angello. Pietro... Creo que entre ambos me dieron la mejor y más inolvidable de todas las experiencias sexuales de mi vida. Pasé de un orgasmo a otro *in crescendo*, cada uno más intenso y más fuerte que el anterior. Entre las embestidas de Ángelo y Pietro, que demandaron y poseyeron mi cuerpo, me entregué al placer y me rendí hasta que terminamos los tres. En cuestión de segundos caí en un profundo sueño, en el que no hacía otra cosa más que recrear el éxtasis con que esos dioses italianos me bendijeron aquella noche de éxtasis y desenfreno, pero entonces... Desperté.

Un ruido, un movimiento inusual a mi costado me hicieron mover la cabeza y abrir los ojos. Lo que encontré a mi lado me produjo tal desconcierto, que te lo cuento ahora mismo y no sé explicarte con precisión lo que sentí al descubrir a Pietro, cuan grande y hercúleo era, montado sobre Angello que, a cuatro patas, entregado al placer, gemía, gritaba y no dejaba de exigirle más y más. Recuerdo perfectamente su ruego, entre jadeos. Se oía endiabladamente sexy:

- Di più, dammi di più. Più forte, di più. Quindi. Forte.

En su propia lengua le pedía más y más fuerte. Ante lo que Pietro obedecía tan excitado y ansioso como Angello. Y justo como hizo conmigo una hora atrás, se agarraba fuerte a las caderas de Angello y lo penetraba cuan largo era. Y mi novio no hacía ni el intento por contener sus alaridos de placer. Al contrario. La habitación retumbaba con cada uno de sus gritos de frenesí. Y aquello fue excitante y, a la par... Vergonzoso. Fue como sentir un balde de agua fría derramándose sobre mí porque entonces caí en cuenta de que en todo el tiempo que estuvimos juntos, y en la intimidad que compartimos, nunca antes Angello gritó así, ni se entregó con tanta pasión a mí como lo hacía con Pietro.

Permanecí callada, mirándolos. Y no se percataron de que estaba despierta hasta que cambiaron de posición. Angello se recostó boca arriba, y Pietro siguió poseyéndolo, pero con las

piernas de Angello rodeando sus caderas, y ahora podían besarse. Y lo hicieron. Sólo que esta vez, mi novio extendió la mano para acercarme a él invitándome a participar en su juego e intercambiar besos conmigo y con Pietro. Pero ahora la situación era distinta, el tono había cambiado y yo me sentía muy incómoda... Seguramente pensarás que es muy egoísta de mi parte, pero aunque respeto y respetaré los derechos y preferencias sexuales de cada quien, aquello ya no me estaba gustando. Así que me separé y me alejé para darme un baño y dejarlos hacer.

Minutos después, a mitad de una ducha prolongada que terminó de enfriarme la mente y las ideas, el vidrio se corrió. Vi entrar a un Angello cabizbajo y muy atribulado. Se paró junto a mí, tomó el gel de ducha y, sin decir palabra, comenzó a enjabonarme. Lo detuve, me enjuagué, tomé una toalla y salí del baño. Cuando regresé a la habitación, me encontré con que Pietro se había ido. De nuevo éramos sólo Angello y yo.

- Bella... Bellísima – lo escuché detrás de mí.

No me giré. Busqué entre los cajones algo de ropa limpia y comencé a vestirme.

- Bella... Victoria... Cosa fai? – preguntó con tono dulce, pero claramente extrañado. Se aproximó a mí y me abrazó por la cintura, deteniéndome.

- Angello... Es mejor que lo dejes – contesté girándome hacia él. De un tiempo atrás también intercambiábamos el inglés por nuestras respectivas lenguas. Él me hablaba en italiano y yo le respondía en español. Lenguas romances, al fin, nos entendíamos.

- Ma cosa stai dicendo? – me insistió sujetándome de los hombros.

Sentía el aroma del gel de ducha impregnado a su cuerpo, llevaba los cabellos mojados y se había amarrado la toalla a la cintura. Clavó sus increíbles ojos verdes en los míos, inspeccionando mi rostro. Estaba muy afligido, podía verlo en su expresión. ¡Diablos! Incluso molesta e incómoda como estaba, Angello me seguía resultando alucinante. Era toda una aparición, hacía honor a su nombre. Era un hombre verdaderamente sexy y atractivo. Encantador, culto, detallista, pero luego de esa noche tan reveladora, supe que no era para mí.

- Me voy, Angello – añadí parca.

- Perché?... – me preguntó arrugando las cejas, y me miró como si lo que acababa de ocurrir con Pietro no fuera nada. Como si fuera cosa de todos los días.

- Tú sabes por qué – contesté seca, pero educada, separándome de él.

No sabía cómo sentirme. Estaba furiosa, incrédula, pero al mismo tiempo me sentía culpable. Nos protegimos, usamos preservativos y los cambiamos en varias ocasiones. Fue sexo responsable y consensuado. Sobre todo esto último. Yo permití que ocurriera, pero jamás

imaginé la forma en que terminarían las cosas. Y precisamente como fui yo quien accedió a eso, no me sentí moralmente capaz de recriminarle nada. Y sensata, madura como era, lo asumí como lo que fue: una noche de experiencias nuevas y descubrimiento. Especialmente esto último, pues acababa de descubrir que mi novio era bisexual. E insisto: respeto las prácticas sexuales de cada persona, pero eso en particular no va conmigo. Aparte, si hay algo que distinga bien en este mundo son los momentos de ataque y de huida. Y esa definitivamente era mi señal de partida. No podía ceder. No ante una situación tan delicada.

- No, non andaré. Non succederà più. Prometto – dijo tomándome de las manos para detenerme cuando me vio empacando las cosas.

Promesas... Podía jurarme que no sucedería de nuevo, pero la vida me había curtido demasiado como para ser tan inocente. Aquella práctica era parte de su naturaleza, de su predilección. Y yo no era quién para contenerlo, ni para obligarlo a vivir de una manera. Y lo mismo hacia mí. Nadie iba a condicionarme las cosas que debía hacer o aceptar. Mucho menos un hombre.

- Angello, te juro que me duele tomar esta decisión; pero entiendo las circunstancias. Comprendo, y no te juzgo, pero estas cosas no son para mí – contesté plantándole cara con gesto comprensivo.

Llevé mi mano a su mejilla y acaricié su rostro. Éramos adultos. No es como que me estuviera engañando. No me estaba poniendo los cuernos. Al contrario. Se mostró ante mí tal como era, en vivo y en directo y a quemarropa; pero yo no podía con esa otra faceta de su vida. Quizás otra mujer más indicada, más moderna, pudiera hacerlo, pero ciertamente yo no era esa chica.

- Non capisci niente!

- Claro que te entiendo. Y como precisamente te comprendo, sé que mi lugar no está junto a ti, Pietro – respondí apartándome y regresando a la maleta, que terminé en unos instantes.

- Voi... Mi piaci molto. Sei una donna meravigliosa. Ti voglio al mio fianco. non lasciarmi.

Tú me gustas muchísimo. Eres una mujer maravillosa. Te quiero a mi lado. No me dejes. Traduje sus palabras y me dolió el corazón porque yo sentía exactamente lo mismo que él, pero no podía hacer lo que me pedía. El baño de realidad de esa noche que comenzó tan extraordinaria, disipó la nube de fantasía en que me había abstraído.

- Non posso – respondí antes de cerrar la maletita que llevaba conmigo.

- Cosa fai? Non puoi partire così all'alba, come se nulla fosse successo... È pericoloso per

una donna sola – exclamó ya molesto.

Me recriminaba por mi partida tan súbita en la madrugada. Estaba visiblemente preocupado por mi seguridad, como si yo fuera una damisela en apuros. Jajaja... Pobre, pobrecito Angello. No tenía idea de con quién hablaba. En ese momento quise gritarle tantas cosas, pero me lo callé. No valía la pena. Había tomado mi decisión, pero para mis adentros pensaba, recordaba que al final soy mexicana, que me crié en un barrio bravo al sur de la ciudad, en la zona más peligrosa. Crecí en medio la pobreza. Viví absolutamente sola en una casita de colonia pobre, con un bate pegado a la puerta de mi cuarto, y negocié por mi propia seguridad con chavos banda del rumbo. ¿La Unión Europea? ¿Italia? ¿Milán? ¿La zona turística? ¿Con mis recursos? Eso era una luna de miel comparado con las cosas que pasé. Así que antes de que Angello pudiera vestirse y calzarse, yo ya había salido del cuarto y escapado por el ascensor. Me fui sin mirar atrás. No podía quedarme un minuto más con él o cedería. Y a la larga sería una mala decisión. Quedarme no habría sido bueno para mí, ni para él.

Nerviosa, cargué con mi equipaje improvisado y muy minimalista. Llevaba lo básico. No necesitaba nada más de lo que portaba. No había dejado nada de valor en el hotel, ni en su departamento de Bolonia. Únicamente unos jeans, camisetas y calzado cómodo que no extrañaría. En cambio traía conmigo la computadora y el teléfono móvil, pues preferí llevar todo mi equipo a Milán para seguir trabajando. También llevaba la poca joyería que me había comprado en Vicenza, pues quería usarla toda en Milán. Tenía ropa para un par de días, y lo que me faltara podría ir al comprarlo al día siguiente.

Pobre Angello. A veces pienso que quien lo estaba engañando era yo... Como dice el Chapulín colorado: *no contaba con mi astucia*. ¡Realmente no me conocía! No sabía quién era, y que desde niña tenía las alarmas prendidas, en permanente pose de defensa y ataque. Por eso, desde el día anterior cuando llegamos a Milán había visto un *Hotel Hilton* a un par de cuadras de donde nos hospedamos. Así que en aquella madrugada, en sólo un par de minutos ya me encontraba en la recepción solicitando hospedaje, el cual me fue proporcionado al instante. Lo que hace el dinero. Bastaron mi tarjeta platino y mi pasaporte. No hubo necesidad de nada más. Cuando la recepcionista me dio la llave, subí por el elevador y caminé, aún temblorosa, hacia la habitación. Abrí la puerta, tiré mis pertenencias al reposet y me dejé caer en la cama tratando de acomodar mis pensamientos, mis sentimientos, dejando que afloraran aquellas lágrimas de tristeza y decepción que había logrado contener.

A la mañana siguiente tomé el primer vuelo con destino a Roma, para hacer la conexión a México. Angello me llamó, pero no le contesté. Bloqueé su número, aunque sí permití que me enviara mensajes por WhatsApp, a los que respondí con tanta madurez como pude, pero la plática me partió el corazón. Aun ahora, tantos años después, me sigue pareciendo dolorosa:

Angello: ¿Dónde estás, cariño mío? Dime al menos que estás bien.

Victoria: Gracias por preocuparte. Estoy bien. No me pienses.

Angello: ¿Te vas? ¿Me dejas así como así? No puedes hacerme esto, Victoria. No por algo tan pasajero y sin importancia.

Victoria: Los dos sabemos que no es pasajero, y sí que tiene importancia. Es mejor así, Angello.

Angello: No te vayas, por favor... No volverá a ocurrir. Sólo seremos tú y yo. Borrón y cuenta nueva. Fue intrascendente... Por favor, perdóname. Dame otra oportunidad.

Victoria: No lo fue para mí. Y no te juzgo. Está bien, Angello. Es quien eres. Eres tú y tu vida. Y lo respeto.

Angello: Pero te quiero, Victoria... Te quiero.

Te quiero. Te quiero. Apenas dos palabras, pero hirieron a mi corazón como si me quemaran en las mismísimas brazas del infierno. *Te quiero*, escribió para luego enviarme la imagen de un discreto diamante amarillo montado sobre una sortija de oro blanco. Lo que vino después me hizo romper en llanto, armando tremendo drama en el *Aeropuerto Leonardo da Vinci*, a una hora de tomar mi vuelo de vuelta a México:

Angello: Ti amo, Vittoria. Sposami... Non andare. Ti amo, sposami.

Te amo, Victoria. Cásate conmigo. No te vayas. Te amo. Cásate conmigo...

Victoria: También te quiero, Angello. Pero esto no puede ser. Adiós, cariño mío.

Escribí por última vez antes de bloquear su número y evitar las tentaciones... Durante todo el trayecto, pensando en Angello y recordando los besos tan apasionados que daba a ese otro chico, con los mismos labios, con la misma entrega, con la misma lengua con que me besó a mí minutos antes, trataba de secarme esas lágrimas insistentes que nada más no se detenían. Y mientras lo hacía, cantaba una y otra vez, en voz quedita, como un acto de auto flagelación, aquella rola de Alejandra Guzmán, que tanto me pegaba en ese momento:

Llorando a mares

Como ángeles caídos

Cuando el pecado los expulsa

De paraíso

Me derrumbé, por más que

Supliqué...^[10]

Necesitas ayuda

Fue un cierre de año sumamente difícil. Diciembre cayó de golpe y la nostalgia se apoderó de mí, y la verdad es que no sabía muy bien cómo canalizarla. Mi cabeza giraba una y otra vez hacia Italia, y en particular hacia ese pequeño departamento de Bolonia. No sabes cuánto agradezco la paciencia de Gaby y de Laura que soportaron estoicas y con mucha paciencia mi hermetismo y mi mal carácter por no sé cuántos meses. Andaba de un humor de perros. Todo me molestaba, y contestaba casi a ladridos cuando encontraba un error, o cuando no conseguíamos un negocio. Ni yo misma me soportaba, y no toleraba a nadie. Sólo quería estar con Sultán y Faraón en casa, rumiando mis penas.

- ¡Suficiente! – exclamó Laura una tarde, seguida de Gaby, invadiendo el amplio piso que tenía en *Balam Tower*, una de las propiedades que había adquirido, y cuyos espacios ofrecía a la venta o a la renta.

Aquel departamento era mi recinto más sagrado, una especie de fortaleza de la soledad que me había encargado de decorar y armonizar a mi gusto para pensar con paz y tranquilidad. Tenía decenas de propiedades en Mérida, pero *Balam Tower* era mi único edificio. Era de quince niveles y estaba en la zona norte de la ciudad, muy cerca de mi casa. Mi piso (de grandes dimensiones, la verdad, y que fui remodelando con el tiempo) estaba en el *pen house*, tenía paredes blancas, un enorme escritorio de caoba negra, muebles cómodos, tapizados en tela clara, de algodón. Además tenía ventanas enormes que daban una panorámica espectacular de la ciudad, y que cubría con persianas *black out*, cuando la luz se ponía demasiado fuerte. La oficina provisional que había habilitado contaba con baño privado, y espacio aparte con vestidor y cama en caso de que necesitara un descanso y un cambio de ropa. Y para Sultán y Faraón, a los que llevaba conmigo al trabajo cuando tenía jornadas muy largas.

- Sí, exacto. Esto se ha prolongado demasiado, y tiene que parar ahora mismo. Me niego a ofrecer una fiesta de fin de año para los empleados y que lleves toda la noche esa cara de machete que traes, sin contar con que estás históricamente inaguantable – añadió Gaby, que tomó asiento frente a mi escritorio, mientras tu mamá se mantenía de pie, con los brazos cruzados.

- ¿De qué están hablando? – pregunté cambiando la mirada de una a otra.

- Esto es una intervención – declaró Laura con aplomo.

- Y con todo nuestro cariño – agregó Gaby, con un tono más dulce.

- Nunca antes le habías gritado a un panadero, Vicky. Ni a un repartidor. Y adoras a la administradora de tus lavanderías. Le rugiste como león por una factura. No jodas, Victoria. ¡Por

una mugre factura!... Tienes contadores que hacen ese trabajo por ti, y a ellos sí que te los puedes poner como camotes, que para eso les pagas, y muy bien; ¿pero con los trabajadores, los obreros? Tú no eres así, Victoria Balam. ¡Tienes que parar ya! – exclamó tu mamá, hecha un basilisco, moderando la voz, aunque visiblemente molesta.

- No sé de qué hablan – negué, pese a tratarse de una situación incuestionable. Ellas tenían razón. Yo misma me daba cuenta.

- Claro que lo sabes. Perfectamente. Y esto tiene que acabar aquí y ahora – dijo Gaby, un poco más envalentonada.

- Chicas... – agregué a manera de advertencia.

- Volviste de Italia con la capa caída. Triste y deprimida como telenovela turca. Luego te transformaste en una fiera. No has querido contarnos nada pero, ¿qué crees? Te agarramos con las manos en la masa – contraatacó Laura.

Y yo me les quedé mirando toda extrañada. Entendía que estuvieran tan molestas por mi prolongada ausencia. Me quedé tres meses en Italia cuando iban a ser dos o tres semanas a lo mucho. También comprendía que mi cambio de humor les estaba afectando seriamente, pero esto último que comentó me dejó muy confundida.

- ¿De qué estás hablando? – pregunté desconfiada.

- De tu novio, querida: un tal Angello Rossi del que no nos dijiste nada. Sabíamos que te fuiste a un curso. Luego soltaste que querías pasear por Italia porque nunca te habías tomado unas vacaciones. Y me pareció justo... Hasta que volviste, y las cosas se pusieron muy extrañas. Tu nivel de neurosis cobró índices irrisorios. Estás peor que el pinche Pato Donald – soltó Laura a quemarropa, regresando a mi vida un nombre que durante los últimos meses me había esmerado en enterrar en el olvido, y creí estar lográndolo, pero parecía que no (hablo de Angello Rossi, no del Pato Donald).

Mi respiración se aceleró. Parpadeé mil veces como hacía cada vez que estaba nerviosa y no sabía cómo afrontar la situación. No quise ver a Laura, que siempre me impuso un poco de miedo, así que me giré a Gaby que interpretó mi silencio interrogante.

- Ha estado mandando inbox y mensajes a cada una de las redes sociales y correo electrónico de las empresas, Vicky. Primero a las joyerías, luego a las lavanderías, a las panaderías, los *car wash* y ahora a las ferreterías. Y cuando haces una aparición en redes sociales, comenta todas tus fotografías. ¡Todas! Lo hace en inglés, en español o en italiano. Son mensajes muy bonitos, algunos subidos de tono y muy pasionales... Tranquila, los *community managers* lo bloquearon y borraron todos sus comentarios... Ese no es el problema, Vicky. Eso

fue sólo el descubrimiento a nuestra duda sobre qué te estaba pasando que te tenía tan cambiada – explicó con tanta dulzura, que al reflejarme en sus ojos me vi a mí misma como una especie de villana de Disney, cruel, insufrible y tirana a la que tuvieran que combatir. El pinche Pato Donald, como dijo Laura, se quedaba bien cortito junto a esta especie de hidra mitológica en que me había convertido.

Las escuchaba y trataba de procesar toda la información que vertían. Laura, enfurecida; Gaby, con prudencia y calma, aunque sabía que estaba algo temerosa. ¿Qué mal tenía que estar para que mis mejores amigas en el mundo me hablaran así y tuvieran que hacer una intervención?... ¿Para haberle gritado al panadero y a doña Tere, la administradora mis lavanderías? ¿O al repartidor? Chingada madre, ¡yo misma fui repartidora! ¿En qué monstruo me había convertido?... Y luego el otro tema: Angello había dado conmigo, había descubierto quién era en realidad, y estaba buscándome. Dios mío, Dios mío...

- Te tenemos rodeada, Victoria. Más vale que comiences a cantar como sirenita – dijo Laura, que segundos antes había tomado tres latas de cerveza del frigo bar, y las traía al escritorio.

Di una gran bocanada de aire, acepté la cerveza que me ofrecía y bebí un trago antes de contarles todo. En quince minutos ya les había hecho la síntesis de mi telenovela que no era turca, sino italiana. La cual tuvo un final bastante funesto. Ambas me miraron sorprendidas, pero guardaron silencio solidario. El gesto de Laura se suavizó un poco y Gaby, en cambio, estuvo a punto de llorar cuando yo ya no pude contener más mi propio llanto. Confieso que al instante me sentí mejor, pero también volvió a mí la melancolía que me había invadido desde que me separé de Angello y que, según yo, estaba dejando atrás.

- Quiere verte – dijo Gaby, sujetando mi mano, mirándome con comprensión.

- En sus correos electrónicos es mucho más explícito que en redes sociales. Ahí sólo escribe sobre tu belleza, y sobre la mujer tan maravillosa y fuerte que eres, y acerca de lo mucho que te admira; pero en los correos pide que le ayuden a contactar contigo, dice que te ama, y amenaza con venir. Algunos empleados ya andan rumorando un poco, pero gracias a los ingenieros en sistemas, logramos contener los mensajes, de modo que sólo los recibimos Gaby y yo – completó Laura más sosegada, pues luego de mi relato comprendió la magnitud del problema, y mi negativa a tener una relación formal con Angello. A diferencia de Gaby, que era una romántica, tu mamá siempre fue mucho más realista, y se distinguía por tener los pies en la tierra. Mucho más que yo, y eso ya es decir bastante.

- No... No sé qué voy a hacer – reconocí enjugándome las lágrimas con el pañuelo desechable que me extendió Gaby.

Laura me miró por unos instantes y ladeó la cabeza. Casi podía ver los engranes de su cerebro trabajando como una máquina perfectamente aceiteada. Tomó aire y fijó los ojos en mí.

- Victoria Balam, vas a hacer justo lo que has hecho toda tu pinche vida. Te vas a sacudir y te vas a levantar de esto. No es lo peor que te ha pasado. Al menos éste fue sincero... Te vas a atiborrar de trabajo y a concentrarte en un nuevo proyecto; pero esta vez, y por mucho que me cueste admitirlo, necesitas ayuda profesional – sentenció cual juez en ejercicio.

- ¿Ayuda profesional? – repetimos Gaby y yo.

- Recibiste un trancazo emocional, amiga. Es obvio que tienes que procesarlo y superarlo. Veo casos peores que el tuyo en el trabajo: mujeres abandonadas, violadas, golpeadas. Niñas abusadas... Una pesadilla. No es que hayas vivido una situación de violencia, pero definitivamente fue una experiencia fuerte que te pegó mucho y necesitas dar vuelta a la página porque estos estallidos de ira contra quien sea no pueden continuar. No es que fueras una niña dulce y amorosa como Candy Candy pero, amiga, esta bruja en que te convertiste definitivamente no se parece a ti. Usualmente reservas tu faceta de arpía cuando te enfocas en un negocio y te lanzas a la yugular contra algún adversario, pero... ¿Carajearte al panadero? Querida, esa no eres tú.

Y no, definitivamente no era yo. Las chicas tenían razón. Indistintamente de si Angello dio conmigo, de si cruzaba el Atlántico y venía a Mérida sólo para verme, yo ya tenía bien clara mi decisión: no podía tener nada con él. Y también era cierto que no me sentía bien. Que tenía que levantar cabeza y continuar con mi vida. Además, me había puesto cómoda en mi rutina de mártir. Nunca antes había pasado tanto tiempo sin investigar una nueva oportunidad económica, fuera para adquirir o para invertir. De tiburón me había convertido en un pecesito de estanque. Cierto, muy cierto, esa gata malhumorada no era yo. Y si para recuperarme debía ir a un loquero, pues que así fuera.

- ¡Me niego a ir a consultar con un hombre! – externé.

- Conseguiré a la mejor psiquiatra de Mérida, te lo juro – añadió Laura como si estuviera cerrando un trato.

Mujeres ejemplares

Me recosté en el sofá de espaldas a ella, tal como solicitó, lo cual indicaba que su terapia se basaba en el psicoanálisis. Estefanía Pool era médica con una especialidad en psiquiatría general y otra en psiquiatría de emergencias (atendía crisis emocionales sobre todo). Por las mañanas trabajaba como psiquiatra clínica en un hospital público, pero por las tardes daba consulta privada. O sea que básicamente era una *workaholic* como yo, y como Laura (que se encargó de conseguirme a una loquera que se parecía demasiado a nosotras, hasta en la edad).

El consultorio tenía paredes en color madre perla, lámparas de pedestal con luces ámbar y pantallas claras. El escritorio era de madera oscura, como el librero alto que cubría casi toda la pared. El sillón detrás de mí, donde se sentaba la doctora, era del mismo tono café que el sofá donde estaba yo acostada. En una de las paredes colgaba el cuadro de un barco que se mantenía apacible en un mar azul, despejado y tranquilo. El lugar era bastante confortable, te invitaba a relajarte.

- Entonces... Creo que estoy aquí por un hombre – le dije a la segunda visita, a manera de resumen, luego de responder a no sé cuántas preguntas sobre mis inquietudes, gustos y hasta sobre mis sueños.

- Bueno, por uno... O quizás por varios, o por otras tantas cosas – respondió detrás de mí. Aunque me pareció que más bien emitía un dictamen, una especie de diagnóstico... Bastante adelantado para mi gusto.

- No sé... No lo sé. Al final me decidí a venir porque mis amigas me hicieron una encerrona con un argumento irrefutable: no soy la mujer que solía ser antes de Angello.

- ¿Y tú qué piensas de ti misma cuando escuchas esa afirmación? – inquirió. *Pinche pregunta clásica del psicoanalista. Yo qué pienso.*

- Sólo sé que tienen razón.

- Victoria, déjame decirte que, por lo que me has platicado, el caso de Angello es sin duda importante, pero creo que hay más cosas que se ocultan detrás de esa desazón que vives luego de tu ruptura – sentenció con voz pausada.

- Cosas que se ocultan – repetí.

- Sí, Victoria. Lo de Angello sólo es el catalizador. Siento que durante años has llevado demasiada carga, y cuando te abres por fin a un hombre con el que creíste tener posibilidades reales de una relación, pero descubres que no era así, la represa de tus emociones se rebotó. Y comenzó a desbordar todo ese cúmulo de sentimientos y problemas sin gestionar, lo que afectó seriamente tu día a día detonando en una neurosis inaudita. Y espero que podamos trabajarlo

poco a poco.

¡Venga! ¡Que la doctora ha descubierto el agua caliente! ¡Inventó el hilo negro!... ¡No me chingue! Por supuesto que sé que estoy jodida. He llevado una vida miserable dedicada a la supervivencia, al trabajo, al generar dinero, a pelear día con día, y ahora que por fin... Medité, pero cuando fui uniendo mis propias ideas detuve mi análisis de facto. Ella estaba en lo cierto.

- No tengo idea de cómo hacerlo – reconocí.

Jamás antes me di tiempo para reflexionar, nunca me había sentado a pensar, a darme una pausa a mí misma para ver hacia dónde chingados iba mi vida más allá del trabajo, el dinero... Ya tenía treinta y siete años, y básicamente todo había sido dolor (la muerte de mi madre), abandono y decepciones (comenzando con mi padre, luego Miguel), competencia, desafío, supervivencia... Amores furtivos, pasajeros. Nada serio hasta Miguel o Angello... Y luego el derrumbe de los castillos de arena que había construido.

- Estamos iniciando el 2016. No quiero dar una cátedra sobre feminismo, no es mi intención, pero he trabajado con muchas mujeres y sigo muy de cerca el movimiento. Tengo algunas reservas en torno a las nuevas corrientes, y preveo un futuro ríspido para la corriente... Lo que quiero decirte es que al igual que otras tantas mujeres fuertes de la historia, te has visto obligada a mantenerte firme, inquebrantable e incluso algo masculina ante las adversidades... No te quedó más remedio. Fueron tus condiciones y actuaste en consecuencia. Nos ha sucedido a muchas de nosotras. Por eso es tan común que esta generación esté llena de solteras y divorciadas. Muchas sin hijos...

Escuchaba sus palabras y recordaba los grafitis en monumentos que comenzaban a hacer algunos grupos feministas, con el pretexto de demandar igualdad y justicia. No estaba ni estoy segura de cómo aquella actividad produjera mejoras reales en las condiciones de las mujeres, pero entendía el punto de la doctora. Y al mismo tiempo (dejando de lado las marchas de mujeres con pañoletas verdes y moradas, que portaban pancartas y aerosoles mientras cantaban consignas contra los machos opresores y el patriarcado), ahí recostada en el diván, con los ojos clavados en el barquito del cuadro en la pared, analizaba mi interior y armaba una especie de rompecabezas de mi propia biografía, y de otras mujeres a las que había conocido y que pasaron tantas cosas como yo, o tal vez peores. Algunas habían sido fuertes y valientes. Otras no.

- Conocí hace algunos años a una señora que aceptó quedarse con su marido alcohólico y golpeador porque no sabía hacer otra cosa... Estaba cómoda en su vida de casada, aunque todos sabíamos que el hombre, de buena posición económica, volvía a casa a ponerla como Cristo... Y luego se disculpaba con flores y con joyas. Laura y yo tratamos de ayudarla. Le ofrecimos cobijo a ella y a sus hijos, le suplicamos que se divorciara, y que lo demandara hasta sacarle todo el

dinero para garantizar su seguridad económica y la de su familia, pero ella nunca quiso con pretexto de estaría bien, de que él iba a cambiar, cosa que no ocurrió nunca... Creo que amaba su jaula de oro – reflexioné.

- Cada quien labra su destino. Y aunque no nos guste lo que vemos, somos las personas quienes tomamos decisiones y actuamos. Suena trillado, pero es cierto. El cambio está en nosotros mismos y en nadie más. Lo importante es reconocer aquello que está en nuestras manos y en nuestro poder.

Sí, cada quien decidía cómo llevar su propia vida, y la aceptaba o decidía modificarla. Lo creo en verdad. A la fecha la mujer de la que hablaba sigue con su esposo. He sabido que las golpizas cedieron un poco, pero que no pararon del todo.

- Pero también he conocido otros casos. Mujeres ejemplares... La tía Susy. No tengo parentesco con ella, pero trabajaba con nosotros en una de las panaderías y era muy apreciada entre los empleados, así que le decíamos la tía. Ya es mayor. Tendrá como setenta años. Jubilada, pero a veces coincidimos. Su marido la dejó a ella y a sus hijos hace ya como treinta años, o más. Se fue con otra, que era algo más joven. Y cuando ésta lo abandonó, estando él ya viejo y enfermo quiso volver con la tía Susy. Por supuesto que lo mandó al carajo... Lo curioso es que los propios hijos de Susy abogaron por su papá... Recuerdo que me indignó hasta la extenuación.

- ¿Y qué hizo la tía Susy? – preguntó Estefanía con algo de curiosidad. Lo percibí en su tono.

- Los mandó a todos a la chingada, a pesar de que fueron muy insistentes, y una de sus hijas hasta le retiró el saludo por un año.

- ¿Cómo te hizo sentir eso, Victoria?... Después de todo tu papá les abandonó a tu mamá y a ustedes en condiciones semejantes – agregó evocando esa vieja herida del pasado que compartimos Carlos y yo.

- Orgullosa y solidaria – dije sin pensarlo mucho. La verdad es que la tía Susy ya tenía mi afecto y mi respeto, pero después de aquel acontecimiento se ganó mi admiración más profunda.

- ¿Sabes algo, Victoria?... Hay mujeres más liberales, y al mismo tiempo insatisfechas. Tuve una paciente, cuyo nombre obviamente omitiré. Estaba casada con un señor muy apuesto, de muy buena posición económica, pero ella nada más no estaba a gusto. No tenía suficiente aunque tuviera todo lo que una mujer pudiera desear: un marido increíble, hijos, posición económica, una vida de lujo y, sin embargo, no era feliz... Todo el tiempo tenía algún amante que le hacía suspirar, y que luego le hacía sufrir. Su vida era muy tormentosa.

Oigo su relato con sumo interés. Ahora la curiosa soy yo. Y me figuro muchas razones por las cuales una mujer pudiera ponerle los cuernos a su marido a pesar de ser perfecto, o casi... Y aquí el *casi* juega un papel superlativo. Hay un aspecto en particular sobre el que no pienso callarme, porque en eso sí que soy feminista: todos tenemos derecho a una muy buena cogida y con cierta regularidad. ¡Sí, señor!

- Yo no juzgo, pero quizás el marido fuera una nulidad en la cama. Aburrido, insípido, soporífero... De ser así, no la culpo – sentencié imaginando lo terrible de la situación. Sí, la chica lo tenía todo, excepto un poco de sexo competente. Ya no digamos bueno. Y, al menos para mí, el sexo es una necesidad básica, primordial, del ser humano.

- Entiendo tu punto, y créeme que llegué a preguntarle. Su respuesta me dejó muy pensativa, lo confieso. Resulta que su esposo no le daba mal sexo, y tenían relaciones con frecuencia, pero esta paciente necesitaba la adrenalina de la aventura. No buscaba solamente la experiencia sexual al lado de sus amantes, sino la necesidad de hacer algo diferente... De sentirse viva, o al menos así me dijo.

A ver: que yo respeto... Por mí cada quien puede hacer de su culo un papalote y buscar quién se lo eleve, pero eso me parecían chingaderas. O quizás siempre estuve demasiado ocupada ganándome la vida, o concentrada en algún negocio como para teorizar acerca de situaciones como aquella. No lo sé... Pero si un hombre como ése me diera todo, de ninguna manera arriesgaría mi matrimonio y mi familia sólo por necesidad de aventura. Claro que mi vida entera había sido una aventura... De resistencia, claro está. Cada día implicaba vencer un nuevo reto para sobrevivir. No sólo por mí, sino por mi madre y por mi hermano. Realmente no tenía tiempo para aburrirme como esta pobre señora rica.

- Y también tuve el caso contrario. Se trataba de una mujer como de cuarenta años que ya no tenía intimidad con su marido, al que definía como un buen hombre, y un padre maravilloso... Y, de hecho, cuando vino a mi consultorio, llegó muy agobiada confesando que se sentía muy tentada por otro hombre que le parecía sumamente atractivo, y por quien sentía un deseo sexual que cada día le resultaba más difícil de contener... Y para empeorar el asunto, hacía casi un año que no tenía sexo con su esposo.

¿Que qué? ¡Pobrecita!... Casada con un buen tipo, pero tan jóvenes los dos, y sin sexo... ¡Por un año! Me veo a mí misma arañando las paredes por la desesperación... Ése sí que se ganó que le pusieran los cuernos. Y no unos pequeños, sino tremenda cornamenta de ciervo. ¡Sí señor!

- ¿Y qué hizo? – pregunté.

- La verdad es que luego del estudio con el proctólogo que descartó que no existía ninguna anomalía, y de varios intentos, incluso asesorada por un experta sexóloga, nada más no

consiguió despertar el deseo de su marido.

- La llama no prendía.

- Pero para nada... Ella intentó de todo, y él se hacía el mismo, pero cuando ya no pudo evadir el tema, simplemente le dijo que se había aburrido del sexo.

- Ajá, se había aburrido del sexo... ¡Pero con ella! – exclamé escéptica.

- Yo pensé lo mismo. Y le aconsejé, siempre coordinada con la sexóloga, que se cerciorara de que su esposo no le fuera infiel... Y, aunque no es una práctica recomendable, mandó a seguirlo por todos lados. El tipo era un santo: de la casa al trabajo, y de vuelta.

- Pero, ¿entonces?

- Creo que pasamos casi un año completo en terapia tratando de todo... Hasta llegué a decirle lo mismo que te dije hace un momento: somos las personas quienes tomamos nuestras propias decisiones, y que somos responsables de las mismas, pero en este caso le enfatiqué que las circunstancias a veces nos obligan a tomar medidas que pudieran ser cuestionables...

Un poco asombrada por la audacia de la doctora, intuyendo la que seguramente fue su recomendación, parpadeé repetidamente. Me reincorporé y la miré. Morena, de ropa muy formal y gesto agradable, la Estefanía rondaría los cuarenta años.

- ¿Le sugirió que se acostara con el otro tipo? ¿El que la tenía obsesionada?

- Sí – reconoció y me hizo un gesto para que volviera a recostarme.

- ¿Y ella qué hizo? – pregunté luego de volver a mi posición anterior en el sofá.

- No quiso. Amaba a su marido, insistía en que era un buen hombre, y sentía que no merecía que le fuera infiel.

- ¿Y ella sí tenía que aguantarse las ganas por un hombre que... Perdió el interés en el sexo? ¡No es justo! Es un sacrificio que no vale la pena – rebatí.

- Le dije lo mismo. Que no era justo para ella, pero que si no hacía algo al respecto, tendría que aceptar y conformarse con esa situación, lo que a la larga podría traer consecuencias muy desagradables...

- Pobrecita – dije realmente apenada por ella. No la conocía, pero imaginé el infierno que viviría no teniendo en casa algo que se le ofrecía en la calle, y ante lo que no podía flaquear.

- Pues no, Victoria... Al final, mi paciente se armó de valor y se divorció.

- ¿Qué? – pregunté sorprendida.

- Un buen día le cantó al marido que no merecía que ella le fuera infiel, y que ella

tampoco merecía ser una infiel porque era una mujer decente y honesta. Que ese tipo de vida no era bueno para ninguno de los dos... No fue una separación agradable, pero terminaron encontrando un acuerdo... Y sí, se dio una oportunidad con el otro hombre, aunque tampoco duraron mucho tiempo.

Y yo que ya me andaba haciendo ilusiones, pensando que algunas historias sí podrían tener finales felices. Y ni siquiera una mujer de aquella estatura moral logró serlo. Se separa del marido para no serle infiel. Se va con el otro, y acaban mal. Qué vida tan jodida.

- Pero ahí no termina el asunto. No te creas – añadió.

- Pero... ¿Es que hay más?

- El esposo, bueno, el ex esposo, nunca se apartó realmente de ella. Y no sólo por los hijos. De verdad la quería y admiraba. Más bien, en presente: la quiere y la admira. Y como no puede darle lo que ella necesita y no puede tenerla, pero tampoco puede estar lejos de ella, decidió aceptar que su ex esposa tenga otros novios, y algunas aventuras. Y él simplemente se limita a mirarla dándole su espacio, dejándola ser; pero siempre muy de cerca. Hasta se compró una casa en la misma calle para estar próximo a ella... Sabiendo que no hay vuelta atrás. Ella no piensa regresar a su lado, pero él sigue manteniendo la fe en que un día volverá. Bien dicen que la esperanza es lo último que muere. Lo que no te dicen es que mientras la esperanza se muere, tú también te mueres un poco con ella... Y justo esa es la situación con el tipo.

Dios... Pobrecito. Eso sí está del carajo... ¡Un momento!

- Conozco un caso semejante, pero con los papeles invertidos. Ella es... Rebeca. Sí... Eso... Rebe – adelanté, y obvio inventé el nombre –. Resulta que los dos trabajaban (esposo y esposa) en la misma institución de gobierno; pero el marido era el director... Y un buen día la dejó por otra. ¡Y para colmo de males el muy cínico, desgraciado metió a la querida a trabajar a la misma dependencia, restregándosela en la cara a la pobre Rebe y a todo mundo!... Era humillante, en verdad. Todos pasaban vergüenza ajena. Durante un par de años admiré a Rebeca por la entereza y la dignidad aplastante con que manejó el asunto. Por supuesto que no sería cosa fácil presenciar a diario el amor de esos dos en tu propio centro de trabajo... Pero luego me decepcioné mucho de ella porque cuando cambió el gobierno y logró hacerse de la dirección, ocupando ella el lugar de su ex esposo, en vez de cobrar venganza y despedirlos a los dos con cualquier pretexto, o porque se le hincharan los ovarios (al fin y al cabo era la directora), la muy tonta los mantuvo ahí mismo, contemplando su romance a distancia respetuosa, y en eterna espera. Sus amigos dicen que, en el fondo, soñaba con que el hombre volviera a su lado. Bueno, mi amiga Laura decía que era como esa canción... *El Andariego*.

- Ajá, claro: *Yo que fui del amor ave de paso, yo que fui mariposa de mil flores* –

canturreó muy desentonada.

- *Perdona mi tardanza, te lo ruego. Perdona al andariego que te ofrece el corazón* – completé cantando tan desafinada como yo.

- *Hay ausencias que triunfan y la nuestra triunfó. Amémonos ahora con la paz que en otro tiempo nos faltó*^[11] – coreamos, y nos reímos las dos por lo mal que cantábamos. Sí, esa loquera definitivamente me caía bien.

- El caso es que Rebeca en verdad esperaba que le ocurriera la historia de *El andariego*: que su guapísimo y sexy esposo volviera con ella, suplicando su perdón... Al día de hoy tal cosa no ha ocurrido. Y ella sigue soportando los besos apasionados que se dan aquellos dos en los pasillos del edificio. La verdad es que Rebe me da mucha lástima y mucho coraje... Pero bueno, cada quien su vida... Regresando a esa otra pareja que me comenta... ¿Siguen así?... ¿Él continúa aguardando por ella... Como Rebe? – indagué experimentando verdadera compasión y empatía por el hombre. Y eso sí que fue un hallazgo. ¡Yo que nunca sentía algo semejante por ningún hombre!... Pues si bien no los odiaba ni los odio, ni detesto la masculinidad como esas feministas radicales, la verdad en el fondo de mi corazón siempre he pensado que todos, o casi todos los hombres, son unos cabrones.

- Sí, Victoria así continúan: divorciados, buenos amigos, pero él la sigue amando. Y lo sé porque cuando la dejé de atender a ella, él comenzó a ser mi paciente, y estamos trabajando en el desapego. Pero ese es otro tema... Supongo que sabes por qué te he compartido todas estas historias. ¿No es cierto?

Oí su pregunta y me quedé pensando. Habría muchos motivos igual de válidos, pero no sabría señalar uno solo que fuera contundente.

- Quiero que abras tu mente a otras circunstancias... Piensa incluso en el caso de mi paciente, y el de... Rebe... Lo que tú vives es una realidad. Y la creas tú misma. Situaciones como las que te han ocurrido, sobre todo al descubrir la bisexualidad de Angello, y lo que para ti representó, ocurren día con día. Y depende de cada persona el modo en que decide asumirlo. En tu caso, esta situación de neurosis descontrolada, e incluso de una depresión tardía, no sólo es una reacción, sino que también es una decisión, Victoria. El cambio no ocurrirá de la noche a la mañana, pero está en ti y en lo que hagas día a día para remediar la situación que vives. Los demás alrededor no tiene por qué pagar por nuestros pesares, claro está; pero tampoco tenemos que vivir en un infierno personal... Medita sobre eso, y nos vemos dentro de una semana.

Esa noche regresé a casa manejando mi hermoso BMW blanco, y reflexioné sobre las palabras de la doctora. No sólo durante el camino, sino hasta que me ganó el cansancio en mi enorme cama King y en mi casa de ensueño. Necesitaba mucho tiempo y trabajo para sobrellevar

ese infierno personal, como ella describía a la angustia que estalló de repente, luego de mi episodio con Angello. Pero entre tanto, mientras veía cómo gestionar mis emociones y todos esos problemas acumulados durante décadas, podía consolarme con mi enorme casa, mis autos de lujo, mi joyería exclusiva, mi ropa cara (que tanto me partí el lomo en ganarme todo aquello), y la valiosa y confortante compañía de mis bellos gatos viejitos Sultán y Faraón.

Inevitable

La aparición de Angello en marzo de aquel año fue un completo descalabro. Estaba de pie, a las puertas de una de mis joyerías. La más exclusiva. No sé cómo hizo para coordinar mi rutina, pero supo que los martes iba a la joyería de *Plaza Diamante*, un centro comercial de élite. Mi corazón se detuvo nada más verlo tan alto, con el cabello un poco más largo, quizás algo más delgado, pero igual de impresionante, con aquellos ojos verdes que me desnudaban en micro segundos. Llevaba jeans algo ceñidos, y una camiseta que se ajustaba a su hermoso cuerpo.

- Victoria – exclamó cortando la distancia para fundirse conmigo en un abrazo. Y aunque no fui capaz de corresponderle porque estaba muy impresionada, tampoco me pude resistir a su aroma a cítricos y al calor de su cuerpo tan familiar. Lo había extrañado tanto.

- ¿Qué... Qué estás haciendo aquí, Angello? – le pregunté cuando logré separarme de él, bajo la mirada curiosa de algunos transeúntes que se paseaban junto a la joyería. Y sé que no me miraban a mí (aunque era bastante conocida en la localidad), sino a él. Angello era demasiado apuesto como para pasar desapercibido.

- Vine a verte, por supuesto – me dijo en un perfecto español. Había mejorado mucho, pero mantenía su acento.

- ¿Para qué? – inquirí sujetándolo del codo, alejándolo de mi negocio, pues algunas empleadas ya habían puesto su atención en mi guapísimo ex.

- No puedo creer que me estés preguntando eso... Quería verte. No dejo de pensar en ti.

- No nos vemos hace meses – refuté recelosa.

- Y ha sido una condena. Cada día imagino tu rostro, tus ojitos negros. Ya no podía más... Hasta una noche que soñé contigo. Pedí un permiso en la universidad y compré el primer vuelo disponible... Y aquí estoy. Llegué ayer, pero vine hasta hoy porque el *jet lag* me ha pesado un poco – narró y yo me sentía hipnotizada por ese acento tan bonito y melódico.

- Angello... No puedes hacerme esto – supliqué.

No era justo. Llevaba casi tres meses de trabajo con la psiquiatra (más bien psicoterapeuta) gestionando todos esos traumas que arrastro desde la niñez. Estábamos avanzando. O al menos así lo sentía. Incluso había tenido un par de citas, y tuve intimidad con un hombre que me gustó mucho, y que parecía tener potencial. Carajo, lo estaba intentando. Me estaba esforzando de verdad... Pero no contaba con esta aparición tan magnífica de mi ángel caído personal que venía a disipar la calma que con tanto esfuerzo había conseguido.

- No...

- Victoria..

- No, Angello... No – insistí.

- ¡Basta! – exclamó alterado – Deja de decir que no. Sé que me extrañas y que me necesitas. Lo veo en tus ojos... Vicky... Por favor...

No dijo más. Me sujetó el rostro con sus enormes manos y me besó. Y otra vez aquel beso demandante, estremecedor, que me regresaba a Vicenza, a sus construcciones renacentistas, y que me hacía volar en una nube de pasión... Horas después lo tenía entre mis piernas, haciéndome el amor como todo un semental. Era inevitable.

Recaída

- ¿Y cómo te hace sentir eso?

- No lo sé... No, no lo sé – respondí a la doctora, en terapia, dos semanas después de la partida de Angello.

Había sido un remolino de emociones, de sensaciones, del puto mejor sexo de mi vida... Y de una caída estrepitosa. Angello y yo estuvimos semana y media encerrados a tierra y lodo amándonos. Dedicados a nuestros cuerpos, entregados al frenesí de una pasión desgarradora, incontrolable. Hacíamos el amor día y noche, como unos recién casados. O bueno, como lo que éramos: dos amantes que hacía mucho que no se encontraban. Vino a Mérida sin recorrer otra cosa que no fuera mi cuerpo: ninguna zona arqueológica, ni el mar. Si acaso algún paseo por Mérida, sus restaurantes más conocidos, y algún cenote cercano a la ciudad. No teníamos tiempo para perder en trayectos largos.

- Vuelve conmigo a Bolonia – me pidió, sujetándome de la mano, mirándome a los ojos, un día antes de su partida. Había un tono de súplica en su voz.

Estábamos en una de mis propiedades. Una casa de fraccionamiento ubicada al poniente de la ciudad. No sé: sentía que si lo llevaba a la casa en que vivía, cuando se fuera iba a ser insoportable pasar el día a día sufriendo por su ausencia, la cual tenía por cierta. Yo sabía que no podríamos estar juntos como él quería.

- No puedo, Angello – dije con voz triste, pero segura de mi decisión. Aquello era una aventura, yo lo sabía, pero Angello parecía creer otra cosa.

- Victoria, te ofrezco mi mano, mi corazón, mi cuerpo. Te ofrezco mi vida... todo lo que tengo. Lo quiero todo contigo. Sé que puedes irte de Mérida y quedarte a mi lado. Puedes controlar todo este gran emporio desde ahí. Y puedes viajar un par de veces al año para ver cómo están las cosas. Hay tanta tecnología. No hay imposibles. Danos esta oportunidad – argumentó con mucho convencimiento.

Creo que había pensado muy bien su propuesta, y realmente se había documentado sobre quién era yo y a qué me dedicaba. Y pese a que nunca me dio la impresión de estar interesado en mi fortuna, yo simplemente no podía confiar en él, y creo que en ningún hombre, en realidad (salvo en mi hermano Carlos, pero él entraba en otra categoría muy distinta). No podía bajar la guardia y confiar. Y mucho menos podía vivir a su lado conociendo esa otra faceta de Angello que tarde o temprano saldría a flote y que me pasaría la factura. Las palabras de la doctora calaban profundamente en mí: si seguía con esto tendría que aceptar y conformarme con la situación. Y no podía.

Es cierto que fui incapaz de resistirme a él, pero una cosa eran las horas a su lado, en la cama, y otra muy distinta era compartir la vida. Dejarlo todo y seguirle sabiendo lo que sabía, para correr un riesgo innecesario.

- Lo siento, Angello. No puedo – reiteré mi negativa.

- ¿Es que estos días no significaron nada para ti? – espetó muy alterado, batiendo las manos en señal de protesta.

- Por supuesto, ha sido un tiempo maravilloso que no olvidaré jamás, pero que no se va a repetir – dije con tanta calma como pude, pero mi corazón estaba a mil por hora.

- Me niego... Non è possibile – dijo en italiano, como le ocurría cuando perdía el control, lo cual le sucedía mucho en la cama. Me decía tantas cosas en italiano, tan pasionales, tan íntimas... Me ruborizo sólo de recordarlo.

- Mi dispiace – me disculpé en voz queda...

De regreso al diván de Estefanía, me estremecí al recordar aquella escena tan desgarradora que me partió el alma. Fue un momento muy amargo, que hoy en día, tantos años después, aún me causa algo de dolor. Necesité de toda mi fuerza de voluntad y, claro, cómo no, de algunos guardias de seguridad (que tomé prestados de las joyerías) celosamente vigilados por Laura y Gaby, para cerciorarnos de que Angello dejaba la casa y de que subía a ese avión con destino a Roma. Admito que resbalé y caí al verlo de nuevo. Que no supe, ni pude, ni quise resistirme a sus brazos, a su cuerpo, a su inigualable arte de hacer el amor. Tan elevado estaba... Pero lo cierto es que no me arrepiento de nada.

- Fue lo que fue – le dije a la psiquiatra, tratando de mantenerme estoica, pero tuve que estirar la mano para tomar un pañuelo desechable de la mesita de centro. Me lloraban los ojos, me lloraba el cuerpo y hasta el corazón.

- ¿Te planteaste seriamente su propuesta? ¿De una vida a su lado? – preguntó con un tono suave. Se daba perfecta cuenta del frágil estado en que me encontraba.

- Lo cierto es que no. Desde el primer momento supe que no podía estar con él, pero al mirarlo de nuevo, sabiendo que volvió sólo para buscarme... Al tenerlo así de frente, tan cerca... No me quise negar ese tiempo sagrado junto a él.

- ¿A pesar de su bisexualidad?

- Mjm – respondí algo incómoda. Sin embargo, recuerdo que al reencontrarme con Angello un meteoro de imágenes se disparó en mi cabeza, pero al sentir su abrazo, su calor, el roce de su labios... No tuve más fuerzas para resistirme.

- ¿Volverías a verlo?

- No.

- Parecía insistente, Victoria. Vino a verte varios meses después, y seguía buscándote, preguntando por tu paradero... Indistintamente de sus prácticas y gustos sexuales, parece que realmente le gustas... Y creo que tiene fuertes sentimientos por ti – añadió con sumo cuidado, como armándose de valor para dar esa explicación.

- ¿Me está sugiriendo algo? – indagué intuyendo una propuesta, que era ciertamente tentadora... Incluso ahora, tantos años después, me pregunto qué será de mi bello ángel caído.

- Hay muchos tipos de relaciones, Victoria. En la cama puede haber dos, tres... Lo importante es tener y establecer muy bien los límites.

- ¿Me está diciendo que lo mío con Angello podría funcionar? – pregunté evocando a los mormones y a los musulmanes que suelen tener varias esposas, pero en este caso más bien sería una situación de poliamor o algo semejante. Pero yo nunca aceptaría ni una cosa, ni la otra.

- Podría... O tal vez no... Lo que quiero es que pienses muy bien la situación: lo que serías capaz de aceptar, o no. Lo que dejas ir. Y si vale la pena un sacrificio o el otro. ¿Te ves a ti misma sabiendo que Angello podría pedirte estar con otro hombre, incluso tu participación, o solamente tu consentimiento de que él tenga intimidad con otro hombre?... ¿O que lo hiciera a tus espaldas? – preguntó así, tan fríamente, casi como si estuviera redactando un documento legal, no como si se tratara de mi vida privada, de mi intimidad.

- No, no podría hacerlo – contesté contundente, sin dudarle un momento.

- Pero ya lo hiciste. Estuviste más de una semana con él.

- Sí, sólo con él. Y fue sexo... Un rato nada más – insistí.

- ¿Tienes un tipo de hombre ideal? – cuestionó.

La pregunta me paseó por la mente durante varios segundos... Sí, lo tenía. Quizás nunca lo hubiera manifestado, pero lo tenía. O algo muy parecido.

- Pues... No es que me aferre a los estereotipos, o a los ideales, pero si alguna vez tuviera algo serio con algún hombre, sí pediría un mínimo de requisitos indispensables – dije con algo de timidez.

- ¿Cuáles?

- Físicamente me conformo con que no sea calvo ni panzón, que no tenga mal aliento y que tenga todos sus dientes. Más alto que yo, definitivamente... Que me trate bien, que me haga sentir segura, que sea amable y educado.

- ¿Y ya? – preguntó como si mi listado le pareciera poca cosa... En realidad, yo sentía que no pedía mucho.

- Y ya.

- ¿Y Angello no te daba todo eso?

- No – contesté sin pensarlo. Era la verdad.

- ¿Por qué? ¿No era amable y educado, además de guapo, según lo has descrito?

- No me sentía del todo segura con él – reconocí en voz alta, aunque lo supe desde el gran descubrimiento de su bisexualidad.

- Entiendo... Y de tu breve listado, personalmente creo que es lo más importante. Sé que no vienes por mi validación, ni por la palmadita en el hombro, no lo necesitas, pero que tengas tus prioridades tan claras es una buena señal, Victoria. No creerías las cosas que he escuchado.

- Alcanzo a imaginar – es cierto, podía hacerme una idea.

- Tengo una paciente que será como de tu edad. Soltera. Más bien divorciada. Durante años esperó al tipo joven, guapo, millonario que se enamorara de ella, le consintiera todos sus caprichos y la sacara de trabajar.

Incrédula de lo que escuchan mis oídos, me reincorporo y la miro arqueando la ceja (como suele ser mi costumbre). Ella vuelve a hacer ademán para que me recueste de nuevo y sigue su relato.

- Y ella era bastante normalita. No es como que fuera una de esas niñas hermosas, mujeres trofeo que buscan muchos hombres sólo para lucirlas. Cada quien su vida y sus decisiones, no juzgo. Únicamente pongo el caso como ejemplo para el análisis... En su búsqueda del hombre ideal, la estafaron en al menos dos ocasiones. Y se casó con el peor truhan del mundo: un tipo sin oficio ni beneficio que la endeudó con un mal uso de tarjetas de crédito y cuentas bancarias. Casi la amenazó con pedirle pensión en el divorcio, pero tuvo buen abogado y cada quien dejó el matrimonio con lo que llegó.

- ¡Menos mal! – exclamé oyendo la historia de esta sesión. A la doctora le encantaba contar casos anónimos de pacientes... Me pregunto cómo me representará a mí cuando pone mi “caso como ejemplo para el análisis”.

- Pues no... Es cierto, no se ha vuelto a casar, pero sigue buscando al hombre ideal que, como te dije, es millonario, guapo y la va a sacar de trabajar. Porque, bueno, a diferencia de ti, ella odia levantarse temprano y ganarse el pan de cada día; pero no le queda más remedio y lo hace. Pero es muy, muy infeliz por la frustración que pasa día con día al no encontrar lo que tanto desea... ¿Tienes lo que deseas, Victoria? – indaga modulando la voz, poniendo el dedo en

la llaga, pero tratando de no apretar muy fuerte para que no duela mucho.

- He cosechado el fruto de mi trabajo.

- Pero no tienes todo lo que quisieras.

- Evidentemente no... Y la verdad no creo que haya ser humano que lo tenga. Todos deseamos algo que no tenemos – rebatí, y me auto felicité. *No contabas con esa, mi querida loquera. Ja, ja, ja.*

Unos segundos después, repensando lo que dice, me contesta.

- Tienes toda la razón, pero en el caso que nos compete, o sea tú, creo que tienes que trabajar en la confianza. Es obvio que tienes una situación de rechazo y abandono que te tiene muy aferrada a tus defensas, y es normal; pero a diferencia de mi otra paciente, estás muy clara sobre tus expectativas con respecto a los hombres. Y son absolutamente razonables, no estás esperando al príncipe azul –argumentó.

- Es que no existen. No hay hombres perfectos... Ni mujeres – sentenció.

- En efecto, pero conoces hombres, Victoria. Hombres a los que les gustas, y que te gustan vagamente. No sé si pudieras experimentar alguna vez un enamoramiento de telenovela, pero esto que viviste con Angello se acerca mucho a un enamoramiento que casi te hace perder el control. Tu decisión es muy respetable y sensata. Es más, la aplaudo. Eres realista. Tienes los pies en la tierra. Y aunque esta nueva separación duele y seguirá doliendo, vamos a trabajar con ella, para gestionarla mejor. Sin embargo, no quisiera que te encerraras de nuevo en esa desconfianza, muy justificada por tu biografía, que tienes hacia los hombres. Sé que eres independiente, que eres capaz de vivir sola, y de enfrentarte a cualquier cosa y salir adelante. Vamos, eres Victoria Balam. Te has vuelto una leyenda local. Todos conocen la historia de la niña pobre que levantó un imperio de la nada, a base de esfuerzo y dedicación... Pero no te vuelvas la reina inalcanzable. No fue Miguel, no fue Angello, pero quizás un día otro hombre... Sólo ábrete a la posibilidad – concluyó justo cuando el reloj avisa que la sesión ha concluido.

Y sí, como cada vez que abandonaba su consultorio, me quedé pensando, pero esa vez traté de evadir el recuerdo de aquellos ojos verdes e indómitos que seguramente no volvería a ver jamás.

El adiós

Pasé varios años en terapia. Al principio fue una vez por semana. Conforme fui batallando contra todos esos demonios internos que tenía (y sigo teniendo, pero hoy día un poco más controlados), espaciamos las consultas a una vez al mes, o poco más; pero volvíamos a combate cuando se me presentaba alguna situación particular que necesitara control de crisis que, al final, era una de las especialidades de Estefanía.

Y creo que mi vida fue más o menos en ese sentido hasta 2019, año en que Aurelia Fritz me hizo una llamada y me pidió una cita. Es curioso cómo cambian las cosas, *las vueltas que dio la vida*, como dice la canción de Rocío Dúrcal^[12]. Esta vez no era yo visitando a Aurelia, sino ella a mí. Acudió a mi oficina en *Balam Tower* que para entonces ya estaba totalmente vendida con negocios y despachos de giros diversos. Todo legal, por supuesto. No me había sobado el lomo creando mi fortuna, como para rendirme a las seductoras oportunidades del lavado de dinero a manos de narcotraficantes que te ofrecían millones de dólares por limpiarles las transacciones... Es tan común en México. Afortunadamente pude lidiar con el asunto. Mi torre era muy famosa, y se hizo a base de dinero bien habido.

- ¡Qué gusto de verte, Aurelia! – exclamé luego de darle un abrazo para luego invitarla a sentarse en mi sofá.

- El gusto es mío, querida. Creo que hace meses que no nos vemos – señaló aceptando el vaso de whisky en las rocas que le ofrecí. McAllister, su favorito. Aurelia siempre fue muy fina. Hasta en las bebidas.

- Fue en la cena gala de Amy Durand – respondí echándole un vistazo rápido. Seguía siendo guapa y elegante, pero ahora pasaba de los sesenta años. Y aunque siempre fue muy cuidadosa de su aspecto y belleza, la notaba más delgada de lo normal, y su piel había perdido brillo. Incluso había cierto dejo de cansancio en su mirada, que siempre fue tan inteligente y avispada.

- Sí, el evento que hizo en beneficio de estudiantes universitarios. Unas becas – añadió, rememorando la ocasión.

La gala se realizó en uno de mis salones de fiesta (tenía cinco, pero le di el más exclusivo y elegante de todos). La propia Amy Durand me dijo que hacía la cena para fondear un proyecto, y cuando supe el motivo yo misma ofrecí mi salón (gratis) a manera de donativo. Ella gestionaría con otros empresarios el servicio, música, comida y demás. Amy y yo hicimos varios eventos en conjunto después de eso. Y luego con las fundaciones de McAllister y Ancestral-Lab. Establecimos una relación muy cordial que nos funcionó para seguir colaborando en obras

benéficas.

- Bueno, pero hoy vengo a verte por una situación personal. Hoy no te tengo ningún negocio o consejo de compra-venta – comentó, recordándome que seguía siendo mi asesora financiera. No sólo llevaba mis cuentas y me hacía las auditorías, sino también me asesoraba para invertir (o no, en alguna empresa).

- Vaya, ¿pues qué será? – pregunté realmente preocupada. Y esta vez fui yo quien dio un sorbo al whisky.

Aurelia se tomó unos segundos. Aspiró y exhaló. Asentó su vaso en la mesita de centro y clavó sus ojos en los míos.

- Esto únicamente lo sabe Sofía – me dijo, y me bastó escuchar la forma en que temblaba su voz al mencionar el nombre de su novia, a la que amaba con toda el alma, para saber que la cosa era seria y grave.

- Ajá – añadí con nerviosismo, tragando con dificultad, poniendo mi mejor cara. Lo que venía era malo. Muy, muy malo.

- Tengo cáncer de páncreas. Avanzado.

Me quedé de piedra. Al instante vi cómo transcurrió media parte de mi vida. Aurelia no sólo me dio mi primera gran oportunidad laboral, sino que con el paso de los años permaneció a mi lado en calidad de mentora, pero también como consejera, contadora y asesora financiera. Todo ese tiempo nuestra relación fue cordial, solidaria y amable, pero sólo hasta aquella tarde en mi oficina comprendí que, en realidad, nuestra sociedad iba más allá de lo mercantil, que también era mi amiga.

- Dios mío, Aure – susurré totalmente descolocada.

La mujer tomó un pañuelo desechable de la mesita de centro y se enjugó las lágrimas que tímidamente asomaron bajo sus ojos. Fue la primera y única vez que la vi llorar. Era mi inspiración, mi modelo a seguir, mi Margaret Thatcher, en versión mexicana (yucateca, para ser exactos).

- No, Victoria. No me mires así. Tú no, por favor – reclamó orgullosa, levantando la cara –. Ha sido muy difícil hablarlo con Sofía... Discutir, consolarla... Y por fin llegamos a un acuerdo... Bueno, más bien aceptó mi decisión... Sabes que no me hablo con mis hermanos y que Sofi y yo no tenemos hijos... Estoy ... Estoy tratando de mantener la calma para decirte lo que he venido a plantearte. Y no quise que viniera Sofía porque... Podría quebrarme y no tendría fuerzas para hablar contigo de esto tan importante que tengo que decirte.

- Claro, claro – insistí haciendo lo imposible por tragarme las lágrimas. La noticia me

cayó como una bomba. Y ella me pedía fortaleza. Pero cómo reaccionar, cómo mantenerte entera ante una situación como ésta. Aurelia jugó un lugar tan fundamental para mí, y ahora esto...

- Tiene que haber algo que se pueda hacer. Un tratamiento... – sugerí desesperada, pero no terminé la idea, pues Aurelia me interrumpió con un grito implorante.

- ¡No! – exclamó enérgica – No, Vicky... Justo por eso he venido a verte.

Volví a mirarla y a tomar aire. Cada vez entendía menos de qué iba la conversación, y aunque mantenía las formas lo mejor que podía, mi corazón estaba hecho pedazos. Sentía un nudo en la garganta y estaba a punto de ponerme a llorar.

- Ok, ok. Calma, Aurelia. Estoy aquí, a tus órdenes. Te apoyaré en todo lo que me digas – articulé con la voz entrecortada, ofreciendo una mueca que quiso ser sonrisa.

Asintió con la cabeza, dio otro trago a su whisky.

- En el último mes, vimos como a diez doctores. Seis en México, los demás en Houston. Todos ofrecen un tratamiento a base de quimioterapia, pero ninguno garantiza más de un año de vida... Visité el pabellón de enfermos, platiqué y fui a grupos de apoyo... ¡Ay, Vicky!... Es una verdadera desgracia. Luego de esa experiencia tan dura salí convencida de una sola cosa: no voy a pasar el último año de mi existencia encerrada en un hospital, con máquinas inyectándome un veneno que supuestamente prologará algunos meses lo que es inevitable. Así que decidí viajar y vivir el tiempo que me queda, en las mejores condiciones posibles... Me sostengo a base de drogas: Vicodin, Codeína, Morfina...

Mientras la escuchaba como si me narrara una versión actual de *Los miserables*, como entremezclada en una historia de terror y drama, también me iba haciendo una idea del propósito de su visita. Sí, por supuesto que aceptaría lo que iba a pedirme.

- Entonces ya hemos estado en Grecia y en Marruecos. Eran los dos lugares que me faltaba por conocer de entre mi lista de sitios pendientes.

- Sí, creo que ya habías recorrido Italia, Egipto, Rusia y media Latinoamérica – comenté reanimándome un poco. Después de todo su vida había sido buena: tuvo éxito, amor, y vivió como quiso, en sus propias condiciones.

- Así es Vicky. La cosa es que cada vez estoy peor, los medicamentos me resultan menos y se me agota el tiempo. He venido a pedirte dos favores – soltó directa, como era su estilo, el cual admiré siempre.

- Tú dirás, Aure.

- Como sabes, entregué mi alma y mi cuerpo a *Grupo Fritz*... Es la obra de mi vida... Voy a dejar a Sofía como heredera universal. Pero ella es maestra de primaria. No tiene idea de

cómo gestionar el negocio, así que tendré que venderlo y dejarle todo el dinero a Sofi, junto con el resto de mis propiedades... Ya casi no puedo mantener más las apariencias, cada día se me notan más los estragos de la enfermedad, y no van a faltar los zopilotes que, viéndome débil, quieran abalanzarse sobre mi empresa. No quiero que la tenga cualquiera, Vicky. Quiero que tú la compres a un precio justo. Y además tú has sido como mi...

Calló y bajó la mirada al piso. No fue necesario que dijera más. Comprendí lo que quiso transmitirme con su silencio. De alguna forma yo también pensaba lo mismo. Aurelia representó una figura materna para mí, que había perdido a mi madre siendo yo una adolescente. Y, después de todo, Aurelia era veintitantos años mayor que yo. Bien podría haber sido su hija.

- Sí, Aure. Por supuesto que me interesa. Y pagaré un precio justo. Tampoco permitiría que cualquiera se quedara con *Grupo Fritz*. Si se hubiera subastado habría peleado por ella. Mañana mismo Laura, mi representante legal, contactará a tu abogado. Y lo haremos todo muy rápido. No te preocupes por eso. Dalo por hecho – le dije categórica.

- Muchísimas gracias, Vicky – contestó aliviada.

- No tienes nada que agradecer, es una empresa sólida. Es un buen negocio y... Es lo menos que puedo hacer, amiga – agregué y estreché su mano –. Ahora dime el otro favor.

De nuevo el silencio. Un ligero temblor se apoderó de su pulso. Me miró a los ojos y me obsequió una sonrisa triste, bañada en lágrimas.

- Tengo una reserva en una clínica en Canadá... Para una eutanasia asistida – dijo simulando seguridad, pero emitió las palabras con nerviosismo. Y yo sentí que me cayó un balde de agua fría. El segundo favor iba a ser realmente difícil. El primero era apenas una transacción. Muy simbólica e importante, pero básicamente consistía en un negocio de compraventa... Lo que venía definitivamente eran palabras mayores.

- Aure...

- Además del pago y la carta de solicitud y consentimiento, me piden dos testigos para que acudan conmigo y que se queden durante todo el proceso: antes y después – respondió de nuevo, clavando su mirada en la mía.

¡Eso sí que había sido un buen golpe! Casi como gancho al hígado, asestado por el mismísimo Julio César Chávez, el legendario campeón mundial de boxeo. Busqué mi vaso de whisky, que para entonces ya estaba vacío. Me puse de pie, me acerqué a la nevera y volví a servirme otro en las rocas. Tomé aire y me volví hacia Aurelia, que seguía cada uno de mis movimientos con sumo interés. Di un largo trago a la bebida que se deslizó lenta y ardiente por mi garganta. Le devolví la mirada.

- Cuenta conmigo, Aure. Lo haré.

Un par de meses luego de aquella plática, nos encontrábamos en una clínica de primer mundo, ubicada en Quebec. El entorno y las vistas eran realmente espectaculares. Era una ocasión triste, pero también resultó en una buena oportunidad para visitar un país que no conocía. Claro, todo lo dejé en las competentes manos de Gaby, y de mi abogada estrella, tu mami.

La habitación era amplia, cómoda y diáfana. Tenía una puerta-ventana que daba hacia el jardín de la clínica, lleno de árboles frondosos, arbustos, flores y hasta pájaros, que alegraban el día con su canto. Parecía un bosque encantado... Era todo un paraíso. Sin duda un buen lugar para dejar este mundo. Creo que si yo hubiera estado en la situación de Aurelia habría hecho lo mismo. *Sí, es una buena muerte. Fue una buena vida*, me dije mientras la miraba tan delgada y débil.

- Le... Pedí a Sofi... Que llamara a la doctora... Sólo para poder platicar contigo... Un momento a solas – me dijo con voz muy baja y entrecortada cuando su novia salió en busca de la médica. Yo misma me había dado cuenta del truco, que Sofía se tragó enterito.

El cáncer se había robado toda la energía de mi amiga, que ahora lucía escuálida, y su piel estaba entre amarilla y gris. Su cara y su cuerpo eran todo huesos, y su cabello (cada vez más escaso) se veía opaco y marchito. No era ni la sombra de la mujer guapa, elegante e inteligente que conocí. En el fondo me dio gusto que nadie más pudiera verla así, tan desecha. Me sentí muy aliviada de que como parte del servicio se hubiera contratado la incineración para que nadie más que Sofía y yo pudiéramos ver su cadáver. Las cenizas de Aurelia volverían a México con nosotras, donde le haríamos una misa de despedida. Aure sería recordada como la mujer que fue, no como el pobre guiñapo en que se había convertido.

- Dime, amiga – respondí sentándome a su lado en la amplia cama de sábanas de algodón, tan frescas y confortables. Ella extendió su mano temblorosa hacia mí, y yo se la tomé.

- *Grupo Fritz* ya te pertenece... Obviamente puedes... Hacer lo que quieras con ella, pero... Por favor, te encargo... A mis empleados. Sobre todo a los... Más antiguos... Tengo algunos jóvenes... Que podrías evaluar, como a todos, claro... Pero ponte la mano en el corazón... Antes de liquidar, por favor, Vicky – me pidió con la voz cortada. Asentí y tragué saliva ante su solicitud. Admito que en todas las empresas o negocios que adquiría solía deshacerme de mucho personal. Y era especialmente escéptica con los empleados a los que el dueño anterior tenía más confianza. Si resultaban útiles y profesionales, y demostraban lealtad hacia mí, se quedaban. Si no, los despedía sin titubear. Con la liquidación correspondiente.

- Promételo, Vicky... Los evaluarás, serás justa – repitió.

- Lo prometo. Les voy a dar la oportunidad.

- Hay... Hay... Un par de secretarias que... Están a un par de años de la jubilación: Tina y Lupita... Por favor... Deja que se jubilen... No son las más audaces... Pero son eficientes... Puedes confiar en ellas... Y dedicaron muchos años a *Grupo Fritz* – detalló con la voz más entrecortada. Cada vez le daba más trabajo hablar, y a mí se me partía el corazón verla y escucharla así tan demacrada.

- Sí, Aure. Lo haré. Lo juro.

- Tam... También está mi director ejecutivo... Noé... Es joven, pero ambicioso... Lleva algunos de años con nosotros... Me recuerda un poco a ti... Vigílalo, evalúalo, pero permite que te demuestre... Es buen elemento... Inteligente... Habilidoso...

- Sí, amiga. Lo tendré en cuenta.

- Y... Cuida de mi Sofi... Por favor... Invítala a las galas... Visítala de vez en cuando.

- Aure, no tienes ni que pedirlo. Por supuesto que sí. Vendrá conmigo y con Gaby en cada gala que organicemos. Ya ves que participamos en varias – añadí cómo la ternura invadía mi corazón. Aure, que solía ser tan implacable, en los últimos minutos de su vida pedía por su gran amor... *Amor verdadero, amor del bueno*, pensé y entonces sí se me escaparon algunas lágrimas.

- Gra... Gracias – dijo liberando mi mano.

Al momento entraron Sofía y la médica (una chica joven y rubia, pero muy profesional), que abrió mucho los ojos a ver el estado en que se encontraba Aurelia, que cada vez estaba más débil, adolorida y con mucho frío. Se aproximó a ella, sujetó el estetoscopio y le tomó los signos vitales.

- Ya no podemos suministrarle más morfina... Creo que ha llegado la hora... ¿Estás de acuerdo, Aurelia? – le preguntó en inglés, tomándole de la mano. La vio atentamente, y en todo momento le habló en tono muy profesional y tranquilizador.

Sofía y yo intercambiamos miradas. Cada una pudo ver en el rostro de la otra el dolor, la angustia y el sentimiento. El plazo se había cumplido, y no nos quedaba más que aceptarlo.

- Más que lista, doctora – respondió rotunda, sin aspavientos.

Poco después, con una mano aferrada a la mano de Sofía, que no paraba de llorar y acariciar el cabello de su novia; frente a un notario para dar fe y legalidad del deceso; y una enfermera que llegó para asistir la intervención, la doctora inyectó no sé qué solución en la vena cava superior de la inigualable Aurelia Friz que, en cuestión de minutos, abandonó este mundo tan estoica y mayestática como fue durante toda su existencia.

Pequeños regalos de la vida

A pesar de la tremenda catástrofe ocasionada por la pandemia COVID-19, para diciembre de 2020, mi fortuna había aumentado significativamente. Gracias al poder de las nuevas tecnologías y todas las áreas de oportunidad que encontré, diversifiqué tanto mi capital que en ese mismo año también invertí en franquicias de comida: los sándwiches del metro, las pizzas del César con toga, las hamburguesas del payaso con peluca de colores... Incluso mejoré los servicios de entrega. Me había hecho de tal renombre en la ciudad que además de las asociaciones civiles, el propio alcalde y hasta el gobernador acudían a mí para pedir apoyo y recursos para fondear algún proyecto. Y luego de evaluarlo mucho, aceptaba o declinaba la oferta. Dependía del tipo de inversión, los beneficiarios... Y de si me permitía deducir impuestos.

- He investigado a todos los posibles socios. Incluso el terreno donde quieren construir. El dinero es bien habido. Me parece que es un negocio redituable, y una oportunidad importante – comentó Noé, con el cubrebocas puesto, mirándome con sus espectaculares ojos negros.

Estábamos en la oficina de dirección del que antes fuera *Grupo Fritz*, y que ahora se llamaba *Grupo Balam*, y Noé nos resumía su propuesta para invertir en una clínica de altas especialidades. Luego de la adquisición, había yo dedicado buena parte de mi tiempo a esta empresa de servicios contables y asesoría financiera, que tanto significó en mi carrera. Sin descuidar mis otros negocios, claro está.

Miré el computador para cotejar los datos que señalaba, y luego volví a verle. Noé tendría treinta y pocos años. Alto, pero no demasiado; muy varonil, eso sí. Moreno de facciones armónicas. Cabello espeso que le llegaba por debajo de la nuca; sonrisa fresca y contagiosa. Desde que compré la empresa a Aurelia, fiel a mi promesa de dar una oportunidad al director ejecutivo, había mantenido contacto estrecho con él. En efecto, era un buen elemento. Audaz y diligente... Nos llamábamos prácticamente todos los días para acordar temas laborales. Creo que nos pasamos un año así, incluyendo el tiempo en pandemia, cuando pude verlo en las reuniones presenciales que teníamos (guardando la distancia reglamentaria). El caso es que definitivamente me gustó lo que vi. Era un hombre muy apuesto. Digno representante de la belleza masculina mexicana. Siempre usaba jeans ajustados que permitían apreciar la gloria de sus piernas largas y torneadas. Y además vestía de camisa, que se remangaba para presumir unos antebrazos bonitos y musculosos.

Luego de Angello me había vuelto sumamente cuidadosa para relacionarme con algún hombre. No es que fuera una monja, pero ahora pasaba meses antes de intimar con alguno. Creo que para entonces llevaba cerca de un año sin tener sexo... Absoluta temporada de sequía. Y

Noé, qué contrariedad, haciendo honor a su nombre, cual bíblico impulsor de la lluvia, era toda una tentación para saciarme la sed y dejarme arrastrar por su arca... Pero no podía ceder a sus encantos, básicamente por dos razones: 1) era menor que yo, que ya pasaba de los cuarenta; fácil le sacaba siete u ocho años; 2) era mi empleado; y eso sí que nunca lo había hecho; jamás me involucraba con alguien del trabajo... Las cosas se ponían demasiado incómodas, y para complicaciones ya tenía suficiente con mis traumas.

- Coincido con Noé. *Clínica de las Américas* será un gran centro de altas especialidades. También he revisado los antecedentes de cada inversionista. Todos son mexicanos. Destacados empresarios del sureste, y otros muy importantes en todo México, Vicky. Algunos de ellos son tiburones más grandes que tú, con el debido respeto, amiga... Creo que este proyecto no sólo diversifica tu capital en una apuesta segura, sino que te eleva a otro nivel como empresaria. No te recomiendo poner todo tu recurso, pero sí una parte. No serás dueña absoluta o socia mayoritaria, como acostumbras, pero se ve muy bien... Además, se prevé que las negociaciones terminen para febrero de 2021 y que a finales de ese mismo año ya esté operando... Puedes permitirte... – dijo Laura, que para entonces además de contadora, era abogada, tenía no sé cuántas maestrías y un doctorado; algo sobre finanzas e impuestos. Ve tú a saber. Te digo que le perdí la cuenta luego del doctorado.

- Sí, pienso lo mismo – añadí -. También hice mis averiguaciones. Sí es una oportunidad importante. Aunque no sea socia mayoritaria, sé que aportará buenos dividendos. Aparte, hasta el momento no hay hospital como éste en Yucatán, ni en toda la Península. Es básicamente un acontecimiento histórico. Y, dices bien, se está sumando gente conocida. Está esa niña... Camila Aragón, que es la que está coordinando a los inversionistas. Está poniendo todo su dinero y hasta alguna parte que le ha prestado su familia, creo que pidió financiamiento a Santander, y mis fuentes me dicen que se lo van a conceder. Igual invitó a otra doctora... Una Emma Cortázar^[13]. Parece que enviudó de un médico gringo que le dejó una muy buena herencia. Lo va a poner todo, y se va a armar una cosa grande... Definitivamente quiero ser parte de eso. Voy a invertir.

- ¡Excelente, jefa! – exclamó Noé, todo sonrisas, lleno de júbilo. Finalmente fue él quien consiguió el negocio. No sólo se llevaría un pequeño bono por haber logrado un buen proyecto, sino que presumía sus capacidades, de las cuales me habló Aurelia casi al borde de la muerte. Lo cierto es que el tipo estaba demostrando lo que valía. Y tenía potencial.

- Ya cierra la boca, que te entran moscas – me dijo Laura en tono socarrón cuando Noé abandonó la oficina.

- No sé de qué estás hablando... Además, ¿cómo sabes que tengo la boca abierta si llevo cubrebocas? – pregunté tratando de aparentar indiferencia. Aunque no podía fingir frente a tu

perspicaz madre, a la que no se le escapaba nada.

- ¡Por favor! Aunque te cubras media cara, te conozco de toda la vida, Victoria. Se te chorrea la baba cuando lo miras – exclamó y se dejó caer en el sofá de la oficina que había yo mandado a remodelar para sentirla más mía. Tenía un toque femenino, pero minimalista: muebles en café chocolate, cuadros y decoración en detalles rojos, paredes en color perla.

- Estás loca – le dije extendiéndole una lata de refresco que abrió al instante. Luego me dirigí a mi escritorio para mantener la distancia, y beber nuestros refrescos con calma y seguridad. Aparte había mandado poner filtros de aire y cuanto invento loco hacían los chinos y los gringos para evitar el COVID.

- Estás loquita por ese tipo, y se ve que le gustas ¡Mucho!... Y la verdad no sé qué decirte al respecto, amiga. Además de ser sumamente hábil y bueno para los negocios, se ha mostrado obediente... Y está que se cae de bueno. Aunque es un poco más joven que tú, eso no es realmente un problema... Quizás lo sea que trabaje para ti.

Tomé aire. Me bajé el cubrebocas y di un trago a mi refresco. Bufé y terminé por presentarle mi rendición. No había forma de engañarla. Tu mami siempre se distinguió por ser muy avispada.

- Para qué te digo que no, si sí – admití, citando la célebre frase de la Chimoltrufia.^[14]

- ¿Sabes algo, Vicky? Ya hemos tenido demasiados muertos. Y este bicho infernal sigue arrasando todo a su paso. Personas buenas, personas malas, jóvenes, viejos... Y nosotros seguiremos resistiendo hasta que la muerte nos toque a la puerta... Después de lo Aure, y ahora con este maldito virus... Vicky, no sé... Si yo estuviera en tu lugar, no me resistiría a esos pequeños regalos que nos da la vida y que dejamos ir por asuntos morales que no estoy del todo segura de si valen la pena – comentó críptica, con un dejo de tristeza en su rostro.

- Lauri... ¿Qué me estás queriendo decir? – pregunté más por ella que por mí. Y esto, querida Caro, no es más que una mera suposición, pero creo que tu mami (guapa, inteligente y única como es), dejó pasar muchísimas oportunidades por fidelidad a tu padre que, dicho sea de paso, tampoco estoy muy segura de si tal sacrificio valió la pena.

- Que tú que puedes, mi estupenda amiga, recibas todas estas dádivas que te mandan desde el cielo. Un postrecito puede alegrarte el alma y el cuerpo. Y sé que hace mucho que no te permites ni siquiera un dulcecito – me dijo con una sonrisa pícara, ahora mucho más enfocada en mí, que en sus propias reflexiones.

- ¿Cómo puedes decir eso? – cuestioné, muy sorprendida. Digo, era mi comadre, pero bien podía esconderme por ahí para tener una aventura sin que ninguna de mis cotorras y

entrometidas amigas se enteraran.

- Porque no te has ido de crucero, porque la pandemia limitó todo, y porque te cuidas encerrándote a cal y canto cual monja Adoratriz del Santísimo Sacramento... Y como la Gaby ya es toda una señora casada, pues tampoco es cosa de que pudiera acompañarte a uno de tus viajes. Y 2020 apenas viajaste un par de veces con tu amiga Patty, la de Cancún, porque igual anda muy metida con su trabajo en la Universidad.

- ¡No me voy a tirar a Noé Ingenieros!... ¡Es mi empleado!... Es el director ejecutivo. Aurelia, que en paz descanse, me lo recomendó mucho – exclamé cuando vi que todas mis cartas fueron descubiertas por tu inquisitiva madre, quien desperdició su talento siendo abogada litigante y mi representante legal. Debió trabajar para la CIA, para el FBI, para el MI6, para la Interpol. ¡Mira que es buena atando cabos!... Y bien metiche, pero se lo permito porque la quiero y me quiere.

- Vicky, te lo comes con los ojos... ¿Qué más puede pasar?

- O sea... Laura, eres mi abogada. Si sale mal, el tipo me demanda.

- Precisamente porque soy tu abogada, puedo decirte que cuando las cosas son consensuadas, ninguno tiene nada que apelar. Aparte, en el peor de los casos lo liquidas bien, o lo mandas a Cancún o a Tabasco como gerente de alguna de tus empresas... ¡Vamos! Que el hombre (divorciado, por cierto) se desvive por ti. Está puestísimo para complacerte en todo lo que desees. Todo, querida... Además, ¡eres Victoria Balam! Guapa, fuerte, exitosa y con un cuerpazo que envidiaría una chica de veinte. ¡Por Dios!... Si tú, que lo tienes todo, que te has partido el alma para ser quien eres no puede darse un pequeño gusto, ¿qué carajos le queda a las demás? – reclamó apasionada.

Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos. Este tipo de consejos los habría recibido de Gaby, o de Patty; pero nunca de tu mamá. Definitivamente Laura estaba pasando por una fase, y se estaba proyectando en mí. Estaba más que claro... Creo que era el principio del fin de su relación. Algo extraño estaba ocurriendo entre tus papás, y Laura se negaba a soltar prenda (y no la presionamos para hacerlo, pero Gaby y yo lo sospechábamos)...

No quiero ampliarte en detalles (que ella te cuente un día), pero años más tarde, cuando tu mami nos dijo a Gaby y a mí que se divorciaba, sentí que un balde de realidad me bañó el cuerpo. La pareja ideal, respetuosa, indestructible, solidaria, se desbarataba poco a poco ante mis ojos y creo que yo también viví un poco el duelo de su separación. A mi mente llegaron los recuerdos de mis propias relaciones, de todos mis fracasos amorosos. Al instante reflexioné sobre cuán frágiles e ilusos podemos ser los humanos. Lo fácil que es romper un corazón, como cantaba Miguel Mateos.

*Es tan fácil romper un corazón
Es tan tonto el amor
Que se deja atrapar
Por un corazón que no sabe amar...[\[15\]](#)*

Supermán

Obvio que para 2021, ya tenía una especie de amasiato con Noé... Era tanta la insistencia y tan poca la resistencia, y bueno la carne es débil. Me sentía sola y además hacía tanto que no tenía intimidad con ningún hombre, y luego se le veía muy dispuesto y entregado. Era tan guapo, tan diligente... Y una que no es de palo. Pues terminó ocurriendo lo que vaticinaba tu madre, a la que no se le escapa ni un tiro.

Cierto es que no fue el mejor de mis amantes (y no quiero decirte cuántos tuve porque, la verdad... Tuve muchos), pero el bueno de Noé fácil se apuntaba un sobresaliente. Tamaño, resistencia, fuerza, destreza, originalidad y modales (se comportó como todo un caballero)... Sí, tengo una rúbrica para calificar a mis amantes. Pero conste que el mérito no es mío, sino de la loca de mi amiga Patty^[16]... Escribo esto y recuerdo la conversación que tuvimos a bordo de un crucero mientras bebíamos en la terraza del barco, sintiendo la brisa del Mediterráneo y evaluábamos las posibilidades (esa noche me terminé yendo con un árabe guapísimo, y la Patty se ligó a un francés).

- Amiga... A nuestra edad, digo... Ya no estamos para andar repitiendo errores. La primera vez que estás con un hombre obvio que andas viendo cómo va la jugada, pero hay seis aspectos fundamentales en los que debes prestar atención, indistintamente de la apariencia física del sujeto – comentó y luego dio un sorbo a su tinto de verano. Llevaba un kaftán de gasa verde que contrastaba con su piel dorada y su pelo teñido de rojo. Sonriente, loca y guapísima, la Patty me vino a enseñar temas mundanos de los que yo ni idea, te lo juro.

- Ajá – le dije expectante, arqueando la ceja, consciente de que, entre sus payasadas, iba a compartir conmigo una de sus perlas de sabiduría. La Patty y yo teníamos la misma edad, pero ella creció en condiciones socioeconómicas muchísimo mejores que las mías, y había pasado por un divorcio espantoso, horrible, que mejor ni te cuento.

- A ver, amiguita, que yo no discrimino (excepto a los chaparros, por ahí nada), pero bienvenidos los morenos, güeros, gorditos, flacos no raquíticos; mexicanos o ciudadanos del mundo: todas las culturas... ¡Todas las lenguas! – exclamó con una risotada que me contagió.

- ¡Eres una puerca, Patricia! – dije tan estridente como ella. Nos robamos varias miradas. La verdad es que las dos íbamos muy guapas. Yo portaba un vestido rojo de satén que pegaba bien con mi piel morena. Adoro ese vestido.

- En serio. Ahí te van... Tamaño: muy chiquito, no gracias; grande, ¡bienvenido! Pero no demasiado; ¡no te vayan a partir en dos! Resistencia: definitivamente; nada de que a los dos minutos se acabó la función, y aparte se quede dormido. Fuerza: amiguita, pues si no te puede

levantar y empotrar como Dios manda, ni modo, pero que se agarre bien y te haga una que otra suerte. Digo, si no puede hacer el *Supermán*, se entiende; pero aunque sea un *doggy style*... ¡Ese es reglamentario!... Destreza: tiene que ver con las posiciones; mínimo tres y bien sorteadas, sino ¡qué pinche hueva! Originalidad: dónde y cómo se inició el asunto; que se lo gane y con inteligencia... Y mi favorito: los modales. Me refiero a que se comporte como todo un caballero. Si la cosa fue en su casa, que te lleve a la tuya (o que te deje quedar). Nada de que se acabó y que te saqué luego, luego, o que te llame un taxi. Y que también busque tu placer (no sólo el suyo) y cuide de ti... Amiga, hablo por experiencia propia, me ha tocado algún pendejo así, y jura que no me volvió a suceder. No se trata de amor eterno, es pasar un buen rato de mutuo acuerdo; pero que el fulano se comporte a la altura de una dama, que le otorga su cuerpo y su confianza. No estamos para recibir menos.

Me quedé de a seis, lo confieso. Te digo que la Patty había vivido otras cosas. Definitivamente había tenido más amantes que yo, y también conocía más posiciones sexuales, la verdad. Esa misma noche busqué en internet cómo era el *Supermán* y, es para mí un honor decirte, que el árabe que me llevé al camarote y yo lo conseguimos. Y no está nada fácil. Es acrobacia digna del *Circo du Soleil*... ¡Por algo se llama *Supermán*!

No quiero dañar tus castos oídos con estas experiencias, pero estoy segura de que tú me darías una cátedra sobre el tema, querida Caro. Yo sé que las generaciones actuales están mucho más informadas en materia de sexo que la mía. Tan es así que hoy deciden si quieren cambiar de género según su convicción, y no de acuerdo con sus cromosomas XX o XY, lo cual respeto absolutamente.

Regresando a Noé... ¿Cómo inició todo? La verdad es que ocurrió de manera muy natural, pero claro que también se lo trabajó y lo tuvo bien ganado. Cuando ya había consolidado la nueva fase de *Grupo Balam*, dejé a Noé como director ejecutivo pues, tal como dijo Aurelia, demostró ser un buen trabajador y gente de confianza. Así que me limité a tener con él reuniones semanales, y ya no acudí a diario a esa empresa, porque tenía que cuidar de mis otros negocios. Pero de alguna forma, Noé encontró la manera de llamarme cada día; o de aparecerse sorpresivamente en mi oficina en *Balam Tower*, desde donde gestionaba todo. Lo hizo día tras día, con cualquier pretexto: una nueva adquisición, dudas acerca de una negociación (que podía resolver sin mi permiso)... Se inventaba de todo, en serio (me consultaba hasta el color de las paredes). Y fue así, en uno de aquellos encuentros tan frecuentes, cuando me ayudaba a bajar una caja de la bodeguita de mi oficina cuando nuestros cuerpos, accidentalmente, quedaron muy, muy cerca... Y nos besamos.

No sé quién fue el primero. Tal vez él, tal vez yo. El caso es que nuestros labios se encontraron, y que la sensación resultó bastante placentera. Muchísimo más de lo que esperaba,

he de reconocer. Creo que por primera vez en años volví a utilizar la cama que tenía en mi oficina de *Balam Tower*. Y mucha suerte fue que Noé cargara con preservativos (¿lo tendría planeado?). Lo hicimos un par de veces aquella tarde-noche. Al día siguiente otro par de veces, y así hasta que terminamos entablando un acuerdo enteramente sexual, pero en el que había pasión, empatía, camaradería, exclusividad y respeto. Me di cuenta de que él sí buscaba una relación, pero yo ya había pasado por demasiado. No estaba de humor para eso. Podríamos tener una amistad cariñosa, nada más. Fui clara al respecto, y él aceptó.

Sin embargo, como al mes de nuestro acuerdo, me sentía un poco extraña. No sé cómo explicarlo, pero supe que necesitaba un poco de asesoría. Y no de la Patty, ni de Gaby, ni de tu mamá (con ella hablaría cuando acabara la cosa, por orientación legal). Requería apoyo psicológico. Así que pedí una cita con Estefanía para ir a contarle todo.

- ¿Y crees poder manejar este acuerdo que entablaron?... Podrías enamorarte, Victoria. Igual y sale bien... O mal – señaló a mis espaldas mientras yo miraba el cuadro del barquito flotando apaciblemente en altamar.

- He pasado cosas peores, doctora – admití. Era cierto.

- Lo sé, lo sé, y te has levantado... Hace tiempo tuve una paciente – dijo y supe que iba a aplicar su misma estrategia de ejemplificar situaciones hipotéticas con casos reales. Me acomodé en el diván y paré la oreja. Me gustaba escuchar sus historias – Otra mujer exitosa como tú. El mismo caso: pocas amigas, mujeres celosas que la miraban horrible y murmuraban a sus espaldas por no ser fea, por arreglarse, por gastarse el dinero en ella misma, por ser trabajadora y exitosa. Ya sabes, el monstruo verde de la envidia... A veces las mujeres son las peores enemigas de las propias mujeres. Y aquí viene el asunto. Al igual que tú, esta paciente cuidaba mucho de su imagen. Era más grande que nosotras. Pasaría de los cincuenta. Y como igual la había curtido mucho la vida, no permitía que se supiera de sus amantes, y se metía con hombres sumamente discretos... Hasta que se enamoró de uno de sus empleados.

- ¡Nooooooo! – exclamé irónica, pero medio asombrada, la verdad.

- Sí. Nadie sabía de su relación porque... ¿Te acuerdas de esta antigua tradición de los reyes de casarse con mujeres vírgenes? – preguntó como si estuviéramos en una clase de historia medieval o algo así.

- Sí, claro que recuerdo – contesté luego de reflexionarlo un poco. Era cierto. Se dice que hasta la princesa Diana era virgen. Las que vinieron a romper el canon fueron la reina Leticia, de España; y la reina Máxima, de Holanda, que ya estaban bien corriditas cuando se fueron a casar con sus majestades.

- ¡Ningún hombre, excepto el rey, debe decir que ha dormido con la reina!... ¿Te

imaginas?... Bueno, mi paciente creía en esta idea: nadie, excepto su pareja formal podría decir que había pasado por su cama. Y con este chico con el que andaba, algunos años más joven, tampoco quiso algo serio.

- ¡Ay! No es cierto, doctora... Diría que me estás vacilando, pero sé que no – comenté. A esas alturas ya nos tuteábamos las dos, pero no la llamaba por su nombre. Siempre le decía doctora, para mantener una relación profesional.

- Así es, Victoria. No te estoy vacilando. ¿Quieres saber lo que ocurrió?

- Por supuesto – dije muy interesada.

- Descubrió que su joven amante se andaba acostando con una de sus amigas... Amiga de ella. Y lo vio con sus propios ojos. Sucedió en una fiesta con baño de piscina. Al calor de las copas su amante y su amiga se escaparon a la habitación de ella (de mi paciente). Notó su ausencia, los buscó por la casa y los cachó infraganti.

- ¡Cómo? – me incorporé y viré a verla. De nuevo me hizo señal para que me acostara.

- Tal como oyes.

- ¿Y qué pasó?

- El gran poder de la furia... Y la venganza... Su amiga tenía una empresa de éxito en la ciudad, y mi paciente se encargó de bloquearla, obligándola a vender. Nada más ni nada menos que a ella... La amiga terminó viviendo de las rentas de algunos departamentos que poseía. No vive en la miseria, pero su situación económica desmejoró muchísimo. Ya no hablemos del entorno social. Se volvió una apestada indeseable... Fue un gran golpe para ella – añadió con un tono de satisfacción en la voz. Sé que ella nunca le hubiera recomendado tal cosa a su paciente, pero sé que disfrutó de que la situación terminara así. Aunque no estoy muy segura de por qué me lo cuenta.

- ¿Y él?... No me digas que lo perdonó – dije angustiada. Nada más eso nos faltaba.

- Para nada. No sólo lo despidió con una liquidación ridícula, sino que se encargó de boletinarlo en todas las empresas de giro semejante en la península. Creo que el pobre diablo terminó yéndose a Ciudad Juárez, donde al fin pudo conseguir trabajo, o sea, al otro extremo del país.

- ¡Vaya!... Sí que es rencorosa – agregué tratando de identificar de qué empresaria hablaba. Seguro que la conocería. Quizás hasta fuéramos socias en algún negocio.

- La razón por la que te platico esta historia es que puede que no te ocurra algo tan grave como le sucedió a ella, pero puede ocurrirte que la relación evolucione y te enamores. O no. Y si ocurre esto último y las cosas no se dan, quizás necesites meditar cómo sería la separación:

¿cordial o buscando el ojo por ojo? Mi paciente disfrutó el dulce sabor de la venganza, pero derivado de la traición no ha podido entablar una nueva relación con nadie. Ni siquiera se avienta a tener aventuras pasajeras. Está aterrorizada. Evalúa lo que sientes por este señor, y deja fluir las cosas. No tenemos una bola de cristal que nos diga el futuro. Sólo mantente muy atenta y estúdialo, Victoria.

El resto de la semana me quedé pensando en sus palabras, muy aferrada a todas las lecciones de mi pasado con Miguel, con Angello, con mi padre; con alguno que otro idiota empresario que quiso sobrepasarse conmigo, o que me quiso ver la cara de tonta. Y me había levantado de todo eso. Podría llevar ese acuerdo con Noé durante el tiempo que los dos quisiéramos. Sí, definitivamente que podría.

Hipócritas

Noé me vino a demostrar no sólo su pasión y su cariño, sino también su solidaridad cuando ocurrió un acontecimiento que aún hoy día me duele recordar, pero que no puede faltar en estas memorias. Noé siempre estuvo a mi lado aconsejándome, cuidándome. En aquellos días más que novio parecía guardaespaldas... Fue muy a principios de 2022. Las vacunas contra el COVID-19 tuvieron el efecto esperado: el índice de mortalidad disminuyó, el propio virus se hizo más débil y nuestras defensas se fortalecieron, lo cual nos permitió volver a la presencialidad. Y con este regreso físico a los espacios y a la vida social, sucedieron situaciones hasta entonces inverosímiles: había mucha gente portándose raro. Que si la crisis de ansiedad, que si la depresión, que si el movimiento feminista (exacerbado en extremo), que si el patriarcado, que si la sexualidad fluida... Hubo de todo. Y en medio de ese tumulto se dio esta historia en mi *Universidad México Libre*, de la que era accionista mayoritaria.

Un grupo de pseudo feministas tomaron las instalaciones para defender a una secretaria de la universidad que presuntamente había sido víctima de un hostigador sexual que trabajaba ahí mismo, y que fungía como jefe de mantenimiento. No voy a dar nombres porque seguramente conoces el caso. Pero digamos que ella era Mariana y él, Alberto.

Cuando Mariana dio a conocer la situación al responsable de recursos humanos, se hizo la denuncia correspondiente y comenzaron las averiguaciones internas para resolver la problemática. Y apenas había pasado un día de la denuncia, un solo día; estaban iniciando las indagatorias (en las que desde luego participaba tu mamá, que es toda una profesional) cuando la estúpida traidora, maldita y malagradecida de Mariana llamó, para que la apoyaran, a *Mujeres contra el acoso*, una asociación feminista supuestamente dedicada a defender los derechos de la mujer que, en realidad, lo único que hacía era posicionar a su presidenta vitalicia para ocupar un puesto político.

La “presidenta” (que decía haber sido violada, pero nunca denunció penalmente el caso) era siempre la protagonista. Estaba en contra de la revictimización, pero era la primera en relatar la historia de la víctima frente a todos los medios que tergiversaban la situación, como siempre hace la prensa. Nadie se fijaba en las supuestas víctimas que defendía. Todos los reflectores eran para la presidenta. Se las daba de activista, pero sólo hacía ruido para llamar la atención. Yo nunca vi que realmente ayudara a alguien. Todo era escándalo. Jamás acompañó a alguna mujer violada al ministerio público para interponer la denuncia, tampoco ofrecía acompañamiento psicológico o legal. Estudió derecho, pero nunca se tituló. Se enfocaba en protagonizar. Y a ella, justo a ella, había acudido Mariana, que prefirió confiar en una extraña que en nosotros, que le habíamos dado un trabajo honorable y bien pagado. Siempre sentiré coraje por su causa. Si

estaba siendo hostigada, ¿por qué no esperó que resolviéramos el caso? ¿por qué tuvo que armar tanto escándalo?

Total que *Mujeres contra el acoso* convocó a todas sus agremiadas que, vestidas de morado y verde, hicieron plantón en la Universidad, y a gritos de guerra contra el patriarcado colgaron mantas con denuncias y hasta ofensas. Rayaron las paredes y los monumentos en piedra que mandé hacer en honor a Felipe Carrillo Puerto, Elvia Carrillo Puerto, Rita Cetina, Felipa Poot, Rosario Castellanos, Justo Sierra y José Vasconcelos, grandes pensadores y pensadoras de México y Yucatán que habían hecho importantes aportes al desarrollo de la educación en el país y en el estado. Y por si aquello fuera poco, como la presidenta de la asociación tenía una necesidad enfermiza por los reflectores, las feministas llamaron a todos los medios de comunicación: regionales y nacionales, que lo registraron todo. Cierro los ojos y recuerdo los grafitis en las bellas paredes de mármol a la entrada del recinto que imitaba al Partenón griego.

Fuera, macho opresor

La Universidad México Libre es corrupta

Muerte al patriarcado

Mi universidad no me cuida.

En la Universidad México Libre violan a las mujeres

Alberto: macho violador

Menos penes, menos violaciones

Cómplices: antifeministas. Protegen al violador.

Universidad México Libre, das asco. Me avergüenzo de ti

Victoria, Lorena: rompan el pacto. Entreguen al violador

Alberto: feminicida

Muerte al violador

En mi universidad violan a las mujeres, y las autoridades lo permiten

Por supuesto que comprendía la indignación de las chicas. Y tan pronto como supe del caso, llamé al consejo de accionistas e iniciamos la investigación correspondiente. Por eso no dejo de preguntarme, ¿era necesario todo este espectáculo?... ¿Qué esperaban? ¿Qué sin investigación ni proceso previo colgáramos al pobre tipo como piñata, en la explanada de la Universidad, y nos turnáramos todas al bate para darle de golpes y matarlo mientras ajustábamos cuentas por milenios de opresión patriarcal?... ¡Claro que no! ¡Jamás haría algo así! ¿Barbarie vs civilización? Esos radicalismos no nos sirven para nada. Lo justo (y fue lo que hicimos) era

iniciar un proceso administrativo de investigación, presentar las pruebas correspondientes, los testimonios; analizar el caso, para luego realizar el deslinde de responsabilidades o fincar la sanción y el castigo. ¡Es lo que procede en una sociedad civilizada!

Cuando reflexiono sobre el tema, realmente la única que salió ganando fue la presidenta de la asociación. Todos los demás, incluida la secretaria, perdimos... Lorena, la rectora, una mujer brillante, con una trayectoria académica impecable, fue *funada* en redes sociales a nivel local, nacional e internacional porque ella había contratado al jefe de mantenimiento. Y por supuesto, con la rectora, también yo. Y nos tocó a las dos. Aún recuerdo los titulares de la prensa:

Antifeministas: empresaria y rectora de universidad de prestigio escudan a violador sexual.

La universidad más incluyente de Yucatán tiene baños trans, pero protege a un macho agresor, violentador de mujeres.

El jefe de mantenimiento abusaba sexualmente de la secretaria. Todo encubierto por la rectora y la socia mayoritaria de la Universidad.

El que más me dolió vino de uno de los medios que me golpeaban cada vez que podían (porque nunca les compraba publicidad, y más tarde supe que también se debía a una antigua fricción con una de las socias). Hablo de *Telesistemas del sureste*, de *Mendoza y Asociados*. Sí, el consorcio de la novia de Miguel. Sólo que ahora ya no eran novios, sino esposos. Y como ella no tenía ni la más remota idea del negocio, los dueños dejaron a Miguel como presidente del emporio mediático... Tengo bien memorizado el extracto de la nota. Una reportera, micrófono en mano, de pie junto al monumento a Rosario Castellanos, daba el parte:

- La secretaria, cuya identidad nos reservamos, fue hostigada por casi tres años por parte de Alberto N, jefe de mantenimiento de la Universidad. Se sabe que el denunciado es gente de confianza de la rectora, y también de la accionista mayoritaria, Victoria Balam, empresaria famosa por su historia personal de trabajo y dedicación. Es realmente muy indignante que la rectora, conocida por su destacada carrera como bióloga marina, y que una de las empresarias yucatecas de más alto prestigio se hayan unido para defender a un violador. Como periodista y como mujer, me parece verdaderamente vergonzoso – indicó la chica que no tenía nada de objetividad en su relato, principio básico del periodismo.

Y así tuve otras tantas notas y titulares, durante la peor semana de mi vida. Fue el infierno. Afortunadamente tenía a Noé para tomar mi mano y escucharme. No sabes lo mucho que valoré su compañía por aquel entonces... Creo que nunca antes, ni en el tiempo que pasé con Angello, ni con Miguel, me sentí tan mal. Primero por las cosas que tan cruel y desenfadadamente decían de mí y de esa Universidad que patrociné con tanta fe y orgullo.

Segundo porque conocía a bien a la rectora. Ella nunca hubiera contratado (a sabiendas) a un tipo como el que describían. Aparte, también conocía a Alberto, el jefe de mantenimiento. No es que fuera mi amigo, pero no parecía ser ese tipo de persona.

Como sea, tanto tu mamá, como la rectora, yo misma y el consejo de accionistas, determinamos que debía hacerse una investigación antes de emitir una sentencia. Reitero, y siempre creeré en esto: al final a todos aplica el principio de presunción de inocencia, hasta que se demuestre lo contrario, pues vivimos en una nación en la que prima el estado de derecho. Y así nos conducimos durante todo el proceso, pero por cuestiones que más tarde averigüé, Mariana no quería que se hiciera ningún tipo de investigación. Llamó a las feministas porque la mujer quería que despidieran a Alberto, que lo empalaran, que lo castraran, que lo desmembraran, que lo mataran y exhibieran sus restos en la plaza pública, mientras las otras feministas cantaban y bailaban a su alrededor, con teas incendiarias de la revictimización, celebrando el triunfo contra el patriarcado y el fin de la opresión contra las mujeres.

Y si el tipo hubiera sido culpable, creo que me les habría unido, pero antes debíamos cerciorarnos de que en efecto fuera culpable. Porque sólo de palabra no, definitivamente no le creo. Lo que más me dolió de todo aquello es que cualquiera que fuera la situación, pudimos manejarla al interior de nuestra universidad siguiendo nuestros protocolos, sin necesidad de dañar el prestigio de una institución que no sólo era innovadora y de alta calidad, sino que también ofrecía cientos de becas al año para estudiantes de excelencia y de escasos recursos.

Y mientras hacíamos los careos y las indagatorias, recuerdo a las chicas apasionadas gritando, exigiendo, reclamando...

- Yo nunca te hice nada, Mariana – dijo Alberto frente a 10 individuos (entre ellos yo) que, en la amplia y diáfana sala de juntas de rectoría, escuchábamos el relato de uno y de otra.

- Por supuesto que sí. Esperabas a que me encontrara a solas y me perseguías. Metías la mano en mi falda, me tocabas el pecho... – rebatió ella con lágrimas en los ojos, hablando con dificultad, agobiada por el llanto.

- Mariana... Tú ibas a buscarme a la oficina. Te insinuabas... Yo pensaba que querías. Nunca te resististe – comentó él mirándola a los ojos, ciertamente avergonzado.

- Es mentira, tú me buscabas a mí. Y cuando iba a tu oficina era para reportarte algún fallo en el edificio... ¡Y me tocabas!... ¡Y me besabas contra mi voluntad! ¡Lo hiciste por más de dos años! – reiteró y esta vez exageró el estertor.

- Bajaste la mano a mi entrepierna, Mariana... Cuando salíamos del trabajo acordamos irnos a un hotel. Tú querías, Mariana – reiteró impotente.

- ¡Es mentira! – gritó.

Esto está peliagudo, pensé. No había forma de creer a uno o a otra. Las cosas ocurrieron en la intimidad, en un espacio de trabajo, claro está; pero era la palabra de él contra la de ella. Y los argumentos de ambos parecían convincentes. En ese momento no sabía a quién creerle... Y estaba demasiado molesta por el alboroto de las feministas que, sin dejar siquiera el privilegio de la duda, ya habían condenado a Alberto. Y si la Universidad no los despedía, amenazaban con quemarla. Y yo estaba más que dispuesta a llamar a la policía para que las desalojaran a todas. No me importaría que me siguieran funando en redes, mientras no destruyeran nuestra hermosa universidad.

Situada al frente de la mesa directiva, la rectora presidía formalmente los interrogatorios, pero eran los abogados quienes dirigían la discusión. Pobre Lorena, la miraba guardar las maneras lo mejor posible. No tenía tanta experiencia en este tipo de situaciones como sí la teníamos Laura y yo, que nos pasamos la vida peleando contra todos los adversarios que nos agredían... Al instante sentí algo de culpa. Cuando invité a Lorena para dirigir la institución, jamás me imaginé que la haría pasar por un momento tan amargo. Si al día siguiente me presentaba la renuncia, no tendría más remedio que aceptarla.

- Señora Mariana, ¿si el señor Alberto estuvo molestándola por todos esos años, por qué nunca antes lo denunció? – preguntó Laura, que miraba fijamente a la demandante, dedicándole su mejor cara de póker (me la copió a mí, que no te diga otra cosa).

- Es que... ¡Tenía miedo! – respondió Mariana, completamente aferrada a su papel de víctima, y rompió a llorar con más pasión.

- Debí hacerlo desde el principio – reiteró Laura.

- Es que no tengo pruebas, ¡nadie hubiera creído en mi palabra! – chilló.

- Nunca te toqué sin tu consentimiento, Mariana – terció Alberto, cada vez más indignado.

No sabes cuánto tuve que resistirme de no intervenir. Por indicaciones de tu mamá y sus compañeros abogados, solamente debía presenciar el proceso sin intervenir, al igual que la rectora. Así que me limité a escuchar el diálogo, como si estuviera viendo una telenovela, y leyendo los mensajes solidarios que me mandaba Patty desde Cancún. Había estado muy pendiente de la situación, pues le había tocado un caso semejante en su universidad. Y el nuestro era particularmente difícil porque los dos involucrados eran casados y tenían hijos. Ella rondaría los cuarenta años, él quizás tendría unos cuantos más. Pero a diferencia de ella, él se había casado (en segundas nupcias) hacía sólo seis meses, y ella ya tenía diez años de matrimonio... *Carajo.*

Gratitud

Aquella tarde salí agotada de los careos. Cuando abandoné la oficina, el bueno de Noé me esperaba sentado en un cómodo sillón colocado a las afueras. Se puso de pie y me abrió los brazos. Y yo corrí a refugiarme en ellos como si fuera una quinceañera. Jamás me había consolado en el abrazo protector de un hombre. Sobre todo uno tan guapo y que oliera tan rico (como a maderas) ¡Nunca! Y la sensación que tuve fue... No sé cómo decirte, pero hubo mucho de solidaridad y empatía en aquel gesto. Y lo agradecí con el alma.

- ¡Qué bueno que estás aquí! – le dije ocultando la cara en su pecho cálido.

- Sabía que te vendría bien una cara amable – me dijo al oído, rodeándome la cintura.

- No sabes cuánto – le contesté.

- Pues me lo imagino, pero lo que voy a mostrarte va a gustarte mucho más – me dijo con una enorme sonrisa.

Me le quedé mirando incrédula... *¡Hombres! ¿Cómo puede pensar en sexo en momentos como este?... Aunque quizás no sea una mala idea*, pensé y me le quedé viendo.

- ¡Y justo a la mujer que necesitamos! – declaró llamando a Laura, que en ese momento dejaba la sala de juntas.

¡Ay, no! Este idiota quiere un trío... Y con mi amiga... ¿Quedó orate o qué?... No, nunca... ¡Y con Laura menos!

- Hola, Noé. ¿Qué tal? – saludó sonriente, pero cansada. Elegante y bella, tu mami lucía impecable, pero hasta a ella se le notaba que el drama de Mariana y Alberto le tenía comido el coco.

- Necesito mostrarles algo... Muy importante... De preferencia con la rectora – añadió en tono grave, y en ese instante comprendí que no se trataba de un trío/cuarteto sexual, sino que *mi novio* (o aplica la taxonomía que mejor consideres) poseía información valiosa acerca del tema que nos ocupaba.

Minutos después, Lorena, Laura y yo veíamos en el iPad de Noé un video muy interesante. Una prueba que vino a nosotros casi como un regalo divino. En la escena se observaba claramente a Mariana y Alberto muy acaramelados dándose un beso apasionado en un parque cercano a la Universidad, que no era muy concurrido. Ella se aferraba a él, mientras Alberto la tomaba de la cintura, entregado al deseo. Poco después se subían a la parte trasera del auto cuidando que nadie los mirara. Pero a través de las ventana se observaba cómo Alberto se apoyaba en el respaldo del asiento y ella desaparecía en dirección a la entrepierna de él. Luego

algunos movimientos raros y dejaban de verse los dos.

No sé expresar con palabras la gloria que sentí corriendo por mis venas. Me alejé del iPad y me acerqué a Noé. Tomé su rostro entre mis manos y le di el beso más apasionado que hubiera dado a un hombre jamás en toda mi pinche vida.

- Noé... Eres un sol radiante que nos ilumina a todos con su luz – le dije cuando me aparté un poco para mirar su sonrisa ladeada, llena de satisfacción.

- Lo mismo digo – agregó una sonriente Laura que tenía la marca de la victoria por todo su rostro.

- Es increíble. La mato, la mato a la desgraciada – comentó Lorena realmente indignada, a punto de salir de la oficina.

- ¡No! Alto – la detuvo Laura sujetándola del brazo porque la rectora estaba genuinamente enfadada y tenía toda la cara de querer salir a partirle toda la madre a la desgraciada de Mariana.

- ¿Cómo conseguiste este video? – pregunté a Noé cuando vi que Laura pudo controlar a Lorena.

- Damas, tomen asiento que esto apenas comienza – comentó y se fue al frigobar de la oficina. Tomó unas latas de *Coca-cola* y nos dio una a cada una.

Se sentó con nosotras en la mesa redonda, abrió su lata y dio un sorbo a su bebida. El muy engreído estaba disfrutando de sus cinco minutos de protagonismo, y ahí sí que tuvimos que sujetarnos una a la otra porque entre más suspenso ponía el tipo, nosotras más ganas teníamos de matarlo.

- ¡Noé! – grité al borde de un ataque de nervios.

- Ya voy, ya voy... Pues verán... Ustedes tres serán muy fuertes, inteligentes. Tres niñas genios... Y las chicas de afuera también son muy solidarias, etc., etc. Pero no cuentan con la camaradería de los hombres – dijo muy pagado de sí mismo.

- Y tú no cuentas con mi nivel de estrés, así que habla, Noé, o a tu arca le van a salir huecos por todos lados – amenazó Laura, y yo no pude más que asentir con ella.

- Mientras ustedes han estado no sé cuántos días lidiando con las acusaciones, los careos y los medios, yo me hice de un par de amigos aquí en la Universidad. Entre ellos un conserje cuyo nombre me voy a reservar para protegerlo... Porque luego van a decir que es un voyerista (y sí lo es); y esto ya se parece a un capítulo de los Simpson. El caso es que se encontraba cerca del lugar. Los vio comiéndose a besos sobre el coche, a plena luz del día, y los grabó. Y aparentemente tenía la intención de mandar el video a todos sus compañeros, pero se lo pensó un

poco porque sabía que podía dañar la relación de Alberto y de Mariana. Así que lo dejó por ahí... Hasta que me vio rondando por las instalaciones, muy cerca de Vicky... Noté que me miraba como extraño, como queriendo acercarse. Y tuve una intuición. Sentí que debía hablar con él. Y lo hice. Lo invité a la cafetería, platicamos como dos buenos colegas, y me mostró el video. Lo compartió conmigo porque, cito:

“No es justo lo que le están haciendo a Alberto. La pinche Mariana ya no quería seguir con su esposo y se quería separar para casarse con Alberto, pero él ya no quería tener nada con ella porque se había enamorado de esa otra muchacha con la que se terminó casando... No iba a decir nada, la verdad. Pero luego vi las cosas tan feas que estaban diciendo de la maestra Lorena, que todo lo que hace es trabajar... Y la señora Victoria personalmente vino a darnos un bono extra, aparte del aguinaldo, en Navidad. No era justo que les estuvieran haciendo estas cosas”.

Me quedé con la boca abierta. No daba crédito a lo que escuchaba, pues al final el conserje sí que demostró solidaridad ¡MASCULINA!, y además presentaba ¡EVIDENCIAS!... Era demasiada información. Por un lado estaba yo muy indignada por la situación personal entre Mariana y Alberto. Como mujer podía entender su dolor. Luego de un romance intenso, el muy pendejo le daba la espalda sin más, para irse con otra. Vamos, me habría asociado con la presidenta de *Mujeres contra el acoso* para masacrarlo al cabrón... ¿Pero era necesario exponer así a la Universidad, a su familia y a sí misma?... Si Mariana se hubiera acercado a Lorena (que también fue víctima de una infidelidad) y le hubiera contado toda la situación, la propia Lorena lo habría puesto de patitas en la calle, pero no lo hizo y prefirió dañar mi honor, el de la rectora y la reputación de nuestra Universidad para cobrar su venganza.

- Ok. Todo esto es fantástico, pero... Mariana puede decir que ella ya no quería más contacto con Alberto, y que él seguía hostigándola. Y por mucho que me moleste decirlo en el caso de esta mentirosa, cuando la mujer dice no, es no. Sin vuelta de hoja – sentenció Laura analizando la situación.

- Pero podemos enseñar el video, internamente, para demostrar a todos que había una relación sentimental entre ambos – terció Lorena que, como yo, estaba pensando cómo utilizar esa importante evidencia.

- Lo cual otorga a Alberto el beneficio de la duda, y nos aleja totalmente de esta situación que es en absoluto personal entre ellos. Además, seguro que cuando Mariana vea el video, ella misma va a desistir de la denuncia – completó Laura.

- Sí, podemos hacer eso. Luego hacemos un acuerdo interno firmado por ambas partes, y emitimos un comunicado muy *polite* donde se señale que se respetaron los derechos de ella y de él. Y refrendamos que en la institución hay cero tolerancia a la discriminación y el acoso, etc.,

etc. – ordené, aunque para mis adentros yo ya maquinaba otra estrategia... Mucho más satisfactoria para todas las partes, especialmente para mí.

Tenían una relación consensuada

Sobre la denuncia por hostigamiento sexual interpuesta ante las autoridades de la Universidad México Libre, se supo que Mariana N y Alberto N mantuvieron un romance consensuado como evidencia un video viral, de autor anónimo, que circula en las redes sociales. En las imágenes se nota a la pareja, recargada sobre un auto sedán, intercambiando besos y abrazos. Posteriormente ingresan a la nave, donde según se aprecia, ella le practica una felación, para posteriormente mantener relaciones sexuales presuntamente consensuadas.

A lo largo del video, que tiene una duración de siete minutos, en ningún momento se observa algún intento de la mujer por pedir ayuda o salir del auto. De hecho cuando dejan la unidad, se la ve acomodándose la ropa y el cabello, y limpiándose la boca.

El video es acompañado de un texto en el que se indica que tanto Alberto N como Mariana N son casados y tienen hijos con sus respectivas parejas, pero que ella ya no quería continuar la relación que mantenía con su esposo, y esperaba a consolidar la situación que tenía con Alberto N, quien se negó, pues recientemente se había casado con otra mujer. Declaración con la cual se insinúa que la denuncia de Mariana N obedece más bien a una venganza personal contra Alberto N.

Hasta este momento se desconoce la determinación que tomará la Universidad México Libre sobre este tema tan polémico, pero se espera que en el transcurso del día se haga una declaración oficial por parte de la casa de estudios.

Fue la nota más objetiva de todas (y las leí toditas). Y en las redes sociales hubo un huracán de opiniones. Básicamente incendiarnos Facebook y desatamos el furor en todos los sentidos. El video alcanzó miles de visualizaciones. Sin contar (porque es imposible) cuántas veces fue compartido por WhatsApp y otros servicios de mensajería instantánea, pues como nunca se les ve desnudos a Mariana y Alberto, no hubo política válida para restringirlos.

Tal como el periódico vaticinó, aquella misma tarde hubo un comunicado institucional en el que se comunicaba que Mariana desistió de la denuncia, y que Alberto renunciaba por voluntad propia a su puesto como jefe de mantenimiento... Lo que no se dijo fue que, semanas después, Mariana también acabó por dejar el trabajo pues sus compañeras comenzaron a mirarla feo, despreciarla y dejaron de hablarle, indignadas porque también las había utilizado para sus propios intereses, vamos: las había engañado para despacharse al ex... Y eso no se perdona.

- Amiga, no dejas de asombrarme, te lo juro – me dijo Gaby al salir de la audiencia final, previo a la publicación del comunicado.

- ¿Por qué, Gaby? – pregunté con cara de circunstancia.

- Te conozco, no te hagas... Tú no te dejas pegar así nada más. Tú devuelves el trancazo, y con toda la fuerza que tengas – me susurró mientras bajábamos las escaleras. El chofer había llegado con el vehículo. Por entonces andaba en una camioneta BMW, que nunca manejaba yo; pero era bastante amplia y cabíamos cinco personas cómodamente.

- No sé de qué estás hablando – contesté levantando la cabeza, pero le guiñé un ojo. Gaby se soltó a reír.

- ¡Favor de no emitir ninguna declaración si no estoy presente! – terció Laura en tono de broma – Pero coincido con Gaby. Yo no me creo nada – esto último también lo dijo en voz muy baja, como para que apenas pudiéramos escuchar nosotras tres.

- Chicas, digan lo que digan nada puede amargarme el día. Estoy más que feliz – sentencié con una risa grande como de Jim Carey.

Esa tarde las invité a comer a la casa. Y a Noé, también, pues se había vuelto algo así como el cuarto integrante de la banda... Con la diferencia de que a él me lo tiraba. Y esos días en particular lo hice con una dedicación que no te imaginas. No pudimos hacer el *Supermán*, pero la *flor de loto*, la *cucharita*, la *vaquera*, *tacones al aire*, además de las muy tradicionales aprobadas por la Iglesia Católica (existen, créeme) sí que la hicimos... Eso y otras cosas que le gustaban, como el baño en la tina de hidromasaje mientras tomábamos un poco vino espumoso... Aún no sé si estaba o estuve enamorada de Noé, no podría decírtelo. Lo que sí sé es que si alguna vez necesité pruebas de su lealtad, ese fue el mejor momento para demostrarlo. Y vaya que me sentía segura con él, lo cual no me había ocurrido con ningún hombre jamás. Creo que sólo tenía ese nivel de confianza con Gaby y Laura, pero eran mis súper mejores amigas de toda la vida. Y la Patty, pero con ella era otro el rollo... Y Noé, que era mi amante, también era mi aliado, y un invaluable amigo...

Te preguntarás cómo se filtró el video. Te aseguro que no tuve nada que ver, querida Caro. Aunque te diré, como bien decía Gaby, que yo nunca he sido la que pone la otra mejilla cuando le dan una bofetada. No, para nada. A mí me pegan una vez, y vamos a ver cómo nos va con los moquetazos. Yo sí devuelvo el golpe. Y prometo que cuando pego, siempre es en defensa propia.

En ese sentido, si te digo que yo no filtré el video, te hablo con total verdad. *Cross my heart...* ¿Te he contado que me encanta el ajedrez? Confieso que soy más de mirar que de jugar. Se aprende mucho. De hecho fue inspirada en la lógica del tablero como me animé a hacer algunos movimientos definitivos:

1) Esa misma noche otorgué una muy, muy, pero muy generosa cantidad de dinero a Noé

para darle al conserje (cuya identidad desconozco a la fecha) en agradecimiento por proporcionarnos aquel material audiovisual tan importante.

2) Indiqué a Noé que también obsequiara al conserje una tarjeta con un buen paquete de megas, y uno de esos teléfonos baratos que tiras sin pena y sin necesidad de registrar el número (vamos, lo hacen los narcotraficantes y hasta los estafadores que te amenazan por teléfono por el supuesto secuestro de un familiar cercano).

3) Sugerí que el conserje hiciera con ese video lo que le dictara su conciencia y compromiso con la institución que lo había tratado tan bien, y que se había visto tan afectada por una situación personal de dos empleados, y que era totalmente extralaboral (y, por favor, que se moviera rapidito, de preferencia aquella misma noche).

4) Que si decidía compartir dicho contenido con alguien más, lo hiciera desde el teléfono nuevo, del cual podía deshacerse a la mañana siguiente, pues con el dinero que le había dado podía comprarse uno muchísimo mejor.

5) Y también insinué que si aquel conserje alguna vez tenía un problema grave, importante, no dudara en contactar a Noé, para que le apoyáramos en lo que fuera que necesitara.

Sé que parecía una especie de maniobra a lo Vitto Corleone... O como de narcotraficante mexicano, pero juro que fue en defensa propia. Lore y yo estábamos siendo funadas en redes sociales por una situación en la que no tuvimos nada que ver, que era asunto de dos, tema absolutamente extralaboral, pero que nos dañaba personal, anímica, emocional y profesionalmente. Además de que atentaba contra nuestro honor y nuestro trabajo... Ni siquiera nos habían dado tiempo de seguir el proceso administrativo correspondiente, pues al día de interpuesta la denuncia de Mariana (¡apenas pasado un día!), las feministas pusieron nuestro nombre y reputación en la hoguera y nos incendiaron virtualmente mientras exigían justicia, desquitando sus propias frustraciones, pero en contra de nosotras. Atacaban y golpeaban, tiraban a matar buscando venganza no contra quien les hizo, sino contra quien les pagara. En este caso Lorena y yo, que no éramos machos opresores, sino mujeres.

Recuerdo lo que había dicho Estefanía en una de nuestras sesiones: *no hay peor enemigo de una mujer que otra mujer*. ¡Cuánta razón tenía! Las supuestas feministas ni siquiera se cercioraron de la causa que defendían. Sólo se tiraron al ataque sin detenerse a mirar que estaban aniquilando a otras mujeres: a Lorena y a mí. Dos mujeres que nos labramos la carrera a base de lucha y sacrificio. A la fecha no dejo de preguntarme a dónde se fue la causa feminista. ¿En qué momento las mujeres comenzaron a aniquilar a otras mujeres? Ese mismo día dejé de referirme a mí misma como tal. Ya no me auto adscribía como integrante del movimiento. Si esa cosa era el feminismo, definitivamente yo no era parte de eso. Yo buscaba la justicia, la verdad, la equidad,

la igualdad. Fuera por un hombre o por una mujer...

Y en medio de esa congoja, lo cierto también es que hacía mucho tiempo que no experimentaba una sensación de triunfo como la que saboreaba en aquel momento. La reputación de la *Universidad México Libre* se vio afectada, sí; pero cuando se supo el meollo del asunto, hasta las feministas echaron para atrás. La presidenta de la *Asociación de mujeres contra el acoso* se quedó calladita. No emitió ningún comentario. Al día siguiente en la Universidad hubo mucho rumor e inquietud, pero se fue bajando con el paso de los días. Y las feministas que había en la universidad, al igual que su lideresa, no dijeron ni pío. Bien decía el poeta griego Píndaro: *Muchas veces lo que se calla causa más impresión que lo que se dice.*

Patty: Amiguita, soy tu fan número cero... Porque fans número uno debes tener a montón.

Leí el mensaje de Whats de Patty y me boté de risa. Era casi de madrugada. Estábamos en mi casa. La que había adquirido recientemente (la que tiene cancha de pádel). Noé y yo habíamos pasado una noche deliciosa haciendo el amor, besándonos, abrazándonos. Él ya estaba dormido, pero yo seguía viendo los mensajes en redes sociales, regodeándome en la victoria (algún tipo de fijación con mi propio nombre, ve tú a saber).

Vicky: Gracias, amiguita. Exageras, pero gracias.

Patty: Se aproximan las vacaciones. Siento el olor a la cacería... ¿A dónde iremos esta vez? Tengo antojo de Medio Oriente... Un jeque, un sultán...

No pude contestarle. Me giré hacia Noé y en ese mismo instante reconocí que enfrentaba un gran problema. Tenía a un hombre maravilloso a mi lado: fiel, responsable, caballeroso, bueno en la cama, pero faltaba algo... Y lo cierto es que también sentía el llamado de la caza, como decía la Patty.

Chingada madre, pensé mientras velaba el sueño de mi apuesto ejemplar, digno representante de la belleza masculina mexicana.

Ni Whitney Houston

Resulta que luego del secuestro, bueno, del intento de secuestro de Amy Durand^[17], mi hermano Carlos aprovechó unas vacaciones de la Armada y se apersonó a mi oficina, muy decidido y sin cita previa, a imponerme a un guardaespaldas. Como oyes.

- Victoria, esto que pasó en la Universidad... Y lo que ocurrió con Amanda Durand... Mérida ya no es la de antes. No puedes andar así sola por las calles – dijo en tono adusto, seriamente preocupado.

Gaby recién le servía un Whisky en las rocas, su favorito. Ya estaba casada y adoraba a su marido, pero no dejaba de babear por mi hermano, al que prodigaba tremenda sonrisota cada vez que lo veía. No la culpo. Heredamos la belleza de mi mamá: altos, morenos, delgados, pero bien esculpidos. La verdad sea dicha.

- ¡Ay, Carlos! Peso si soy bien equis. Te pasas. Siempre estoy rodeada de gente... Además lo de Amy tuvo mucho de pasional... Y no, no es mi caso – insistí recordando el secuestro de mi colega, que estuvo relacionado con un ex muy ardido, y con la ambición por el dinero... Bien visto, quizás mi hermano no estuviera del todo equivocado.

- No, Victoria... Incluso si no tuvieras un tema “pasional” como el de Amanda Durand, estás en una condición muy frágil. El narcotráfico se extiende por todo el país a pasos agigantados. También en Yucatán. Ya hasta buchonas se encuentran en los conciertos, y lo sabes. Tienes que incrementar la seguridad de tu casa y tu propia seguridad. No puedes ir con tu BMW y tu chofer como si nada. Necesitas vigilancia veinticuatro horas al día. Puedes pagarlo, ¡Por favor! Eres millonaria – expuso y luego miró su celular – De hecho, ya está aquí.

- ¿Aquí? ¿Qué? ¿Quién? – pregunté como una boba al ver que se dirigía a la puerta para abrir.

Y en ese momento apareció el que quizás fuera el hombre más amenazante, misterioso y muy atractivo que hubiera conocido en la vida: altísimo, fuerte, macizo, moreno. Vestía de camiseta polo, la cual mostraba la maravilla de sus brazos y su cuerpo perfectamente trabajado. Ni qué decir de las piernas en esos jeans ajustados, y las botas que le hacían lucir tan sexy. Era de piel morena, cejas pobladas, ojos verdes; rasgos fuertes, pero armónicos; y una mandíbula cuadrada que le hacía parecer feroz y viril. Creo que babeé más que Gaby cuando miraba a mi hermano.

- Es el capitán Gerardo Lara, marino retirado; ahora tiene una agencia de seguridad, y vas a contratar sus servicios – ordenó mi hermano pequeño, al que no sólo le cambié los calzones, sino que lo mantuve durante su infancia y adolescencia. Y ahora el muy creído me venía a dar

órdenes... Claro que si me traía a ese espécimen masculino tan imponente, pues no podía molestarme, desde luego.

Así conocí a Gerardo, un hombre que transpiraba sensualidad y vigor a su paso... Casi me imaginaba a la Gaby desmayada de la impresión a las afueras de la oficina. Me reí para mis adentros cuando minutos después la vi entrando para ofrecerle un refresco al capitán, que lo aceptó amablemente. Y sí, la Gaby también le miró con su sonrisota coqueta... ¡Ay, las amigas! A veces nos hacen pasar tantas vergüenzas.

Mientras conversábamos, Gerardo me explicó que luego de cumplir el tiempo reglamentario de servicio se retiró con el grado de capitán, recién pasados los cuarenta y tantos años de edad. Yucateco, como nosotros, decidió volver a Mérida. Pero sabiéndose muy joven aún, no quería quedarse de ocioso en la casa, y puso una agencia de vigilancia y seguridad, pues en la Armada estaba en el área de inteligencia y protección. Y cuando Carlos decidió que yo necesitaba un guardaespaldas con experiencia y que fuera de confianza, aceptó la oferta. Admito que quedé muy impresionada cuando lo conocí. No sólo por su apariencia, sino por el historial que cargaba consigo, pues incluso me enseñó sus credenciales y cédulas para identificar la autenticidad de su trayectoria.

- Me gustaría escoltarla junto con mi asistente a una jornada normal de trabajo para hacerle un plan con base en su rutina. Y es necesario que conozcamos dónde vive, y dónde pasa más tiempo para instalar cámaras y alarmas, o verificar su idoneidad – apuntó con su tono de gendarme (como de regaño y mandato, el mismo que le quedaba a todos los militares, soldados, marinos, aviadores, incluido mi hermano); pero que a Gerardo se le oía tan sexy, con esa voz ronca e impositiva.

- Bueno... En los negocios y en la casa tengo seguridad privada y cámaras de vigilancia, pero con respecto a mí, pues sólo ando con mi chofer, más bien por comodidad. Para poder escribir mensajes y tomar llamadas, sin la distracción de manejar... Giro mucho por la ciudad... Y por el Estado. Bueno, por la Península... Y Veracruz... Y Tabasco – admití algo sonrojada al reflexionar sobre el alcance de mis empresas, y tener que decirlo en voz alta. Siempre he estado muy orgullosa de lo que he logrado a la fecha, pero frente a este hombre tan inmenso me sentí... Tímida.

- Al menos podemos revisar su casa, esta oficina, y acompañarla toda una semana para tomar notas y diseñar alguna estrategia – dijo y asentí.

- Me parece perfecto – añadió mi hermano cuando por fin acabamos la reunión –. La dejo en tus manos, Gerardo. Hay cuatro mujeres importantes en mi vida: mi esposa, mis dos hijas y mi hermana. Son todo lo que tengo. Casi no puedo pasar tiempo con Vicky por el trabajo, así que

te la encargo mucho. Ella es muy brillante, pero muy terca. No ha hecho todo esto de la nada por ser precisamente una perita en dulce, pero a veces olvida lo vulnerable que es ahora.

Se me llenó el corazón de ternura al escuchar a mi hermano referirse a mí de esa manera. Él, que siempre era tan parco, tan negado a hablar de sus sentimientos. Claro que ahora estaba casado y era padre de familia. El matrimonio lo había cambiado mucho. Y la chica con la que se casó lo amaba con locura. Era un hombre feliz. Y eso me hacía feliz a mí también. Se merecía la vida que tenía... Luego de las cosas que sufrimos. Estoy tan orgullosa de él.

- Pierde cuidado, bro. Vamos a protegerla – sentenció Gerardo y me sacó de mis cavilaciones.

- ¿Cuándo vas a cenar a la casa con las niñas y tu mujer? – pregunté a Carlos antes de despedirnos.

- ¿Mañana en la noche te viene bien?

- Siempre me viene bien recibirles en casa. Compraré el pay de piña que tanto les gusta a mis sobrinas. Y pediré la pasta boloñesa que le encanta a mi cuñada.

- Pues mañana a las siete – dijo y me abrazó.

Cuando salió de la oficina me quedé a solas con Gerardo. Durante algunos segundos nos miramos y guardamos silencio, pero lo interrumpí de inmediato para agendar una cita y empezar la misión.

- ¿Quiere comenzar hoy mismo? Esta es mi oficina principal, desde donde manejo todo; pero visito cada negocio, cada sede al menos una vez por semana. Y como mínimo cada mes salgo del estado para ver las empresas que tengo en la región – dije envalentonada, pero es que no me quedaba de otra. El pinche Carlos nos dejó solos, y tampoco tenía demasiado de qué conversar con Gerardo.

- Excelente – indicó con esa voz regia.

Apagué la computadora, tomé mi bolso y salimos. En ningún momento despegó de mí sus refulgentes ojos de jade. Carajo, que una se da cuenta de cuando la contempla un hombre. Y éste me estaba haciendo una radiografía, inspeccionando cada curva de *este cuerpo serrano*, como dicen los españoles. Salimos y me giré hacia Gaby:

- Amiguita, el señor Gerardo va a hacer un plan de vigilancia conmigo. Comenzamos hoy. Creo que ya no tengo citas. Te puedes ir temprano a casa – le dije cuando dejamos el despacho y pasamos junto a la recepción amplia y diáfana que había acondicionado para ella. Tenía un escritorio enorme, computadoras y equipo electrónico de la más alta tecnología, muebles cómodos, baño privado y hasta cocineta. Aparte de una zona de archivo donde

guardábamos documentos importantes.

- Gracias, Vicky. Termino con Chely unos detalles para presentarte la nueva adquisición y ya nos vamos – dijo señalando a su asistente, una chica joven y avispada que estaba al otro extremo de la recepción, y que también tenía tremendo escritorio. Sí, mi comadre y asistente tenía una secretaria para ella solita... Así de consentida la tenía. Pero lo cierto es que se requería de mucha ayuda para llevar tantos negocios. Y Chely, que era diligente y responsable, y ex recipiendaria de una de mis becas, pasó la prueba.

Lo más interesante de todo es que mientras me explicaba, la pinche Gaby no podía quitarle los ojos de encima al pedazo de hombre junto a mí... Y también la comprendía, pues yo no dejaba de pensar que iba a tener a un guardaespaldas, que ni Whitney Houston... Y eso que en la película, Kevin Costner estaba hecho todo un papacito.

Bajamos por el ascensor. En el camino me platicó un poco de su historia en la Marina, que conoció a mi hermano en una misión, y que ya estaba cansado de andar como gitano por toda la República, de sede en sede. Que extrañaba Mérida, y que sus hijos vivían aquí con su ex mujer, tema que obvio no pasé por alto... Y que me hizo sentir como una tremenda traidora, pues al instante pensé en el bueno de Noé, tan dedicado a mí, tan leal... ¡Pero no teníamos más que un acuerdo!... Y se estaba volviendo cada vez más extraño.

Se subió a la camioneta conmigo y mi chofer. Detrás de nosotros lo seguía su asistente en una Blazer roja muy bonita. En el trayecto, Gerardo y yo platicamos de manera general acerca de la ubicación de mis empresas, los negocios, y yo le conté varias cosas, aunque no demasiado. Siempre he sido muy cautelosa, aun cuando el sujeto viniera con la recomendación de mi hermano, y contara con todas las certificaciones. Soy desconfiada por naturaleza, qué se le hace. Pero fue una conversación muy profesional. No obstante, el tipo estaba avocado en diseñar un plan de protección adecuado a mis dinámicas. Y entre la conversación básicamente me dijo que era yo absolutamente secuestrable, como adelantó Carlos. Y enfatizó que, bien observaba por algún grupo de maleantes, cualquiera podría hacer un embuste a mi chofer y llevarme de rehén en dos patadas.

Llegamos a la casa. Noé me esperaba en la sala de estar mirando la tele, acompañado por mis dos perras Reina Elizabeth y Eva Perón; y mis gatas Margaret Thatcher, Coco Chanel y Cleopatra... Bueno, resulta que cuando Sultán y Faraón murieron ya de viejitos, atravesé por una especie de crisis de ansiedad, locura y soledad... No sé. El caso es que aquella misma semana, para honrar la vida de Sultán y Faraón (cuyas tumbas con memorial descansan en mi jardín), fui a un refugio de animales y rescaté a mis perritas mestizas y a mis gatitas. Sí: cien por ciento género femenino. Y bueno, las bauticé con el nombre de mujeres que admiraba por su valentía,

inteligencia, originalidad... Y porque se me dio la gana. Como resultado me hice de una nueva familia gatuna y canina. Y son la mejor compañía, por vida de Dios.

- ¡Vicky! – exclamó Noé sonriente, pero su cara cambió de inmediato al mirar al portento de hombre que entraba detrás de mí. Casi le saca los dientes y le ruge como león. Vaya, eso sí que era nuevo. Noé tan comedido, tan propio, tan macho deconstruido, demostraba que sí tenía testosterona.

- Hola, Noé – exclamé dejando la bolsa en un sofá, para luego saludar a mis perras que vinieron afanosas hacia mí.

Después saludé a mis gatas que, con toda parsimonia, aceptaron mis caricias hasta que vieron a Gerardo, todo un desconocido, y se fueron corriendo por el pasillo.

- Él es el capitán Gerardo Lara. Tiene una agencia de vigilancia y seguridad. Es amigo de mi hermano Carlos. Dice que debería yo tener una escolta... Él es Noé... Miiii... Mi pareja – dije agobiada sin pensarlo muy bien. No sabía cómo presentar a Noé sin que se ofendiera porque después de todo, digo, ya llevábamos casi un año en una relación de amistad, de compañerismo y de sexo exclusivo... ¿Cómo carajos se le dice a eso?

- Mucho gusto – respondió Noé cambiando la cara, aún más sonriente luego de mi declaración. Creo que acababa de darle algo que había estado pidiéndome en silencio y yo no sabía cómo abordar el tema... Y creo que también había metido la pata. *Chingada madre.*

- El gusto es mío. Si no les molesta, viene mi compañero y queremos mirar la periferia de la casa. Tiene seguridad instalada y guardias, sólo es para verificar que no haya zonas vulnerables. Pero con respecto a su rutina, su hermano tiene razón. Necesita al menos dos guardaespaldas. Uno por turno cada vez que salga de casa – insistió Gerardo.

- Es verdad... Lo de Amy Durand me dejó muy asustado. Me alegro de que Carlos te haya convencido – agregó Noé y depositó una mano sobre mi hombro, como marcando terreno frente al capitán, que captó de inmediato el mensaje. *Hombres.*

Y así comenzó mi nueva rutina de seguridad: con mediciones aquí y allá, refuerzos en las cámaras, y con un contrato súper exclusivo, un servicio carísimo y dos guardaespaldas designados por el mismísimo capitán García, que me seguían a todas horas. Y sé lo que estás pensando, querida Caro: que le puse el cuerno al bueno de Noé con el sexy *bodyguard*, pero no... Esa es otra historia.

La chica de la limpieza

- No sé cómo decirle – confesé con total sinceridad a Estefanía, en terapia.

- ¿Cuánto tiempo llevan saliendo juntos?

- Hará cosa de un año... Creo.

- Y me parece que es la relación más sólida que has tenido. ¿No? – preguntó con algo de inquina en su tono. ¿Qué me estaba tratando de decir?

- Bueno... En realidad... Después de Angello, y eso fue hace muchísimos años, sí – admití tragando saliva con dificultad. De nuevo miraba el cuadro del barquito flotando en un mar tranquilo, verde azulado.

- Vicky... Noé parece ser bueno para ti. Te ha dado cobijo y seguridad. ¿Por qué quieres dejarlo? – inquirió ya sin dar más rodeos. Era una psiquiatra que te daba su punto de vista. Cosa rara, entendí después, ya que los profesionales en el área suelen conducirte para que encuentres tus propias respuestas y resuelvas tus problemas por ti misma, sin que se atrevan a opinar de manera tan contundente como hacía Estefanía. Creo que por eso me cayó tan bien, y seguí en consulta con ella.

- La verdad... No sé... Es un hombre amable... Quizás hasta dócil. El sexo es bueno, aunque no tan frecuente como quisiera. Me atrae muchísimo, es maravilloso en verdad. No obstante, a veces somos más amigos que otra cosa, y luego me siento... Encerrada. Creo que no quiero una relación. No la verdad, no quería. Creo que en realidad, nunca la he querido.

- O al menos no la quieres con él – terminó por mí.

- Creo... Creo que no – susurré con remordimiento. Carajo, Noé era un hombre fantástico.

Guardamos unos minutos en silencio. La escuché tipear en su iPad y suspirar.

- ¿Te conté alguna vez de la científica?

- ¿La científica? – repetí, pero sabía que a continuación venía una de sus historias, y bueno. Era una especie de método socrático: preguntas, anécdotas, parábolas. Aprendí muchas cosas con Estefanía, la verdad.

- Sí, una gran científica. Extranjera, avecindada en Yucatán desde hace muchísimos años. Nunca quiso tener hijos. Estaba absolutamente dedicada a su carrera, y resulta que se casa con un colega del mismo centro de investigación (el hombre también era extranjero); pero él sí quería tener hijos. Y fue tanta la presión que le hizo, que ella aceptó. A los cuarenta y pocos años tuvo un embarazo geriátrico y algo complicado, pero el niño nació bien. No obstante, un par de años

después acabó divorciándose del marido. La cosa es que no sólo lo abandonó a él, sino también al hijo. Era un niño como de cinco años. Lo dejó en manos del esposo – relató.

- ¡Ay, qué bárbara! – exclamé incrédula: ¿una mujer abandonando el nido y al hijo?... Eso era insólito.

- ¿Tienes idea de por qué hizo algo así?

- Para empezar quisiera saber por qué aceptó tener un hijo con él, si no lo quería.

- Para no perderlo. Bueno, al menos eso dice él – contestó.

- ¿Cómo?... ¿El paciente era él? – pregunté espantada, pues creí que atendía a la científica. Nunca me imaginé que atendiera al... Abandonado.

- Sí, mi paciente fue él, y ahora el muchacho, que ya tiene unos quince años. Habla al menos cuatro idiomas, es bueno con las matemáticas... No soporta a su madre; y apenas se entiende con su padre. Un caso... Complicado.

- Pobre criatura... Gracias a Dios yo no tengo hijos – dije realmente aliviada. Me invadía el agobio sólo de imaginarme en una situación como aquélla.

- ¿Por qué, Vicky?

- Doctora, tengo cero sentimiento de maternidad. Creo que es una responsabilidad muy honorable, pero no desarrollé ese gen – añadí muy cierta y segura de lo que decía, pues era toda la verdad.

- Eso pensaba la científica de sí misma... Y aun así, tuvo a ese niño sólo para complacer al marido.

- Y pese a todo se divorciaron.

- De estar en su lugar... ¿Lo harías, Vicky? ¿Embarazarte para retener a un hombre? – cuestionó incisiva.

- ¡Pero claro que no! Además... Ya tengo más de cuarenta. Es peligroso e irresponsable. No lo haría ni por Henry Cavill, ¡Por Dios! – sentenció vehemente. Si ya digo yo que no tengo ni una vena de vocación maternal.

- Bueno, eso es importante Vicky... Y por allá va mi siguiente pregunta. No tienes que responder, pero piénsalo un poco. A los seis meses de separados o divorciados, el hombre, mi paciente, ya salía con otra mujer. Sin estudios, sin preparación... Cero de científica. Era más o menos de la misma edad, guapa y tenía una pequeña tienda de pasteles. Cero ambición, era feliz con su negocio y le iba bien, pero hasta allá. Si embargo, cuando la científica se enteró del asunto... Se sintió morir. ¿Te imaginas algo así?

Asimilé un momento sus palabras. Sabía lo que estaba planteándome: qué haría yo cuando viera que Noé encontraba refugio en los brazos de una mujer, y que aparte ésta no fuera precisamente como yo, que se buscara algo más doméstico, sin menos equipaje y que quizás fuera mucho más feliz a su lado que conmigo (ni siquiera me puse a pensar cómo se sentía Noé con nuestra propia relación)... No, no lo sabía, la verdad. No me lo había planteado.

- Mi paciente ya había medio armado un poco su vida. Compartían la custodia del niño, y se comunicaban mediante abogados. Cero interacción entre ellos. Ella lo odiaba, y él no tenía voluntad para pelearse con ella. Aparte, no tenían familia aquí en México. Se cargaron un divorcio digno de la *Guerra de los Roses*, ¿has visto la película? Es antigua, mírala: una pareja de esposos que terminan matándose uno a la otra... Literalmente.

- No haría algo así con Noé – aseguré, comprendiendo el dilema.

- Vicky, sé que no tendrías un hijo con él para retenerlo. Lo que no sé es cómo actuarías en cuanto vieras que te sustituye por otra. Créeme, lo hará. Y con cualquier cosa que tenga al alcance... Son hombres. Sólo te digo que si decides terminar la relación porque, aunque no lo digas con esas palabras, ya te aburriste de él, lo mejor es que se lo digas de una vez, y vires a ver hacia otro lado porque le romperás el corazón, y él encontrará consuelo en otros brazos. Y no, Vicky, no será en una científica internacionalmente conocida, o en una empresaria de tu nivel. Puede ser hasta con la chica de la limpieza. Y no será nada agradable para una mujer con tanto amor propio... Como tú.

La chica de la limpieza... Carajo... ¿Me acabe de decir ególatra?, me pregunté.

- Por otro lado, no soy quién para decirte cómo hacer tu vida, pero... Mientras mi paciente se estableció con una pareja y llevan una relación sólida, la científica, muy encumbrada y lo que quieras, sigue sola. Nadie la soporta... Y no culpo a los pobres tipos, alguna vez interactué con ella cuando vino por su hijo. Muy brillante, pero es odiosa. Y morirá sola, te lo juro – *vaya, hoy la loquera está parlanchina*, pensé mientras la escuchaba despotricar contra la científica... ¡Otro momento! ¿Me estaba diciendo que me iba a quedar sola como la pinche loca esa?

- Doctora, ¿cree que nunca tendré una pareja estable que me dure algunos años? – planteé en voz alta.

Emitió un suspiro, luego hubo un largo minuto de silencio, y yo me contuve de sentarme y mirarla.

- Vicky, por lo que hemos platicado desde que nos conocemos. Y visto lo visto, no quieres una pareja. O bueno, parece que no quieres a un hombre “dócil”, como describiste a Noé. Tal vez un día ocurra, pero justo ahora quieres aventura, romance, y hasta ahí. Porque cuando por fin llega a tu vida un hombre que viene a darte estabilidad, te aburres de él... Y es correcto.

Nadie puede decirte cómo vivir tu vida. Y también es comprensible este afán de encontrar a un hombre “supremo”, dada tu propia biografía. Ahora bien... De seguir así, dudo mucho que encuentres a tu hombre perfecto, y tu final feliz... Aunque tampoco creo que tal cosa exista. Eres tú quien debe decidir y afrontar las consecuencias (sean las que sean). Vicky, eres una mujer hecha y derecha. Ya no eres una chica pobre que se ganaba el pan de cada día haciendo de todo por unos pesos. Eres tú, y sólo tú quien decide cómo gobernar su propia vida.

No, ya no lo era una chica pobre e indefensa. Y, en efecto, siempre fui responsable de mis actos: aciertos o errores... Y no podía seguir con Noé... No merecía que lo llamaran dócil. Y no sé si estaba esperando a un hombre supremo... Pero sí buscaba alguien que se impusiera un poco más, que no fuera mi colega, mi socio. Noé era todo eso, un buen amigo, y un amante competente, pero el hecho es que no daba para más. Abandoné la consulta de la doctora sabiendo que aquello sería doloroso e incómodo. Para ambos; pero por justicia para él, debía cortar con el asunto de manera pronta e higiénica... *¿Y cómo chingados lo vas a hacer?*, me pregunté durante todo el camino a casa.

Nueva presa

Sí. Higiénica. Así fue la ruptura con Noé, que no fue fácil, pero resultó sensata y bastante cordial. Ocurrió como al mes en que hablé con Estefanía, y poco tiempo después de conocer al capitán. No es que fuera corriendo a refugiarme entre los brazos de Gerardo (al menos no de momento), pero su sola presencia me hizo reconocer que junto a Noé me sentía como... Adormilada. Y que si un hombre me estaba haciendo reaccionar de aquella manera tan primitiva y tan sexual estando comprometida con otro, al que consideraba más un amigo que otra cosa, algo ahí no estaba bien. Y definitivamente Noé era un hombre bueno que merecía una mujer digna de él. No una bandida como yo, con quien compartía cama y compañía, pero que no dejaba de fantasear secretamente con uno de mis guardaespaldas... Todo el tiempo. Nunca le fui infiel físicamente, pero sí con el pensamiento. Entenderás mi agonía.

Durante la plática, Noé siempre mantuvo ese carácter tan respetuoso y comedido que le distinguía. ¡Vamos! Que estaba abandonando al sujeto y nunca lo vi perder los papeles. Se puso triste, sí, pero se controló todo el tiempo. Recuerdo que hasta ofreció presentarme la renuncia por si me sentía incómoda trabajando a su lado. Por supuesto que no la acepté. A menos que él ya no quisiera seguir conmigo como jefa. Lo cual no ocurrió. Pues al final hacíamos un buen equipo. Él era genial como administrador de mi despacho. Tenía mucha agudeza para encontrar áreas de oportunidad, aunque no las lideraba con mi audacia, cierto es. Pero era estupendo reconociendo el objetivo. Claro que la cazadora era yo. Siempre lo había sido.

Pasamos un par de meses algo distantes, pero logramos conseguir una relación de camaradería y respeto. Me informaba de manera puntual sobre cómo iban las cosas en el despacho. A diario por correo electrónico, y semanalmente en persona. Nuestras reuniones ya no eran tan relajadas como antes, y de hecho siempre estábamos acompañados por Laura, Gaby y demás empleados, pero la comunicación fluía bien y el trabajo resultaba con óptimo resultado... Vaya, creo que fue mi primera relación madura... No hubo llanto, ni chantaje, como había ocurrido en mis relaciones pasadas. Bueno, con las dos más significativas, que había dejado atrás y con mucho esfuerzo. En el caso de Noé la incomodidad era, como mínimo, lo que podíamos esperar uno de otro pues básicamente nos habíamos visto desnudos, e hicimos casi de todo y seguíamos trabajando juntos. Costo menor. Ruptura higiénica.

- Es que no puedo creer que lo hayas dejado... ¡Es perfecto! – me regañó Laura después de una reunión de trabajo. Nos habíamos quedado Gaby, tu mamá y yo en la sala de juntas de mi oficina en *Balam Tower*. Como hacíamos con cierta frecuencia, nos bebíamos un par de cervezas para relajarnos antes de ir a casa.

- Sí, es buena persona... Pero algo aburrido para ti. Yo sí lo creo... Y no la culpo –

admitió Gaby achicando los ojos, pasando la vista de mí a Laura, que la observó interrogante. Casi pude escuchar los engranes de su cabeza trabajando a mil por hora.

- ¡Hay algo que no me están diciendo! – exclamó contundente. Ya te digo que a tu mamá no se le escapa una.

- No sé de qué están hablando – dije mientras tomé un trago de mi cerveza fría, que en ese momento me cayó como un rayo divino de luz. Hacía un calor terrible en la ciudad, y la mirada de lince de tu mamá me estaba poniendo muy nerviosa.

- No se ha atrevido a decirnos nada... Pero sé que hay algo más... Sé que hay alguien más – agregó Gaby y yo quise matarla.

- Y tiene que ver con la nueva rutina de andar escoltada todo el tiempo – dedujo Laura, inteligente como era.

- Están quedando loquitas – tercié dando otro sorbo a mi cerveza, que se estaba acabando más rápido de lo que deseaba.

- Uno de sus guardaespaldas... El más alto, varonil... Muy guapo – sentenció Laura, sonriente. Victoriosa por haber descubierto el secreto.

Gaby se limitó a devolverle la sonrisa y luego se giraron hacia mí con expresión maliciosa, pero interrogante y retadora.

- ¡Anda, confiesa! – ordenó Laura.

- No ha ocurrido nada – admití algo avergonzada.

Y era verdad. En mi cabeza me limitaba a tener fantasías eróticas con aquel semental mexicano. Dios, era tan sexy. Pero no había sucedido nada. Para empezar, lo veía menos de lo que me hubiera gustado. O quizás fuera lo mejor para mi propia salud mental. Como Gerardo era el director de su negocio, no eran muchas las ocasiones en que tomaba el lugar de guardaespaldas. Ocurría una vez por semana, quizás dos, pero no más. Dependía de la disposición de sus guardias, y de cómo los distribuía. Además, era un obsesivo como yo: le gustaba mantener cerca a sus clientes para asegurarse de que estaban bien protegidos, pero difícilmente pasaba la semana entera con uno.

- Gerardo Lara, capitán retirado de la Armada de México... Cuarenta y tantos, divorciado. Un par de hijos adolescentes. Yucateco como nosotras – soltó Gaby. Mi cabeza dio tres vueltas. ¡No le había dicho nada!... Siempre fue buena para los chismes. Debió trabajar en uno de esos shows de televisión donde sacan los trapos sucios de los artistas. ¡Cuánto talento desperdiciado!

- ¡Es mi guardaespaldas! – grité vencida, empuñando las manos.

Durante algunos segundos, mis amigas me miraron con los ojos muy abiertos, y luego se botaron a carcajadas.

- *And I... Will always... Love you* – corearon juntitas el éxito de Whitney Houston. Con ademanes y toda la cosa.

- ¡Babosas! – expuse y me tumbé de risa con ellas.

Nos quedamos así por un rato, hasta que conseguimos calmarnos y les conté la realidad: que Gerardo sólo era el protagonista de mis más apasionadas fantasías, pero que no habíamos cruzado la frontera laboral.

- ¿Tienes miedo de resultar lastimada, decepcionada o qué?... Desde los treinta años no hay hombre que te guste, y al que no te lances – apuntó Laura.

- Yo diría que teme a las dos cosas. El tipo es muy imponente – comentó Gaby, con gesto analítico.

- No... Es que... Necesito estar sola... Creo no he pasado un buen rato sin la compañía de un amante. Y no me refiero a lo ocasional, sino a lo...

- ¿Semifijo? – preguntó Gaby.

- Sí – admití. Lo cierto es que siempre tenía a alguien a tiempo parcial, escondido por ahí, al que no dejaba pasar a más, y que no salía de la penumbra. Noé había sido una gran excepción en muchos, muchísimos años.

- Mmm... Bueno, mientras te decides a quitarte la comezón con el *bodyguard*, te tengo una noticia que te va a encantar. Por ahora casi nadie lo sabe... Es un asunto comercial, pero hará que te entretengas un poco y te concentres en otra parte de tu cuerpo, en vez de en tu región sur – intervino Laura con tono burlón.

Muy intrigada, observé a mi amiga. Sus pupilas irradiaban un brillo especial. Me traía una presa... Tu mami era una cazadora como yo. Nunca he dejado de admirarla. Sé que siempre has pensado que es una cabrona... Y lo es, no voy a negarlo; pero en esta vida toca ser rapiña o depredador. La experiencia nos había enseñado que era mejor ser lo segundo si querías sobrevivir.

- Un nombre del pasado... – añadió con suavidad.

- Mjmmm – levanté la ceja y la miré con más interés.

- *Telesistemas del sureste* – reveló y sonrió de nuevo, con satisfacción.

- Miguel – dije su nombre evocando a mi demonio rubio de mis tiempos de universidad.

- ¿Miguel Arrigunaga?... ¿Tú ex? ¿El niño rico que tenía novia?... ¿Con el que perdiste la

virginidad?... ¿Al que ayudaste a pasar la licenciatura? – preguntó Gaby, de corridito, paladeando el sabor del chisme.

- Sí, Gaby *Chapoy*, el mismo – respondió Laura haciendo referencia al apellido de una muy conocida “periodista” mexicana, especialista del chisme y la farándula.

Me reí por la ocurrencia de mis amigas, pero no perdí el hilo. Continué manteniendo la atención en Laura, a quien no quité ojo de encima, y agregué nueva información:

- Bueno... Cuando se abrieron al mercado, creí que era una buena oportunidad. He comprado acciones en secreto. Tendré un veinticinco por ciento. Quizás treinta... Lo hice por la reputación de la empresa que, al menos en ese momento parecía sólida. Y porque conocía las nulas capacidades de Miguel, que tarde o temprano los llevaría a la ruina, lo cual los haría fácil de adquirir... ¿Qué pasa con el niño bonito? ¿Por fin arruinó a los Mendoza?

- ¡Bravo! ¡Esa es Victoria Balam! No dejas escapar una. ¡Me cae!... Y sí, amiga: es la hora de la venganza. Tal como vaticinaste, van a vender.

Admito que tu mamá me subió el ego con aquella alabanza. Mira que no era de las que te endulzan los oídos. Pero la nueva que traía consigo, sin duda era el aliciente que necesitaba para salir de ese bache de angustia por el hombre que podía tener, pero al que no quería; y por el hombre que quería, y al que no podía tener (o bueno, que no daba muestras de querer algo conmigo).

- Es una buena inversión... Tenemos tarea. Y una estrategia que elaborar – expuse.

- In deed – señaló con beneplácito mi querida Laura, amiga y apoderada legal, que se veía más que dispuesta para ir de cacería.

La mesa de Narcisa

- Luces diferente – señaló Estefanía al recibirme para consulta.

Y sí, ese día no llevaba el cabello suelto como era habitual, sino un recogido alto, y además portaba un traje sastre en color crema. No tenía problema con la ropa, pero el peinado sí lo odiaba. Aunque Gaby había insistido en que daría buena impresión para mi reunión de ese día con los abogados de la compañía que estaba por adquirir. Además a Gaby le había dado por tomar un curso para cosmetóloga y estilista, e insistió en practicar conmigo. Y bueno, me dejé.

- La verdad no me encanta el nuevo look – le dije luego de recostarme sobre el diván.

- Pues no te queda mal. ¿Por qué no te gusta? – preguntó como si estuviéramos en una conversación de lo más normal. Como si fuéramos dos buenas amigas. Claro que luego de tantos años de terapia, creo que algún vínculo habríamos formado (pero yo no conocía gran cosa de su vida).

- Me parezco a la madrastra de Cenicienta – declaré lo que llevaba rato pensando, pero que no quise revelar a Gaby. Estaba muy entusiasmada con su creación.

- Jajajajajajaja – rompió a reír Estefanía. Creo que era la primera vez que escuchaba su carcajada, que fue bastante estridente, por cierto.

- ¡Es verdad! – refuté.

- Bueno, la madrastra de Cenicienta era una señora guapa y elegante – trato de componer la situación, acompasando su risa.

- Ajá, muy guapa, elegante, refinada y le gustan los gatos... ¡Pero no deja de ser la madrastra de Cenicienta! – declaré y también me reí. Es que así era.

- Bueno... Tú no eres la madrastra de Cenicienta.

- Pero creo que esta vez sí soy una villana – sentenció para ir al punto que me llevó a su oficina en aquella ocasión.

- ¿Por qué lo dices?

- Estoy por adquirir la empresa de un antiguo adversario.

- ¿Un rival en los negocios? – preguntó con ese tono curioso que ya le identificaba.

- Más bien por un tema sentimental... Es la empresa de Miguel, mi primer... Amor – dije con bastante cuidado. No era capaz de emitir la palabra, pero lo cierto es que Miguel fue más que un revolcón o un mero romance. Estuve enamorada de él. No importa lo breve que fuera nuestra relación física, sentimental. Desde mucho antes de intimar me sentía muy atraída por él.

- ¿Aquel chico que tenía novia cuando se relacionó contigo? – preguntó y casi pude mirar su gesto a mis espaldas, achicando los ojos, disfrutando el chisme. Que no me venga con cuentos, que luego de tanto tiempo sé que disfruta enterarse de las tragedias de los demás. Muy profesional y confidencial, pero le encanta.

- El mismo – indiqué en tono serio.

- A ver si alcanzo a adivinar: ¿está vendiendo su empresa porque está al borde de la bancarrota? Dudo mucho que la vendiera porque se fuera a jubilar, o porque ya se fastidió del negocio... Además tu *modus operandi* es así: compras empresas de gente que se va a retirar, o negocios a punto de la quiebra. Y dependiendo de la situación inviertes y rescatas el negocio; o lo fraccionas y lo vendes por pedacitos – sintetizó.

Y dio en el clavo. Era una lección elemental en el contexto mercantil. Si una empresa está en su máximo potencial, los dueños buscan la fusión con otro pez gordo, o refrendan su supremacía adquiriendo a otros peces pequeños para extenderse y garantizar su consolidación. *Telesistemas del Sureste* dejó de ser un pez grande hacía muchos años.

- Está en la quiebra, no al borde. Y lo voy a comprar porque he tenido la oportunidad – callé. No era capaz de verbalizarlo. Sabía los motivos adicionales porque adquiriría la empresa, pero no podía decirlo. Sentía algo de culpa al hacerlo.

- ¿Por qué más, Vicky? – preguntó incisiva mi terapeuta.

Tomé aire, parpadeé varias veces. Al menos ahí me podía permitir ser sincera y decir en voz alta lo que Gaby y Laura sabían, pero que no podía admitir.

- Bueno, sobre todo es por la oportunidad económica que significa, pero... – dudé.

- Tienen asuntos pendientes... En particular con respecto a la manera en que Miguel te despreció y cómo pisoteó tu corazón.

Un nuevo suspiro. Algunos segundos de silencio recordando ese pasaje tan amargo de mi vida. Me estremezco al evocar sus besos, sus caricias, su intensidad al hacerme el amor... Y el duro golpe al caer de mi nube y morder el polvo al chocar contra la realidad.

- Sí – reconocí enfáticamente.

- ¿Y cómo te sientes al respecto?

- La verdad es que no lo sé... No es una compra-venta como las que hago siempre. Especial porque no creo poder conservarla intacta. Las finanzas de la empresa se encuentran tan mal que seguramente me veré en la necesidad de dividirla y venderla en partes, a diferencia de los otros negocios que he rescatado y fortalecido. Como ocurrió con la panadería, las lavanderías, los *car wash*. Y sé que al fragmentar la empresa muchas personas perderán sus

empleos, pero... – comenté con total sinceridad, y no pude continuar la argumentación. No sabía cómo sentirme. Tenía demasiadas emociones alrededor: sed de venganza, satisfacción por aprovechar una oportunidad empresarial única, culpa por saber que iba a vender la compañía en pedacitos; expectación por volverlo a ver en persona.

- ¿Te place, Victoria? ¿Sientes placer con esta negociación?

Guardé silencio. No era capaz de responder con un monosílabo positivo o negativo. Por supuesto que me causaba placer pues era una nueva negociación en la que yo ganaba, y sí, también era mi oportunidad de cobrar venganza por una vieja herida que había sanado, pero que dejó cicatriz, y allá seguía... Pero también sentía remordimiento. Era una empresa de gran arraigo en la región. Tenía demasiados empleados y generaciones de familias habían trabajado el servicio de los Mendoza. Y ahí iba yo con todo este poderío que había acumulado con el paso de los años, lista para desmantelarla y destruirla. Ese día no sólo llevaba el peinado de la mamá de Cenicienta, sino que también me sentía como toda una villana de leyenda, y de las más crueles.

- Creo que te sientes muy confusa al respecto por lo involucrada que estás emocionalmente. Digo, no es cualquier trato de rutina en el que compras o vendes por un acuerdo mercantil impersonal, sino que implica al primer gran amor de tu vida y al hombre que, después de tu padre, más daño te ha causado. Toda esta desconfianza que sientes hacia los hombres también se debe a lo que viviste con Miguel. Como hemos venido trabajando, tomaste decisiones, y él también. Aquí no buscamos culpables, sino comprender las circunstancias y cómo gestionarlas del modo más adecuado. Sin embargo, la decepción que experimentaste con él te condicionó muchísimo con respecto a tus siguientes relaciones... Mención aparte del odio recalcitrante de la empresa hacia ti. No creas que no me he fijado en la prensa. Cada vez que ocurre algo en torno a alguno de tus negocios, *Telesistemas del Sureste* es particularmente crítico contigo. Tú misma has comentado alguna vez que piensas que detrás de esas editoriales que te atacan con tanto odio puede haber algún tema personal. ¿No es así? – resume de manera consistente algunas de las ideas centrales que he articulado a lo largo de todos estos años en nuestras sesiones.

Es verdad, en cada ocasión que se podía, sobre todo cuando ocurrió el asunto por la denuncia de hostigamiento sexual en la *Universidad México Libre*, de entre todos los medios, *Telesistemas de Sureste* fue quien más duro me pegó. Algo así como el periodista James Jameson contra el *Hombre Araña*. Me tiraban porque sí o porque no. Por cualquier cosa y a diario... Pero ahora podía adquirirlos y desquitarme de Miguel, de la maldita empresa que había difamado tanto mi buen nombre, maniobra detrás de la cual sospechaba se encontraba Andrea, la esposa de Miguel. Me causaba especial beneplácito vengarme de la tipa esa porque, en efecto, siempre sospeché que más que por parte de Miguel, aquel encono, aquel ataque mediático contra mi

persona provenía de la mujer que, de alguna forma, se habría enterado de quién era yo y de lo que había vivido junto su amado esposo, al que tuve que dar esquinazo para que dejara de buscarme. Paranoia o intuición, no lo sé; pero era demasiado sospechoso para ser mera coincidencia. Debajo de tanta animadversión periodística tenía que haber algo más.

Recuerdo que alguna vez, hace muchísimos años, coincidí con Andrea en una reunión. Una fiesta para recaudación de fondos. Ya me había hecho de la panificadora *El renacer del Balam*, y tenía varias sucursales; pero ni por asomo era la mujer de negocios que soy ahora. Fue hace muchos años, pero recuerdo que durante toda la fiesta no dejaba de mirarme con desdén, levantando la ceja, sintiéndose superior a mí, como si fuera una puta reina y todos tuviéramos que rendirle pleitesía; lo cual no hice, por supuesto. Me puse tan altiva como ella y le planté cara. ¡Faltaba más! Aparte, no me iba yo a andar con complejos. Ya bastante desprecio había pasado en la vida por ser pobre y por mi apellido indígena del cual estoy por demás orgullosa, como para sentirme inferior por una vieja ignorante y superficial.

Además, estaba yo muy bien vestida, elegante y guapa. Gaby y Laura iban conmigo, y también estaban arregladas y elegantes. Estábamos muy a tono con la fiesta. Sin embargo, durante toda la noche sentí sobre mí la mirada incisiva de Andrea, que se giraba hacia sus amigas (millonarias como ella), quienes también volteaban a verme y se reían con complicidad con cada uno de sus comentarios. Por supuesto que se estaba burlando de mí. No soy estúpida, ni sorda. Claro que las escuché:

- ¡Ay! Pero si es tan poquita cosa – dijo una.

- ¿Cómo fue que la invitaron a este evento? Nada que ver con nosotros. Es una insignificante. ¿Cómo se apellida?... ¿Balam? ¡Pobre india patarrajada! – añadió otra.

- ¡Mírala! Toda corriente. Le falta clase...

- Negrita, indígena... Poquita cosa... Vulgar.

- No importa lo cara que sea su ropa. Trae vestido de diseñador, pero no le va. Le queda fatal. Bien dicen que aunque la mona se vista de seda, mona se queda...

Y luego las risas estridentes con los ojos puestos sobre mí... Y, claro, el gesto de indignación de mis amigas, que también oyeron, y que amenazaban con levantarse para caerles a palos a esas pinches urracas, que vivían a expensas de sus padres o sus maridos. No se habían ganado el pan por sí mismas. Gozaban de aquel prestigio social y situación económica por herencia o matrimonio... A diferencia de mí.

Por supuesto que no hice nada, y logré calmar a mis amigas, que estaban puestísimas para la guerra encarnizada, pero no nos íbamos a rebajar a su nivel. Y no me iba a igualar a una

esposa resentida y cornuda a la que le habían comprado el marido. Me quedaba claro que Miguel estaba con ella por interés económico, y ella misma lo sabía. Así que me limité a dejar la fiesta con mis amigas, tan pronto como pudimos. Lo cierto es que fuimos por mero compromiso... Al día siguiente, el periódico de su empresa publicó las fotografías del evento. Salí en dos o tres; pero en todas me veía fatal. Horrible, como muñeca de cera a punto de derretirse: con la boca abierta, con los ojos cerrados, o haciendo muecas. En todas las fotos, sin excepción, me veía yo mal. Y por si fuera poco, al pie de foto también escribieron mal mi apellido; y sé que fue a propósito: Victoria Valam. Con /v/, no con /b/. Sobra decir que estaba yo furiosa, pero que decidí dejarlo pasar porque literalmente tenía negocios más importantes que atender.

- Absolutamente, doctora. También hay un tema personal – respondí volviendo a la realidad, al presente en la acogedora oficina de Estefanía. Concentré los ojos en el barquito del cuadro frente al diván, mientras reflexionaba y guardaba silencio.

Estefanía tampoco dijo nada, pero escuché los trazos de su pluma sobre la libreta. Siempre tomaba apuntes durante nuestras sesiones. Bueno, al menos eso es lo que he creído. Igual hacía garabatos o solucionaba una sopa de letras; no tengo idea, pero de que deslizaba la tinta sobre el papel, lo hacía (cuando no utilizaba su tableta).

- ¿Te puedo contar una historia? Creo que nos puede arrojar un poco de perspectiva para estructurar todos estos sentimientos que estás experimentando.

Y así se anunciaba otra de sus enseñanzas anecdóticas. Y luego vendrían sus cuestionamientos para llegar a algún tipo de resolución, al menos provisional. Era como una especie de estudio de caso combinado con el método socrático para procurar la reflexión a través de las preguntas.

- Por supuesto – contesté preparándome para escuchar un nuevo chisme.

- Esta es una historia personal. Bueno, algo que decía mi mamá. La historia tiene hasta título. En la familia la llamamos “la mesa de Narcisa”.

- Ajá – señalé intrigada. El asunto prometía ser peculiar.

- Cuando éramos niños y nos ponía a limpiar la casa, mamá siempre usaba la expresión. Decía algo así: “quiero que todo esté limpiecito y ordenadito. Sobre todo la mesa. Quiero mi mesa limpia. Nada de la mesa de Narcisa”.

- ¿Y quién era Narcisa? – pregunté con curiosidad. Capaz que era alguna celebridad local y yo no la conocía. ¡No podía permitirme vivir en semejante ignorancia!

- Una enfermera que vivía por la casa. Cuando alguien del fraccionamiento estaba enfermo y necesitaba una inyección, iba a casa de Narcisa para que le aplicara el medicamento...

Y era una mujer muy limpia y metódica; higiénica, pero... Jajajajaja.

De nuevo su risa. Lleva dos al hilo. O andaba de muy buen humor, o se la cogieron bien la noche anterior. Lo cual definitivamente tiene que ver con el buen humor. ¡Si sabré lo que una buena cogida hace por el carácter! Y últimamente yo no tenía nada de nada. Luego de Noé, no había intimado con nadie. Y no hacía otra cosa que suspirar en secreto por mi guardaespaldas; o por Erick, el chico que contraté meses atrás, pero que era demasiado joven para mí. Así que me limitaba a contemplarlo de lejos y en silencio, sin atreverme a tocarlo siquiera.

- ¿Y a qué se debe la risa? – pregunté reagrupando mis pensamientos, concentrándome en la anécdota de la doctora. Digo, no estaba ahí para pensar en sexo o en la falta de... Que ese era otro gran problema, pero podía esperar. Ahora andaba muy enrollada con el tema de la adquisición.

- Perdón, es que recordaba... La casa de Narcisa estaba siempre limpia y ordenada. En serio, pero... Su mesa era un desastre. Era una mesa grande ubicada en el comedor, y en la que no comía nadie, pero que estaba atiborrada de todo: notas de compra, plumas, libretas viejas, libros, fotografías, medicamentos, vendas, dinero, publicidad impresa, y hasta maquillaje. Narcisa no tiraba nada... El caso es que cuando sus hijos comenzaban a arreglar la casa, Narcisa los dejaba hacer, pero gritaba neurótica que nadie tocara su mesa bajo pena de muerte. Su argumento era que la mesa estaba en perfecto orden, y que ella sabía cómo y dónde encontrar lo que necesitaba. Todo estaba ahí en la mesa... Y así era, te lo juro. ¿El recibo de la luz? Corría a su mesa, hurgaba alrededor trasteando aquí y allá, y lo encontraba. ¿Jeringas nuevas, medicinas, comprobante fiscal y hasta el gato? Todo, cualquier cosa, lo que fuera, estaba en la mesa de Narcisa... Era una montaña con lo que pudieras imaginarte. Cualquier cosa... ¡La entropía! Pero ella sabía dónde buscar... ¿Entiendes lo que te quiero decir? – pregunta luego de su larga disertación.

Vuelvo a suspirar y me tomo unos segundos reflexionando sobre lo que parece ser una especie de analogía.

- Me hago una idea, pero si me das una pista me ayudas mucho, la verdad. Hoy no me siento precisamente brillante...

- Victoria, ahora mismo tu mente y tu corazón se encuentran como la mesa de Narcisa: aparentemente todo es caos, pero en realidad hay un orden que tú, y nadie más que tú puede comprender – dictamina.

- Pues...

- Dime algo: ¿si tú no adquieres la compañía, indistintamente de tus motivaciones (sean las que sean), crees que haya otro empresario que los absorbiera? – indaga e inicia con su método

socrático de preguntas y respuestas.

- Sí, definitivamente. Hay varios interesados en comprar *Telesistemas del Sureste*. No soy la única – respondo sin titubear.

- ¿Consideras que es una buena inversión económica?

- Totalmente.

- ¿Hay alguna maniobra ilegal en la negociación? – indagó en tono neutro.

- ¡Por supuesto que no! – exclamé. Jamás había hecho nada por debajo de la ley. Siempre me aconsejaba y acompañaba por los abogados, especialmente por tu mamá, que además de ser toda una profesional, es una persona íntegra y absolutamente confiable.

- De acuerdo... ¿Consideras posible rescatar la empresa en su forma actual en vez de seccionarla y venderla en partes?

Había analizado esa posibilidad una y otra vez con Noé, los contadores y economistas más especializados, incluido Erick, que tenía muy buenas ideas y muy innovadoras; pero nadie encontraba mejor estrategia.

- No, la verdad no lo creo. Invertir en ella conservando su estado original es desperdiciar dinero. El único modo de recuperar la inversión es seccionando – señalé. Recuerdo que en la reunión tanto Erick como Noé confirmaron este argumento.

- ¿Crees que se pudieran conservar los trabajos de todos esos empleados si *Telesistemas del Sureste* no saliera a la venta?

- No, la empresa está quebrada. Ni Mandrake, el mago, podría resolver semejante embrollo – sentencié. Había hecho cálculos durante horas con Noé y Laura. Gaby nos sirvió litros de café en aquellos días. Por más que nos quebramos la cabeza, no encontramos manera de rescatar a la compañía.

- Ok, brincando esa parte... Responde con libertad, Vicky: además de la oportunidad económica que encuentras con esta adquisición... También lo haces por venganza. ¿No es cierto?

Otro suspiro. Otro momento de reflexión. Mil imágenes se agolpan en mi cabeza: los besos de Miguel, el calor de su cuerpo, las noches a su lado, sus sonrisas, las horas en la biblioteca ayudándole a estudiar... La mirada de desprecio de Andrea, los titulares de prensa, uno más agresivo que el anterior.

- La verdad es que también me mueve mucho poder desquitarme de todo... De Miguel, de la esposa, de los pendejos que escribieron tantas cosas horribles sobre mí... Sí, doctora. Hay

un tema económico indiscutible, pero existe igualmente una motivación personal – verbalicé.

- ¿Crees que cerrarás un ciclo si logras cobrar venganza? Yo no soy quién para juzgarte. Comprendo perfectamente tu situación, pero es importante que estés segura de este paso. Y no me refiero a tu decisión como empresaria, sino por tu tranquilidad, por tu alma – dice con mucho cuidado, y siento el afecto en el tono de sus palabras y su explicación.

- No sé si cerraré un ciclo, pero hablando con la verdad, y nada más que la verdad, lo voy a disfrutar muchísimo – me sinceré. Y creo que hasta sonreí.

- Vicky, insisto en que yo no soy quién para decirte qué hacer o cómo actuar. Eres una mujer hecha y derecha, y una empresaria de gran experiencia y poder. Haz lo que tengas que hacer obedeciendo a tus propios intereses... Sé que esto de dejar a tantas familias sin trabajo es una decisión difícil, pero como has podido darte cuenta por ti misma, se sale de tu control. No es tu culpa, así que no la sientas. Continúa las negociaciones apegándote a la legalidad... Y te dejo una frase muy bonita de ese filósofo español, José Ortega y Gasset: “soy yo y mis circunstancias”. No hay nada más cierto, Vicky. Las personas no son buenas o malas... No hay blancos o negros. Actuamos con base en lo que nos toca vivir.

Como siempre, como cada vez que dejaba su oficina, me quedé reflexionando sobre sus palabras. Sólo que en esta ocasión, a diferencia de lo habitual, no me subí a mi auto y manejé por mí misma; tampoco me dejé llevar por mi chofer de siempre, sino que al salir de la consulta, me topé con la mirada intensa de Gerardo que me observaba con sus ojos de jade, y su sonrisa perfecta, ladeada y sexy. Había cambiado de turno con el guardia anterior mientras hablaba yo con Estefanía. Me llevé una gran sorpresa al encontrarlo de pie, concentrado en mí, tan varonil, impositivo y apuesto en grado superlativo en comparación con los hombres con que últimamente me había relacionado. Incluido el pobre Noé que era muy guapo y elegante, pero que no desprendía ese aire dominante que exudaba Gerardo, y que me estaba haciendo flaquear.

No te hagas la mensa. Perfectamente sabes que te lo vas a coger. Sólo es cuestión de tiempo... Sí pues, me dije a mí misma luego de tomar su mano, que me ofreció caballerosamente para ayudarme a abordar la camioneta.

La revancha

No fue precisamente fácil. Competí con algunos tiburones ansiosos por devorar al pececito en que se había convertido *Telesistemas del sureste*; pero al final ofrecí la mejor puja. En cosa de dos o tres meses, los teníamos rodeados por todas partes; pero para armar la estrategia lideré a un equipo fuerte y especializado en el que se encontraban Laura y sus compañeros abogados; y, por supuesto, Noé y nuestros mejores contables, entre los que incluí a Erick^[18], un economista muy prometedor, recién graduado de la Universidad Nacional de México que resultó un verdadero as de las finanzas. Buen chico, y muy guapo, pero eso no es lo importante, sino que cerraba yo el 2022 con una victoria contundente, coronada con la adquisición de la cereza del pastel, la perla más sagrada de Mendoza y asociados.

Lo que no fue nada sencillo, ni cómodo, fue la firma del contrato. Lo haríamos en las instalaciones de *Balam Tower*, que para entonces ya era una oficina formalmente establecida (y descomunal, ciertamente) que fungía como centro de control de *Grupo Balam*, y el cual contaba con áreas diversas, en las cuales se encontraba la sala de juntas más grande de todos mis negocios. Si quería presumir de mi gloria frente al pobre diablo de Miguel Arrigunaga (y vaya que quería) tenía que lucirme y restregarle en la cara la grandeza de mi triunfo.

Sé que cualquiera pensaría que luego de tantos años el asunto estaría zanjado, y que dado mi nuevo nivel debería olvidar el pasado y a otra cosa mariposa, pero no. Aunque ya no sentía nada por él, mi orgullo resultó muy lastimado luego de nuestra relación, y admito que aún le guardaba rencor. Al final prefirió irse con la rica, a pesar de lo que sentíamos uno por el otro. Era momento de resarcir mi dolor. La propia Estefanía me ayudó, en terapia, a ratificar mi decisión. Es verdad que lo hacía por negocios, pero también por los asuntos pendientes que nos competían a los dos... Y por desquitarme de la pinche vieja bruja de su esposa, que no volvería a mirarme por encima de su hombro.

Ese día me puse mi mejor armadura, mi atuendo para matar: vestido negro, sin magas, ajustado hasta las rodillas y que me permitía presumir la curvatura de mis piernas largas (recuerda que no soy nada modesta); escote medio que dejaba ver el inicio de mis senos, tacones de infarto; maquillaje neutro y labios rosa; cabello suelto (negro, lacio, largo hasta los omóplatos; por algo Angello decía que le recordaba a Pocahontas). Me miré al espejo y me gustó lo que vi. Claro que ya no era una muchacha, pero a mis cuarenta y varios lucía yo muy bien. Tanto que al salir de casa noté la mirada contemplativa de Gerardo, quien no pudo evitar observarme de arriba abajo. Y yo disimulé lo mejor que pude por la satisfacción que me causaba semejante gesto.

Es que si no te lo haz comido es porque eres una masoquista. Te mueres de ganas, y él no

te va a decir que no. Júralo, pensé mientras me dejaba conducir rumbo a *Balam Tower*, donde nos encontraríamos con los Mendoza para la firma, y en donde ya me esperaban Laura y sus abogados; Noé, un par de contables y Erick, en quien últimamente me fijaba más de la cuenta pues aparte de ser inteligente, tenía ideas frescas, vanguardistas; y era demasiado guapo como para ignorarle... Claro, todos los invitados serían celosamente atendidos por Gaby, que había contratado hasta un servicio de catering para la ocasión.

- Vicky, no cualquier día te reencuentras con tu ex y con la odiosa arpía de su mujer. Los tienes agarrados por los huevos. ¡Disfruta del momento! Lúcete, presume. Restriégales en la cara quién manda ahora. Y esa eres tú, Victoria. ¡Tú! – me aconsejó días antes de la reunión cuando por firmaríamos la documentación que me haría dueña absoluta de *Telesistemas del Sureste*.

Llegué media hora antes de lo acordado. Quería cerciorarme de que todo iba de acuerdo con el plan. La sala de juntas lucía impecable, amplia y elegante; en el medio se apreciaba una larga mesa oval, de madera oscura, en cuya punta me sentaba siempre para presidir las reuniones. Sillones mullidos, cómodos y caros. También nos rodeaba una gran panorámica de la ciudad que podía apreciarse a través de las paredes de vidrio templado. En la pared de enfrente se ubicaba una pantalla electrónica enorme para proyectar las presentaciones (y en esos casos corríamos las persianas para desviar la luz exterior).

Volví a mi oficina y me dirigí a la ventana. Permanecí de pie en silencio por algunos instantes, contemplando la ciudad tratando de organizar mis pensamientos, mis emociones. Estaba muy nerviosa, no podía negarlo. Hacía décadas que no veía a Miguel, y ahora volveríamos a encontrarnos, pero la balanza estaba por mucho, muchísimo, a mi favor. Sé, por las imágenes que circulaban en redes sociales, que seguía siendo un portento de hombre, aunque contará algunas arrugas aquí y un par de canas por allá. Y quizás era la emoción del reencuentro lo hacía que el cuerpo entero me temblara como sismo 9 en escala Richter. No sé lo que era, pero la ansiedad me recorría de la cabeza a los pies.

- Licenciada Balam – escuché la voz grave y me giré a verle.

Se trataba de Erick. Alto, delgado, pero tonificado natural; de piel morena/clara, ojos negros, grandes, bonitos. Tenía cierta semejanza con ese cantante, Carlos Rivera. Era guapísimo. Tendría poco más de veinticinco años, y había sido beneficiario de uno de los proyectos de Ancestral-Lab y McAllister, en los cuales apoyé con financiamiento. Cada vez que lo miraba era como ver el fruto prohibido. No sólo porque fuera mi empleado, sino porque era unos veinte años menor que yo... Y eso era muchísima diferencia. Pero tampoco soy de palo, y el chico me observaba con detenimiento y admiración, ¡siempre! Sobre todo cuando daba yo una orden, o explicaba un procedimiento. ¡Dios! Es que era como tener enfrente un delicioso pedazo de pastel

y estar a dieta.

- Hola, Erick. ¿Qué pasa? – inquirí poniendo mi mejor expresión inescrutable, para que no pudiera leer todas las cochinadas que me pasaban por la mente, y que me moría de ganas por hacerle... A él y a Gerardo, mi guardaespaldas. Definitivamente esos meses de abstinencia me estaban pasando la factura.

- Ya llegaron los Mendoza, con sus abogados – comentó sin despegar sus brillantes ojos negros de mí. Y aunque intentó disimular, me echó la misma mirada apreciativa que Gerardo me dedicó horas atrás.

- Claro, claro. Ya voy – comenté dirigiéndome al escritorio para tomar mi celular.

- ¿Le puedo decir algo? – preguntó cuando estábamos cerca de la salida.

- Sí, por supuesto – respondí frunciendo el ceño con extrañeza.

- Está usted guapísima. Siempre lo está. Pero hoy en particular luce fantástica – dijo y miré cómo enrojeció por la vergüenza.

¡Dios mío! ¿Por qué me haces esto ahora que estoy en un momento de contemplación, meditación, introyección y de reflexión... Y luego Gerardo, hecho todo un papacito, tan comestible y bueno para el cuerpo... ¿Por qué a mí? ¿Por qué?, me pregunté en silencio antes de agradecer las palabras de ese chico, que era toda una ternura y que se veía tremendamente apetecible con esos jeans ajustados y su camisa roja, como el color del vino tinto. Y no sé, pero imaginaba que justo aquél sería el sabor de sus besos.

Dejamos el despacho, nos conducimos por la recepción, en donde me esperaba Laura con tremenda sonrisa. Carajo, parecía que quien iba a cobrar venganza era ella. Estaba majestuosa con su traje sastre en azul marino, pero se veía radiante como el sol de medio día. Guapísima, elegante, altiva, y triunfal.

- Amiga, si pudiera describirte ahora mismo te diría que luces como el Coyote a punto de devorar al pobre Correcaminos – le dije sonriente refiriéndome a la legendaria caricatura de *Warner Bros*, mientras me acercaba para saludarla.

- Jajajajajajaja... ¡Ay! ¿Para qué negarlo? Vicky, creo que estoy disfrutando esto igual o más que tú – respondió con desparpajo, casi con cinismo.

- ¿Y eso? – inquirí. O sea, jamás en la vida dudé de la solidaridad de tu madre, pero si le hubieras visto la cara de satisfacción (más bien de sádica), me entenderías. Ella sí que lucía como villana de Disney.

- Verás, ese güey siempre me cayó como el culo. Perdón por insultar, sabes que difícilmente lo hago, pero es la verdad... Miguel Arrigunaga era un niño rico que tenía todo para

triunfar en la vida. Privilegios con los que tú y no nos atrevimos a soñar jamás. Tuvo la oportunidad de potenciar el despacho contable de su papá, e incluso de liderar a *Telesistemas del Sureste* para llevarlo a un nivel superior. Pero no, en cambio se limitó a darle en la madre a todo a causa de su incapacidad y su desinterés. Como dicen los españoles, amiga: ¡Que le den! Y más gusto me causa que seas tú quien vaya a impartir justicia en este mundo tan desigual. Y además te lo jodes por pendejo. Por irse con esa güera desalmada en vez de elegirte a ti – sentenció y confieso que su letanía me llegó al alma. Sentí que cada afirmación de su relato era totalmente consistente y válido.

- Tienes toda la razón, amiguita. Toda, absolutamente toda – coincidí determinante.

- Perfecto, entonces vamos a patear culos – añadió sonriente e invitadora.

- Una vez más – concluí y nos dirigimos a la sala de reuniones.

Tomé un poco de aire antes de entrar, luego de que Erick abriera la puerta. Levanté la cara y puse mi mejor sonrisa de triunfadora. Entré a la habitación y extendí la mano para saludar a todos. Primero a Noé, a quien di un beso en la mejilla; luego a mis abogados, a los de Mendoza, y después a uno de los hermanos Mendoza. Por último me dirigí al matrimonio.

- Andrea, Miguel – sonreí con un asentimiento de cabeza sin extenderles la mano para luego ubicarme en la punta de la mesa, como correspondía a mi cargo.

A continuación, Laura tomó la palabra y comenzó las gestiones mientras internamente yo procesaba todas las imágenes a mi alrededor. Primero me encontraba con Andrea que estaba muy bella y escultural (seguramente gracias al botox y las cirugías), y que no podía disimular ni tantito el odio que profesaba hacia mí. De verdad que se veía furiosa, y con mirada un poco loca, como Bellatrix Lestrange, la de *Harry Potter*. A leguas se notaba que estaba ahí porque tenía que firmar; pero con gusto me hubiera lanzado una maldición mortal para que desapareciera de su vista. Ahora que lo pienso, casi siento pena por ella. Al final estaba perdiendo la compañía que fundó su abuelo con tanto esfuerzo y dedicación. Y me la vendía precisamente a mí, la mujer con la que su marido, entonces novio, le puso el cuerno.

Luego miraba a Miguel que, tal como había previsto, seguía tan apuesto como antes. Guapísimo y rubio; pero cuya expresión no podía leer tan claramente como la de su esposa. Se le veía compungido, quizás hasta avergonzado y, sin embargo, cuando me veía abría mucho los ojos y se le dilataban las pupilas. Especialmente al cruzar nuestras miradas, pues automáticamente (sin importarle en absoluto los disparos de rayos y centellas que despedían los ojos de su mujer) emitía una sonrisa tierna que parecía ser sincera, como si le diera gusto encontrarse conmigo de nuevo, a pesar de las condiciones. Y cada vez que eso ocurría, mi corazón latía frenético.

- Llegado este punto, con ambas partes de común acuerdo, procedemos a las firmas – concluyó Laura.

A continuación los abogados de mi representante legal distribuyeron las copias del contrato entre los Mendoza y yo, que temblaba como la Ciudad de México en septiembre. Al notarlo, Noé, sentado a mi derecha me sujetó de la mano y me obligó a mirarle.

- Calma, Vicky – me susurró al oído, con su voz grave, tranquilizadora. Sus ojos negros se clavaron en los míos para cobrar toda mi atención.

- Estoy bien – indiqué retirando suavemente mi mano de la suya.

- No, no lo estás. Sé lo que esto significa para ti; y a pesar de que las cosas no terminaron bien entre nosotros, te guardo mucho afecto y admiración. Estoy contigo, Vicky. Nada de lo que sucedió en el pasado con este tipo puede afectarte ya. Eres la dueña, y después de esto no volverás a verlo – me insistió en voz muy baja, para que sólo yo pudiera escucharle.

Sonreí agradecida y levanté la mirada hacia Miguel, que entonces cambió de expresión. Pareció no gustarle la familiaridad con que Noé me trataba, y ¡Dios! Más que disfrutar por desquitarme de su esposa, la horrenda reencarnación del *Alien*, me alegré muchísimo de que presenciara que me había convertido en una mujer de éxito, que se había apoderado de la empresa que minutos antes le pertenecía, pero que además seguía yo siendo una mujer deseable, y que no estaba sola (bueno, sí que estaba sola, ¡pero eso Miguel no lo sabía!).

- Eso es todo – declaró Laura cuando los papeles estuvieron debidamente firmados por todos nosotros.

Al finalizar nos pusimos de pie y nos estrechamos la mano. Excepto Andrea que salió veloz, hecha un basilisco, y con la frente muy en alto. Pobre pendeja. Literalmente pobre, pues con lo que acababa yo de pagarles iba a ver la forma de solventar las incuantificables deudas que había adquirido luego de años de una pésima administración (de ella, del hermano y de Miguel, claro está).

- A pesar de todo, me ha dado mucho gusto verte, Vicky – dijo la voz sensual de Miguel cuando se aproximó a mí para saludarme y estrechar mi mano, generando un choque eléctrico entre los dos, que detonó miles de recuerdos en mi mente y en mi cuerpo, que se estremeció al instante con el calor de su tacto.

- Lo mismo digo. Espero que resulten mejor las cosas para ustedes en adelante – comenté con tanta neutralidad como pude. Era yo un manojo de nervios, pero no iba a permitir que reconociera el impacto que su presencia y su roce causaban sobre mí.

- Pues la verdad es que no. Andrea y yo vamos a divorciarnos. Nuestra cita es mañana en

los juzgados es mañana – dijo con una sonrisa estoica como ocultando el dolor que le ocasionaba su separación y, no obstante, el gesto también parecía una especie de declaración... Una invitación.

Y ahí sí que me ganó el encabronamiento. ¡Hijo de la gran puta! Laura tenía razón. ¡Si más pendejo e inútil no se puede ser!... Además de interesado, o de idiota. El muy estúpido se casó por conveniencia con la vieja horrible esa, le destruyó la empresa y se divorció de ella... Para luego venir a decirme que está disponible. Definitivamente era un perdedor, pero también un sórdido, o peor: un grandísimo pendejo que no se daba cuenta de lo que decía... Por eso Andrea estaba iracunda como una hidra. No sólo había perdido la empresa del papá, sino hasta al marido... El gran perdedor no era Miguel, sino ella... Pobre.

- Vaya, pues lo lamento en verdad. Mala racha, Miguel – contesté fríamente.

- Ojalá pudiéramos quedar alguna vez para ponernos al día – ofreció con la misma sonrisa cautivadora.

- Sí, un día – terminé dándome la vuelta. Jamás ocurriría cosa semejante. Ese idiota no merecía ni un minuto de mi atención.

- ¿Me das tu número de teléfono? – preguntó y me detuvo del brazo.

Me giré a verle para zafarme de golpe, pero mi héroe intervino.

- Nos esperan para reunión de socios en la *Clínica de las Américas*. Vamos tarde, Vicky – dijo Noé, visiblemente molesto, sujetándome con fuerza del brazo, y liberándome de Miguel.

- Sí, sí. Claro – respondí.

- La salida es por aquí, Licenciado Arrigunaga – intervino Erick con el mismo gesto adusto, conduciéndole hacia la puerta.

Un poco descolocado, Miguel asintió y se dirigió a la salida no sin antes echarme una última mirada de desconcierto. Por supuesto que no me tragué ni tantito del cuento. Al fin pude comprender al gran canalla y fracasado que era. Y pensar que durante mucho tiempo sentí tantas cosas por él... Si Estefanía volviera a preguntarme si cerraba yo un ciclo cobrándome esta venganza, tranquilamente y sin pensarlo le respondería que sí. No sólo por poner en su lugar a la insufrible de Andrea Mendoza y toda su campaña de odio hacia mi persona y mis empresas, ni siquiera por desquitarme de Miguel y el daño que me hizo en el pasado, sino por descubrir al final, y luego de tantísimos años, cómo era en verdad: un inútil, un pobre diablo, dependiente e interesado que no valía ni un minuto más de mi tiempo.

- Licenciada, la cita en la *Clínica de las Américas* – me recordó Erick.

- Gracias, muchacho – respondí y me dejé conducir hacia la salida de *Balam Tower*,

donde me esperaba mi imponente guardaespaldas, quien definitivamente merecía mucho más atención que la cucaracha insulsa que acababa de liquidar.

Y no me preguntes por qué, pero cuando le gano a un contrincante digno, obtengo un triunfo o me va muy bien en un negocio, siempre evoco la misma canción. Es como una especie de himno al amor propio y a la victoria. Y aquel día también escuché los acordes de otro tema de Alejandra Guzmán (sí soy fan):

Reina de corazones.

Distante y lejana pasión de pasiones.

Yo soy la reina de corazones.

No puedes pretender

Ni siquiera tocarme.

Reina de corazones.

El sueño de todos, propiedad de nadie.

Yo soy la reina de corazones.

No seas ilógico. Ve con

Tu artillería a otra parte. [^{\[19\]}](#)

Sucumbir

Para diciembre de 2022 ya había fraccionado *Telesistemas del Sureste*. Solamente conservé las cuentas en redes sociales y el sitio web, que definitivamente tenían potencial. Vendí todo lo demás incluyendo los periódicos impresos, las radiodifusoras y las televisoras que en tres estados de la República. El capital generado lo puse en un fondo de inversión, que incrementó casi al doble el dinero que poseía en mis cuentas bancarias. Para entonces además de mi nueva adquisición, y las variadas franquicias en que invertí, era propietaria de la panificadora y sus diversas sucursales; las lavanderías, las ferreterías, los *car wash*, las joyerías (que ahora eran cinco por el sur de México), los bienes raíces, la *Balam Tower*, el despacho contable de *Grupo Balam* (que cada vez tenía más clientes; Erick y Noé contribuyeron mucho para eso). Aparte era inversionista mayoritaria de la *Universidad México Libre*, y socia mediana de otros tantos giros, como la *Clínica de las Américas*, donde conocí a personas muy interesantes, la verdad. Esas dos médicas Emma Cortázar y Camila Aragón eran unos diez años menores que yo, pero resultaban muy maduras, agradables y divertidas. Hasta a Laura le caían bien.

Con respecto a *Telesistemas del Sureste*, debo admitir que disfruté mucho despidiendo a los pseudo periodistas que me difamaron con sus notas y reportajes cada vez que Andrea les dijo. Lo lamento por ellos porque obedecían órdenes de la mismísima dueña, pero ahora la jefa era yo, y al final necesitaba rodearme de gente de confianza, y ellos obviamente no lo eran. Vi el miedo en sus rostros cuando los mandé a llamar para darles personalmente su carta de despido y el finiquito. El que les correspondía por derecho a ley. Ni más ni menos. Me regocijé mucho al enfrentarlos, para qué negarlo. No soy perfecta. Recuerda que ellos mismos decían de mí que era soberbia y déspota. Pues era la oportunidad de concederles la razón.

Pasé la Navidad y el año nuevo con Carlos, su esposa y mis sobrinas, a las que atiborré de regalos, a pesar de las observaciones de mi hermano, que insistía en que no debía malcriarlas. Petición que me pasaba por el arco del triunfo. Adoraba a esas dos pequeñas criaturas del demonio, y no escatimaba en gastos para cumplir cualquiera de sus caprichos. Además las veía unas pocas veces al año por el trabajo de mi hermano en la Marina.

Sin embargo, a pesar de todo ese gran cúmulo de riqueza, de mi vida lujosa, las joyas, la ropa cara, las cenas en restaurantes exclusivos, los viajes (poco antes de Navidad, Patty y yo fuimos a Machu Pichu), mis locas amigas y una familia a la que adoraba, lo cierto es que al llegar a casa me encontraba sola. Muy sola. Como esa canción de Marco di Mauro:

Mi vida sigue bien

He conocido mucha gente

Y hecho cosas importantes
Cierto, no me va tan mal
Pero cuando regreso por la tarde
Siento que algo aún me falta
Que no sé cómo explicar...^[20]

Justo así me sentía. No contaba con más compañía que mis perras y mis gatas, con las que me dormía por las noches y despertaba por las mañanas. Seguía secretamente obsesionada con Gerardo y con Erick (combinados y por separado, acuérdate que ya había hecho un trío). Y me estaba volviendo loca. Porque sabía que podía tenerlos, pero también sabía que involucrarme con alguno complicaría demasiado mi situación emocional, que no estaba precisamente en su mejor momento. Así que para diciembre de ese año ya llevaba meses de abstinencia, y creo que estaba a punto de escalar las paredes por la desesperación.

¡Ay, Caro! Quiero decirte que esos mitos que cuentan sobre las mujeres y el sexo después de los cuarenta son total y absolutamente ciertos, al menos en mi caso. Necesitaba hacer el amor, y lo necesitaba con urgencia. Pero también necesitaba un poco de paz interior. Así que ahí me tenías meditando cual monje lama, reencontrándome conmigo, buscando la esencia de mi ser y el perdón. El perdón para todos los demás y para mí misma. Bueno, esa era la tarea que me había asignado Estefanía, quien para nada me impuso el celibato. Eso fue cosa mía. Al contrario, mi loquera me recomendó que rompiera con esa *dieta absurda y ridícula* (así la llamó) y que continuara con mi vida sexual tan libre y despreocupada como la ejercía... Pero estaba harta de eso. Ya no quería brincar de cama en cama. Quería una pareja. Hijitos no, gracias; pero un hombre sí. Definitivamente quería aquello.

Con Noé lo había intentado, pero no funcionó. Y no tienes idea de lo mucho que me alegro de que hayamos encontrado una buena dinámica para nuestras interacciones. Por ahí dicen que dos personas que tuvieron sexo no pueden ser amigos. En términos generales, yo confirmaría el alegato, pero en el caso de Noé, si bien no éramos los confidentes de antaño, logramos mantener una relación de confianza y de profesionalismo. Y a diferencia de lo que había dicho Estefanía, me alegré mucho cuando lo vi salir con otra chica, que parecía muy enamorada de él. La nueva novia no era una mujer de negocios, sino una respetable maestra de primaria. Era divorciada y tenía dos hijos. Bien visto tenía demasiado en común con Noé, quizás por eso se entendieron tan bien. Es una lástima que no fuera mi caso.

Y no me preguntes cómo o por qué. Quizás se debió a la melancolía, o a que por fin la abstención de intimidad durante tantos meses logró vencer todas mis defensas, el caso es que

sucumbí. Cometí infanticidio, o al menos así lo denominamos Patty y yo cuando le conté. Sí, Caro. Ocurrió justo con quien estás pensando.

Comenzaba el 2023. Primeros días de enero. Como sabes, Mérida siempre ha sido calurosa, pero para enero-febrero tenemos buen clima. Andamos por los 17 grados, por lo que podemos usar ropa abrigada sin fallecer por sofocamiento. En aquella ocasión me puse unos jeans entallados, unas botas altas y chamarra de vinil negro a juego. Me veía muy bien y sexy, la verdad. Y, como se había hecho costumbre, el día comenzaba con la misma rutina: Gerardo (repasso visual sobre mi cuerpo, y cada vez menos disimulado) me esperaba a las afueras de la casa para escoltarme a la oficina, donde me esperaría Gaby, lista para asistirme con la agenda del día. Pero esa vez mi muy querida amiga había pedido sus vacaciones para ir a no sé dónde con su esposo y sus hijos. Así que a falta de asistente, quien amablemente se ofreció a ocupar el lugar de mi comadre fue nada más ni nada menos que mi economista favorito, el apetecible Erick, que con sus jeans entallados y su camisa de manga larga en guinda estaba para comérselo.

- Voy a extrañar mucho trabajar con usted y con su equipo, Licenciada – me había dicho aquella tarde cuando terminábamos de estudiar una posible inversión que parecía muy prometedora.

Yo lo miré con detenimiento, contemplando sus bellos ojos negros, su cabello oscuro, sus facciones armónicas, tan bonitas. *La que te va a extrañar soy yo*, pensé al sumar todas las fortalezas que poseía ese chico, más allá de su evidente atractivo físico: era inteligente, visionario, diligente, servicial y buen consejero al momento de negociar. No era de extrañar que lo hubieran aceptado para cursar un doctorado en el MIT, y que de encima el gobierno norteamericano le otorgara una beca completa. Estaba por dejarnos. Le quedaban un par de semanas en la compañía antes de partir rumbo a Michigan. Supuse que ofrecerse a apoyarme como asistente durante la ausencia de Gaby era una forma de agradecer por la oportunidad que le di al contratarlo. No era necesario. En el año que estuvo trabajando con nosotros demostró valer su peso en oro. Fue una buena adquisición. Y esperaba recuperarlo un día cuando volviera.

- Yo también, muchacho. No tienes idea; pero no puedes desperdiciar esa oportunidad. Es única. ¡Te vas a estudiar finanzas a los Estados Unidos! ¡En el MIT! Cuando regreses al país, si no te ha reclutado una multinacional, puedes volver a *Grupo Balam*, te recibiré con los brazos abiertos. Nos vendrán muy bien tus nuevas habilidades – le dije sincera mientras cerraba las ventanitas de la computadora.

Al volver la mirada lo encontré reclinado entre mi escritorio y el sillón, muy cerca de mí, invadiendo mi espacio personal. Pude sentir su aroma como a frutas, a maderas, a cítricos. No sé si había algo o todo eso en su perfume, pero me pareció delicioso. Y al ver ese brillo especial en

su mirada, me supe perdida. *Santa madre de Dios. Virgen santísima, Jesucristo y todos sus apóstoles, no me dejen caer en la tentación, por favor. Que se dé vuelta y que se vaya. Si se acerca unos centímetros más, no voy a poder resistirme. Soy débil y estoy necesitada. Muy necesitada*, me dije mientras me ponía de pie con mucha cautela, observando sus movimientos.

Erick se reincorporó, pero no se apartó ni un milímetro. Nuestros cuerpos quedaron muy cerca uno del otro, y permanecimos así, en silencio, mirándonos intensamente por no sé cuánto tiempo. Tomé aire y mi corazón comenzó a galopar descontrolado. Estiré las manos y las apoyé contra su pecho para apartarlo de mí, pero él las rodeó con las muñecas y me pegó más a él. Luego llevó las manos a mi cintura y me aprisionó con sus fuertes brazos.

- Siempre me he sentido atraído por ti, Victoria... Y hoy con esas botas y los jeans, te ves espectacular – dijo tuteándome, por primera vez. Su tono grave estaba cargado de sensualidad. Sus ojos se pasearon por mi cabello y mi rostro hasta que se detuvieron en mi boca. *¡Ay, Dios! Me lo voy a comer... Me lo voy a comer... Y está bien chiquito para mí... Chingada madre. Voy a cometer infanticidio, voy a cometer infanticidio*, me repetía a mí misma incapaz de moverme, pero tratando de controlarme.

- Erick – supliqué más que susurré. Ese niño no sabía lo que estaba haciendo. Me estaba buscando, y si seguía así, me iba a encontrar.

- Lo sabes, por supuesto que lo sabes. Y no te soy indiferente. Lo he visto en tus ojos – me retó y en ese mismo momento levanté la guardia.

- No te atrevas – ordené empujándolo, haciendo de tripas corazón; pero estaba fingiendo. Siempre supe que me deseaba, lo que no sabía es que él se había dado cuenta de que el asunto era recíproco. Y la verdad es que estaba disfrutando de su abrazo más allá de lo que debería, aunque me negara en reconocerlo.

Me empujó con suavidad hasta que mi trasero topó con el borde del escritorio. luego posicionó sus manos a cada lado de mis caderas, aproximando su rostro al mío. Me tenía encerrada, y no estaba yo muy segura de si quería escapar de ahí. El calor de su cuerpo, su aroma, su sola presencia me estaban poniendo la piel de gallina. Y ni hablar de mi región sur que comenzaba a dominar cada una de mis neuronas, las cuales estaban a punto de desconectar y ya no hacer más sinapsis.

- ¿O qué? ¿Vas a despedirme? ¿A demandarme? – dijo sobre mi boca, y yo tragué saliva, conteniéndome todo lo que podía. *Infanticidio... Infanticidio.*

- Erick, por Dios... Eres casi un niño. Podría ser tu madre – acoté.

Era un tema importante. Conste que yo había hecho muchas cosas en esta vida... He

perdido la cuenta de con cuántos hombres me acosté (no quiero ni pensar en eso, me muero de vergüenza). No obstante, en todo momento fui cuidadosa y responsable con mi salud sexual, pues siempre utilizaba preservativos (salvo contadas excepciones con caballeros de toda mi confianza; y para evitar cualquier riesgo de embarazo, me había hecho la salpingoclasia). Así que más allá de la diversificación, el asunto siempre fue higiénico, consensuado y respetuoso. Estuve con hombres de muchas culturas y nacionalidades, de diferentes complexiones y color de piel. Nunca fui demasiado exigente con el tema. Si él me gustaba, si yo le gustaba, si me daba confianza y me trataba con caballerosidad, lo hacíamos. Sin embargo, sí que tenía una regla inquebrantable: nunca me acostaba con hombres demasiado jóvenes; todos mis amantes habían sido más o menos de mi edad. Este niño estaba quebrantando la regla con premeditación, alevosía y ventaja. Y se estaba ganando una infracción.

- Veo difícil que tuvieras un hijo de casi veintiséis años... Tienes poco más de cuarenta, Vicky. Y estás espectacular. Me has visto babear por ti. Sabes que tengo fantasías contigo y que me muero por hacerte el amor... Creo que estoy peor que Noé y ese guardaespaldas tuyo que no puede quitarte los ojos de encima. Sé que usa el pretexto de vigilarte por tu seguridad, pero te desea. Como yo te deseo a ti... El punto es si vas a seguir controlándote conmigo o vamos a aprovechar las semanas que me quedan en la ciudad para hacer lo que los dos sabemos que queremos – propuso con aplomo, pegando sus caderas a las mías para demostrarme cuán excitado estaba... ¡Dios aquello era increíble!... Granítico.

Embelesada, me quedé mirándole sin decir una palabra. Estaba muy asombrada por la seguridad que destilaba para tratarse de un hombre tan joven, que no parecía ser demasiado experto (al menos como lo era yo)... Pero ahí estaba Erick, pavoneándose frente a mí tan desinhibido y arrogante. Hablándome, seduciéndome tan presumido, tan arrebatador. ¡A mí! Que podría devorarlo en el desayuno... Sin embargo, me detuve a reflexionar, descifrando cada palabra que me formuló. *Tiene razón, el chico tiene razón. Los dos quieren y está muy joven, pero ya es adulto. Ya come y se baña solo... ¡A la chingada con este pinche celibato!*, alcancé a pensar antes de abalanzarme sobre él y comerle la boca a besos.

Sus manos volaron a mi cuello, a mis senos, a mis caderas, acariciándome, estrujando. Y yo lo fui desvistiendo con ansiedad, con desesperación, hasta que le bajé los pantalones y la ropa interior y lo tomé con la boca, totalmente desprevenido, dándole la que resultó ser la *mejor mamada de mi vida* (lo dijo él, yo sólo cito). Y luego se dejó hacer, muy sorprendido por mi avidez y mi maestría. Después le ordené sentarse sobre el sillón y monté encima de él, tomando el control... *Si ya te lo advertí, niño bonito*, me dije mientras lo veía rendirse ante mí, que le daba una cátedra sobre cómo complacer a una mujer y darse placer a sí mismo, a la vez que hacía gala de algunas de mis artes amatorias, que no eran poca cosa dadas mis horas de vuelo y años de

práctica y experiencia. Además, tenía que demostrarle y dejarle muy claro que ahí la jefa era yo...

Aquella tarde me quedé totalmente desnuda, pero a petición de Erick me dejé las botas por un rato. Parecía que le ponían mucho, así que le saqué con su gusto. Y porque me hacía sentir sexy y deseada... Hicimos el amor sobre mi escritorio, en el sofá, y en la cama detrás del despacho... Hasta que cayó la noche y nos dio hambre. Como ninguno de los dos se había saciado del otro, y como el sexo con Erick resultó bastante placentero, lo invité a cenar a mi casa. Y él aceptó muy entusiasmado.

A diferencia de todos los hombres con los que había estado, este chico tenía demasiada energía y deseo. Parecía no saciarse nunca, y además le gustaba obedecer órdenes. Lo noté desde el instante en que me subí a su regazo y se dejó hacer... Había pasado tanto tiempo que no estaba con un hombre, que decidí disfrutar de ese regalo que me daba la vida. Por lo que no dudé en absoluto cuando decidí llevarlo conmigo... Aunque Gerardo no disimuló un pelo su desagrado ni su sorpresa al ver que Erick subía conmigo a la camioneta, y que bajaba en mi casa para quedarse a dormir... Que era lo último que haríamos aquella noche y en las siguientes dos semanas antes de su partida.

La marcha

Llegamos a marzo de 2023 trabajando con la misma intensidad de antes. Aunque traía la batería recargada por todas esas noches de pasión a lado del amante más joven que había tenido en la vida, y que en aquel instante ya debía estar en clases con sus nuevos compañeros del MIT. De vez en cuando nos escribíamos, pero la cosa no fue a más. Los dos sabíamos perfectamente lo que buscábamos de cada uno. Así que no tardé en dar vuelta a la página para seguir con mi vida, y concentrarme en la expansión de mis negocios, que era lo que mejor sabía hacer.

Y pese a que era yo la dueña absoluta de un consorcio medular para la economía regional, seguía haciendo trabajo de campo al momento de adquirir una nueva propiedad o hacer un negocio, pues acudía personalmente a cerciorarme de las condiciones en que se encontraba el establecimiento que adquiriría, y para conocer a la persona con quien se haría la transacción. Esa misma práctica me llevó hasta una lavandería que estaba en venta. Se ubicaba en una de las avenidas más importantes, transitadas y turísticas de Mérida: el Paseo de Montejo. Y ahí estaba en aquella tarde del 8 de marzo con doña Mary, la administradora de mis lavanderías, y Gerardo para ver las instalaciones de la propiedad, donde nos esperaba la vendedora, con su esposo. Eran dos señores de la tercera edad.

- Es que ya nos queremos retirar. Tenemos la pensión, y ya no podemos cuidar de la lavandería. Nuestros hijos hicieron carrera, y a nadie interesa el negocio – dijo la señora mientras nos enseñaba el lugar.

Doña Mary revisaba meticulosamente las instalaciones y los equipos, mientras platicaba yo con los dueños. Realmente no fue necesario negociar gran cosa. El precio que pedían era justo, y el establecimiento estaba en buen lugar, así que estrechamos las manos y acordamos reunirnos la siguiente semana para firmar los papeles de la compraventa en compañía de nuestros abogados.

Y cuando ya salíamos de la lavandería, comenzamos a escuchar los vítores y los gritos de una muchedumbre que se aproximaba hacia nosotros. Cientos de chicas vestidas de verde y morado sosteniendo pancartas con sus denuncias, mientras gritaban y cantaban consignas contra el patriarcado. Había visto las vallas de retención en los monumentos, recordaba que era 8 de marzo, pero me había olvidado del tema, y de sus implicaciones. Me cayó el veinte hasta que vi a las mujeres policías (con sus escudos de plástico y cascos protectores) custodiando las calles cuando salimos de la lavandería, y el derrotero de manifestantes invadía la avenida principal, entonando cánticos contra los hombres, la masculinidad y todo lo relativo al tema:

Y la culpa no era mía, ni dónde estaba ni cómo vestía. El violador eres tú, eres tú.

¡Escucha! ¡Esta es tu lucha! ¡Me cuidan mis amigas, no la policía!

¡Muerte a los machistas!

¡Muere, macho opresor!

Abajo el patriarcado. Se va a caer, se va a caer.

Yo miraba la escena con asombro, y casi como en cámara lenta veía que lentamente se acercaba hacia nosotros esa mancha morada de pañoletas verdes que exigía justicia contra milenios de desigualdad y opresión.

- ¡Ay, Dios! Ahí vienen las feministas. ¡Cierra, mi amor! ¡Cierra!... ¿Entran con nosotros o se van? – preguntó la dueña seriamente preocupada cuando vio cómo se aproximaban las manifestantes. Y en ese momento recordé la escena de la película de *Los Diez mandamientos* cuando el ángel exterminador volaba sobre Egipto para tomar la vida de los primogénitos por mandato de Dios. *¿Por qué tiene tanto miedo esta señora?... ¡Es mujer! Las feministas no la van a tomar contra ella*, me dije.

- ¡Yo me largo! Nos vemos, mañana, Vicky – gritó doña Mary que, presurosa y sin dudarlo, se fue corriendo hacia su auto para alejarse de ahí como alma que lleva el diablo.

- ¿Pero por qué tanta ansiedad, señora? Usted es mujer, y su esposo es de la tercera edad. No van a hacerles nada. ¿O sí? – externé, escéptica, la pregunta que me rondaba la cabeza. Levanté la ceja y miré a la dueña mientras escuchaba cada vez más cerca de nosotros los cánticos de las manifestantes.

- ¡Ay, doña Victoria! No se imagina... El año pasado nos pintarrajearon toda la pared con garabatos y groserías. Tuvimos que pintar todo. Aunque eso no es lo peor... En una ocasión estaba mi pobre marido cerrando la lavandería cuando lo rodearon un montón de feministas y le vaciaron no sé cuántas latas pintura en spray encima al pobrecito... Lamento que tenga usted que presenciar esto, pero es el único inconveniente de la lavandería. Se lo juro. Tenemos clientela, los papeles en orden... El único problema sucede cuando marchan las feministas. Así son ellas: violentas y agresivas. Y, disculpe usted, pero creo que nos vamos a guardar. Mañana pintaremos la fachada otra vez. Le recomiendo que se marche ya – dijo y casi me cerró el portón en las narices.

- Sí, sí. Nos vamos – alcancé a decir despidiéndome con la mano, absolutamente incrédula del nivel de violencia que ejercían aquellas manifestantes.

Siempre me había considerado feminista... Bueno, al menos hasta antes del evento con la Universidad y el supuesto acosador sexual, y entonces sí que me hicieron claudicar de la lucha. Y ahora con la agresión que habían cometido contra el pobre dueño de la lavandería, que era un

anciano que rondaría los setenta años, definitivamente ya no me sentía parte del movimiento. En serio, ¿cómo un grupo de chicas podría cercarlo y bañarlo de pintura solo porque sí? ¡Como si él fuera el causante de todos estos milenios de opresión e injusticia contra las mujeres! Tendríamos que remontarnos al pasado, a la arqueología. Demandar a los antiguos romanos, egipcios, a los persas, a los chinos... ¡A la mismísima tradición judeocristiana! Para exigir la reposición de los daños. Es cierto, hay violadores, hay feminicidas. ¡A esos que los cuelguen! Pero no todos los hombres sobre la tierra eran tal cosa. ¡Carajo! Mi hermano era un médico de la Armada de México que había salvado cientos de vidas de hombres y mujeres. Un héroe nacional y una persona maravillosa. ¿Por qué todos los hombres de la actualidad tendrían que pagar por los errores cometidos por los de su género en el pasado? ¿Por qué?

Y en ese momento, cuando los viejitos cerraban la lavandería y Gerardo y yo nos dirigíamos a la camioneta, un grupo de chicas se despegaron del contingente y comenzaron a avanzar y gritar muy cerca de nosotros.

- ¡Es ella! Es Victoria Balam, la antifeminista que protegió al violador de la universidad – chilló una de las chicas, exclamando en tono amenazante y agresivo, apuntándome con el dedo.

- ¡Bruja! ¡Traidora! – vociferó otra y comenzaron a invadir mi espacio personal, cercándome. Eran unas siete u ocho muchachas con las caras cubiertas con pañoletas verdes, que se habían despegado de las otras manifestantes, quienes a su paso seguían gritando consignas contra el patriarcado, mientras grafiteaban autos, paredes, propiedades y monumentos a su paso. Era como un multitudinario enjambre de langostas que arrasaba con todo a su paso.

- ¡Antifeminista! – exclamó otra cercándome, junto a sus compañeras que se unieron a ella para insultarme elevando la voz cada vez más fuerte.

- ¡Traidora!

- ¡Maldita!

- ¡Perra!

- ¡Putas!

- ¡Zorra!

Mi corazón latía como el sonoro rugir del cañón del himno nacional mexicano. Me temblaban las manos, me dolía el alma por tantas ofensas, y sentí miedo. Muchísimo miedo. Las chicas me empujaban y me gritaban, me ofendían, sin que yo jamás en la vida les hubiera hecho nada. ¡Ni siquiera las conocía!... Sus alaridos retumbaban en mi cabeza como disparos de ametralladoras mientras caminaba protegida por el cuerpo de Gerardo rumbo a la camioneta, a pocos pasos de nosotros. Avanzaba custodiada por él y otro de mis guardaespaldas quienes, sin

lastimar a ninguna de ellas, pero haciendo las veces de valla protectora, me guarecían de la agresión. Y yo, incrédula de recibir tanto odio por parte de otras mujeres, de chicas tan jóvenes, me aferraba del cinturón de Gerardo como si de ello dependiera mi vida, y me dejaba conducir en medio de la muchedumbre hasta que por fin llegamos a la camioneta, entre empujones y ofensas altisonantes contra mi persona.

Al entrar al auto y emprender la marcha, ya no pude contenerme más y comencé a llorar, totalmente confusa y desconsolada.

- ¡Es que no puedo creerlo! ¡También soy una mujer!... Me he partido el alma toda mi vida para llegar a donde estoy. ¡Creé becas de estudio para madres solteras!... Casi todo mi personal es femenino... Ayudo a mujeres indígenas, a niñas en condición de calle. ¡Carajo! Entre las beneficiarias de los programas que apoyo hay hasta prostitutas a las que hemos ayudado a salir de ese tipo de vida. Mi fundación financia asesoría legal para mujeres en prisión... ¿Por qué me hacen esto? – exclamé consternada en el asiento trasero de la camioneta, junto a Gerardo, que me miraba y escuchaba paciente mis gritos de impotencia e incompreensión.

Es que nada más no daba crédito a tanto encono, a tanta agresión. Y mientras lloraba y me secaba las lágrimas con el dorso de la mano, miraba hacia la calle a través de la ventana: cientos y cientos de chicas en verde y morado, como el *Joker*, rayaban autos y monumentos a diestra y siniestra, sin contemplación. Y entonces la vi, a la presidenta de *Mujeres contra el acoso*, gritando consignas contra los hombres junto al resto de sus amigas. La observaba y no dejaba de pensar, con indignación, que era una maldita estafadora, un fraude como activista que sólo fingía estar con la causa por mero interés, pues a la primera de cuentas se afilió a un partido político que le ofreció una candidatura a una diputación local. Además alegaba haber sido víctima de violación, pero nunca interpuso denuncia ni mencionó al culpable. Y la muy bandida se refería a sí misma como universitaria, pero había egresado de la universidad hacía casi 10 años, sin haberse titulado... Todo un fósil. Y eso que ya tenía más de 30 años la muy farsante. Así: FAR-SAN-TE. Farsante, como la canción de Juan Gabriel. Hipócrita, falsa, impostora, embustera. Veleta, convenciera. La estúpida se presentaba como marxista/social comunista, pero de seguro que la muy ignorante ni siquiera sabía quién era Rosa Luxemburgo (destacada economista de los siglos XIX y XX. Investígala).

- No saben todo lo que has hecho, Victoria – me dijo Gerardo depositando una mano sobre mi hombro.

Desvié la mirada de la ventanilla y volteé a verlo. Su rostro reflejaba aflicción y parecía sinceramente preocupado por mi congoja.

- Estas nuevas generaciones no saben lo que tu generación y las anteriores lucharon para

que logaran lo que hoy tienen. No les hagas caso. Son chicas confundidas. Y no dejes de hacer todo eso que haces a causa de unas pobres mujeres amargadas, violentas y perdidas. Piensa en todas las personas a las que ayudas con tu trabajo y tus recursos. Ellas te reconocen y agradecen – alegó en tono dulce, con una ternura que jamás imaginé pudiera esbozar.

Y yo seguía mirándole, abrumada, mientras sentía el calor de su palma sobre mi hombro. Nuestros ojos se encontraron y me reflejé en aquellas pupilas negras como la noche más oscura. Me vi entreabriendo los labios, y él tragó saliva con dificultad. Su manzana de Adán subía y bajaba trabajosamente.

- Llegamos – interrumpió el chofer cuando arribamos a mi casa.

- Sí... Gracias, muchachos. Gracias por todo – les dije cuando el otro guardaespaldas abrió la puerta y me ayudó a bajar.

- Es nuestro trabajo, señora – respondió Gerardo descendiendo conmigo, acompañándome hasta la puerta de mi casa.

Subimos los escalones, introduje la llave y abrí. Gerardo estaba a mis espaldas. Cerca, muy cerca de mí. Tanto que podía sentir el calor que desprendía su cuerpo, el aroma de su perfume amaderado. Me giré a verle, fijando mis ojos en los suyos, que me escrutaban con intensidad, con un brillo inusual que transmitía un mensaje que no ameritaba palabras. Y yo acepté la propuesta, devolviéndole la mirada con una invitación en silencio. Entré a la casa y por supuesto que me siguió.

Al cerrar la puerta, tiré mi bolso al piso me abalancé hacia él. Lo rodeé con las manos y comencé a besarlo. Gerardo llevó las manos a mi cintura, me apretó contra su pecho y me devolvió el beso con la misma intensidad que yo demandaba. Nuestras lenguas se reconocieron una a la otra, mientras sus manos exploraban mi cuerpo sin el menor cuidado, con rudeza, con fuerza... Y eso me encantó.

Brinqué a su cintura rodeándole con las piernas, y el cargó conmigo hasta que llegamos a mi habitación. Nos desnudamos con rapidez, y no disimulé en absoluto la impresión que me causó verla en toda su gloria, como Dios lo trajo al mundo. Cuando lo conocí podía adivinar las formas de su cuerpo, pero al tenerlo así en persona, en vivo y en directo, la realidad sobre pasó mis fantasías y por mucho. No sólo por la belleza de su cuerpo trabajado, sino por lo bien que lo había tratado la vida. Gerardo está dotado. Muy, muy dotado.

Cuando me arrebató la última prenda, hizo el mismo repaso que yo le hice instantes atrás. Sonrió regalándome una mirada de aprobación, de satisfacción. Me tomó del cabello y me acercó a él para volver a comerme la boca a besos. Y cuando traté de llevarlo a la cama, me empujó hacia la pared, me dio vuelta y me puso contra ella, pegando mi rostro al muro. Sujetó

fuertemente mis caderas y me jaló hacia él. Y entonces me penetró de una sola estocada enérgica y violenta... ¡Dios! ¡Cómo lo disfruté!

- ¿Te aburríste del chico y lo mandaste a volar? ¿No te daba lo que necesitabas? ¿Te hacía falta un hombre, Victoria?... Aquí me tienes. Voy a darte todo lo que te hace falta, y me vas a gritar por más – formuló mientras me colocaba empujaba, pero yo no era capaz de procesar un pensamiento racional. Apenas podía jadear, rendida ante el placer que me regalaba ese hombre.

- ¡Responde, Victoria! – ordenó al tiempo que me dio una poderosa nalgada, que me cimbró el cuerpo entero, pero que no disminuyó mi excitación.

- No... Sólo fue... Algo pasajero – respondí a la tercera nalgada. Carajo, eso dolía horrores, pero estaba tan entregada al frenesí, que no fui capaz de pedirle que se detuviera.

- Bueno, pues aquí tienes a un hombre de a veras. Y te voy a dar lo que necesitas – rugió para acometer con más violencia, llevándome a niveles infinitos de placer.

¿Machos? ¿Patriarcado?... Carajo, a un hombre como éste habría que ponerle un monumento en vez de gritarle consignas contra la injusticia y la desigualdad, pensé antes de perder el raciocinio al dejarme arrastrar por uno de los orgasmos más intensos y prolongados de toda mi existencia.

Malo

Aquella misma semana acudí a una cena gala, que organizaba *Fundación Balam* en conjunto con Amy Durand y otras asociaciones. Irónicamente se hacía a beneficio de madres solteras y niños sin hogar. Pero, claro, no importaba todo el trabajo y dinero que yo invirtiera en la causa, para las feministas era una zorra traidora. Y aunque seguía seriamente afectada e indignada por el episodio del 8 de marzo, cuando esa horda de mujeres violentas me agredieron física y verbalmente, decidí seguir el consejo de Gerardo y continuar con la lucha apoyando a los más desfavorecidos.

El evento era en una de mis propiedades, una hacienda de principios del siglo XX que había habilitado para fiestas y convenciones. Era elegante e imponente con sus muros de mampostería, palmeras altísimas, jardines amplios y luminarias de luz incandescente. Los del catering, supervisados por Gaby y Patty (quien antes de conocernos ya era vieja amiga de Amy Durand), montaron un servicio estupendo que destilaba clase y sofisticación: mesas redondas de manteles largos, arreglos florales, cirios, copas de cristal, canapés, vino caro, y una cena deliciosa.

Acordamos que habría algunos números musicales, y para cerrar con broche de oro habría la intervención de Mauricio De La Fuente, ese cantautor guapísimo que parecía el hijo favorito de Dios. Tenía una voz hermosa, era un virtuoso de la guitarra y, además, también era terriblemente sexy. Y desde luego un hombre como aquél no estaba disponible... Porque la vida es así. Estaba casado con Emma Cortázar, neurocirujana guapísima y brillante, que era la socia mayoritaria de la *Clínica de las Américas*, que también fondeaba el evento. Otro que me encantó era el amigo de Mauricio, un músico muy talentoso y atractivo, de facciones árabes, al que apodaban *El Negro*^[21]. Tenía una voz muy bonita y era igualmente estupendo con la guitarra.

Y ahí estaba yo toda emocionada esperando el número de Mauricio, celosamente custodiada por mi guardaespaldas que había pasado noche y día junto a mí luego del ataque de las feministas, cuando comenzó la variedad. Como casi siempre, en mi mesa estaban Gaby y su esposo; Sofi (la viuda de Aurelia, que cada día estaba más resignada por la muerte de su novia); Laura y tu papá; Amy Durand y su esposo; y Emma, quien se encontraba muy emocionada por la intervención musical de su marido.

Sin embargo, el número vendría después, ya que previamente habría una intervención a cargo de una academia de danza a la que apoyábamos con algunos financiamientos y que, a manera de agradecimiento, ofrecieron una participación. Mientras bebía un trago de mi tinto de verano, el maestro de ceremonias tomó la palabra y anunció a los bailarines:

- Y a continuación, conmemorando el ocho de marzo, día internacional de la mujer, la *Compañía Fuerza y vida* trae para todos nosotros *Mujeres al grito de guerra*. Un aplauso, por favor.

Cuando escuché el nombre de la puesta en escena se me pararon los pelos, pues ya me hacía una idea de lo que iba a presentarse a continuación, pero al observar con mis propios ojos lo que sucedía en el escenario, la indignación me salió hasta por los oídos.

A lo largo de toda la intervención se observaba a bailarinas muy jovencitas interpretando coreografías que emulaban a mujeres golpeadas, abandonadas, amenazadas, vilipendiadas y violadas o violentadas por algún hombre que las agredía de todas las formas posibles. En particular recuerdo el número de una chica que supuestamente iba muy contenta por la vida hasta que aparece un hombre que la enamora. Se casan y todo muy bien, pero la cosa cambia. Él comienza a maltratarla emocionalmente (ojo, no la golpeaba, pero había expresiones de angustia y opresión), y se separan. Luego él se arrepiente y vuelve con ella. Y la mujer lo acepta... Y la vuelve a abandonar. Y ella se vuelve a quedar muy triste... ¡Ay! ¡Pobrecita! Pobre víctima... ¡Carajo! La vida es así. Para hombres y mujeres. A todos y a todas nos pueden abandonar. Y no podemos ir por la vida asumiendo un rol de víctimas esperando a que alguien de afuera venga a solucionar nuestros problemas. Bien dice Estefanía que sólo nosotros tenemos el poder para resolver nuestros asuntos... Pero algunas generaciones parecen no entenderlo.

Y las canciones que acompañaban a todas las coreografías iban en el mismo tono. Algunas más agresivas que otras. Ahora mismo me viene a la mente la estrofa de uno de los temas que al mismísimo estilo de Paquita, la del barrio, tiraba duro y contra ellos:

Malo, malo, malo eres

No se daña a quien se quiere,

No.

Tonto, tonto, tonto eres

No te pienses mejor que las mujeres^[22]

Querida Caro, yo sé que tu generación ha cuestionado situaciones que para nada deberían permitirse, y estoy totalmente de acuerdo con que debemos impedir a toda costa los abusos, los feminicidios, los ataques, las violaciones; pero no creo que debamos atentar contra los hombres sólo por serlo. He conocido hombres fantásticos que me han apoyado en momentos fundamentales de mi vida: mi maestro Augusto, mi hermano y Noé, entre otros varios. También he conocido mujeres invaluablees como Gaby, Laura y Patty que no por ser mujeres están dispuestas a creer cualquier cosa que salga de la boca de otra mujer, como mero acto de fe con el

pretexto de la sororidad. Los hombres son hombres. Los violadores son violadores. Los asesinos son asesinos. Los ladrones son ladrones... No es justo que los tratemos a todos por igual. Pienso en mi hermano Carlos, y me parece insultante que hombres buenos como él paguen por los pecados y las canalladas de los que son realmente hombres malos.

Ahora mismo me vienen a la mente los casos de algunos hombres ejemplares que distan mucho de esta caricatura que montaban las feministas de la marcha y de la coreografía que se presentaba aquella noche. Estaba, por ejemplo, el pobre tipo que tenía cuatro trabajos para mantener a su ex esposa y a sus dos hijas. El de recursos humanos que era papá luchón, que llevaba y traía a sus hijos de la guardería, mientras estudiaba un posgrado. Y la esposa se dedicaba a la casa... O el *hombre verde*, un vecino de la colonia donde crecí. Estaba casado con una maestra de primaria, quien mantenía a la familia, mientras él se dedicaba a cuidar de la casa y de los hijos. Y no le generaba el menor problema. Le decíamos el hombre verde, como *Hulk*, porque en su tiempo libre iba al gimnasio, y la verdad que sí tenía un cuerpo escultural. Y nada de eso lo convertía en un hombre agresivo o violento, como teorizaba esta nueva generación de feministas.

Y, por otro lado, tampoco te olvides de las mujeres malas. Claro que para las feministas no existe tal cosa. Todas las mujeres somos buenas. Todas decimos la verdad (¡es sarcasmo!)... Igualito que la secretaria de la *Universidad México Libre*, que sólo buscaba venganza y mintió a todas sus compañeras para joderse al ex amante. O la pinche Andrea Mendoza que hasta el último momento me difamó en todos sus periódicos y canales de noticias sólo porque tuve algo con su esposo (eso hace más de veinte años, y yo no tenía ni idea de su relación). Hay que tener mucho cuidado con esos juicios, querida Caro. Entre el blanco y el negro hay muchos claroscuros...

La otra vez estaba viendo *Cleopatra*, la versión de Netflix. Tan alejada del imaginario hollywoodense que nos heredó Liz Taylor. La criticaron por la piel oscura de la reina egipcia, a la que presentaron como africana (y, bueno, Egipto está en África, así que tiene lógica). Sin embargo, a mí me gustó. No soy arqueóloga o historiadora. Ni siquiera soy una intelectual, aunque leo mucho y estudio todo tema que resulte de mi interés. Y en el caso de la docuserie, me fascinó que tanto la investigación como el relato tenían una perspectiva feminista, pues había mujeres especialistas explicando la conducta, contexto y decisiones de Cleopatra. Y básicamente todas concluyeron que la faraona actuó con base en sus circunstancias. Al final no era ni buena, ni mala, sino todo lo contrario: simplemente era humana. Como todos, como todas.

Y aquella noche, mientras seguía soportando el ballet de las feministas, hice un ejercicio de abstracción y me concentré en cualquier otra cosa para no prestar atención al discurso de odio contra los hombres en forma de danza que se exponía en mi hacienda. Reflexioné sobre las

biografías de mujeres famosas y exitosas; artistas, activistas, políticas, científicas, empresarias. Mujeres líderes que dejaron huella, y el alto costo que tuvieron que pagar. Margaret Thatcher, Jane Austen, Virginia Wolf, Frida Kahlo, María Félix, Coco Chanel, Isabel de Castilla... ¿Tú crees que esas grandes leonas de la historia se sentaron a regocijarse en su dolor para lamerse las heridas porque un hombre las abandonó? ¡Por supuesto que no! Tomaron la rienda de su vida y siguieron su camino y su lucha a pesar de las chingaderas que les hicieron no sólo los hombres, sino también las mujeres... Ah, por supuesto, me olvidaba. No hay mujeres malas... Las mujeres no ejercen violencia contra otras mujeres (otra vez: sarcasmo). Ja, ja, ja.

No sé, piensa en el caso de Inglaterra, que se ha distinguido principalmente por sus grandes lideresas, pues de entre todos sus reyes quienes realmente han destacado fueron las reinas: Elizabeth I, Victoria y Elizabeth II. ¿O a quiénes recuerdas como sus más grandes monarcas? ¿A Ricardo, corazón de león, que estaba más pendiente de las Cruzadas que de su propio reino? ¿Al rey Arturo, que no sabemos si existió, pues básicamente es parte de su mitología? ¿O a Jorge III, el loco? ¿O, mejor, a Enrique VIII, el feminicida, que mandó a matar dos de sus esposas? Caro preciosa, ¿tú recuerdas a esas reinas haciendo marchas para demandar la desigualdad y la injusticia? ¡No! Se pusieron a trabajar haciendo camino al andar (como el poema de Machado) y se enfocaron en lo que tenían que hacer por su país. Cero pose de victimismo. Actuaron como lo que eran: reinas, gobernantes de sus países, y de sus propias vidas.

No te vayas por los radicalismos, Carito. Tengo fe en que tú podrás distinguir a un auténtico violador, a un asesino, a un agresor, y no confundirlo con un simple hombre que no hace más que existir, y que necesita reeducarse. Comprender que estamos en un nuevo milenio en el que las mujeres también tomamos el sartén por el mango...

Cuando por fin terminó esa tragedia en forma de arte dancístico, llegó el turno de Mauricio De La Fuente, y eso sí que alegró el ambiente de la velada, pues no sólo los hombres, sino también muchas mujeres se incomodaron por la intervención de la academia. Incluido mi guardaespaldas, que aquella misma noche ejerció su rol de macho dominante y me hizo el amor con fuerza, con coraje, para demostrarme que ahí mandaba él... Lo que por supuesto, no era así, pues la mera mera era yo.

Ya nada queda

Como podrás imaginarte, el asunto con Gerardo no evolucionó muy bien. Tal como vaticinaba Laura, fue cosa de quitarme la comezón, o la rasquera como decimos los yucatecos, para perder el encanto de aquella relación prohibida... Digo, al fin y al cabo trabajaba como mi guardaespaldas, y no era para nada apropiado que estuviéramos teniendo sexo demencial (a horas y deshoras y en cualquier parte donde nos ganara la ansiedad) cuando manteníamos un compromiso laboral y contractual de empleado y empleador... No es que me queje, lo disfruté muchísimo, pero aquello, al menos a nivel profesional, no estaba bien.

Es cierto que disfruté infinitamente de su cuerpo, su fogosidad y su destreza, rindiéndome al placer supremo que me regalaba con su energía, su avidez y su manera tan salvaje de hacer el amor (aunque siempre fue respetuoso y todo era bajo mi consentimiento), pero aquello de las nalgadas, las mordidas, los moretones, que sujetara mis muñecas al cabecero de la cama, me diera órdenes y castigos como el amo dominante que era... Terminó por fastidiarme. Claro que me gustaba el sexo pasional y ardiente, pero Gerardo estaba a otro nivel, y ya me había sobrepasado.

A veces gritaba yo tanto que más que hacerme el amor, parecía que me estaba matando. Le excitaba mucho oírme gemir, aullar como loba... Olvídate de las *50 sombras de Grey*. El Christian Grey era un alfeñique súper producido junto a Gerardo, que era un amo verdadero en cada fibra de su ser, y que necesitaba llevar las riendas cuando tenía sexo. Cosas de marinos y de su tiempo en la Armada, supongo. Recuerdo que, al nalguearme, se regocijaba con mi espasmo y más cuando me daba instrucciones de cómo debía contestarle en mi rol de sumisa:

- ¡Gracias, capitán! – exclamaba yo, después de sentir su enorme palma sobre mi glúteo (tuve las nalgas moradas durante TODA nuestra relación).

- ¿Te gustó? – preguntaba luego de nalguearme.

Y mi respuesta obligatoria, o detenía sus embestidas, era:

- ¡Señor, sí señor! ¡Me encanta! – y sólo entonces acometía de nuevo para nalguearme otra vez. Y así...

Fue un juego divertido y singular. Nunca antes hice algo parecido. Mis relaciones eran muy satisfactorias, pero nada como esto que tenía con Gerardo. Te juro que me complació rendirme a él y dejarlo sentirse poderoso; pero... Aquí la del dinero, la jefa, era yo. Y a pesar de que Gerardo disfrutaba horrores de ejercer el poder en la cama. Y yo se lo concedí mientras me resultó divertido, me terminé aburriendo, y lo dejamos.

Compartimos un par de meses de sexo desenfrenado, pero al cabo del tiempo la llama se

fue apagando y, de común acuerdo, decidimos quedarnos como meros colaboradores. De hecho, luego de nuestra separación, apenas y nos veíamos; pero eso sí, siempre se encargaba de asignarme a sus mejores guardias para garantizar mi seguridad. Por eso me divierte y, al mismo tiempo, me da tanto coraje las aseveraciones de esas feministas radicales que atacan y difaman a todos los hombres sólo por el mero hecho serlo. El mejor ejemplo de lo equivocadas que pueden estar con sus generalizaciones tan extremas es el caso de Gerardo, un macho alfa dominante que, no obstante, me cuidó y respetó no sólo como clienta, sino como mujer. En el tiempo que duró nuestra relación, que fue absolutamente exclusiva y semi secreta (obvio que tu mamá y Gaby lo sabían), Gerardo se comportó como lo que era: un caballero. Jamás me obligó a tener sexo, ni a hacer nada que yo no quisiera o atentara contra mi dignidad como mujer. Y hablamos de un marino retirado. ¡Capitán!... Ojalá que un día el movimiento vuelva al cauce, y que las mujeres dejen de violentar no sólo a los hombres inocentes, sino también a otras mujeres que no necesariamente comparten su credo. Y ahí sí, para que veas, me sentí más agredida por mis congéneres que por los propios hombres, los supuestos enemigos.

Después de Gerardo, volví a mi celibato auto impuesto. Seguí trabajando con mis negocios, dedicándome a mi vida rutinaria de siempre con el trabajo, la casa, mis gatas y mis perras. Claro que salía con Gaby y Laura, y viajaba con Patty en alguna excursión o crucero. De alguna forma me encontraba en un momento estable de mi vida, pero muy, muy aburrido. Ya no tenía más metas que conseguir; me había fastidiado un poco de los hombres, y tenía mis negocios bajo control, sin mayor intriga. Es más, creo que estaba mucho más preocupada por la separación de tus padres, que por mis cosas. Y me encantaría decirte que fui el hombro sobre el cual lloró tu mami cuando descubrió la infidelidad de tu papá, pero no ocurrió nada de eso. Ni siquiera lloró. Estuvo muy molesta, encabronada por la traición de tu papá, pero para nada experimentó algo remotamente parecido al dolor a causa de la pérdida del... Amor de su vida.

- Es que, ya no sentía nada por él... Ni siquiera tengo el pretexto de decir que seguíamos juntos por Carolina, pues ya es una jovencita que entenderá perfectamente la situación... Lo que me indigna es que no tuviera los huevos de decirme que ¡ya no me quería! ¡Que ya no le gustaba! – vociferó al calor de las cervezas en mi oficina de *Balam Tower*.

Gaby la escuchaba atenta y asentía mientras se tomaba un trago de whisky.

- Chava... Es que sí te quiere, y sí le gustas – defendí a tu papá, y en cambio tu mami me devolvió una mirada congeladora.

- ¡Claro que no le gusto! Ya ni siquiera hacíamos el amor.

- Y en cambio se fue a revolcar con una chamaca de veinticinco años... Patético – dictaminó Gaby.

- Pero eso no quiere decir que no le gustaras. Amiga, tu marido sigue insistiendo con el perdón. Incluso me ha venido a ver para que yo interceda por él – dije y ella volvió a fulminarme con la vista –. Lo que no voy a hacer ni por accidente... Pero no vengas a decir que no te quiere y que no le gustas.

- Sí, eso sí – terció Gaby, que para entonces estaba más borracha que una cuba, pero nos acompañaba solidariamente en sentimiento.

- Y yo ya no quiero nada con él... Por mí que se vaya con la babosa esa y que me deje en paz – espetó tu mami que, te lo juro, no derramó ni una lágrima. Para cabrona, la Laura, me cae.

Tus padres eran a mis ojos la pareja perfecta. Parecían inseparables, un matrimonio indestructible. Se apoyaban, se respetaban, se desvivían de amor por ti, y se querían verdaderamente. O al menos eso creía yo. Hasta que supimos de la infidelidad de tu papá... Y a pesar de todo, sabiendo que eran una pareja como ninguna, tanto Gaby como yo le insistimos a Laura en buscar alguna forma de salvar su relación, de darle un indulto a tu papá, aunque fuera con castigo; yendo a terapia... ¡No sé! Había tantas alternativas, y sobre todo voluntad. Al menos de parte de tu papá, que se tiró al piso y suplicó hasta la extenuación por el perdón de tu mamá, te lo juro. Claro que hablamos de Laura, la abogada íntegra e invulnerable, que se negó en redondo a concederle el perdón, y sin contemplaciones. Y yo no daba crédito ni en el día del divorcio cuando la acompañamos a firmar, y después salimos a comer para festejarlo (tú estabas en un campamento al que te enviaron tus papis para que no te intoxicaras con el clima tan adverso de aquellos días).

- Amiga, a riesgo de sonar como mi loquera, sólo quiero preguntarte una cosa: ¿si tu esposo no te hubiera sido infiel; bueno, si no lo hubieras atrapado en la jugada... Seguirías con él? – vaya que le había aprendido mañas a la Estefanía. Ese método socrático me encantaba.

Tu mamá respiró profundamente, paseó la vista por el lugar y, luego de pensárselo un poco, respondió:

- Creo que era cuestión de tiempo para que yo misma le pidiera el divorcio... Estábamos viviendo una farsa. Había respeto entre nosotros, pero esa complicidad, la pasión, la intimidad habían desaparecido desde hace mucho – confesó.

- Eran una especie de equipo – interpreté.

- Cuando un hombre y una mujer tienen una relación y ya no cogen... No son más que dos buenos camaradas – sentenció Gaby, que en ese momento me pareció más sabia que el Rey Salomón.

- No, pos sí – coincidí con ella.

Entonces, luego de un par de cervezas, tu mamá, tan sabia, más serena y entera, nos dijo:

- Chicas, es que más allá de perdonarlo por la infidelidad, porque créanme que, aunque sigo molesta, entiendo que la carne es débil y que cualquiera de nosotros puede caer en la tentación... La verdad es que se acabó el amor. Ya llevábamos varios años tratando de revivir a un muerto. Al menos yo ya no sentía nada por él. Nada en absoluto. Por eso creo que realmente ni siquiera debo culparlo por haberse acostado con otra. Las cosas entre él y yo estaban frías como el Ártico... Vivíamos como esa canción de *Frente a Frente*.

Hoy, más madura, luego de resistir a todo un arsenal de golpes bien puestos por la vida, mientras escribo estas líneas a mis cuarenta y tantos años de edad, escucho la canción de Bunbury, y reflexiono sobre cuánta razón tenía Laura. A veces ya nada queda, y no hay más remedio que aceptar la triste realidad, por más que duela.

Frente a frente

Bajamos la mirada

Pues ya no queda nada de

Que hablar, nada

Sólo quedan las ganas de

Llorar

Al ver que nuestro amor se

Aleja... [\[23\]](#)

Poco después firmaban el divorcio...

Un lugar solitario

Aquel día recibí la visita de Amy Durand y mi amiga Patty, que pidieron verme para darme una invitación muy importante. Supuse que querían organizar otro evento a beneficio. No era la primera vez que participaba con ellas, así que acepté. Las atendí en mis oficinas de *Balam Tower* una tarde de junio, que estaba caluroso como la chingada.

Tomamos asiento en la salita de mi oficina. Laura, como siempre, toda sonrisas hablaba de un nuevo chisme de la farándula. Ya ni me acuerdo, pero cuando terminó su comentario, Amy tomó la palabra y me miró fijamente:

- Vicky, como sabes soy la presidenta de la *Sociedad de Mujeres Empresarias del Sureste* – dijo como tanteando terreno.

- Sí, por supuesto – respondí. Claro que lo sabía. Amy era una mujer exitosa que, como yo, también se había hecho a sí misma, pero ella horneaba pasteles, y su visión de negocios era distinta de la mía, aunque muy admirable. Siempre le dije que era yo su fan. Ella se reía, pero yo lo decía en serio.

- Bueno, pues el consejo ha determinado, por decisión unánime, que el reconocimiento a la Mujer del año sea otorgado a ti por tu labor altruista en beneficio de las mujeres, los jóvenes y la niñez – resumió y yo me la quedé mirando toda lela.

Durante mi carrera había cosechado éxitos aquí y allá. Me había ganado el respeto de mis colegas hombres y mujeres (y el odio de varios y varias también). Mis empresas tenían certificaciones e ISO por su excelencia y calidad; pero yo personalmente nunca había recibido un reconocimiento. Mucho menos de una asociación tan importante como la que lideraba Amy... Era como ganar el Óscar para el empresariado femenino en la región... ¡Y me lo estaban dando a mí!

- ¿Es... Es en serio? – indagué sin poder creerlo.

- No bromeo, Vicky. Mucho menos con este tipo de cosas – respondió serena y sonriente.

- Muchas felicidades, amiguita – dijo Laura con esa risa de gato risón que tanto la distinguía.

- ¡Wow!... Yo... No puedo creerlo – respondí sinceramente.

- Ok, ¿pero aceptas o no? – repitió Amy, sin perder la sonrisa.

- Sí... Por supuesto que sí – añadí conmovida por la noticia que acababa de recibir.

Fue una gala magnífica. Porté un hermoso vestido en satén rojo que me sentaba espectacular, y que me puse lo más selecto de mi colección de joyería: collar y aretes de rubíes,

mis gemas favoritas. Claro, junto con la cadenita de oro y la crucecita que me regaló mi mamá, y esa majestuosa sortija de jaguar que tanto te gusta. El evento se realizó en un salón exclusivo a las afueras de la ciudad, e invitaron a la crema y nata de Yucatán, Campeche, Quintana Roo, Tabasco y Veracruz. Lo que incluía a Andrea Mendoza, que ya no tenía un quinto, pero que seguía teniendo cierta alcurnia, así que recibió la invitación, pero se pasó sufriendo toda la noche pues... La galardonada era yo, y creo que no pudo tener peor castigo que soportarme.

Para esa ocasión tan importante invité a Sofi; a mi hermano y a su esposa, obviamente a mis comadres Gaby, Patty y Laura; a Noé y su esposa; así como a varios compañeros y compañeras de mis empresas, en quienes confiaba y apreciaba en verdad. Como doña Mary, la administradora de las lavanderías. Todos, quienes estaban conmigo en la misma mesa, y en la adyacente, llevaron a su respectiva pareja; excepto tu mami, Sofi y yo que fuimos solas... Aunque, bien pensado, una era la tercia/pareja de la otra. Sororidad, querida Caro. Eso es sororidad.

Después de los entremeses y una degustación de vino, el maestro de ceremonias invitó a la presidenta de la *Sociedad de mujeres empresarias del Sureste*, Amy Durand, a que tomara la palabra. Estaba guapísima con su cabello castaño rojo y su vestido dorado.

- Buenas noches, amigos y amigas. Cuando se creó esta asociación, las fundadoras lo hicimos con el fin de colaborar entre mujeres empresarias de todos los niveles: micro, medianas y grandes empresas. Nos hemos apoyado en momentos buenos, y en momentos malos, con asesoría, apoyo y financiamiento. Pero también teníamos el objetivo de reconocer el trabajo de mujeres maravillosas que lucharon contra la adversidad, y que vencieron todos los obstáculos no importa cuán altos fueran los muros a escalar, y las batallas por enfrentar. Es el caso de la galardonada de esta noche: la estupenda Victoria Balam, una empresaria de éxito que se ha distinguido no sólo por la audacia y la inteligencia con que emprende un negocio, sino por la fuerza y entereza con que ha enfrentado cada reto de su vida, mientras apoya a los más desfavorecidos, a los desposeídos; en especial a jóvenes de escasos recursos, madres solteras, mujeres en situación de violencia, niñas y niños en condición de calle, sobre todo de las comunidades indígenas del sur de México... Por lo anterior, les pido un fuerte aplauso para esta mujer tan ejemplar.

La piel se me puso chinita al escuchar sus palabras. Jamás imaginé que alguien como ella, que se había partido el lomo como yo, pudiera tener esa impresión de mí, y ciertamente yo la admiraba. Amy era fuerte, inteligente y persistente... Vamos, que había una relación de mutuo respeto y reconocimiento.

Me puse de pie para acercarme al estrado, y mi hermano también se levantó conmigo. Me

miró a la cara, y lo observé tan conmovido:

- Mamá estaría muy orgullosa de ti, Vicky – dijo para luego abrazarme, y yo casi rompí en llanto.

- Y de ti, Carlitos. De ti también – contesté y me dirigí al pódium tambaleante y nerviosa como nunca en todos mis años de existencia.

Mientras caminaba, escuchaba los gritos y porras de Gaby, Laura y Patty, que me miraban sonrientes y parecían sinceramente contentas por este reconocimiento que recibía. Al llegar al estrado, saludé a Amy, nos abrazamos y me entregó la estatuilla de cristal austriaco que llevaba mi nombre tallado y bajo el cual se leía: *La mujer del año*. La miré con la visión borrosa a causa de las lágrimas, y me dirigí al micrófono.

- La verdad es que no soy precisamente una mujer de discursos, mucho menos de discursos largos. Así que simplemente me limitaré a dar las gracias a la *Sociedad de mujeres empresarias del sureste*; a Amy Durand, una mujer por la que profeso la más profunda admiración. A mi hermano, el doctor Carlos Balam, médico cirujano de la Armada Naval de México, un hombre trabajador e íntegro, de quien estoy por demás orgullosa. Gracias a mi amiga Patty, compañera de aventuras y desventuras. Gracias a Gaby y a Laura, mis históricas hermanas guerreras que han estado a mi lado hasta en la más cruenta de las batallas... Y por último, y hasta el cielo, a la otra Victoria, a mi madre: Victoria Balam, sin cuya entrega, sacrificio y amor, nada de esto sería posible. Muchísimas gracias. Muy buenas noches – concluí mi discurso intentando controlar esa revolución de mariposas que tenía en el estómago, parpadeando nerviosamente para contener las lágrimas.

Con pasos temblorosos, tratando de mantenerme en pie sobre aquellas primorosas sandalias de tacón de lápiz, regresé a mi mesa para encontrarme con mis amigas, que me abrazaron emocionadas; y con mi hermano que quiso hacerse el duro, pero que no pudo contener un par de lágrimas traicioneras que le escurrieron de los ojos...

Fue una velada muy emotiva que no olvidaré jamás. No obstante, al regreso esa noche, en la comodidad de mi cama, en mi alcoba, en mi enorme mansión con piscina, jardín estilo árabe y cancha de pádel, rodeada por el amor sincero de Reina Elizabeth y Eva Perón, que dormían en sus colchonetas junto a mi cama; y mis gatas Margaret Thatcher, Coco Chanel y Cleopatra, que estaban pegaditas a mí... Con algo de dolor y luego de reflexionarlo un poco, tuve que reconocer que la cima del éxito es, al fin y al cabo, un lugar muy solitario... Era una de las noches más especiales de mi vida y, sin embargo, al volver a casa estaba sola. Ni hijos, ni marido... Sola.

Y aunque no es precisamente el final feliz que nos ponen en las comedias románticas, o en las adaptaciones de cuentos de hadas de las películas de Disney, en el que hay una boda y un

beso de amor eterno, la verdad es que, pese a todo, estoy satisfecha con mi vida. No me arrepiento de nada. De nada en absoluto, pues viví a mi manera, como dice esa canción de Frank Sinatra, que en paz descanse:

*Yes, there were times, I'm sure you knew
When I bit off more than I could chew
But through it all, when there was doubt
I ate it up and spit it out
I faced it all, and I stood tall
And did it my way^[24]*

Estoy tan convencida de eso que si tuviera la oportunidad de regresar al pasado y tomar nuevas decisiones, creo que volvería a hacer exactamente lo mismo, pues cada paso que di, cada movimiento que hice, me hacen la mujer que soy... Y por lo cual pago el alto precio de ser yo, con mis virtudes y defectos, lo que implica admiración, triunfo y cariño; pero también odio, coraje, envidia y, sí, soledad. Viene con el paquete de ser una mujer exitosa, indomable y un poco incomprendida. ¿Qué se le hace?

Sin embargo, y precisamente por todas esas lecciones que aprendí a base de golpes y sufrimiento, acierto y error, es que me atrevo a tomar pluma y papel para contar mi historia, con mis propias palabras, con mi propia voz. Y deseo con todo mi corazón, mi queridísima Caro, que algo de mi experiencia te ayude a crecer como mujer, pero sobre todo como persona... Y un último consejo: ámate porque nadie más va a quererte, o respetarte, verdaderamente si tú no te amas a ti misma; no le des a nadie el poder de controlarte pues tú, y sólo tú, debes gobernar tu vida porque pertenece a ti y a nadie más. Nunca te asumas como una víctima. Recuerda que eres una reina.

Te quiere, Victoria.

Epílogo



¡Eres una reina!

Epílogo

Querida Caro, como habrás notado en la edición impresa de mis memorias, este apartado va escrito a mano y se anexa al final del último capítulo porque esto es algo que decidí no contar a nadie; aunque seguramente sea del conocimiento de toda la ciudad, pero decido compartir esta experiencia contigo porque... Creo que encontré mi final feliz, o bueno, lo que comúnmente se entiende por aquello pues el final, lo que se dice final, llega cuando te mueres... Y hay Victoria Balam para rato.

Escucha a tu madre cuando te ordene que comas plátano porque el potasio es indispensable para una buena salud. ¿Por qué te digo esto?... Todo comenzó en el torneo de pádel al que nos inscribimos Laura y yo. Enfrentábamos a Amy y Patty... Gaby nos echaba porras desde las gradas mientras se tomaba un Martini... Ella es así. No es que esté yo diciendo que mi amiga sea una borracha, pero le encanta degustar variedad en vinos y licores.

Era de noche. Hacía calor, como casi todo el año en esta región del país, pero no era insoportable, como ha ocurrido en otras temporadas. Laura y yo nos movíamos de un lado al otro tratando de pegarle a la pelota para ganarle a nuestras contendientes, lo cual estaba en chino. Las pinches Amy y Patty parecían profesionales... Y estaban en mejor forma que Laura y yo, todo hay que decirlo.

Y por un momento, mientras corría hacia mi derecha para interceptar la bola, sentí que el aire me faltaba. Comencé a experimentar una fuerte opresión en el pecho y mis pulsaciones se tornaron erráticas. Perdí el control de mis manos, dejé caer la raqueta, me llevé una mano al pecho y caí fulminada sobre la pista. Entre sueños recuerdo a tu mami gritando como loca, palmeándome las mejillas mientras Patty llamaba por teléfono a una ambulancia.

- Está teniendo un preinfarto – dijo uno de los paramédicos cuando me acomodaron en la camilla para meterme al vehículo. Inmediatamente me colocaron una mascarilla de oxígeno, que me alivió bastante. Respiraba un poco mejor.

Te cuento esto tratando de organizar los recuerdos en mi mente. Estaba todo muy difuso. Aunque alcancé a entender que no permitían más que a una persona para acompañarme en el interior de la unidad, así que Laura se subió conmigo, y mis otras tres amigas quedaron de encontrarse con nosotras al llegar a la *Clínica de las Américas*.

Entre lágrimas y visiblemente asustada, Laura sujetaba mi mano y me hablaba tratando de contener su desesperación.

- Ánimo, Vicky. Vas a estar bien. Eres joven y fuerte. Vas a brincar ésta... Y tendrás que bajarle a las cervezas, y al whisky... ¡Y comer más plátano!... ¡Si siempre te lo digo! ¡Come

plátano!... ¡El plátano es fuente de potasio! ¡El potasio fortalece el corazón! – me regañó al borde del llanto.

Y yo quería reírme, pero no tenía fuerzas. Sólo sentía ese profundo dolor en el pecho y lo veía y oía todo en cámara lenta. Incluso las instrucciones del paramédico que reiteraba a Laura que me siguiera hablando, que no me dejara perder la conciencia. Y tu mami, obediente como era, no se calló ni un solo minuto. Me encanta evocar la evolución de su nerviosismo: pasó de darme ánimos, a pedirme que mantuviera la calma, luego a regañarme, chingue y chingue con el plátano y el potasio, para luego amenazarme:

- A mí no te vas a hacer esto, Vicky. No te vas a morir en la ambulancia camino al hospital. No te vas a morir a los cuarenta y cinco años... Esto apenas comienza. Tenemos muchos proyectos adelante, nos hace falta patearle el culo a un par de magnates que se sienten la última coca cola del desierto. No me vas a hacer esto, Vicky... ¡No voy a cuidar a todos tus pinches animales!... Así que si tienes muchas ganas de morirme, por mí las puedes hacer un rollito y metértelas en el fundillo... ¡No te puedes morir, Victoria Balam! ¿Me oyes? ¡No te vas a morir!– continuó su letanía, entre lágrimas, hasta que llegamos a la *Clínica de las Américas*, de donde era yo accionista.

Me bajaron cuidadosamente de la ambulancia y me llevaron al interior de las instalaciones, y fue entonces cuando lo vi: delgado, atlético, muy apuesto y joven; su rostro, aunque pálido, tenía facciones delicadas, labios delineados, cejas pobladas, y unos hermosos ojos rasgados claramente orientales. Parpadeé varias veces tratando de ubicarme. Miré su cabello oscuro, su cuello fuerte y su bata blanca, a un costado de la cual decía su nombre: Dr. Víctor Nishikawa, cardiocirujano.^[25]

- Señora, soy el Doctor Nishikawa. De acuerdo con los paramédicos está sufriendo un ataque cardíaco menor... O preinfarto. Le vamos a hacer unos estudios para darle el tratamiento adecuado; pero por ahora le daremos un poco de aspirina para ayudar a controlar el choque – explicó mientras caminaba junto a mí, que iba en la camilla, empujada por el personal de la clínica, y Laura que no se despegaba de mí ni un milímetro.

Poco después, luego de un electrocardiograma, una tomografía y sabrá Dios cuántos análisis más, me inyectaron no sé qué medicamento y me dejaron en observación. Y aunque trataba de mantenerme despierta, no logré resistirme al sueño. Sin embargo, antes de entregarme a los brazos de Morfeo, pude identificar a Gaby, Laura y Amy escuchando las explicaciones que les daba el médico:

- Afortunadamente se movieron todos muy a tiempo y pudimos detener el ataque cardíaco. Inyectamos nitroglicerina, que es un vasodilatador, para abrirle los vasos sanguíneos, lo

cual mejorará el flujo de la sangre. Está fuera de peligro, pero necesita descansar. Nada de comida salada, ni ejercicio intenso...

Y ya no pude escuchar más. Aunque recuerdo bien la cara de las que pusieron mis queridas amigas cuando contemplaban a ese guapísimo médico, de evidente ascendencia japonesa, mientras les explicaba que no me iba yo a morir... Esa tarde.

Al día siguiente, al recuperar la conciencia, lo primero que encontré fueron los hermosos ojos negros y rasgados de mi médico, que me observaba sonriente:

- Le dio un buen susto a sus amigas – me dijo mientras revisaba los índices del monitor que marcaba mis latidos, y mientras él, todo profesional, tomaba anotaciones en el que parecía ser mi expediente.

- Esas no se asustan con nada – balbuceé un poco desorientada.

- Las hubiera visto, estaban muy preocupadas. Sobre todo ella – apuntó hacia el sofá, donde Laura descansaba, totalmente inconsciente –. Está dormida. Pobre, se pasó la noche en vela pendiente de usted, aunque le dijimos que estaba fuera de peligro.

- Lauri es así – dije aliviada de saber que podía contar con mis amigas en los momentos más decisivos de mi vida... Literalmente.

- Sé que no son las maneras, y que no es el momento más afortunado, pero me siento muy honrado de conocerla – añadió con una sonrisa coqueta que le iluminaba el rostro y le hacía más guapo, si tal cosa se pudiera.

- Vaya, la honrada soy yo... Usted me salvó la vida, doctor.

- No, en serio... Varios de mis amigos pudieron cursar estudios de especialidad y posgrado gracias a la beca que otorga su fundación. No van a creerme cuando les diga.

Un médico muy guapo, pero es otro niño, me dije mientras contemplaba lo atractivo que era... Y su juventud.

- Bueno, puede saludarlos de mi parte. Dígales que lo hacemos con mucho gusto. Creo en los jóvenes de México. Y lo cierto es que prefiero invertir en educación y deducir impuestos, que permitir que esos espantosos políticos del gobierno hagan mal uso de mis ingresos – sentenció.

Y luego se me quedó mirando, pensativo. Respiró profundamente, como si dudara de lo que me diría a continuación.

- No... No van a creerme para nada – comentó atribulando, poniendo cara de perrito triste. ¡Ay! Era una ternura... Para comérselo.

- Emmm... ¿Quiere que nos tomemos una selfie?... Preferiría que no, la verdad. Debo

lucir horrible. Quizás mañana cuando esté más presentable. Así tendrá una evidencia, no sólo de que me conoció, sino de que salvó mi vida – ofrecí, y todo lo decía en serio.

Por un lado, el chico actuó rápido, certero y profesional. Y gracias a su apoyo y al de mis amigas es que puedo escribirte estas líneas; pero por otro sé que me veía fatal; me podía imaginar a mí misma con la bata de hospital; pálida, ojerosa y ve tú a saber qué más. Y de encima ahí estaba ese doctor guapísimo mirándome con sus ojos rasgados y brillantes.

- No. Por supuesto que no luce horrible. Está usted muy bella... De hecho se ve mucho más bonita en persona que en fotografía – comentó repasando mi rostro y mi cabello, que seguro lucía todo enmarañado.

- Usted sí que sabe cómo subirle la moral a una chica – añadí algo sonrojada. ¡Dios! No importaba lo que dijera, sé que estaba espantosa.

- Mmm... Tengo otra idea... Aproximadamente dentro de un mes, usted ya estará totalmente recuperada... Y tengo una cena de egresados. Me encantaría que me acompañara – propuso y de nuevo esa sonrisa, y yo me quedé mirándolo igual de boba que mis amigas la noche anterior.

Tengo que admitir que, en medio de mi letargo, lo observé con detenimiento, admirándolo, y no fui capaz de resistirme al encanto de su belleza asiática.

- ¿Me está invitando a salir? – pregunté para despejar dudas. Digo, horas antes estaba en el umbral de la muerte, y mi juicio no era precisamente el mejor.

- Eso parece – respondió, y otra vez aquella sonrisa ladeada y sexy.

- No salgo con hombres menores – respondí de tajo. Digo, había salido con hombres un par de años menos que yo... Y Erick, claro (¡pero él no cuenta!)... Y este doctor se veía bien chavito para mí.

- No soy tan menor. Tengo treinta y siete años; casi treinta y ocho años – añadió algo ofendido.

Y volví a mirarle evaluando la posibilidad. Bueno, pues treinta y siete definitivamente no lo calificaba como un niño... Y aunque aparentemente acababa de sobrevivir a un ataque cardíaco, preinfarto o como sea que se llame, y pese a que los indicadores decían que todo se estaba poniendo en orden, mi corazón parecía desafiar los diagnósticos médicos, pues se puso a latir frenético, igual que esa canción de Selena:

Bidi bidi bom bom

Bidi bidi bom bom

Bidi bidi bom

Bidi bidi^[26]

- No, no eres tan menor... Si dentro de un mes me encuentro mejor, te acompañaré para que me presumas con tus amiguitos – dije la última palabra (tuteándolo) con toda la sorna del mundo, para burlarme de su edad.

- Ok, puedo aceptar eso... Aunque te aviso que no debes subestimar a este amiguito porque puede darte muchas sorpresas. Que tengas bonito día, Vicky – dijo antes de despedirse y desaparecer detrás de la puerta.

Miré hacia arriba, suspiré y me reí.

- Ya puedes dejar de fingir, sé que escuchaste todo – le dije a Lauri, que al momento se reincorporó y se aproximó a la camilla.

Me sonrió, aliviada de verme bien, y de saber que me recuperaría pronto.

- Genio y figura, Victoria Balam. No sólo nos das tremendo susto y te echas un tiritito con la muerte, declarándote ganadora, sino que también te ligas al doctor – comentó con un gesto pícaro y me palmeó el hombro.

- Ay... ¡Cosas de la vida, amiga!... Por ahí dicen que mala hierba nunca muere – contesté sujetando su mano, agradecida con Dios por contar con su amistad.

- No, Vicky. Nunca muere – repitió y nos reímos.

Y sí, como podrás imaginarte, un mes más tarde acompañé al doctor Nishikawa a la cena con sus colegas... Y esa misma noche me demostró que, tal como me advirtió en la clínica, para nada debía yo subestimar a su amiguito... Me lo demostró dos o tres veces en esa ocasión, y un par de veces más a la mañana siguiente. Y casi un año después de habernos conocido me lo seguía demostrando...

Antes de irte

Muchas gracias por darme esta oportunidad de leerme. Muchísimas gracias por tu valioso tiempo. Si te gustó esta novela, por favor, regálame tu valoración, es muy importante para mí. También te invito a leer mis otros trabajos, aquí en Amazon.



¿Whisky, tequila o cerveza?

Novela de romance contemporáneo y highlanders. Y la primera aparición de Mauricio De La Fuente...

Rosa Castillo tiene la vida arreglada. Es una guapa y exitosa profesora en una universidad en Cancún, pero un día su vida amorosa se complica y tiene que tomar una decisión:

Darle una oportunidad al Patán, su atractivo amante en turno, de muy óptimo desempeño en la cama, que tiene fobia al compromiso, pero que últimamente parece estar listo para una relación más formal.

Dejarse llevar por la pasión desenfrenada que le despierta el Highlander, el hombre más espectacular que ha conocido, y con quien sostiene un fogoso encuentro de antología, en una exclusiva fiesta privada.

Regresar con su ex novio, el Mariachi, el amor de su vida que le destrozó el corazón, quien vuelve arrastrándose a sus pies, decidido a recuperarla; ahora convertido en un exitoso compositor que luce más sexy y arrebatador que nunca.

¿Tú qué harías? No te pierdas esta historia cargada de aventuras, locuras, cerveza, Whisky, Tequila y uno que otro huracán.

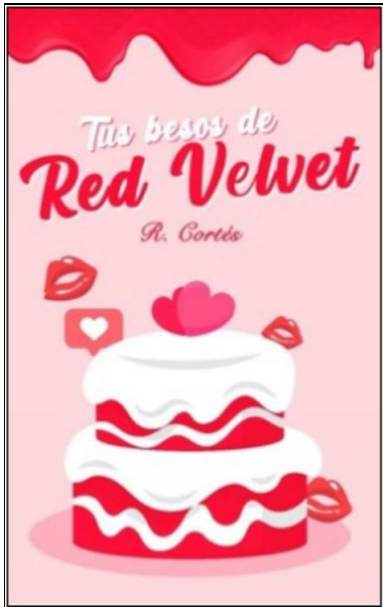


Dolorosamente... Mauricio

Mauricio De La Fuente, músico de conservatorio y ex mariachi, es un famoso y premiado compositor de Latinoamérica. Atormentado por la separación de un antiguo amor que considera insuperable, se entrega a la bebida y compone las canciones más hermosas y desgarradoras inspiradas en su musa. Sin mayor propósito en la vida, se dedica al sexo ocasional, a escribir y a acompañar como guitarra principal a todos los cantantes que lo invitan a sus giras.

Emma Cortázar, joven neurocirujana, pasa sus días en la sala de operaciones. Prófuga del amor, dedica todo su tiempo y energía a su profesión y a una rutina espartana para mantener la figura escultural que luce desde hace no mucho tiempo. De ninguna manera piensa regresar a su cuerpo de antes. No después de perder más de 30 kilos... Todo marcha más o menos bien con su vida anodina hasta que un día un hombre alto, increíblemente apuesto, de ojos dorados y cabello negro la aborda por los pasillos del hospital. La madre de él ha muerto... En la mesa de operaciones de ella.

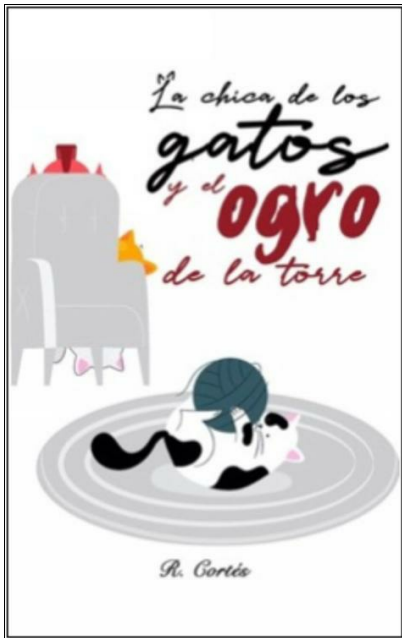
Resentimiento, frustración, amargura... Y mucha pasión. Nadie escapa a los caprichos del destino.



Tus besos de red velvet

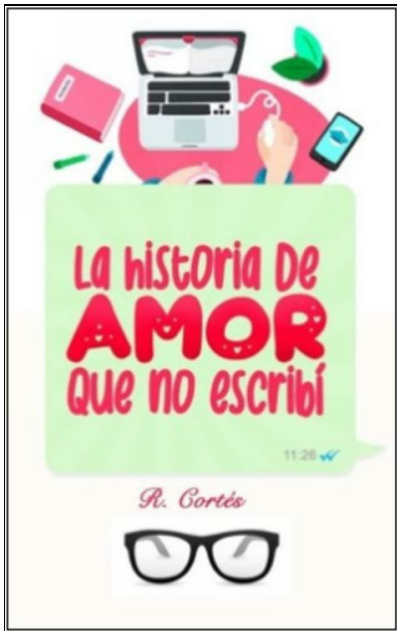
Un ex, otro ex, un nuevo romance. Un secuestro, una traición. Amy Durand es una empresaria de alto nivel que lidera el mercado de la repostería en la región. Es un tiburón para los negocios, pero es tímida e insegura para los asuntos del corazón. Con demasiadas dudas y heridas, ¿será capaz de darle otra oportunidad al amor?

La chica de los gatos y el ogro de la torre



Kathy Aguilar tiene 25 años, le gustan los gatos y siempre tiene una sonrisa para todos. No importa lo difícil de la situación, levanta la cara y se esfuerza por salir adelante. Si tan sólo pudiera ignorar a ese bello hombre de cabello negro, mirada intensa de ojos azules, que está como quiere y que, además, es su jefe... Lástima de personalidad. El CEO de *Ancestral-Lab*, la farmacéutica más importante de México, es un verdadero ogro.

Xavier Moctezuma lleva demasiadas heridas en el alma. No tiene buen carácter y sabe que todos le temen. Y deberían. No se anda con juegos. No cuando se trata de su empresa, el gran legado de su familia. Tampoco tiene tiempo para romances. Sin embargo, está esa chica de figura rellena y caderas prominentes, que no se parece en nada a las modelos altas y delgadas que suele preferir. Se llama Kathy y sonríe todo el tiempo, a todos. Menos a él. Si tan sólo pudiera quitarle los ojos encima...

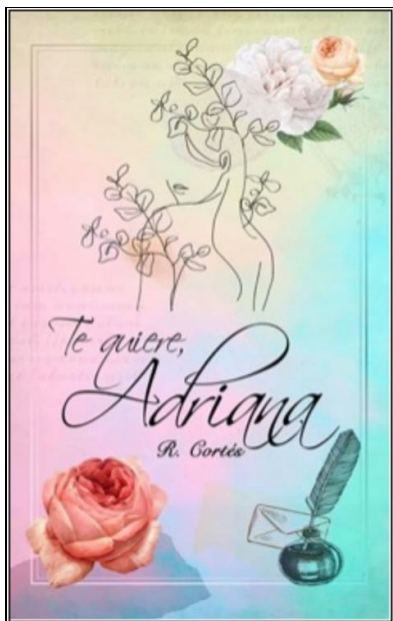


La historia de amor que no escribí

Soltera y con más de treinta años, Adhara Ponce nunca ha estado verdaderamente enamorada. Aunque acepta salir a citas buscando el amor, no ha tenido suerte y siempre ocurre lo mismo: los hombres que conoce le parecen ordinarios, toscos, narcisistas, aburridos, raros, o lelos... En el mejor de los casos. De hecho se ha planteado seriamente tirar la toalla y abrazar su destino como la eterna solterona de la familia.

Para compensar su inexistente vida amorosa y evadirse de la realidad de su trabajo que es ingrato y estresante, pero que adora, se vuelca en la escritura de novelas de romance algo subidas de tono, las cuales publica con pseudónimo en una plataforma gratuita para escritores amateur. Nadie puede enterarse. Está al frente de una institución renombrada y tiene una reputación que mantener. Lo cual fue un gran acierto, pues se encuentra bajo la lupa del más severo crítico de romántica. Le apodan “el troll” porque sólo accede a la aplicación para tirar comentarios destructivos a las autoras.

¿Y si de repente su secreto saliera a la luz? ¿Y si finalmente conociera a un chico que vale la pena? ¿Y si ese chico siempre supo la verdad? Quizás el amor está donde menos lo espera.



Te quiere, Adriana

Adriana Valladares está comprometida con Sir Richard Adams, un importante empresario londinense algo mayor. Es un hombre educado, apuesto y adinerado que la trata con respeto y cariño, pero ella no lo ama; aunque acepta desposarlo por obediencia a su padre, a quien conviene este matrimonio por cuestión de negocios.

Joaquín Gutiérrez, hacendado local que es joven, apuesto y vehemente, se enamoró de Adriana a primera vista. Bastó una mirada para dar el flechazo, y no cesará en su intento de poseerla. Adriana no es inmune a su encanto, pero se contiene. Es una mujer decente, recatada, de buena familia y comprometida. Entonces estalla la guerra... Y el delirio. Mediante cartas a su amiga Jimena y recortes de periódico, Adriana se debate entre la pasión y el deber.

Te quiere, Adriana es un relato breve de romance histórico y sororidad inspirado en el marco de la *Guerra de Castas* de Yucatán, al sur de México, que estalló en 1847.

Veneno: la manzana de Adán



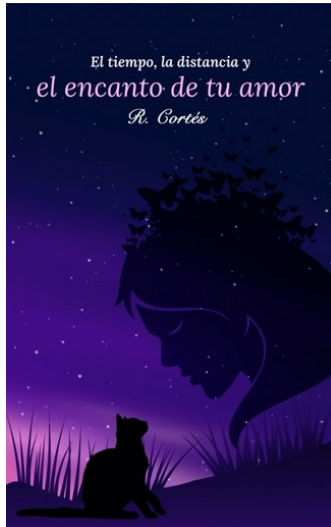
Provincia de Hatay. Los temblores en esa parte de Turquía acabaron con cientos de vidas. La tragedia cobró dimensiones catastróficas. El gobierno desplegó a todo el equipo médico y de rescatistas con que dispone, pero necesitan más ayuda. Y no se hace esperar. Acuden al llamado médicos, enfermeras, socorristas y paramédicos de todas las nacionalidades. Entre ellos se encuentra Camila Aragón, cirujana mexicana que hacía labor de voluntariado en Brasil. Su estancia también tenía otro motivo: olvidar a un hombre que nunca se fijó en ella, pero de quien está profundamente enamorada.

Es una médica talentosa, pero destaca especialmente por ser una cirujana muy hábil, por lo cual es ampliamente reconocida y solicitada.

No es la más alegre, ni la más bella, pero es amable y gentil, y siempre está dispuesta a colaborar por alguna buena causa. Aunque adora a su familia y a sus amigos, y socializa con facilidad, esta vez realmente necesita apartarse para desconectar. Y cuando piensa que está a punto de lograrlo, a sus espaldas escucha una voz ronca, sedosa, con un extraño acento, que le obliga a darse la vuelta para encontrar al hombre más impresionante que ha conocido en su vida: muy alto, atlético, piel morena; mandíbula fuerte, cejas pobladas y ojos negríssimos bordeados por millones de pestañas. Desconoce si es turco, emiratí o saudí, pero cree que es árabe. Sólo sabe que es médico voluntario como ella y que se llama Adán... Poco después descubrirá que se ha vuelto a enamorar.

No te pierdas esta historia de amor, pasión, jeques, optimismo, segundas oportunidades y perdón.

El tiempo, la distancia y el encanto de tu amor



Los nahuales, cambiantes o cambia formas, existen. Son agentes dedicados a cuidar del alma de personas que destacan por algún rasgo especial (su genio, su alma, su sufrimiento). Medea y Dominick son nahuales y ex pareja... ¡Y hace 50 años que no se hablan! Pero ahora tienen una nueva misión conjunta. Claro, mientras solucionan sus diferencias como ex amantes: lograr que se enamoren Yorch Rae, un apuesto y estupendo veterinario que adora su trabajo, pero que sólo busca sexo ocasional; y Esther García, una guapísima, curvy, sexy y talentosa actuario que no tiene el menor interés en una relación formal. ¿Lo conseguirán?

Esta novela de romance sobrenatural es un spin up de *La chica de los gatos y el ogro de la torre*; pero esta vez podrás descubrir la historia de la única, la magnánima, la etérea Vaquita, más bien Medea, una agente nahual encubierta como gata para cumplir una misión. Sólo que ahora deberá trabajar con su ex, Dominick (o Domingo, nahual canino del famoso compositor mexicano Mauricio De La Fuente)... ¿Te animas a conocerla? Quizás comiences a mirar a tu mascota de un modo diferente ;)

Tabla de contenido

[SINOPSIS](#)

[ANTES DE COMENZAR](#)

[UN PRÓLOGO, UNA EPIFANÍA](#)

[NI BONDAD NI MALDAD, SINO TODO LO CONTRARIO](#)

[EL PODER DE LA DESESPERACIÓN](#)

[POR VOLUNTAD O NADA](#)

[SORORIDAD](#)

[DIFÍCIL, NO IMPOSIBLE](#)

[OTRO CAMINO](#)

[LA ÚLTIMA NOCHE](#)

[NUEVA LECCIÓN](#)

[CUESTA ARRIBA](#)

[MUDANZAS](#)

[NOSTALGIA](#)

[LA MUJER DEL TALIBÁN](#)

[LA IMPORTANCIA DE UN BUEN NOMBRE](#)

[AMORES, HABRÁS TENIDO...](#)

[COMO ÁNGELES CAÍDOS](#)

[NECESITAS AYUDA](#)

[MUJERES EJEMPLARES](#)

[INEVITABLE](#)

[RECAÍDA](#)

[EL ADIÓS](#)

PEQUEÑOS REGALOS DE LA VIDA

SUPERMÁN

HIPÓCRITAS

GRATITUD

NI WHITNEY HOUSTON

LA CHICA DE LA LIMPIEZA

NUEVA PRESA

LA MESA DE NARCISA

LA REVANCHA

SUCUMBIR

LA MARCHA

MALO

YA NADA QUEDA

UN LUGAR SOLITARIO

EPÍLOGO

ANTES DE IRTE

[1] Conoce a Amy Durand en *Tus besos de red velvet*, por Amazon.

[2] Extracto de *Bella*, de José Ramón García Florez y Marella Cayre

[3] Extracto de *Difícil*, de Alejandro Lora.

[4] Extracto de *Rehab*, de Amy Winehouse.

[5] Se conoce como *buchonas* a las mujeres que pueden o suelen ser esposas, amantes o acompañantes de narcotraficantes (o afines), quienes gustan de portar con mucho lujo y atuendos ostentosos, costosos, extravagantes y, a veces, minúsculos dejando ver mucha piel y carne. Algunas, además, están en exceso operadas de la cara o el cuerpo para procurar figuras curvilíneas y rostros perfectos.

[6] Extracto de *María bonita*, de Agustín Lara.

[7] Si quieres saber un poco más de estos personajes, te invito a leer mis novelas *¿Whisky, Tequila o cerveza?*, *La chica de los gatos y el ogro de la torre*, *Dolorosamente...* *Mauricio* y *Veneno: la manzana de Adán*.

[8] Extracto de *Eternamente bella*, de José Ramón Flórez y Gian Pietro Felisatti.

[9] En *Mujeres de ojos grandes*, de Ángeles Mastretta.

[10] Extracto de *Ángeles caídos*, de José Ramón Flórez y César Valle.

- [11] Extracto de *El andariego*, de Álvaro Carrillo Alarcón.
- [12] Frase de *Cómo han pasado los años*, de Rafael Ferro y Roberto Livi.
- [13] Conoce las historias de Camila y Emma en *Veneno: la manzana de Adán*, y *Dolorosamente... Mauricio*, por Amazon.
- [14] Personaje de televisión creado por Roberto Gómez Bolaños, *Chespirito*, productor y dramaturgo mexicano.
- [15] Extracto de *Es tan fácil romper un corazón*, de Miguel Mateos.
- [16] Conoce a Patty en *¿Whisky, Tequila o Cerveza?* Y en *Tus besos de red velvet*. Por Amazon.
- [17] Conoce a Amy Durand en *Tus besos de red velvet*. Por Amazon.
- [18] Conoce a Erick en *La historia de amor que no escribí*. Por Amazon.
- [19] Extracto de *Reina de corazones*, de César Valle y José Ramón Flórez.
- [20] Extracto de *Algo que me falta*, de Marco di Mauro.
- [21] Conoce más del Negro en *¿Whisky, Tequila o Cerveza?*, *Dolorosamente... Mauricio*, y *Veneno: la manzana de Adán*. Por Amazon.
- [22] Extracto de *Malo*, de María Nieves Rebolledo.
- [23] Extracto de *Frente a frente*, de Manuel Alejandro y Ana Magdalena.
- [24] Extracto de *My way*, de Paul Anca.
- [25] Conoce más de Víctor Nishikawa en *Veneno: la manzana de Adán*. Por Amazon.
- [26] Extracto de *Bibi bidi bom bom*, de Selena Quintanilla y Pete Astudillo.